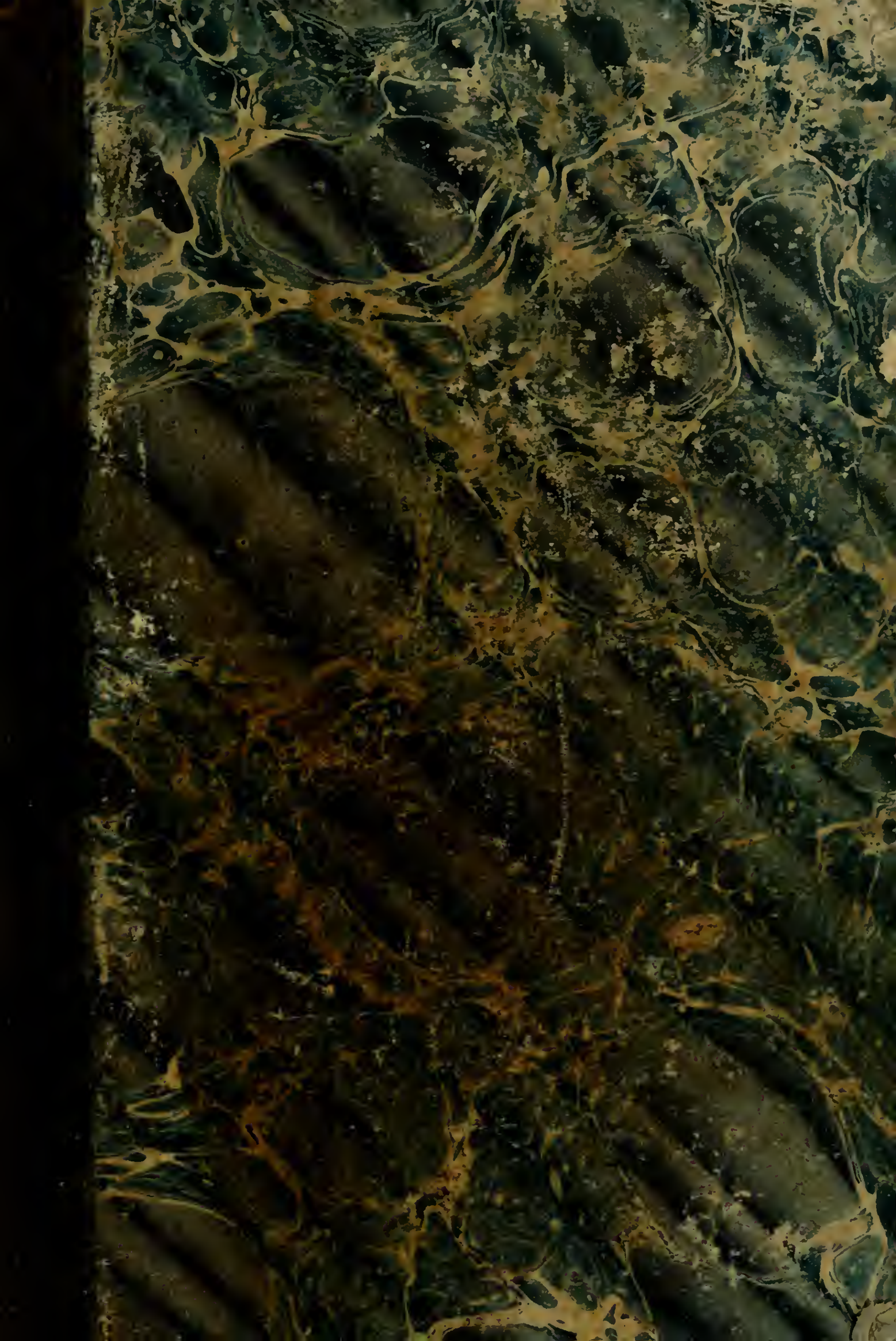



ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO



PERSONAJES CÉLEBRES

DEL

SIGLO XIX.

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

POR

UNO QUE NO LO ES.

La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINS.

TOMO III.

MADRID,
IMPRENTA DE D. FERNANDO SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, 3.

1843.



Lit. del Artista

FERNANDO VII.

Personajes célebres del Siglo XIX.

FERNANDO VII,

REY DE ESPAÑA.

«Hombre de ideas rancias y de costumbres del día.

Chateaubriand; *Congreso de Verona.*

«Por lo que hace al Rey de España baste decir, que el primer Ministro, hombre cuya moderacion y exactitud de juicio alaban hasta sus enemigos, aseguró en el Parlamento, *que la conducta de este Príncipe ha provocado la revolucion.*»

Carta de Canning al Vizconde de Chateaubriand.

Una monarquía es una familia, los subditos son los hijos, el Rey su cabeza y su padre; nombre de amor y de reverencia que con justicia han adoptado aquellos reyes benéficos, que por su

equidad y beneficencia han merecido el nombre de tales. ¡Qué espectáculo tan interesante ofrecen aquellos monarcas generosos que sostienen mas bien que empuñan el cetro patriarcal; que rodeados de sus buenos súbditos les prodigan el título de hijos en retorno de sus aclamaciones; y seguros de su cariño, procuran su bienestar con el anhelo de un padre!

De esta manera la historia de nuestra patria nos presenta en los Reyes de la dinastía de Borbon, los diferentes caracteres de un padre de familia. Felipe V su fundador, afanado en consolidarla á pesar de su carácter pacífico, es el padre que se vé precisado á litigar la posesion que transmite á sus hijos. Fernando VI, virtuoso y sencillo, que libra sus pueblos de los males de la guerra, es el padre que alejado de los tumultos civiles, labra en secreto la felicidad de sus hijos y con su economía y sábia administracion les prepara un risueño porvenir. Cárlos III realiza estas esperanzas, y eleva el pueblo español á un rango distinguido, haciéndolo al mismo tiempo respetar de sus convecinos. Cárlos IV es yá un padre bondadoso, pero indolente, que sostiene apenas el lustre de la familia. ¿Qué rango ocupará Fernan-

do VII al lado de sus predecesores? ¿Podrémos por algun concepto mirarle como padre, ó mas bien como un mayorazgo que disipa en poco tiempo el patrimonio, que con tantos afanes acumularon sus padres?

Si al nacer Fernando VII, en 14 de Octubre de 1784, se hubiera formado su horóscopo, con mas razon que al sin ventura Boabdil, pudieran haberle llamado el *Zogoibi* (desgraciado), mas bien que por sus infortunios personales, por los que habia de acarrear á España. Los primeros maestros de Fernando, fueron poco afortunados con él: mas afecto le mereció Escoiquiz á quien se culpa de haberle imbuido ideas maquiavélicas y ambiciosas. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que algunas intrigas rastreras, y la aparente misantropía del Príncipe de Asturias, llamaron la atencion de su padre, y el maestro de literatura, pasó á Toledo á residir su arcedianato de Alcaraz. Para entonces ya se habia formado en las provincias, y aun mas en Palacio, un partido á favor del Príncipe, que despreciable al principio, vino por fin á derrocar el trono de Cárlos IV, y envolver en sus ruinas al favorito en quien se apoyaba.

Otros asuntos de mas entidad llamaban entonces la atencion de la Córte. Habíase alzado en Francia un soldado hijo predilecto de la fortuna; y cambiado la espada por el cetro. Su hermano Luciano, Embajador en Madrid, habia manifestado la posibilidad de un enlace con la Familia Real de España, y esto era mas que suficiente para alarmar el corazon del virtuoso Cárlos IV, poco dispuesto á colocar una hija suya sobre las ruinas del trono de S. Luis. Con este motivo fue preciso precipitar la boda de Fernando con la Princesa María Antonia de Nápoles, verificada en Barcelona á fines de 1802; quizá contra el dictámen de Godoy, que hubiera preferido hacerle viajar, para estender de este modo el círculo de sus conocimientos.

Asaz fugaces y pasageros fueron aquellos lazos, que vino á romper la muerte cuatro años despues, no sin graves sospechas de veneno. La opinion pública y algunos folletos, designaron al intrigante Sabary como autor de aquel atentado, y hasta la camarista que habia mediado en el complot. Aquella Princesa, si bien afable y hermosa, se entrometia demasiado en la política; pero lo que se ha dicho de su espionage á favor

de los ingleses, sino inesacto, es en gran parte exagerado, y los documentos harto recusables.

Llegó por fin el mes de Octubre de 1807, en que la España atónita presenció por tercera vez el espectáculo de encausar á un Príncipe, sucesor de la corona, cual lo fueran en otro tiempo los de Viana y Austria, hijos de Juan y Felipe segundos. Los partidarios del Príncipe de Asturias á cuyo frente se hallaba el arcediano Escoiquiz, alma de aquella intriga, habian atraido á su favor al Embajador Beauharnais, halagándole con la esperanza de una boda entre Fernando y una parienta suya. La conspiracion estaba tan mal urdida, que el Príncipe fue sorprendido con la mayor facilidad y ocupada toda su correspondencia. El ridículo fin de la causa del Escorial, es bien notorio, como tambien las célebres cartas llamadas vulgarmente, *de Papá y Mamá*, en que el Príncipe despues de haberse abatido á los piés de Godoy, pedia perdon á sus padres y declaraba en seguida acerca de sus cómplices, aun mas de lo que se le preguntaba. ¡Conducta indigna de un hombre de educacion, mucho mas de un Príncipe que debe ser modelo de caballeros! El haberse comprometido el Embajador fran-

cés, salvó entonces á los autores de la trama, y la lenidad con que se les trató, dió mas pábulo á la idea que formó la Nacion, de que todo habia sido una farsa combinada por el favorito.

Entretanto las tropas francesas invadian la Península, y á guisa de bandidos, que no como soldados, se apoderaban de nuestras plazas. La posicion de la Córte era en estremo embarazosa, y en tan crítica situacion, á cualquier parte que mirase veia un abismo. La justicia divina que hiere por los mismos filos, condenaba á Cárlos IV á ver invadido su reino, y á marchar á sus Colonias de America, asi como él habia contribuido á que la Córte de Lisboa emigrase al Brasíl, secundando con sus tropas al saqueador Junot.

Esparcida esta noticia, el pueblo de Aranjuez y los de sus inmediaciones, se prepararon á evitarlo, y en la noche del 17 de Marzo de 1808, secundando los proyectos de los partidarios del Príncipe de Asturias, derrocaron el poderío de Godoy. Preso este en el cuartel de Guardias, Fernando fue enviado por sus padres para salvarle, y cual si fuera Rey le perdonó la vida. En la misma noche del 19 de Marzo, se cumplian sus votos, y subia al trono. ¡Bajo tan funestos aus-

picios principió su reinado Fernando VII de Borbon; al resplandor de las teas incendiarias, y entre los alharidos de un populacho ébrio y tumultuado.

La entrada de Fernando en Madrid, fue uno de aquellos arrebatos de entusiasmo difíciles de escribir. Montaba un ligero corcel y le rodeaba pequeña escolta; el pueblo se apiñaba á su tránsito, gritaba, abrazaba sus pies, y hacia locuras. Seis horas largas gastó en atravesar desde la puerta de Atocha hasta su Palacio: difícilmente presentará la historia otro cuadro igual de un entusiasmo, que rayaba en frenesí; y aquella imágen de la verdadera popularidad, afectó el corazon del jóven Monarca. Aquel breve periodo de su reinado, fue quizá la mejor época de su vida; y en la que tuvo mas aciertos, levantando el destierro á los célebres proscriptos del reinado anterior, y nombrando para ministros algunas personas beneméritas. Pero Cárlos IV protestaba contra la abdicacion que acababa de hacer, y Maria Luisa se degradaba hasta el punto de escribir al tirano Murat en tono suplicante por sí y «por el pobrecito Príncipe de la Paz, *amigo inocente y afecto al Emperador, al Gran Duque*

y á todos los franceses.» De este modo lisonjeaban áquellos ancianos al hombre feroz, que trajo sobre España un diluvio de calamidades, comprometiendo á Napoleon con sus mentiras, su ambicion y tiranía en una guerra que por entonces no deseaba.

En aquella célebre carta que jamás debiera haber visto la luz, se leia el carácter de Fernando VII, trazado por su madre en términos que honrarian al mismo Tiberio. «Mi hijo tiene muy mal corazon, su carácter es cruel: jamás ha tenido amor á su Padre ni á mí....» ¡Echemos un velo sobre tanta miseria!

Entretanto la Córte estaba muy persuadida de la venida de Napoleon, y teníase preparado y caliente el baño, que debia tomar luego que llegase á Madrid, segun su costumbre. El maquiavélico Sabary, digno agente de tal tramoya, aceleró la salida de D. Cárlos para recibirlo, y logró que Fernando saliese el 10 de Abril, con el mismo objeto, víctima de la credulidad de Escoiquiz. Poco tiempo despues se publicó un folleto, que por entonces metió ruido, en el cuál se preguntaba «¿cuál hubiera sido la suerte de España, si Fernando no hubiera ido á Bayona?» En él se probaba la utilidad de dicho viaje; apoyándose principalmente

en que la desconfianza hubiera suministrado á los franceses un motivo plausible de principiar la guerra. Se le podia preguntar al autor si con la ida del Rey les faltó á los franceses ese pretesto.

En Vitoria conocieron ya los viajeros su error, y todos los buenos españoles se apresuraron á proponer al Rey medios de fuga, ora artificiosos, ora violentos, que en iguales circunstancias cualquier persona mas decidida no hubiera titubeado en aceptar. Todo fue en vano, y al dia siguiente el alucinado jóven se ponia espontáneamente en manos de su carcelero, pisando el territorio francés, donde ni un solo clarin anunciaba su llegada. No tardó mucho en saber la voluntad irrevocable de Napoleon de que no reinasen mas los Borbones en España, y esto por conducto del mismo Sabary, que le habia dicho dos dias antes en Vitoria: «me dejo cortar la cabeza si al cuarto de hora de llegar S. M. á Bayona, no está reconocido por Rey de España.» ¡He aqui los agentes *del grande hombre*!

Siguiéronse á esto las escándalosas entrevistas de Bayona en que los padres y el hijo se degradaron igualmente, haciéndose objeto de escarnio

para los improvisados cortesanos del Imperio. Fernando restituyó el trono á sus padres á pesar suyo, y éstos que conocian la imposibilidad de volver á España, echaron sobre sí la imperdonable mancha de abdicar en favor de Napoleon, quien endosó la corona á su hermano á manera de letra de cambio. Si tales actos hubiesen sido válidos, los españoles hubieran pasado de una en otra mano, como pasan los rebaños á poder del comprador. ¡A tal degradacion habia llevado una Corte estólida y corrompida el trono de Cárlos I.

Fernando fue confinado á Valencey, palacio del Duque de Benevento (Talleyrand) donde llegó el 18 de Mayo. En su viaje no se mostró descontento por tan brusca transicion, y antes bien dió motivos para que se encomiase *su resignacion*. Su permanencia en Valencey ha sido pintada con muy diferentes colores, segun las pasiones de los que escribian. En los primeros tiempos de su reclusion, invirtió profusamente los millones que caian en sus manos, en obras de piedad y de beneficencia, fundando una especie de hospital, socorriendo numerosas familias, y adornando la desmantelada iglesia. Seguia metódicamente sus ejercicios relijiosos, y pasaba algunos ratos en la selecta

biblioteca que habia en el edificio. En vano la Princesa de Benevento trató de atraerlo á sus redes, pues Fernando con cierto orgullo, supo dominarla y sospechó de la ilustre intrigante. Pero no fue esta tan infeliz con algun otro personaje de la familia, por cuyo conducto estuvo al corriente de todos los conatos de los augustos cautivos. Mas por otra parte su correspondencia con Napoleon, ofrece el colmo del abatimiento y la bajeza. Hubiera imitado al menos á sus padres, que conocido su error, gemian en silencio haciéndose acreedores al respeto que inspira la desgracia.

Con sentimiento llegamos al punto de tratar acerca de la correspondencia de Fernando con Napoleon. No es apropósito nuestra pluma para manchar reputaciones, y sentimos tanto placer en cubrir los defectos de la vida privada, como dolor al no hallar escusas para los públicos errores que por otra parte la imparcialidad no permite omitir. No solamente solicitó la mano de Mma. Tascher de la Pagerie, sobrina de Josefina, que le fue negada, sino que cumplimentó á Napoleon por sus victorias, pidió al intruso la gran banda de la Orden, que habia creado en España para premiar á sus adictos; y pasando mas adelante, tra-

bajó contra sus intereses y los de la Nacion que sacrificaba por él sus hijos mas queridos en desigual pelea. La Inglaterra conociendo lo que su libertad interesaba á la España y á ella misma, trató de buena fé (por esta vez y sin ejemplar) de romper sus cadenas, si es que aun metafóricamente cuadra tal nombre á su dulce cautividad. El Baron de Kolly famoso aventurero logró penetrar hasta su cámara disfrazado de joyista y le entregó en un estuche de oro, como documento autógrafo de sus credenciales, la carta misma que Cárlos IV habia escrito de su puño y en latin, al Rey de Inglaterra, con motivo de su casamiento. Aterrado con aquel compromiso, superior á sus fuerzas, principió á dar gritos y entregó el aventurero á la gendarmeria, que custodiaba el Palacio. Acto continuo escribió á Napoleon todo el suceso, suplicándole se sirviese adoptarle por hijo para dar un completo desengaño á todos sus enemigos.

Otros han asegurado que no fue el Baron de Kolly quien se le presentó, sino otro aventurero buscado por Fouché en reemplazo del Baron preso en Vincennes por la policía. Ello es indudable que el Gobierno francés se deleitaba en amargar su situacion con repetidos desdenes, introduciendo

el espionage en su servidumbre, privándole de esta, y tendiéndole groseros lazos. Muchos de ellos dejó consignados el célebre Ostolaza en un sermon que predicó en Cádiz, y que despues se publicaron en un folleto titulado, *Fernando VII en Valencey*.

Llegó por fin la época en que el coloso combatido por toda Europa, principió á balancear, y convencido de la necesidad de poner fin á la guerra de España tan desastrosa para sus intereses, determinó dar libertad á sus prisioneros de Valencey, no sin haber sacado de su inesperiencia todo el partido posible, mediante el tratado que se celebró entre Laforest y el Duque de S. Cárlos. Al ver á Fernando restituido á España por el mismo Napoleon, no podemos menos de recordar aquel dicho suyo tan vulgar, «*si yo hubiera querido vengarme de los españoles, no tenia que hacer mas sino devolverles á su Fernando.*» Habiendo sido Napoleon mismo, quien le envió á España, no por venganza, sino por necesidad, este dicho tan ponderado mas bien que una sentencia, es una fanfarronada ridícula.

Por fin el dia 7 de Marzo de 1814 á las diez de la noche se recibian en Valencey los pasaportes;

el 24 por la mañana pasaba Fernando el Fluviá, y aquella misma noche penetraba por entre los gloriosos escombros de la inmortal Gerona.

Este periodo es uno de los mas interesantes de la vida de Fernando. Habia leido la Constitucion del año 1812, y durante su viaje traia en el coche un ejemplar de ella, mostrándose conforme en muchos de sus capítulos. Napoleon por conducto de Laforest, le habia pintado la Constitucion de España, como una trama de los ingleses para establecer bajo este pretesto una República, y dominarla á su arbitrio, escitando las pasiones populares y menguando la influencia de la Magestad Real, y del *pacto de familia, que habia dejado hondas raices y simpatías* entre Francia y España.

Por otra parte, al entrar Fernando en esta, vió al pueblo disgustado (por mas que se diga otra cosa), porque los hombres de Cádiz al precipitar las reformas y atacar á mansalva la reputacion de todos los gefes del ejército, habian tratado mas bien de adquirir el renombre de sábios entre los comerciantes de la isla, que no de consolidar las instituciones entre el pueblo y en las tropas. Al pasar el Fluviá y en el curso de su

viaje, apenas oyó Fernando un viva á la Constitucion; y en vano para esplicar este silencio se recurrirá á los manejos é intrigas del partido realista y del Duque de S. Cárlos. El árbol era débil y sin jugo, el hacha estaba en manos del Rey, y este descargó el golpe. ¿Por qué bastó uno solo, un simple decreto, para echarle por tierra? ¿Por qué no se opuso el pueblo, á quien tan entusiasmado se supone, y que por el contrario vitoreaba al Rey con frenesí?

Pero de todos modos fue una ingratitud monstruosa castigar tan rudamente á los que en su ausencia habian trabajado por la independencia de la Nacion; y aun mas, el haber santificado con la palma de los confesores muchas nulidades políticas, que á esta persecucion debieron su engrandecimiento posterior, tan funesto para la libertad de España. Cuando en los años venideros se haya de escribir la historia de aquella época, los hombres despreocupados que nos sucedan, probablemente en este sentido comentarán sus hechos.

El dia 13 de Mayo entró Fernando en Madrid, y fue recibido con mayor aparato y con no menos entusiasmo que la vez primera; y el dia 30 de

aquel mismo mes con motivo de su cumple años en vez de dispensar gracias, fulminaba proscripciones contra los adictos al intruso, y condenaba á perpetuo destierro hasta sus inocentes esposas, si con ellos habian emigrado. ¡Rasgo horrible! porque en tales dias sus antepasados, ó enjugaban el llanto de algunas familias, ó al menos guardaban silencio. Fernando escogió aquel momento, para aniquilar la última esperanza de 12,000 familias, cuyo único delito era haber hecho lo que él en Valencey..., adular á Napoleon. Y mientras de este modo se cerraban las puertas de la patria á los emigrados, muchos Diputados á Córtes envidiaban su suerte, presos en estrecha cárcel, y víctimas de lo qus se llamaba causas de Estado.

De aquella época data *la camarilla*, reunion oscura y detestable, que por desgracia de España tuvo á su disposicion por mucho tiempo los destinos de la Nacion. Sin esto, nada tendria de particular y nos complaceriamos en pasarlo por alto como perteneciente á la vida privada. Dábase el nombre de camarilla á la antesala del cuarto del Rey, donde solian estar los Ugieres y demas personas de la Real servidumbre. La etiqueta del

Palacio español atemperada al carácter sério de la Nacion y su proverbial gravedad, se citaba en los reinados anteriores como un modelo de rigidez. Fernando VII desentendiéndose de ella, salia con frecuencia á pasar el rato con esta camarilla, compuesta de hombres de baja estraccion, bufones y chocarreros, y muy pocos Grandes de España. Las conversaciones de aquella reunion entre el humo del cigarro y las mas picantes alusiones, hubieran honrado un cuerpo de guardia: á vueltas de ellas se discutian las mas árduas cuestiones de gobierno *confidencialmente*, á la manera que los antiguos francos dirimian de sobremesa sus controversias políticas. Alli se estrellaban con frecuencia las reputaciones mejor adquiridas y las mas sábias disposiciones de los Ministros: asi es que en la vida de Fernando VII, hay hechos cuya solucion en vano se buscaria en la política sin poseer la clave de los arcanos de la *camarilla*.

Sucediánse los ministros unos á otros con increible rapidez: entre tales destituciones merecen particular mencion las que se hicieron el mismo año de 1814 del Duque de S. Cárlos *por corto de vista*, y de Macanáz, condenado al Castillo de San Anton por venalidad y por sospechas de ha-

ber tenido parte en la publicacion de las cartas escritas por Fernando á Napoleon desde Valencey, y dadas á luz por los periódicos ingleses. Esta prision fue acompañada de circunstancias notables, por haber sorprendido el Rey al Ministro en su mismo lecho, recogiéndole las llaves de su escritorio, en que halló pruebas de venalidad y copias de sus cartas. Algun tiempo despues, D. Pedro Agustin Echevarri al retirarse á su casa despues del despacho, en que le dió Fernando pruebas seguras de franqueza y amistad, encontró en ella una Real órden suprimiendo su ministerio de seguridad pública, y desterrándole á Daimiel. Casi lo mismo se vieron destituidos Ballesteros, y en 1818 Pizarro, Garay y Figueroa, arrancados á media noche de los brazos de su familia y conducidos á su destierro con fuertes escoltas.

La pintura de esta época podria parecer exajerada á los venideros: por eso preferimos copiarla del memorial interceptado á Lardizabal, en 1816, que pensaba presentarlo á su segunda esposa Doña Maria Isabel de Braganza á su arribo á Cádiz, y que creemos inedito. Dice asi despues del preámbulo: «Por el mal gobierno de la Hacienda, y lo exhausto del Erario, estamos

próximamente amenazados de la disolucion del Estado y de una rebelion general, por el disgusto con que se sufre un gobierno arbitrario, en que se exalta á los hombres malos, y se abate á los buenos: se quita el empleo ó se destierra á uno sin decirle por qué: pide que se le hagan cargos y oiga en justicia, y se le niega; no se respetan las las leyes, ni las personas; se castiga por chismes y delaciones secretas, y se deja impunes á los calumniadores. Todo esto es lo que hace desear la Constitucion y lo que escita las conspiraciones. Tres van ya descubiertas: de resultas de la primera se ahorcó en la Coruña al cabeza de ella (*). De las otras dos se trata actualmente para descubrir sus autores, y hay muchos presos (**). El plan de una de ellas era sorprender al Rey en el paseo y obligarle á jurar la Constitucion. El de la segunda era matarle, y cualquiera que conozca el corazon humano conoce bien que tales causas producen infaliblemente tales efectos tarde ó temprano.»

«Todo esto procede de que á poco tiempo de llegado S. M. á Madrid, le hicieron desconfiar

(*) Porlier.

(**) La de Richard y la supuesta de Yandiola.

de sus ministros, y no hace caso de los tribunales ni de ningun hombre de fundamento de los que pueden y deben aconsejarle. Da audiencia diariamente y en ella le habla quien quiere, sin escepcion de personas. Esto es en público; pero lo peor es que por las noches en secreto da entrada y escucha á las gentes de peor nota y mas malignas, que desacreditan y ponen mas negros que la pez en concepto de S. M. á los que le han sido y le son mas leales y á los que mejor le han servido, y de aqui resulta que dando crédito á tales sujetos, S. M. sin mas consejo, pone de su propio puño decretos y toma providencias, no solo sin contar con los ministros, sino contra lo que ellos le informan. Esto me sucedió á mí muchas veces y á los demas ministros de mi tiempo; y asi ha habido tantas mutaciones de ministros, lo cual no se hace sin gran perjuicio de los negocios y del buen gobierno. Ministro ha habido de veinte dias ó poco mas, y dos hubo de cuarenta y ocho horas: ¡pero qué ministros! V. A. no querrá creerlo cuando sepa los que han sido.»

Nada pudo remediar aunque no dejó de contener algo la virtuosa Isabel (*), que falleció el

(*) Véase la biografía de Calomarde.

26 de Diciembre de 1818, víctima, segun se dijo, de un asesinato quirúrgico.

No tardó Fernando en pasar á terceras nupcias, dando la mano á la Princesa Doña María Amalia de Sajonia, que entró en Madrid á 20 de Octubre de 1819, para ser compañera del Rey en su infortunio.

Efectivamente, dos meses despues se proclamaba la Constitucion en las Cabezas de S. Juan, con tan débiles recursos, que solo un gobierno imbecil, como el que entonces presidia los destinos de España, pudiera ser víctima de tal levantamiento, que por si solo se consumia. En vano Elio ofrecia marchar allá y aniquilar los restos que vagaban por Andalucia, ó permanecian al abrigo de los reparos de la Isla: pero la Córte desechó sus servicios, cual si estuviera sobrada de recursos, y creyó salir del apuro haciendo firmar al Rey el ambiguo decreto de 3 de Marzo. Dos dias despues estallaba la insurreccion en Zaragoza, y de todos los ángulos del reino respondian al grito de libertad. Entre tanto el cuarto del Rey, presentaba un cuadro lastimero de abandono y de pavor. ¿Dónde estaban entonces aquellos nobles castellanos, que al ver á su Rey

en peligro volaban á su socorro, al frente de sus huestes y criados? Fernando se habia rodeado de canalla, y esta le daba el pago merecido, abandonándole en su desgracia.

Para salir de aquel apuro, mandó convocar las Córtes con fecha 6 de Marzo, y al dia siguiente viendo que esto no bastaba juró la Constitucion puramente y sin restriccion alguna. ¡Cuánto mejor le hubiera sido aprovechar el entusiasmo público que se mostraba á su favor en 1814, para haberla modificado en un sentido mas monárquico, que hubiera robustecido su poder y satisfecho ulteriores exijencias! Pero los hombres débiles van siempre de un estremo á otro; al paso que el pueblo una vez roto el primer dique, arrolla cuanto embaraza su impetuosa carrera. Uno y otro se vió en esta ocasion; el pueblo de Madrid no satisfecho con las anteriores concesiones, invadió el Palacio Real, reproduciendo las tétricas escenas de Aranjuez, á las cuales debiera Fernando su elevacion al trono. La guarnicion permaneció pasiva, y el pueblo tumultuado redobló sus exigencias y envió seis comisionados hasta los pies del trono. Fernando se vió precisado á reponer el ayuntamiento dé 1814, y este erigido en cuerpo político

se presentó á exigir al Rey el juramento de guardar la Constitucion de Cádiz. «Confiad en vuestro Rey,» decia al dia siguiente 10 de Marzo en un manifiesto que ha llegado á ser vulgar, y poco despues añadia aquellas célebres palabras, que por sí solas forman un proceso, «*marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional.*» Aquel mismo dia en que se publicó este manifiesto, las tropas de la guarnicion juraban el Código del año 1812.

No entraremos en la cuestion de si el ódio de Fernando VII contra lo que acababa de jurar, era precisamente á las instituciones, ó mas bien contra las personas que las representaban. No tiene duda que profesaba poco afecto á las primeras, que menguaban su poderio, lo mismo que á las segundas, por el modo casi violento con que habia tenido que aceptarlas. Pero por otra parte, es indudable tambien que no fue su oposicion el único escollo contra el cual hubo de estrellarse la nave del Gobierno representativo, y quizá fue mas funesto para ella el furor demagógico de la época. Al ver el descrédito en que van cayendo ahora muchas brillantes teorías, por el abuso que de ellas se hace; al ver el sistema elec-

toral reducido á un escandaloso agiotage, la responsabilidad ministerial convertida en cuestion de palabras, y el recargo de contribuciones mayor que en tiempo del absolutismo, pudiéramos preguntar, ¿desde el año 1834 hasta el presente, ha sido Fernando VII quien ha estorbado las reformas constitucionales?

Llegó por fin la época de principiar estas, en el segundo periodo constitucional á que aludimos. El domingo 9 de Julio de 1820, abrió Fernando en persona las Córtes del reino, congregadas en el salon del ex-convento de Doña María de Aragon, que se habia decorado con la posible magnificencia. El Rey estaba sereno y sonreia, el público le vitoreaba, y algunos Diputados secundaban los aplausos. Entonces al pronunciar el discurso de apertura salieron, de su boca estas notables palabras. «La atencion general de la Europa, se halla dirigida ahora sobre las operaciones del Congreso, que representa á esta Nacion privilegiada. De él aguarda *medidas de indulgencia para lo pasado, y de ilustrada firmeza para lo sucesivo*, que al mismo tiempo que afiancen la dicha de la generacion actual y de las futuras, hagan desaparecer de la

memoria los errores de la época precedente.»

La esperanza que podia concebirse al oir estas palabras, fue harto pasajera: por una parte la obstinacion del Rey impedia las reformas; por otra el desenfreno demagógico crecia por momentos. Este se irritaba mas y mas con la resistencia, aquel se hacia á su vez mas suspicaz, y cada paso que mútuamente daban, alzaba una barrerra entre ambos, impidiéndoles avenirse ni entenderse. El que quisiere disculpar al uno y cargar sobre el otro toda la odiosidad, creemos que no pintaria con exactitud la época tumultuosa de los tres años... ¡*tres años* de humillacion para el Monarca, que compensaron con creces los seis anteriores de arbitrariedad!

Las sociedades secretas minaban el Reino, fraguaban conspiraciones, y despues de abortadas culpaban de ellas á los enemigos de la libertad y aun al Trono mismo. Esta costumbre ridícula se ha perpetuado hasta nuestros dias, echando siempre al débil y al vencido la culpa de todos los desórdenes; como si pudiera el público alucinarse acerca de los verdaderos conspiradores.

El primer ministerio constitucional estaba compuesto de hombres naturalmente antipáticos al

Rey, pues solo Amarillas era el único que le merecia algun afecto. La lucha entre el Rey y sus Secretarios, era notoria: para mayor descrédito de aquel, se hizo igualmente pública su conversacion con Riego, al besarle la mano, conversacion que el campeon de la Isla tuvo la debilidad de publicar. Llegó en seguida la ley sobre reforma de monacales, que el Monarca se negaba á sancionar, y á la cual no accedió sino obligado por una de aquellas *farsas ensayadas*, que llamaban motines, en las cuales eran mas culpables las autoridades que las consentian, como argumentos *ad terrorem*, que los infelices que alborotaban por un pequeño salario, ó por las ocultas sugestiones del *gran Oriente*. Huyendo de tales atropellos, marchó Fernando al Escorial, desde donde disolvió las Córtes. Por desgracia parecia que un maligno influjo le sujeria errores con que comprometerse y perder el respeto que sus desventuras inspiraban á todos los buenos liberales. El imprudente nombramiento de Carvajal para la Capitanía general de Castilla, acabó de escitar contra su persona el ódio y los resentimientos. Al regresar á la Corte, aturdido con los trágalas, escarnecido y vilipendiado, hubo de sufrir ignominias,

que no sucedieron á Luis XVI al regresar de Varennes. Lloraba la tierna Amalia; los Infantes se mostraban abatidos de dolor, y Fernando apenas podia contener su cólera. ¿Qué restaba ya sino llevarlos al Temple? Y con todo, en España, en el pais de las anomalías, tampoco salió cierto por esta vez aquel axioma que dice: *corona degradada, y cabeza en el cadalso.*

A la vez el Gobierno que habia aflojado las riendas del orden, iba á ser víctima de los elementos desencadenados. Si habia mostrado algun tanto de connivencia con los que escarnecieran al Rey, aun se vió él mas insultado cuando la Sociedad del café de Malta decia en su representacion á Fernando, acusando á los Ministros; « que sus individuos habian contribuido inocentemente *á la última farsa* del mes de Noviembre. . . .

. . . .

y que con grave perjuicio de la tranquilidad pública se habia sorprendido su fidelidad y patriotismo. » ¡ Por tales medios se queria hacer de Fernando VII un buen Rey constitucional!

El pueblo que en vez de considerarle como su representante perpétuo, le miraba como primer conspirador, seguia denostándole mas ó menos

directamente, acosándole en el paseo con dicterios, insolentes; y pasando de las palabras á las obras llegó hasta el punto de apedrear su coche. Entonces vió la Europa con escándalo un Rey abatido á mendigar proteccion del Ayuntamiento de la Corte. Indignados los Guardias atropellaron algunos alborotadores, y el Rey tuvo que acceder con despecho á la supresion del Cuerpo.

El dia 1.º de Marzo de 1821 abrió Fernando en persona la segunda legislatura, notable por el discurso de apertura, á continuacion del que añadió de su propio caudal una relacion de los ultrajes cometidos contra su decoro, que no solo no habia sido redactada por los Ministros, sino que era mas bien una censura contra su conducta. La mina acababa de rebentar; y para que el estrago fuera completo, al regresar el Rey á Palacio destituyó de una plumada á todos sus Ministros, confiando interinamente los negocios á los primeros oficiales de sus respectivas secretarías. Tres dias despues nombraba el segundo Ministerio constitucional, compuesto de personas apreciables por sus garantías de honradez y de patriotismo.

En el mes de Julio se reprodujeron las mismas

escenas de Noviembre del año anterior. A fines de él, Fernando habia cerrado las Córtes desde la Granja, por medio de un decreto; y para mayor identidad, no escarmentado con las lúgubres escenas, que ya habia provocado su conducta, incurrió en el mismo error, admitiendo la dimision del Ministro de la Guerra, y nombrándole sucesor por sí mismo, sin contar con sus Ministros. Irritados estos, presentaron su dimision, que el Rey no quiso admitir; y conociendo su yerro, nombró con acuerdo de ellos un sucesor, como debiera haberlo hecho desde el principio. Ya con este motivo se advertian síntomas de conmociones; y si entonces hubiera regresado á Madrid, quizá se le recibiera con mas desacato que el año anterior. Pero no por eso se sostuvo la tranquilidad por mucho tiempo, pues desencadenadas las sociedades secretas contra el Ministerio, que la mantenia, venieron á echarle por tierra, contribuyendo tambien á esta obra el nuevo Congreso, compuesto en su mayor parte de sugetos de avanzadas ideas.

En tan espinosas circunstancias ¿quién habia de encargarse de regir la nave del Estado? Recusábanle todos los hombres de orden; y el Rey,

al verse en tal conflicto, no pudo menos de esclamar: «¿Qué será de mí si los españoles honrados me abandonan en estos momentos?» Entonces los Sres. Martinez de la Rosa (*), Garely y Moscoso, impulsados de un movimiento de generosidad, aceptaron el compromiso de libertar á un Monarca, que parecia trataba él mismo de arruinarse, cual si la anarquía que le acosaba no fuera suficiente para precipitarle en un abismo. Halagaba Fernando á sus nuevos Ministros con aparentes deseos de una reforma templada de la Constitucion; pero al llegar el momento crítico, á despecho de ellos y de las juiciosas observaciones del Embajador francés, se decidió por su mando absoluto, confinado en los insurgentes que acampaban en el Pardo. Entonces el Palacio y la Corte fueron teatros del mas sangriento drama de aquella revolucion: ¡episodio terrible, que hace en ella el mismo papel que el lúgubre 2 de Mayo en la guerra anterior, cuando las calles de la Corte se inundaron con española sangre!

Aterrado el Monarca con el sangriento espectáculo que habia provocado, y abatido con su inesperado desenlace, volvió á las ideas de con-

(*) Véase su Biografia.

ciliacion y prudentes reformas; pero ya era tarde. Los honrados Ministros, de cuya confianza habia abusado, acababan de retirarse; y en tal situacion volvió su vista á Francia, y pidió su intervencion á Luis XVIII, pintando enérgicamente los escesos de la anarquía. Esta carta tuvo su resultado, y los hijos de S. Luis invadieron la Península, conducidos por el Duque de Angulema. No era la idea de este, ni del Rey de Francia, restablecer el absolutismo en toda su latitud, antes bien desterraron á los furibundos realistas, Creus y Mataflorida, individuos de la Junta de Urgel, y representantes del despotismo neto.

El Gobierno de Madrid, trató entonces de trasladar al Rey á parage seguro, pero este irritado, destituyó á sus ministros. Llegó entonces el furor popular á un estremo hasta el cual jamás habia rayado, y la vida del Rey se vió en peligro. He aqui como describe aquella escena un testigo de vista: (Miraflores, t. I) «La pluma se resiste á escribirla: voces de *muera el Rey* se oyeron por primera vez; se insultó el sagrado asilo y aun á la virtuosa y respetable Reina; y acaso sin la Milicia de Madrid, y sin el Ayuntamiento, se hubiesen manchado las páginas de

nuestra historia con la sangre de ilustres víctimas.»

A pesar de su resistencia á pretesto de enfermedad, se vió precisado á salir de Madrid para Sevilla el 20 de Marzo de 1823, escoltado por gran parte de la Milicia de la Capital; y alguna tropa, á las órdenes del General Villacampa. En Sevilla manifestó de nuevo su resistencia á pasar adelante, lo que dió lugar á la ruidosa sesion de 11 de Junio. La comision, á cuyo frente iba D. Cayetano Valdés, se presentó al Rey á las cinco de la tarde para darle cuenta de su traslacion a Cádiz. — «Mi conciencia y el interés que me ispiran mis súbditos, respondió Fernando, no me permiten salir de Sevilla. Si como individuo particular no hallo inconveniente en la partida, como Rey debo escuchar el grito de mi conciencia.» — A las reiteradas instancias de Valdés, respondió secamente «he dicho» y volvió la espalda. Entonces las Córtes á peticion del Sr. Galiano declararon incapacitado al Rey, y acto continuo se instaló la Regencia provisional. De este modo reducido Fernando á Rey de farsa, salió al dia siguiente para Cádiz, y el 15 recobraba el cetro. Epoca célebre en los fastos de nuestra

historia, pues no se escribió con sangre como quizá hubiera sucedido en otras naciones.

Amaneció por fin el dia 1.º de Octubre de 1823, dia de su libertad. Una rica falúa conducia al Rey y su familia al campamento francés. Desde allí lanzaba una mirada furibunda sobre las baterías de Cádiz, y á poco rato los ex-regentes, á pesar de las garantías que les habia dado, eran declarados reos de lesa Magestad. En vano el Duque de Angulema, y el mismo Rey de Francia, trataron despues de hacerle retroceder de la tortuosa senda que emprendia y de las ideas reaccionarias: uno y otro le merecian poca gratitud, y fue preciso que algun tiempo despues un enviado del Autócrata, viniese casi con amenazas, para sujerirle ideas de templanza, y obligarle á mudar el ministerio. Subió al poder á poco tiempo Calomarde (*), fiel intérprete de su política. Entre tanto estallaban con frecuencia movimientos y rebeliones en diferentes sentidos, escitados por los hombres mas virulentos de uno y otro bando. Los pronunciamientos de Valdés en Tarifa, y de los Bazanes en Alicante, alternaban con los de Capapé y de Bessieres, en sentido opues-

(*) Véase su biografía.

to; y en medio de aquella conflagracion general y agitacion de los partidos, D. Pedro daba una Constitucion á Portugal. Alarmado Fernando con la idea del fuego que ardía en el vecino reino, decia en un manifiesto á los españoles con fecha 16 de Agosto de 1826: «Sean las que quieran las circunstancias de otros paises; nosotros nos gobernaremos por las nuestras; y yo, como padre de mis pueblos, oiré mejor la voz humilde de una inmensa mayoría de vasallos, fieles y utiles á la patria, que los gritos osados de la pequeña turba insubordinada, deseosa de renovar escenas que no quiero recordar.»

Al año siguiente se notaron en Cataluña síntomas alarmantes, y bien pronto la insurreccion tomó un vuelo rápido y espantoso. Entonces el Rey dió pruebas de energia marchando velozmente á Tarragona. Los fusilamientos que siguieron á la sofocacion de aquel levantamiento, á pesar del indulto, vinieron á manchar aquella paz instantáneamente conseguida.

Desde Cataluña pasó Fernando á Valencia, en donde se reunió con su esposa para visitar juntos las principales ciudades del Norte de la Nacion: volvieron á Cataluña, y desde Barcelona regresó á Ma-

drid por Zaragoza, Pamplona y Vitoria. Una perspectiva mas halagüeña principiaba á lisonjear la España. Los ódios políticos, si no estinguidos, parecian amortiguados; reinaba en la hacienda un órden estricto y económico; la paz y la tranquilidad tanto tiempo apetecidas, hacian renacer la confianza; y hasta las ciencias y la industria principiaban á levantar su abatida frente. No titubearemos en considerar aquel periodo como el mas tranquilo que ha disfrutado la Nacion en todo lo que llevamos de este siglo. Cuando á deshora sobrevino la muerte de la Reina Amalia, turbose momentáneamente aquel reposo, y despertó de su letargo la funesta político-manía.

Los partidos principiaron á bullir con la esperanza de atraer á sus intereses la nueva esposa, pues en vano los que exortaban al Rey á que desistiese de cuartas nupcias, cifraron su esperanza en que faltára la sucesion directa. Fernando aunque algo quebrantado su físico por el abuso de fáciles placeres, y por la continua agitacion de su borrascosa vida, que le hacian víctima de una vejez prematura, aun sintió su pecho accesible á los encantos del amor: aquel mismo año galopaba junto al estribo de la carroza en que entraba en Ma-

drid la escelsa Cristina, esperanza de los españoles. La venida de los Reyes de Nápoles, y el amor que la jóven Reina supo inspirarle, juntamente con la esperanza de tener sucesion, modificaron su génio en los últimos años de su vida y le decidieron á dar la ley de sucesion, y publicar la Pragmática de 1789.

El 10 de Octubre de 1830, cuando en varios ángulos de Europa resonaba acorde el grito de libertad, Fernando lograba el placer de ser padre: al mismo tiempo multitud de emigrados acometian diferentes puntos de la Península, lanzando el mismo grito, presagio sin duda de una borrascosa minoría.

Entre tanto los achaques del Rey se iban agravando, y la gota paralizaba sus miembros. El 13 de Setiembre le acometió al pecho, y el 17 se desesperó de su vida. En medio del abandono en que yacia, acompañado únicamente de su jóven esposa, oyó con dolor la triste pintura de las desgracias, que á su muerte iban á sobrevenir al Reino: aterrado con aquella idea y fascinado por sus consejeros, accedió á la revocacion de la Pragmática, condenando al infortunio á su esposa y á sus inocentes hijas. Pero cuando todos creian que

habia fallecido, viéronle con asombro vuelto á la vida y arrancado casi á viva fuerza de los brazos de la muerte. Disipáronse entonces rápidamente los proyectos de sucesion indirecta, y Fernando enterado de la verdad de los sucesos y de la lealtad de los españoles, conoció las arteras intrigas de que habia sido víctima, desaprobó la conducta de sus ministros, y confió el despacho de los negocios á su Augusta esposa.

El estado del Rey durante el último año de su vida era tal, que el vulgo llegó á dudar de su vida, y llamaba aquella existencia *vivir por máquina.* El 30 de Diciembre ante una reunion respetable anuló el codicilo arrancado á su debilidad en los momentos de su agonía, y cinco dias despues daba gracias á la Reina en un manifiesto, por su esmero y asistencia durante la enfermedad y por el feliz desempeño de los negocios que habia despachado. El 16 de Marzo de aquel año (1833) se vió en la precision de desterrar á su hermano D. Cárlos, con motivo de la próxima jura de la Princesa Isabel, que este repugnaba. Verificóse aquel acto el 20 de Junio en la Iglesia de S. Gerónimo, segun los antiguos usos, autorizándolo el Rey con su presencia, como igualmente los espectáculos, que

en celebridad de este suceso tuvieron lugar, dando pruebas el Rey de que sus achaques no habian sido suficientes á destruir su antigua aficion á las lides del circo. Por fin aquella existencia minada por las mas opuestas pasiones, despidió el último destello de la vida el 29 de Setiembre de 1833, por la tarde, á impulsos de un ataque fulminante de apoplejía.

Tal fue el triste fin de Fernando VII de Borbon, á quien los aduladores prodigaron el título de *Deseado*, verdadero en algun tiempo. Las desgracias que presidieron á su reinado, han hecho su recuerdo ingrato para los españoles: ¡ved ahi, dicen, al hombre por quien arrostramos una guerra estranjera y otra civil, y que á su muerte nos legó otra aun mas funesta! ¡Cómo si tuviera él la culpa de las desgracias todas con que la Providencia en su furor castiga á los pueblos! porque los hombres recuerdan mas bien sus estravíos, que las cualidades que en época menos tormentuosa hubieran hecho quizá de él un buen Monarca. No le faltaba talento y poseia una memoria feliz y hasta sorprendente: era afable hasta degradar su dignidad, y piadoso como todos los Borbones, aun cuando á veces su conducta no iba conforme con las ideas y máximas de la religion.

Aquí debiéramos quizá presentar el reverso de la medalla, y manifestar igualmente sus defectos; pero estos son demasiado públicos y muchos de ellos hasta exajerados. Por otra parte, como dijimos al principio, no se presta fácilmente nuestra pluma á ensangrentarse en agenas reputaciones y debilidades humanas. Respetemos tambien su memoria, pues dió existencia á la Augusta Princesa que hoy ocupa el trono, aun cuando no puedan recaer sobre su frente sin mancilla los estravios de su padre. Y en una época en que tan vilipendiada se mira la magestad del trono, ¿qué español será capaz de pintar el último reinado con toda su deformidad, y enagenarle de un modo indirecto la adhesion de los servidores que aun le restan?

Quizá al leer esta biografía se habrán echado de menos numerosos hechos. Pero la historia de un Rey, es la de toda una Monarquía; imposible por lo tanto concretarla á tan angosto espacio, sin reducirla á limitada forma. Quizá tambien los hombres de partido, mirándola con sus diferentes prismas, la considerarán como un panegírico, ó bien la calificarán de libelo. ¡Felices nosotros si al espresar las ideas de la gran mayoría de la Nacion, conseguimos desagradar á los partidos estremos!



LORD BYRON.

Personaggi Celebri del Secl. XIX

LORD BYRON.

«La aparicion de Lord Byron en la literatura europea, es uno de aquellos sucesos cuya influencia se hace sentir en todos los pueblos y á todas las generaciones: no porque sea Byron, como lo han asegurado algunos críticos, el creador de un nuevo género de poesía; pues no pertenece al hombre el crear nada.»

CARLOS NODIER.

Desde los siglos de renovacion que han seguido á los llamados bárbaros, todas las ciencias é ideas eclécticas del hombre, han tenido la tendencia á materializarse; y por un efecto de infalible reciprocidad, cuya causa está en nuestra naturaleza, que aspira siempre á existir en alguna parte fuera de sí misma, las cosas de la vida puramen-

te materiales han esperimentado la misma inclinacion progresiva al espiritualismo. Testigo Lord Byron de la renovacion de una civilizacion, ha sido el intérprete mas poderosamente inspirado de todos los sentimientos, de todas las pasiones, en una palabra, de todo el frenesí que se despierta en el tempestuoso intérvalo en que se confunden los ensayos de una sociedad naciente, y las convulsiones de otra que acaba. Lord Byron, no ha hecho mas, que revelar la poesía de aquel estado de cosas; y si admira la invasion inmensa y simultánea del género romántico, mas que á la influencia accidental de un hombre de génio, debe atribuirse al estado de las necesidades reales de nuestra sociedad.

Sin que nosotros desconozcamos las grandes cualidades poéticas de la persona cuya biografía vamos á trazar, no se nos negará tampoco que á la par que sus obras han contribuido á darle la fama de que disfruta, circunstancias que le eran particulares, su vida azarosa, y hasta, permítasenos la espresion, sus estravagancias.

Jorge Gordon (Lord Byron) nació en Lóndres el 22 de Enero de 1783. La juventud del Capitan Byron, su padre, habia sido muy tempestuosa:

casado en primeras nupcias con Lady-Carmartthen, á quien habia seducido, y que estaba divorciada de su esposo, vivió poco tiempo con ella; murió dejando una hija, y el capitan Byron se casó de nuevo con Miss Gordon, rica heredera cuyo patrimonio disipó en pocos años. Separáronse al fin los dos esposos, y el Capitan murió en Francia, en Valencienes, pocos años antes del nacimiento del autor de *Childe-Harold*.

Cuando se cuenta la vida de un hombre, de quien se ha dicho con alguna razon: «que tenia mas vanidad en descender de los Byron de Normandia, que acompañaron á Inglaterra á Guillermo el Conquistador, que de haber sido el autor de *Childe-Harold* y de *Manfredo*,» preciso es hablar un poco de sus antepasados; y no parece que estos se titulasen hasta el reinado de Cárlos I. Tal era la familia del que en su infancia era llamado por sus camaradas de colejio el *antiguo baron inglés*, para burlarse de su apego á aquel título, y que despues, vuelto liberal y carbonario, decia rechazando la semejanza que queria establecerse entre Rousseau y él: «él era del pueblo, y yo soy de la nobleza.»

Byron nació cojo, y es digno de notarse que los

dos grandes literatos de Inglaterra, del principio de este siglo, Byron y Scott, tenian ambos aquella deformidad. En vano se hicieron varias tentativas para correjir aquel defecto. Recibió las primeras lecciones de gramática, en Abeerdin, y en 1793, visitó con su madre la parte elevada de la Escocia; gustaba de pasearse por aquellas montañas, y como las impresiones de la infancia son muy duraderas, las montañas de Grecia le recordarian sin duda despues las elevadas de Escocia. En aquella época, apenas contaba ocho años, se enamoró de una niña de su edad con un afecto que tenia todos los caracteres del amor. Fenómeno que no es raro principalmente en los niños que mas adelante han de ser hombres de imaginacion. Dante, Alfieri, Canoba y Rousseau tuvieron amores en su infancia.

Mientras la de Byron pasaba en ensueños, se preparaba un suceso que debia tener una inmensa influencia en su destino. Por la muerte de un jóven que habitaba la Córcega, heredó el título del V Lord Byron, que vivia en la abadia de Newstead. Murió el Lord en 1795, y cuando por primera vez llamaron en la escuela al jóven Jorge Byron, colocando segun costumbre su título antes

que el nombre, le causó grande impresion y prorumpió en llanto. Su nueva posicion exigia un nuevo tutor y este encargo recayó en Lord Carlisle, pasando Byron á Lóndres con su madre. Enviáronle primero á un instituto particular, y por último entró en la escuela pública de Harrow. Su carácter era indomable, y como lo ha dicho él mismo, no era popular entre sus camaradas, pero sabia hacerse querer de algunos. Sus sentimientos eran en efecto tan generosos como arrebatados; y un dia que uno de los matones de las clases aporreaba brutalmente á un débil escolar, se acercó Byron á él temblando de cólera y le preguntó: « cuántos golpes pensaba dar á su amigo: « « y qué te importa contestó el opresor ?» « es que si os parece recibiré yo la mitad.» El muchacho á quien se pegaba era Peel, que habia de llegar á ser despues uno de los primeros hombres de Estado de Inglaterra. Byron contrajo en el colejio amistades apasionadas; dominaba en todos sus actos la melancolía, y aquel niño que sobresalia en todos los juegos de fuerza y de agilidad, que era siempre el primero en las conspiraciones infantiles, se complacia en meditar en el cementerio de Harrow, donde se enseña aun el sepulcro sobre el cual solia sentarse.

Estando aun en Harrow se apasionó de Mis Chaworth que habitaba en Annesly , cerca de Newstead. Ella no hizo caso de él y hasta se burló del amor de una persona á quien consideraba solo como un niño ; y aquel amor no correspondido, y que no pudo olvidar enteramente, le hizo caer en culpables estravios.

Desde el año de 1805, estando aun en la Universidad de Cambridge , habia principiado á componer versos. Imprimió primero, solo para sus amigos, sus *Juvenilia* que publicó en seguida , viendo lo bien recibidas que habian sido. Aparecieron despues sus *Horas de ócio* (Hours of idleness) dedicadas á su tutor Lord Carlisle. Al recorrer las primeras poesias de Byron , sin estar preocupado por la reputacion que ha adquirido despues ; nada se encuentra en ellas de notable. Comunmente hay en los jóvenes poetas fuerza y oscuridad , y el principal defecto de Byron eran el prosaismo y una insipida claridad. La Revista de Edimburgo desconoció el porvenir del jóven poeta y le criticó groseramente. Sabido es como se vengó Byron. Poco antes de aparecer la sátira que debia dar vuelo á su talento, estaba en una posicion poco favorable: su primer ensayo poético sufria el cruel desden de

los periodistas y el olvido del público, y habia entrado en la Cámara de los Lores, desapercibido y sin patronos. Su falta de fortuna, la mala reputacion de su padre, y la conducta loca de su madre, habian alejado de él á los hombres de su clase. No hacian caso de él, y su espíritu indomable no podia soportar el desprecio. Esto esplica la causticidad de aquella sátira que admiró á la Inglaterra, y que hizo cesar en Byron el sentimiento que atormenta principalmente á los hombres de génio, la duda de lo que valen. Byron atacó en aquel escrito á los que despues debia admirar y contar en el número de sus amigos: W. Scott y Moore, fueron en ella muy mal tratados. La versificacion de la sátira es fuerte y concisa, pero toda la composicion carece de claridad.

Poco despues de publicada aquella sátira, partió Lord Byron para el continente. Pero antes de seguirle, veamos en qué disposicion de espíritu se encontraba el poeta. Despues de lo que le habian hecho sufrir los desdenes de Mis Chaworth, se entregó con toda la violencia de su carácter á las pasiones; su juventud no tuvo durante algun tiempo freno alguno, y vivia en el antiguo castillo, de Newstead, en medio de la licencia y del ócio.

Con el corazon enchido de pasiones, con el entendimiento fuerte, pero desordenado, salió Lord Byron el 2 de Julio de 1809, para su viaje á Levante. Atravesó el Portugal y el Sur de España; permaneció algun tiempo en Cádiz, ciudad de placeres que ha cantado en sus versos, con sus músicas, sus mugeres hermosas, y su delicioso clima. Visitó la Cerdeña, la Sicilia, Malta, y pasó á Turquía. Abordó en Albania, la antigua Epiro, se adelantó hasta el Monte Tomarit, y fue acogido con benevolencia y distincion por el famoso Alí Bajá. Despues de haber visitado, la Iliria, la Chasnia, etc. atravesó el golfo de Actium con una guardia de 50 albaneses, y pasó el Achelono durante su camino, al través de la Acarnania y la Etolia. Se detuvo en Morea, pasó el golfo de Lepanto y abordó al pié del Parnaso; vió las ruinas de Delfos, pasó á Thebas y á Atenas, y regresó despues á Constantinopla. Desde allí volvió á Atenas y fue en seguida á Corinto y Patras. Recorrió despues la Morea, y era su ánimo pasar á Egipto, pero no lo llevó á cabo, y regresó á Inglaterra en Julio de 1811, despues de dos años de ausencia.

Traia de aquel viaje los dos primeros cantos de la peregrinacion de *Childe-Harold*, y una sátira

bastante mala, imitacion del *Arte-Poética* de Horacio. Lo singular es que creyó que *Childe-Harold* no era digno de imprimirse, y que fundó todas sus esperanzas de buen éxito en su imitacion de Horacio. Persuadiéronle al fin sus amigos de que aquel poema era una obra de génio; pero siempre conservó una predileccion hácia la citada sátira.

A su regreso no pudo Lord Byron volver á ver á su madre, que habia muerto de una enfermedad rápida; y casi al mismo tiempo perdió á su amigo Cárlos Skinner Mathews, que pereció en un rio inmediato á Cambridge. Estas dos muertes le afligieron profundamente, y fueron precisas para consolarle, las ocupaciones de la Cámara alta en la que volvió á ingresar, y los cuidados de la publicacion de *Childe-Harold*. Fue bien acogido en la Cámara de los Pares. Antes de su viaje, se habia sentado casi solo en los bancos de la oposicion; á su vuelta encontró apoyo en los que pensaban que podia ser útil á su causa; distinguiéndose entre otros Lord Holland.

El 27 de Febrero de 1812, pocos dias antes de la publicacion de *Childe-Harold*, pronunció Byron el primer discurso que fue muy aplaudido. Tratábase de un bill que imponia penas muy severas contra

los destructores de telares. El jóven orador hizo en su discurso alusion á sus viajes: «He atravesado, dijo, el teatro de la guerra en la Península; he recorrido las provincias mas oprimidas de la Turquía y jamás, bajo el Gobierno mas despótico entre los infieles, he visto una miseria mas odiosa que la que he presenciado á mi vuelta, al corazon mismo de un pais cristiano. ¿Y cuáles son vuestros remedios? Despues de muchos meses de inaccion llega por fin el grande específico, la panacea de todos los médicos de Estado, desde Dracon hasta nuestros dias. Despues de tomar el pulso, de haber meneado la cabeza, se ordena, como de costumbre, el agua caliente y la sangria: el agua caliente de vuestra nauseabunda policia, y las lancetas de vuestros soldados; y despues acaban las convulsiones con la muerte, que es el fin de todas las curas de nuestros Sangredos políticos. Dejando á un lado la injusticia palpable y la ineficacia cierta del bill, ¿no hay bastantes penas capitales en nuestras leyes? ¿no hay bastante sangre en nuestro código penal, que es preciso verter aun mas para que suba al Cielo á deponer contra vosotros?» Este estilo vivo, esas imágenes demasiado atrevidas, descubren en Byron el deseo de imitar á Sheridan, á quien consideraba

como el primer orador de la Gran Bretaña, y que habia reunido en tan alto grado la reputacion de literato con la de brillante orador. De todos modos Byron quedó encantado de su buen éxito, y dijo que el mejor prefacio para la *Peregrinacion*, era su discurso.

Cuando aparecieron los dos primeros cantos tuvieron un éxito inmenso. «Me desperté una mañana, dice Lord Byron, y me encontré que tenia fama.» Llegó á ser objeto de general curiosidad; el mismo Príncipe Regente, quiso verle, y hablaron juntos de Walter-Scott, que tenia entonces una grande reputacion como poeta. Parecerá tal vez una paradoja, pero puede decirse que *Waverley* se debe á Byron. En efecto, como el mismo Walter-Scott lo ha declarado, jamás habria abandonado la poesia por la prosa, si no le hubiera escedido como versificador el autor de *Childe-Harold.* Este poema hizo olvidar la *Dama del Lago*; pero sin él, tal vez no hubiéramos tenido á *Ivanhoe.* El hermoso fragmento del *Giaour,* tan apasionado, tan brillante, tan oriental, aumentó todavia mas la reputacion de Lord Byron. Lo que contribuia ademas á la curiosidad del público, era la voz esparcida, no sin algun fundamento, de que Byron habia sido el héroe

de la aventura que contaba. En efecto, hallándose en Atenas, habia impedido con su firmeza y su crédito, que se diera muerte á una jóven que se habia dejado seducir por un cristiano.

La prometida de Abydos, aumentó mas la popularidad del autor. Vivia entonces entre las disipaciones del mundo y las mas distinguidas sociedades de Lóndres. Los mas ilustres personajes de la oposicion eran amigos suyos, y fue atraido á los salones de Mma. de Stael por el encanto que ella sabia dar á la conversacion, á pesar de que no gustaba de la demasiada personalidad y disertacion que habia en la hija de Necker. Se entregó con delicia á la amistad de Sheridan, cuya admirable conversacion arrebataba á cuantos le escuchaban, y los sufragios del jóven Lord le consolaron de ver su gloria oscurecida por sus vicios. Un dia dijo Byron hablando de él: « Sheridan ha sobresalido en cuanto ha querido hacer. Ha escrito la mejor comedia (*La Escuela de la Maledicencia*) la mejor ópera (*El Mendigo*); la mejor farsa, (*El Crítico*); el mejor prólogo, (*Sobre la Muerte de Garrick*); y para coronarlo todo, ha pronunciado el mejor discurso, (*Sobre la India*) quejamásse ha oido en este pais.» Sheridan echó á llorar cuando le repitieron estas palabras.

Cuando en 1814 apareció el *Corsario*, aumentó la reputacion del autor, pero algunos versos que le acompañaban, sublevaron contra él á los amigos del Gobierno y sus periódicos llenaron al poeta de injurias. Contenian aquellos versos un elogio de la Princesa Carlota y un sarcasmo cruel contra su padre. Los sucesos de 1814 dieron una nueva fuerza á los sentimientos políticos de Lord Byron, quien al paso que censuraba las faltas de Napoleon, admiraba cuanto en él habia grande y poético, y deploraba la suerte de la Francia.

Antes de llegar á un suceso que tuvo una grande influencia sobre la vida entera de Lord Byron, debemos decir que en aquella época, fue cuando encontró en Lóndres á Walter-Scott. Este habia sido muy mal tratado en la sátira de Byron; pero su alma era demasiado elevada para que algunos versos satíricos le alejaran del autor de *Childe-Harold*, quien ademas se habia manifestado avergonzado de haber compuesto los *English bards and scotch reviewers*. Pasaron cerca de dos meses en Lóndres viéndose casi todos los dias.

Lord Byron, á pesar de sus preocupaciones políticas, no habia continuado hablando en la Cámara de los Lores. Su segundo discurso habia sido menos

aplaudido que el primero, y conocia que debilitaria su incontrovertido título de gran poeta, si se obstinaba en llegar á ser un mediano orador. Por lo general los hombres de grande imaginacion, son poco á proposito para la ciencia política, que exige una vista fria del mundo que ellos no pueden tener. Basta el haber pasado una noche bajo las arcadas de un antiguo castillo iluminado por los rayos de la luna, para que disculpen el feudalismo; y muchas veces nada hay tan prosaico como los intereses sociales. Walter-Scott ha dicho que no creia á Byron convencido de los principios liberales que ostentaba; la muerte de Byron ha dado un solemne mentís á semejante error.

Cuando un hombre está entregado á las pasiones, cuando aun no ha gastado su vida, es costumbre proponerle que cese de repente de ser apasionado, y el pasar sin transicion, desde la agitacion á una perfecta calma; y se le propone con gravedad que se case. Persuádense que algunas palabras pronunciadas sacramentalmente, convertirán á un poeta meditativo en un marido atento; que el cambio de unos anillos, cambiará pasiones fogosas, y secará los impetuosos manantiales de la poesía. Este remedio vulgar le ofrecieron á Lord Byron; y lo singular

es que lo aceptó. Habia visto por mucho tiempo con completa indiferencia á Miss Milbanke, no porque careciese de hermosura, pues la tenia notable; no porque le faltase talento, pues hacia versos, sino porque tenia un carácter frio y severo que no podia simpatizar con el suyo. Ignórase porque se decidió á pedir su mano. Negósela ella en un principio, y sin embargo, segun la costumbre inglesa que tanto chocaria á las nuestras, siguió en relaciones con él; al cabo de un año volvió á pedir su mano y la obtuvo. Por poca prudencia que hubiera tenido, no se hubiera casado, pues estaba acosado de pleitos y casi arruinado. Verificose el matrimodio el 2 de Enero de 1815, y el 10 de Diciembre del mismo año Lady Byron le dió una hija, su Ada, la única hija de su casa y de su corazon:

Ada! sole daughter of my house and heart!

El 15 de Enero de 1816 Lady Byron, despues de haber escrito á su marido una carta llena de afecto, le noticiaba que no volveria á verle jamás. Tomás Moore, segun su costumbre, en sus memorias sobre Byron, ha escrito mucha metafísica y gastado mucha erudicion para probar que Byron

no podia ser feliz en su casa. Una palabra de Byron, que él mismo refiere, hubiera podido ahorrarle el trabajo de hacer una psycologia matrimonial de los poetas, y la lista de los grandes hombres célibes. Esta palabra era la siguiente: « Las causas de nuestra separacion son demasiado sencillas para que se encuentren fácilmente. » En efecto, entre un poeta jóven y ardiente, y una muger fria y apegada á sus deberes no debia haber simpatía. Lord Byron era uno de los administradores de Drury-Lane, y sus nuevas ocupaciones podian alarmar á una muger menos susceptible que Lady Byron. Es dudoso que tuviera culpa, pues la noble conducta que observó despues de su separacion parece probar su inocencia; pero su carácter impetuoso, sus costumbres estrañas debieron dar mil motivos de riña y rompimiento.

Poco tiempo despues de una separacion á la cual habia consentido él mismo, publicó Lord Byron dos poesias que no podian atraerle de nuevo al público, decidido altamente en favor de su esposa. *The Skeich*, sátira por el estilo de las de Juvenal, en la que se rebajó hasta perseguir con sangrientos tiros á una criada, cuya influencia le habia sido funesta, le dió un caráctar de violencia que perjudicó

á su dignidad. La otra poesía era el famoso *Adios* á su muger, que es todavia un enigma para sus amigos. Parecia confesar en ella culpas que eran imaginarias, y afectar hácia su muger una ternura que no sentia. Pero no debe darse demasiada importancia á aquella hermosa y apasionada produccion; es el capricho de un poeta que hace mentir á la vida real, para pintarse con mayor felicidad.

La impopularidad de Byron llegó á su colmo despues de publicados aquellos versos. Los periódicos le atacaron, se multiplicaron las caricaturas contra él, se le cerraron las sociedades, y se consideraba como un acto de valor el recibirle en su casa. El partido aristocrático, del que habia hecho poco caso, los *Santos* á quienes habia ofendido, las mugeres que creian tener queja de él, se unieron para presentarle como un *mónstruo*; y las palabras de vampiro, de turco bárbaro, de asesino, apenas pueden dar una idea de lo que era Lord Byron, en aquella época en Inglaterra, desde las mas altas sociedades hasta los mostradores.

Lord Byron salió de Inglaterra por segunda y últiva vez, el 25 de Abril de 1816. Desembarcó en Ostende, atravesó la Flandes, y recorrio las márgenes del Rin. Se detuvo algun tiempo en Ginebra y ocu-

pó á orillas del lago la villa Diodati, que domina la vista del Leman. Apenas llegó á Ginebra, hizo conocimiento con Shelley y su muger, arrojado de su pais por la intolerancia. Su conversacion original, su imaginacion, que segun una espresion de Moore, hubiera podido bastar para una generacion entera de poetas, debieron agradar á Lord Byron; y su intimidad con aquel hombre tan estraordinario y desgraciado, fue seguramente muy favorable al desarrollo de su ingenio. Bastará leer los versos compuestos por Byron, despues de su amistad con Shelley para conocer la influencia que el espíritu meditativo y pensador de este último ejerció sobre él. Compárense sino las dos hermosas estancias de *Childe-Harold* (*) con los versos de Shelley, *Una tarde de verano en un cementerio*.

Cerca de Ginebra, y durante una semana lluviosa que les impedia salir de casa, fue cuando Shelley, su muger y Byron se entretuvieron en componer novelas en el género de historias alemanas, llenas de escenas diabólicas. Una de ellas, *Frankenstein*, compuesta por Mistres Shelley, ha quedado como una obra de talento y originalidad. Byron trazó en

(*) Estancias 72 y 73 del Canto III.

aquella época el borrador del *Vampiro*, que abandonado por él y recogido por su jóven médico Polidori, apareció bajo el nombre del poeta, y con el cual principió entre nosotros la reputacion de Byron.

Había este visto en Copet á Mma. de Stael, que le decidió á intentar un acomodamiento con su esposa. No tuvieron éxito los pasos que dió, y poco despues compuso *El Sueño* (*The Dream*) en el cual pinta sus desgracias con esquisita sensibilidad. Pasó Byron de Suiza á Italia, visitó á Milan y Verona, y se fijó en Venecia en 1816. Esta ciudad convenia mucho á un poeta y á un hombre que necesitaba distracciones y placeres. Venecia que es una ruina viviente, tiene encantos para los ingleses, y allí encontró él ademas costumbres sociales que lisongearon, por decirlo así, el renacimiento de sus pasiones. Tuvo primero amores con la jóven esposa de un mercader, llamada Mariana, de estremada hermosura; y al paso que jugueteaba con la infantil inteligencia de Mariana, y que era esclavo de sus caprichos y de sus celos, iba todos los dias á un convento de frailes armenios para aprender su idioma. Tampoco estaba ocioso su génio poético; terminó el tercer canto de *Childe-Harold*; publicó *Los Lamentos del Tasso*, y compuso el drama de *Manfre-*

do, en que por primera vez se introducian en el teatro los espíritus de la naturaleza, y se convertian las montañas y los precipicios en seres con quienes se podia conversar, y que obtuvo en Alemania principalmente un grande éxito. Hay en él una imitacion evidente del *Faust*, de Gœthe, y aunque Byron no habia podido leer este drama en aleman por no conocer el idioma, se lo habia traducido en inglés Mr. Lewis.

En 1817 pasó Byron á visitar á Roma; vióla en poco tiempo, porque Mariana esperaba con impaciencia su vuelta; regresó á Venecia y compuso el cuarto canto de *Childe-Harold*, considerado generalmente como su inspiracion mas elevada. Ahora va á mostrarse una nueva faz de su vida, vá á principiar un nuevo desarrollo de su talento.

Desde su salida de Inglaterra, los sucesos y los lugares habian preparado maravillosamente los dos primeros cantos de *Childe-Harold*. Solo faltaba á su génio, segun la espresion de Bossuet «aquel no se qué de acabado que dá la desgracia» y sobre este punto nada le quedaba ya que desear. Habiéndose apoderado de él una grave melancolía, todo le inducia á elevarse sobre un mundo que le rechazaba. Las llanuras de Waterloo, las orillas del la-

go de Ginebra, llenas de recuerdos de Julia, elevaron su pensamiento, que espiritualizaron las conversaciones con Shelley; y por último tranquilo en Venecia, mecido por un amor jugueton, viviendo bajo el cielo inspirador de la Italia acabó su obra magestuosa. Pero la vida se habia vuelto á despertar en él, y la inspiracion, en vez de agotar su génio, solo habia abierto nuevos manantiales; sentiase fertil, y deslumbrado por su fuerza, se arrojó al mundo y á sus errores, abandonó á Mariana, y se dirigió á mugeres ardientes en el placer, para quienes era el amor una necesidad y un furor.

Sus relaciones con Margarita Cogni, forman un episódio bastante interesante en medio de todas aquellas amistades fáciles y efimeras á que estaba acostumbrado. Véamos la descripcion que él mismo ha hecho de aquella persona y del modo como se relacionó con ella. « La fisonomía de Margarita, dice el mismo, es uno de aquellos tipos venecianos antiguos; su cara es tal vez demasiado larga, pero está llena de finura, y el trage nacional le sienta maravillosamente.

« En 1817, durante una noche de verano, nos paseabamos á caballo N** y yo á lo largo de la Brenta. Entre los grupos de la gente del campo, adver-

timos dos jóvenes las mas hermosas que jamás hubiéramos visto. A la sazon habia carestia en el pais, y yo habia socorrido á algunos desgraciados. Con la moneda de Venecia se puede ser generoso á poca costa, y tal vez se habia exagerado lo que yo habia hecho. Si aquellas jóvenes repararon ó no en que las mirábamos con atencion no lo sé, pero una de ellas me gritó en veneciano. «Por qué ya que aliviais á los demas no os acordais de nosotras?» Acerqueme á ella, y le dije: «*Cara, tu sei troppo bella e giovane per aver bisogna del soccorso mio.*» — Si viérais, contestó ella, mi cabaña, no hablariais de este modo.» Toda esta escena pasó casi riéndose, y en muchos dias no volví á ver aquellas jóvenes. Una noche las volvimos á encontrar, y nos hablaron mas sériamente de su situacion. Eran primas; Margarita estaba casada, la otra no. Como aun dudaba de lo que me decian, adopté otro camino, y les dí cita para el siguiente dia..... y pocos despues estábamos perfectamente de acuerdo.» Margarita Cogni, muger del pueblo, violenta, arrebatada, pero hermosa como una *tigre,* se apoderó de él, y en aquella época convirtióse su casa en un sitio de escándalo y de disipacion, en el que gastó su vida. Entonces fue cuando concibió el *D. Juan,* su segunda epopeya; *Don*

Juan que debia ser la sátira de cuanto habia visto, de cuanto le habia hecho padecer, y en la que depositaba la pintura ideal de la hermosura y del amor.

Sin embargo no podia permanecer por mucho tiempo en aquel estado de humillacion moral; la vista de la Condesa Guiccioli le sacó de él. Era una jóven y hermosa romaña, casada dos años hacia con un anciano. Viéronse por primera vez sin resultado, y una segunda entrevista entregó enteramente á la jóven Condesa á un amor á que Byron correspondió vivamente. La Condesa tuvo que regresar pronto á Ravena, su residencia habitual; y Byron la siguió allí bajo el pretesto poético de visitar el sepulcro del Dante. Desde aquel momento vió continuamente á la Condesa, á pesar de la cólera de su familia y de los tardios celos de su marido. La acompañó á Bolonia; ella fue sola con él á Venecia, y viendo cada vez mas apasionada á aquella jóven muger, le propuso el huir juntos. Proposicion que causó una virtuosa indignacion á la Condesa, que como muchas italianas, consideraba cosa muy sencilla engañar á su marido, pero muy odiosa el abandonarle. Propuso á su amante como una cosa muy facil, el hacerla pasar por muerta, y Byron debió sonreirse con la idea de aquel engaño, tomado del drama de Shaks-

peare. Compuso en Ravena su *Profecia del Dante* y el drama de *Marino Faliero*. De este modo habia llegado hasta el año de 1820.

Las prolongadas relaciones de Byron con la Condesa, habian dado lugar á la separacion de esta de su marido. Vivia cerca de Ravena, y reducida á muy cortos medios, consolábase de las riquezas que habia perdido con el amor de un gran poeta. En cuanto á él, habia abandonado el proyecto de volver á Inglaterra en el momento de realizarlo. El año de 1820 conmovió toda la Europa. La revolucion de Nápoles habia dado muchas esperanzas á los patriotas de Romaña, y Byron se habia ligado íntimamente con el Conde Gamba, padre de la Condesa Guiccioli y con su hermano. Ambos estaban muy metidos en el carbonarismo, y su amistad comprometió á Byron en cuya casa se guardaron por bastante tiempo las armas de los conjurados. Siguiéronse al año inmediato las persecuciones de la Santa Alianza, y los Gamba y la Condesa, tuvieron que abandonar á Ravena; y aunque la residencia en aquella ciudad era conveniente á Byron, un gobierno suspicaz y la imposibilidad de permanecer lejos de sus amigos le obligaron á abandonarla. La Condesa se decidió á ir á habitar á Pisa. En 1821 murió la suegra de

Byron, Lady Noel; fue una de sus últimas voluntades que su nieta Ada estuviera por muchos años sin ver el retrato de su padre, y esta rencorosa disposicion disculpa la aversion que Lord Byron le profesaba.

Un lance con un oficial austriaco le obligó á abandonar á Pisa, donde se hallaba, en 1822, y á pasar á Génova: alli le esperaban dos grandes pesares. Perdió á su hija natural Allegra, que contaba ya mas de cinco años. Quiso que se la enterrase en la iglesia de Harrow, con esta sola inscripcion tomada de Samuel: «Iré á ella, pero ella no volverá á mí.» El otro suceso que le entristeció profundamente fue la muerte de Shelley que se ahogó en el golfo de la Spezzia. Un pasaje de la carta en que da cuenta de aquella muerte, es demasiado notable, para que dejemos de citarle: «Hemos quemado los cuerpos de Shelley y de Williams en la orilla del mar, para que fuese posible el trasportarles y hacerles los funerales. No podeis figuraros el efecto que causó aquella fúnebre hoguera en una playa desolada, con montañas en el fondo y el mar enfrente, y el aspecto singular que daban á la llama, la sal y el incienso. Todo el cuerpo de Shelley quedó consumido,

escepto el corazon en que la llama no quiso prender, y que se ha conservado en espiritu de vino.» Aquella muerte de Shelley, que tenia una imaginacion tan estraña, que se habia constituido el enemigo de Dios, que tenia una imiginacion poderosa para sustentar su sistema, tiene seguramente algo de misterioso. Asi fue que afectó singularmente á Lord Byron, que como todos los grandes hombres, era un poco supersticioso.

Durante estos tres años de 1820, 21 y 22 continuó Byron su *D. Juan*, á pesar de que en 1821 la Condesa le habia hecho prometer que no continuaria aquel poema. Ademas, durante aquel periodo aparecieron los dramas *Marino Faliero*, *Sardanápalo*, *Los dos Foscari*, *Cain* y *Werner*. En ninguna época de su vida habia trabajado mas. Su amor por la Condesa habia calmado su existencia, y habia vuelto á sus buenas inclinaciones. La pasion del amor tenia en Byron el singular efecto de identificarlo con la persona amada. Cuando su indigna pasion con Margarita Cogni se habia vuelto sórdidamente avaro; en Génova, bajo el imperio de la Condesa, distribuia entre los pobres las tres cuartas partes de sus rentas.

Mientras Byron componia sus dramas, seguia

una guerra de pluma con el Doctor Bowles que habia atacado la reputacion de Pope, el Boileau de Inglaterra. Aquella polémica no fue favorable al talento de Byron, segun el juicio del mismo Shelley. Este, que en nuestro concepto habia ejercido una influencia feliz en el espíritu de Byron, le prestó un triste servicio recomendándole á Mr. Leigh Hunt, á quien ya habia conocido en Inglaterra. Lord Byron, á pesar de las súplicas de sus amigos, cooperó con él en la publicacion de una revista titulada *El Liberal*, que no tuvo éxito no obstante el hermoso prefacio que la precede de Byron, y que envolvió á este en las triquiñuelas que agotaron su paciencia. Persuadióse entonces que disminuia su reputacion, y que tardaria poco en desvanecerse la admiracion que habia causado en Inglaterra. Su ánimo habia vuelto á decaer, cuando los partidarios de la revolucion griega pensaron en él, considerándole como el hombre cuya presencia seria mas favorable á la causa de los Helenos. Abrazó con ardor la idea de ir á Grecia, y á despecho de los ruegos de la Condesa y de su profunda melancolía, se embarcó en el mes de Julio de 1823. Al principio el viento le volvió al puerto, pero fue despues favorable, y una vez en alta mar

recobró su valor, su esperanza, y como dice Tomás Moore: «La voz de su juventud parecia que se hacia escuchar aun entre la brisa que le empujaba á las orillas de su querida Grecia.» Diez dias despues de su salida, protegido por un viento favorable, estaba en Cefalonia. En Inglaterra, donde tiene tanto poder el ridículo, se burlaron mucho de él, porque entre las armas que llevaba habia tres cascos ricamente adornados, acusando de puerilidad aquel capricho poético. Se ha sostenido mas de una vez, que hay incompatibilidad verdadera entre el espíritu poético y la inteligencia práctica. Pero la historia que nos ha conservado los nombres de Alejandro, de César, de Napoleon, atestigua lo contrario, y la caballeresca carrera de Byron pudiera aun desmentir aquella teoría. Poco tardó en probar que si el entusiasmo le habia llevado á Grecia, debia conducirse allí con juicio, firmeza y prudencia. Instruido por un viaje precedente, al paso que apreciaba á los griegos, no veia en ellos á los contemporáneos de Miltiades y de Temístocles. Quiso permanecer en las islas Jónicas hasta saber cuál era el estado de los partidos en Grecia, y cuáles las necesidades mas urgentes á

que habia que atender. Durante su permanencia en Cefalonia se hizo amar por su beneficencia, y apreciar por sus sábias miras. Sin embargo, entonces le asaltó de nuevo con fuerza el presentimiento de su próximo fin. El 27 de Diciembre de 1823 escribia á Tomás Moore desde Cefalonia: « Si la calentura, el cansancio, el hambre ó cualquiera otra enfermedad alcanzase en medio de su carrera á vuestro hermano en poesía, como sucedió á Garcilaso de la Vega, á Kleist y Kœrner, acordaos de mi *en medio de las risas y del vino.* »

Pasó al fin á Missolonghi, despues de atravesar la flota turca, que estuvo en poco no cogiera su buque. Allí tomó á su sueldo un cuerpo de suliotas, con el cual contaba atacar á Lepanto. Fue incansable en calmár las disensiones interiores, y para dar á aquella cruel guerra hábitos de humanidad. Muchas veces hizo dar libertad á los prisioneros turcos, y ponia precio, no á la cabeza de los enemigos, sino á los cuidados que se tuvieran por salvarlos. Ningun resultado obtenia sin embargo; tuvo precision de despedir á los suliotas, y el clima húmedo y mal sano de Missolonghi quebrantó fuertemente su salud. El 14 de Febrero salieron los suliotas de la ciudad, y el 15 tuvo

Byron una convulsion horrible; sin que los suliotas amotinados respetaran su estado, entrando en su cuarto blandiendo sus magníficas armas, y reclamando sus derechos. Electrizado Byron con aquel inesperado espectáculo, pareció estar curado por un momento de su enfermedad; y cuanto mayor era la rabia de los suliotas mas calma ostentaba. Pero su enfermedad se agravó, sin duda por el régimen demasiado rigoroso que observaba, pues solo se alimentaba de legumbres, y no podia hacer egercicio á causa del mal tiempo. No tenia mas distracion que su perro, y al asistir algunas veces á ver tirar á los soldados. Un dia despues de haber sudado mucho, sufrió la lluvia en un bote descubierto, y se retiró á su casa con calentura. «Por la noche cuando entré en su cuarto, dice el Conde Gamba, estaba tendido en un sofá, y tenia pintadas en su semblante la inquietud y la melancolia.—Padezco mucho dijo, la muerte no me importa, pero no puedo soportar esta agonía.»

Pronto perdieron sus amigos toda esperanza: y el 18 de Abril de 1824, despues de pronunciar estas palabras: «Ahora es preciso que duerma» tendió la cabeza y el 19 espiró en brazos de su

fiel criado Fletcher.» He dado, dijo poco antes de espirar, mi tiempo, mi fortuna, mi salud á la Grecia, y ahora le doy mi vida. ¿Qué mas podia hacer? » En sus últimos momentos se confundieron en sus lábios los nombres de su hermana, de su Ada, de la Grecia y de su amigo Hobhouse. Missolonghi celebró con un solemne duelo los funerales de un grande hombre. Sus restos fueron trasladados el 22 á la iglesia en donde reposaba Marco Botzaris y el general Normann. Las tropas del Gobierno y casi toda la poblacion acompañaba el cadáver, encerrado en una caja de madera, toscamente trabajada. Cubriala un paño negro, y sobre el se habian colocado un casco, una espada y una corona de laurel. Ningun fúnebre aparato hubiera podido producir tanta impresion como aquella sencilla ceremonia. El cuerpo de Byron, acompañado de pocos amigos, fue depositado sin pompa en la pequeña iglesia de Hucknall, cerca de Newstead el 16 de Julio de 1824.



LUIS FELIPE I.

Personages celebres del Siglo XIX.

LUIS FELIPE I,

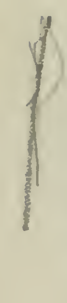
REY DE LOS FRANCESES.

«Puede considerársele como representante de la revolucion de 1789, y de la de 1830 á un tiempo: en él se personifican las ideas de libertad y de progreso, que han suscitado estas dos crisis políticas.»

DICCIONARIO DE LA CONVERSACION.

La Francia con su espantosa revolucion de 1789, rompió los diques que se oponian á su prosperidad y grandeza; el Imperio le dió gloria, y aseguró las conquistas hechas en el pais, por las letras y las artes; la Restauracion pudo de este modo establecer el verdadero gobierno representativo; y al gran personage cuya vida vamos á trazar, elevado al trono por la revolucion de 1830, es deudora la Fran-

cia de su inmensa prosperidad actual, y á su prevision y saber de que no se hayan repetido las escenas revolucionarias de otros tiempos. La obra de Luis Felipe, de contener el espíritu revolucionario, y asegurar sobre el trono á su nueva dinastía, proporcionando á la Francia todos los goces y adelantos materiales que tanto distinguen á la generacion y al siglo actual, sino toda la gloria militar y toda la influencia política que tal vez hubiera sido conveniente; esta obra decimos, inmensa á la par que gloriosa, no podemos nosotros apreciarla debidamente, dominados como estamos por las afecciones y simpatias de los mismos sucesos de que somos testigos; pero la historia la juzgará, y en ella ocupará Luis Felipe una brillante página: la posteridad le hará la justicia que muchos de los contemporáneos le niegan.



Nació Luis Felipe en 6 de Octubre de 1773, y conocido en un principio bajo el título de Duque de Valois, tomó al morir su abuelo el de Duque de Chartres. Principió su educacion el caballero Bonnart, hombre cortesano, de agradable y cultivado entendimiento; y por una singularidad, que aun en el dia llamaria la atencion, el Duque de Chartres dió despues por preceptor al Duque de Valois y á sus jó-

venes hermanos los Duques de Montpensier y de Beaujolais, á una muger. Pero aquella muger era Mma. de Genlis, la cual nada descuidó para formar el corazon y adornar el entendimiento de sus discípulos. Como era natural, sus cuidados se dedicaban mas particularmente al primogénito: veamos cómo se esplica la misma preceptora. « ¡Cuántas veces despues de sus desgracias me he felicitado por la educacion que le dí; por haberle hecho aprender desde la infancia los principales idiomas modernos; por haberle acostumbrado á servirse á sí mismo, á despreciar toda clase de molicie, á dormir habitualmente en un lecho de madera, cubierto sencillamente con una estera de esparto; á desafiar el sol, la lluvia y el frio; á acostumbrarse á la fatiga, haciendo diariamente ejercicios violentos y andando cuatro ó cinco leguas, con suelas de plomo, en sus paseos ordinarios; y finalmente por haberle instruido é inspirado el gusto por los viajes! » En 1787, á la edad de 14 años, acompañó al Duque y á la Duquesa de Orleans en un viaje á Spa, y á su vuelta se detuvo en Givet, para ver el regimiento de infantería de Chartres, del cual era Coronel propietario. Al año siguiente en un viaje que hizo á Normandía, visitó el Monte San Miguel, y mandó destruir la jaula de

hierro en que estuvo encerrado un gaceter o holandes durante diez y siete años, por haber escrito contra Luis XIV. Al estallar la revolucion, en la que su padre fue arrastrado á representar un papel que le precipitó al fondo del propio abismo que á su desgraciado primo Luis XVI, era natural que el Duque de Chartres adoptara sus principios; hízolo con el entusiasmo de la juventud, pero con sentimientos enteramente rectos, y sin ofuscarse acerca de los sacrificios que el nuevo órden de cosas iba á causar á su dignidad de Príncipe. Desde el 9 de Febrero de 1790 los tres hijos de Orleans, los de Chartres, de Montpensier y de Beaujolais se presentaron con uniforme de la Guardia Nacional en el distrito de San Roque; y al ver el Duque de Chartres, al tomar la pluma para firmar, que habian escrito en los registros todos sus títulos, los rayó y puso en su lugar, *ciudadano de Paris.* Acababa de afiliarse á una sociedad muy respetable de la cual era fundador el virtuoso Duque de Charost, que murió en 1800, siendo *maire* de uno de los distritos de Paris; era la *sociedad* filantrópica, y para el jóven Príncipe la beneficencia y la filantropía no eran palabras vanas. Durante el tiempo de su educacion, todos sus dias estaban marcados por actos caritativos y humanos, pues le ha-

bian enseñado, no solo á dar, lo que no es un gran mérito para los Príncipes, sino á dar con discernimiento. El dia 1.º de Noviembre de 1790, fue recibido miembro del club de los *amigos de la revolucion* de Paris. Coronel propietario del regimiento de dragones, número 14, no vaciló en ponerse á su frente, en un momento en que otros aprovechaban la menor ocasion de rehuir toda responsabilidad. Fue á Vandome donde estaba de guarnicion su regimiento, y se distinguió allí por un acto lleno de valor y humanidad. El 23 de Junio de 1791, dia de todos los Santos, dos sacerdotes refractarios á los decretos de la Asamblea, cometieron la imprudencia de insultar al Santísimo Sacramento que llevaban dos eclesiásticos juramentados. El pueblo quiso ahorcarlos; pero el Duque de Chartres, solo, tomó bajo su proteccion á aquellos dos desdichados, y despues de inauditos esfuerzos, los arrancó de manos de los furiosos. La municipalidad reunida pasó á dar gracias al Príncipe, é hizo constar los hechos en un acta, que se llamó despues la *corona cívica de Vandome.* (*) Destinado á Valenciennes en Agosto

(*) Dicha corona cuidadosamente conservada por los habitantes, se entregó á la Duquesa de Orleans cuando regresó á Francia en 1814, y esta Princesa, Reina ahora de los franceses, la guarda con sumo aprecio.

de 1891, pasó allí el invierno, desempeñando las funciones de Comandante de la plaza, como coronel mas antiguo; y habiendo estallado la guerra con el Austria en aquella frontera en 1792, el Duque de Chartres se distinguió bajo las órdenes del General Byron, en los combates de Boussu y de Quaragnon. En la accion de Quievrain, logró reunir las tropas sobrecogidas por un terror pánico, y el despacho de Mariscal de Campo, en 7 de Mayo del mismo año, fue el premio de aquel brillante y primer hecho militar. Mandando una brigada de caballería, peleó á lar órdenes de Luckner, y concurrió á la toma de Courtrai. Promovido á Teniente General en 11 de Setiembre, se le designó para ir á mandar á Strasburgo, pero pidió continuar en el ejército activo. El 20 del mismo mes se cubrió de gloria en la batalla de Valmy, defendiendo con estraordinario valor durante todo el dia una posicion dificil, y blanco de todos los esfuerzos del enemigo. Propusiéronle en recompensa un mando superior, aunque de organizacion, en el departamento del Norte, pero lo rehusó igualmente, prefiriendo pelear en aquel ejército activo, que al parecer le debia proporcionar una carrera mas brillante; ¿no era natural en un Príncipe de 19 años, que no habia sido educado para

estar ocioso, el preferir la vida del campamento á la vida sedentaria? Entonces en efecto se habia proclamado la República, y el Príncipe no habia podido ni debido dejar de prestarle juramento, pues cualquiera vacilacion de parte suya hubiera apresurado la inminencia de los peligros que ya amagaban la cabeza del Duque de Orleans su padre. El Duque de Orleans no existia ya, habia perdido su estado civil, y era solo, lo mismo que su hijo, el *ciudadano igualdad*, cuyo solo nombre era una prueba de que en la desdichada Francia la igualdad no existia ya para nadie, y menos aun para los Príncipes, que á pesar de su nacimiento habian abrazado la causa nacional. En tal estado, indudablemente el Duque de Chartres solo era dichoso en medio de la actividad de los movimientos militares; y acaso mas de una vez le parecieron un asilo los peligros del campo de batalla. Despues de su renuncia de un mando superior, pasó por algun tiem- al ejército del General Luckner, y luego al de Bélgica mandado por Dumouriez. Allí era donde debia inscribir para siempre su nombre en los anales militares de la Francia. El 6 de Noviembre, en la gloriosa batalla de Jemmapes, mandando el Duque la division del centro, libró al ejército de un gran

desastre, y cambió de repente en un completo triunfo una vergonzosa derrota. Condujo al campo de batalla á numerosos regimientos que huian desordenados; á la cabeza de una columna, conocida por el nombre del *Batallon de Mons*, restableció el combate, y el premio de aquella jornada fue la conquista de la Belgica. Pero la República francesa que, á lo menos en este punto, se parecia á las antiguas repúblicas, solo recompensó al Duque de Chartres con un decreto de proscripcion.

Despues de la batalla de Jemmapes, habia ido apresuradamente á Paris, en virtud de una carta de su padre, para acompañar hasta la frontera á su hermana, en el dia Mlle. Adelaida, que habia recibido la órden del gobierno francés de salir del territorio de la República, por haber hecho un viaje á Inglaterra. Satisfecho aquel fraternal deber, permaneció en Tournai al lado de la princesa por algunos dias, y alli supo el decreto que acababa de dar la Convencion nacional contra todos los individuos de su familia, sin escepcion. La primera resolucion del Duque de Chartres fue entonces la de ir á América con los suyos, y con este motivo dirigió á su padre el borrador de una carta para la Convencion; pero el Duque de Orleans que entreveia

la posibilidad de hacer revocar aquel decreto, para sí, para su esposa y sus hijos, se opuso formalmente á aquella determinacion. Respetó el Duque de Chartres su órden, y no se trató mas del particular; pero no puede negarse que en aquella ocasion el jóven Príncipe dejase de manifestar la previsora sagacidad que, presintiendo el porvenir, consigue muchas veces disipar sus peligros.

Libre, lo mismo que su padre, del decreto de proscripcion, volvió el Príncipe al ejército, y se distinguió en el sitio de Maestricht, bajo las órdenes del General Miranda. El 18 de Mayo de 1793 mandó el centro del ejército francés en la batalla de Nerwinde; se retiró ordenadamente despues de la derrota, y con su buen sostenimiento en Tirlemont evitó que aquella gran desgracia no fuese mas desastrosa todavia. Trece dias despues, el 31 de Mayo, tuvo lugar la defeccion de Dumouriez. Mucho se ha escrito sobre aquel suceso desfigurado alternativamente por los escritores de diferentes partidos. Dumouriez, sospechoso á la Convencion, batido en Nerwinde, no tenia mas alternativa que dejarse prender al frente de su ejército, ó huir; y tomó este último camino con los Generales designados como él á los rigores del partido dominante. El 2

de Abril habia interceptado un pliego lleno de órdenes de arresto contra casi todos los Generales de su ejército, MM. de Chartres, de Valence, etc., siendo firmadas aquellas órdenes arbitrarias, enviadas por una simple comision y no por la Convencion, por *Duhem.* Era legítimo sustraerse á aquel indefinible despotismo; y lo que ha complicado la cuestion, son los embustes, las exageraciones que entonces y despues publicó el mismo Dumouriez, que era particularmente un fanfarron intrigante. No vacilaremos en colocar en el número de sus fanfarronadas el proyecto de que se glorió, de destruir el sistema republicano y crear una monarquía constitucional en favor del Duque de Chartres. Muchas gentes han creido que concibió aquel proyecto, y es cierto, que en el ejército, lo mismo que entre los moderados del interior, el Príncipe en cuyo favor se ambicionaba, hubiera encontrado muchos partidarios. Pero solo faltaba una cosa á aquel plan; el asentimiento del principal interesado, demasiado honrado para querer usurpar una corona, que acababa de caer en la sangre; demasiado buen hijo para autorizar gestiones, cuya garantia era la cabeza de su padre; y finalmente demasiado ilustrado, á pesar de su estremada juven-

tud, para ser el instrumento de los proyectos ambiciosos y mal concebidos de Dumouriez. De todos modos, bien conociese ó ignorase los verdaderos proyectos de aquel General, tuvo precision el Duque de Chartres de unir por un momento su suerte á la de Dumouriez, gracias á la especie de mancomunidad que afectaba establecer entre ellos la Convencion, y al disfavor con que miraban los agitadores de entonces el título de Príncipe.

El Duque de Chartres fue al pronto á Mons, donde estaba el cuartel general austriaco, para pedir sus pasaportes. En vano le propuso el Príncipe Cárlos que se uniera al servicio del Imperio; el soldado de Jemmapes no quiso pelear contra su patria. Pasó á Suiza, donde le habia precedido la Señorita de Orleans, acompañada de Mme. de Genlis, reuniéndose con ellas en Schaffhouse, de donde salieron el 6 de Mayo. Habiendo llegado á Zurick, donde pensaban establecerse, al darse á conocer los ilustres proscriptos á los magistrados, el nombre de Orleans frustró sus proyectos. Por un lado creíase amenazada la aristocrácia helvética con la presencia de un General republicano, cuya elevada cuna no le habia podido guarecer de las ideas democráticas; por otro, los emigrados realistas mostraban el

mas pronunciado desvio al Príncipe y á su interesante hermana. Fuéles preciso partir. En Zug donde los tres desterrados se presentaron como una familia irlándesa, vivieron mediante aquel engaño algunas semanas con la mayor tranquilidad; pero pasaron por allí algunos emigrados, conocieron al Duque de Chartres, por haberlo visto en Versailles, y el mismo dia supo todo el pueblo qué clase de huéspedes tenia sin conocerlos. Los magistrados con la mayor atencion, manifestaron gran deseo de que permaneciesen en su Canton personas que, segun decian ellos mismos, edificaban con su conducta bajo todos aspectos. Pero las gacetas alemanas y suizas no tardaron en dar una publicidad á la permanencia del Duque de Chartres y su hermana en Zug, que principió á poner en cuidado á los magistrados; y el primer magistrado de Zug intimó por último al Príncipe y á su hermana, con toda la atencion posible, que buscasen otro asilo. Desde aquel momento, reconoció el Príncipe la cruel necesidad de separarse de su hermana, para asegurarle un refugio menos efímero. La mediacion de Mr. de Montesquieu, que vivia retirado en Bremgarten, y disfrutaba del mayor crédito en Suiza, solo consiguió que la Princesa y su aya entrasen en el con-

vento de Santa Clara, y esto ocultando sus verdaderos nombres. «En cuanto á vos, dijo él al Duque de Chartres, no teneis mas remedio que divagar por los montes, sin permanecer en ningun punto. Si la fortuna os favorece, será para vos una *Odisea*, cuyos detalles se recogerán algun dia con empeño.» Siguió el Duque aquel consejo, y recorrió á pié los varios Cantones de Suiza, examinó la cumbre de los Alpes, y aunque limitado á débiles recursos pecuniarios, hizo que sus viajes sirviesen para su instruccion, al propio tiempo que encontró en ellos el origen de un sin número de goces que le eran desconocidos. En medio de sus escursiones, recibió una carta del General Montesquieu, por la que le proponia una plaza de catedrático en el colejio de Reichenau, en el pais de los Grisones. Aceptó el ofrecimiento, que honraba á la vez á su carácter y á su educacion, sufrió un exámen preliminar, y por espacio de ocho meses, bajo el nombre de Chabaud-Latour (*) enseñó sin ser conocido, la

(*) Era el nombre de un caballero protestante que en 1815 fue diputádo, y uno de los propietaríos del *Journal des Debats*. El certificado de buenos y útiles servicios dado al Príncipe al salir del colejio de Reichenau, está bajo el nombre de Chabaud-Latour, y seguramente no es uno de los menos ho-

geografía, la historia, los idiomas francés é inglés, y las matemáticas. No solo quedó airoso como preceptor, sino que inspiró tal aprecio á los habitantes de Reichenau, que le nombraron diputado suyo en la Asamblea de Coire. Entonces fue cuando supo la muerte de su padre. A poco tiempo dejó el nuevo Duque de Orleans á Reichenau, y pasó á Bremgarten á las inmediaciones de M. de Montesquieu, donde permaneció bajo el nombre de Corby, y con el título de Ayudante de Campo hasta fines de 1794. ¿Pero puede estar jamás oculto un Príncipe? A falta de su persona, cuyo asilo se ignora, la intriga y la mentira hacen uso de su nombre y lo esplotan. Mientras que en Francia un partido corto en número y poco bullicioso, soñaba siempre en la monarquía constitucional con el Duque de Orleans, las gacetas alemanas decian que vivia con fausto y molicie en un palacio, que segun suponian había hecho edificar en Bremgarten el General Montesquieu; y sin embargo, el supuesto Corby lo mismo que su General, estaban faltos de dinero, y ambos tenian la mas modesta existencia.

noríficos documentos que puede conservar en sus archivos la casa de Orleans.

Libre del cuidado de velar de cerca por la seguridad de su hermana que acababa de pasar á Hungria á la inmediacion de la Princesa de Conti, su tia, resolvió el Duque de Orleans ir á Hamburgo para trasladarse desde allí á América. Al llegar á aquella ciudad, la escasez de recursos le obligó á renunciar á su viaje de Ultramar, y resolvió recorrer los paises septentrionales de Europa. Con una simple carta de crédito contra un banquero de Copenhague, era con lo que debia hacer frente á sus gastos el ilustre viajero, puesto ya á prueba por tantas privaciones. En aquella capital, y como á caballero suizo, logró pasaportes para recorrer libremente el pais. Despues de haber visitado en Elseneur el castillo de Cronemburgo, y el jardin de Hamlet, pasó el Sund, recorrió la Suecia meridional hasta el lago de Vener, y se detuvo en Friderisckhall, donde murió Cárlos XII. Habiendo llegado hasta Noruega, se apresuró á salir de Drontheim, á pesar de la honrosa y cordial acogida que recibió por todas partes, sin que se sospechara siquiera su clase. Recorriendo la costa hasta el golfo de Salten, visitó el Maelstrom, escollo el mas peligroso de aquellos lugares, y viajó despues á pié con los lapones hasta el cabó del Norte, á

donde llegó el 14 de agosto de 1795. Desde aquel pais, situado á 18 grados del polo, regresó por la Laponia á Torneo, en el estremo del golfo de Bothnia. La llegada de aquellos dos viageros franceses, (pues acompañaba al Duque el Conde Gustavo de Montjoye) sorprendió á los habitantes de los lugares donde la munificencia de Luis XV habia enviado á Manpertuis en 1736, para medir un grado del meridiano, bajo el círculo polar. El Duque de Orleans acababa de aproximarse al polo cinco grados mas. Recorrió despues la Finlandia, para estudiar allí el teatro de la última guerra de los rusos y suecos bajo el reinado de Gustavo III; pero no atravesó el rio Kyméne, cuya corriente separaba entonces los dominios suecos de los rusos. La disposicion política de la Emperatriz Catalina, que reinaba á la sazon, no podia inspirar al Duque de Orleans confianza alguna para su seguridad personal; y por lo mismo atravesando las islas de Aland, pasó á Stokolmo. En esta capital, habiendo concurrido á un baile de la Córte, al cual creyó poder asistir de incógnito en una de las mas elevadas tribunas, fue conocido por el enviado de Francia, quien dijo al Conde de Sparre, canciller de Suecia: «Me ocultais algunos de

vuestros secretos ; no me habiais dicho que estuviese aqui el Duque de Orleans. » El Canciller no podia creerlo. « Es tan cierto, le dijo, que vedle allá arriba. » Comprobado el hecho, el Conde de Sparre aseguró al Príncipe que el Rey y el Duque de Sudermania, (Regente entonces) le verian con satisfaccion. Recibido por ellos el Duque de Orleans con las mayores consideraciones, y los mas generosos ofrecimientos, sólo aceptó el permiso de visitar en todo el reino cuanto llamase su atencion. Al salir de Stokolmo pasó á las minas de la Dalecarlia, provincia ilustre por los recuerdos de la libertad sueca, y por el nombre de Gustavo-Vasa. Despues de haber visto en seguida el hermoso arsenal de la marina en Carlscrona, volvió á pasar el Sund y regresó por Copenhague y Lubeck á Hamburgo, en el año de 1796. Hallábase en el mismo año en el Holstein, cuando recibió de la Duquesa viuda de Orleans su madre, una carta en la que le anunciaba que el Directorio no queria acceder á que cesara el rigor con que se le trataba á ella y á su familia, si su hijo primogénito no se embarcaba para el Nuevo Mundo. El Duque de Orleans se apresuró á contestar. « Cuando reciba mi tierna madre esta carta, se habrán cumplido sus órdenes, y yo habré partido

para América..... Ya no creo que se haya perdido para mí del todo la felicidad, pues me queda aun el medio de endulzar los males de una madre tan querida.....» Habiendo salido de Hamburgo el 24 de Setiembre de 1796, llegó el jóven Príncipe á Filadelfia el 21 de Octubre siguiente. Sus dos hermanos los Duques de Montpensier y de Beaujolais que salieron de Marsella en Diciembre de 1796, no se reunieron con él hasta Febrero de 1797. A caballo los tres, visitaron los diversos Estados de la Confederacion americana, y aun algunas tribus salvages. Dirigiéronse despues por el Ohio y el Missisipi á Nueva Orleans, donde llegaron á fines de Febrero de 1798. Desde allí quisieron pasar á la Habana, pero el Gobierno español que acababa de dar asilo á su madre en Barcelona, receloso de algunas intrigas políticas, de las cuales estaba enteramente ageno, mandó al Capitan General de la Habana, por una órden fechada en Aranjuez en 21 de Mayo de 1799, que hiciese permanecer en Nueva Orleans á los tres hermanos, sin asegurarles medio alguno para subsistir. El Duque de Orleans y sus hermanos que habian encontrado hasta entonces en el Nuevo Mundo consideraciones y libertad, rehusaron sujetarse á tan despótica exigencia.

Pasaron á la Colonia inglesa de Bahama; desde allí á Halifax, en donde el Duque de Kent, uno de los hijos de Jorge III, les acogió con la distincion debida á su clase; pero no se consideró autorizado á facilitarles pasage para Inglaterra en una fragata de la marina británica. Sin desanimarse los Príncipes con tantas dificultades y estorbos, se embarcaron entonces para Nueva York, desde donde les llevó un paquebot al puerto de Falmouth. Llegados á Lóndres en Febrero de 1800, se aproximaron á los Príncipes de la rama primogénita de Borbon, cuyo destierro partian, apesar de haber seguido una opuesta direccion política. De los diez Borbones que habia acogido y que debia acoger sucesivamente la Inglaterra, solo dos sobreviven en el dia; el Duque de Angulema y Luis Felipe: el uno jamás ciñó corona, y el otro soporta actualmente todo su peso. Luis XVIII tenia entonces en Milan su córte errante y solitaria; y el Príncipe de Condé hacia la guerra siguiéndole. El Duque de Orleans se apresuró á escribir á Luis XVIII; y esta reconciliacion reunió por fin toda la familia de Francia en un mismo interés. Sin embargo, la Duquesa viuda de Orleans estaba refugiada en Figueras, y el Duque su hijo impaciente por verla

despues de tantos años de separacion, se hizo á la vela para Menorca. Al desembarcar en Mahon, recibió una carta del Príncipe de Condé, proponiéndole el pasar á servir la causa de la emigracion en Alemania; pero el Duque de Orleans rehusó. Declarada la guerra entre Inglaterra y España, le fue imposible arribar á Cataluña, y despues de haber hecho un largo viaje para aproximarse á su madre, vióse precisado á volverse á embarcar sin lograrlo. A su regreso á Inglaterra, el Duque y sus hermanos fijaron su residencia en Twickenham. La felicidad de aquel apacible retiro se turbó en 1807 con la prematura muerte del Duque de Montpensier, que falleció de una enfermadad de pecho, en 18 de Mayo. Para colmo de desdicha, vió el Duque de Orleans atacado de la misma dolencia á su jóven hermano el Duque de Boujolais. Siguiendo el parecer de los médicos ingleses, le llevó al clima cálido de Malta (en Mayo de 1808); pero aquella residencia pareció acelerar su muerte. Desde el momento en que espiró su hermano, apresuróse el Duque de Orleans á abandonar aquella isla funesta, y pasó á Palermo, invitado por el Rey Fernando IV. El ilustre desterrado encontró en Sicilia mas que hospitalidad, pues halló una segunda fa-

milia. Sus desgracias, su valor, sus elevadas cualidades, conmovieron el alma pura y sublime de la piadosa princesa Amalia, y el Rey de los Dos Sicilias pareció dispuesto á fortalecer por medio de un casamiento, el afecto que el Príncipe habia inspirado á toda la familia real. Antes de que tan feliz enlace se realizara, deseó Fernando IV que el Duque de Orleans acompañara á España á uno de sus futuros cuñados, el Príncipe Leopoldo, que iba á reclamar los derechos que su familia creia tener á aquella corona, despues de haberla usurpado Napoleon para su hermano José. Tratábase de defender la independencia de un pueblo generoso, y el Duque de Orleans aceptó aquel encargo. Los dos Príncipes anclaron en Gibraltar; pero el Gobierno inglés hizo conducir á Lóndres al Duque de Orleans por la misma fragata que le habia traido de Palermo, y retuvo durante dos meses en el puerto de Gibraltar al Príncipe Leopoldo, cuyas pretensiones ademas fueron desechadas por la Junta de Sevilla. A su llegada á Lóndres en Setiembre de 1808, se quejó el Duque de Orleans del proceder del gobernador de Gibraltar; pero se le contestó por el ministerio inglés, que era conforme á sus instrucciones. No sin poco trabajo con-

siguió el Duque salir de Inglaterra á bordo de una fragáta, cuyo comandante tenia órden de llevarlo á Malta, sin permitir que se aproximase á las costas de España. Iba el Príncipe á embarcarse en Portsmouth, cuando se les reunió su querida hermana, de la cual tanto tiempo hacia estaba separado. Navegó con ella hácia el Mediterráneo, y llegó á Malta al principiar el año de 1809. Desde allí escribió á su madre, y le envió al Caballero de Broval, que servia á los Duques de Orleans desde su infáncia; estaba encargado de arreglar una entrevista del Duque con su madre, pero durante su viaje á España se multiplicaron en vez de allanarse los obstáculos. Provenian estos siempre de la sospechosa política de la Inglaterra, y fuerza es decirlo, estaban sostenidos por las proposiciones que muchos hombres de Estado españoles hacian al agente del Duque de Orleans, para ponerle al frente del partido nacional. Este asunto, segun el Conde de Toreno en su Historia del *Levantamiento, guerra y revolucion de España* (*) se trató con el mayor sigilo en la seccion

(*) Véase las páginas 116 y siguientes del tomo tercero de dicha obra.

de Estado de la Junta, y D. Mariano Carnerero, oficial de la Secretaria del Consejo, tuvo el encargo de pasar á Cataluña á asegurarse del efecto que produciria allí la presencia del Duque de Orleans. El resultado de estas investigaciones fue que el Príncipe seria recibido con entusiasmo, sobre todo en Cataluña; donde se conservaban monumentos de la gloria de su antepasado el Príncipe Regente, y la reciente memoria de las virtudes de su madre. En vista de estos informes, resolvió la Junta Central que se daría al Duque de Orleans el mando de un cuerpo de tropas que debia operar en la frontera de Cataluña. La invasion de las Andalucías por los franceses despues de la batalla de Ocaña, destruyó este proyecto. El Príncipe que permanecia en Malta se decidió á volver á Palermo, donde se fijó el dia de su matrimonio; pero por cuanto hay en el mundo no hubiera querido ver á su madre faltar á la celebracion de un himeneo que debia colmar de gozo su corazon. Pasó de Sicilia á Menorca, donde por fin estrechó en sus brazos á la que le habia dado el ser; y de regreso á Palermo se casó solemnemente el 25 de Noviembre de 1809 con la Princesa María Amalia, Reina en el dia de los franceses, y madre feliz de una

numerosa y floreciente familia. Despues de seis meses de este enlace, se vió invitado del modo mas ostensible por la Junta de Sevilla. D. Mariano Carnerero fue á encontrarle con el mayor secreto, y el Duque aceptó el mando que se le ofrecia. Salió de Palermo el 21 de Mayo de 1810, y desembarcó en Tarragona; pero llegaba en momento poco oportuno. Lérida acababa de rendirse, y Odonell y el ejército de Cataluña estaban desvaratados. Ademas el Duque de Orleans al desembarcar no encontró los poderes necesarios para que se le confiriese el mando. Conoció por fin, que el prolongar su permanencia en Cataluña podia llamar á aquella provincia todas las fuerzas enemigas, y se decidió á pasar á Cádiz, donde llegó el 20 de Junio. La Regencia se vió entonces en el mayor compromiso. « Ella habia sido quien habia llamado al Duque, ella quien le habia ofrecido un mando, y por desgracia las circunstancias no permitian cumplir lo antes prometido. Varios Generales españoles, y en especial Odonnell miraban con malos ojos la llegada del Duque; los ingleses repugnaban que se le confiriese autoridad ó comandancia alguna, y las Córtes ya convocadas imponian respeto para que se tomase resolucion con-

traria á tan poderosas indicaciones. El de Orleans reclamó de la Regencia el cumplimiento de su oferta, y resultaron contestaciones ágrias. Miéntras tanto instaláronse las Córtes, y desaprobando el pensamiento de emplear al Duque manifestaron á la Regencia que por medios suaves y atentos indicase á S. A. que evacuase á Cádiz. Informado el de Orleans de esta órden, decidió pasar á las Córtes, y verificólo el 30 de Setiembre. Aquellas no accedieron al deseo del Duque de hablar en la barandilla mas le contestaron urbanamente y cual correspondia á la alta clase de S. A., y á sus distinguidas prendas. Desempeñaron el mensage D. Evaristo Perez de Castro y el Marqués de Villafranca, Duque de Medinasidonia. Insistió el de Orleans en que se le recibiese, mas los diputados se mantuvieron firmes: entonces perdiendo S. A. toda esperanza se embarcó el 3 de Octubre, y dirigió su rumbo á Sicilia á bordo de la fragata de guerra Esperanza.

»Díçese que mostró su despecho en una carta escrita á Luis XVIII á la sazon en Inglaterra. Sin embargo las Córtes en nada eran culpables, y causóles pesadumbre tener que desairar á un Príncipe tan esclarecido. Pere creyeron que recibir á S. A y no acceder á sus ruegos, era tal vez ofenderle

mas gravemente. La Regencia cierto que procedió de ligero y no con sincera fé, en hacer ofrecimientos al Duque, y dar luego por disculpa para no cumplirlos que él era quien habia solicitado obtener mando; efugio indigno de un gobierno noble y de porte desembozado. Amigos de Orleans han atribuido á influjo de los ingleses la determinacion de las Córtes; se engañan. Ignorábase en ellas que el Embajador británico hubiese contrarrestado la pretension de aquel Príncipe. El no escuchar á S. A., nació solo de la íntima conviccion de que entonces desplacia á los españoles general que fuese francés, y de que el nombre de Borbon lejos de grangear partidarios en el ejército enemigo, solo serviria para hacerle á este mas desesperado, y dar ocasion á nuevos encarnizamientos » (*).

De vuelta á Palermo en Octubre de 1810, á pocos dias de haber nacido su hijo primogénito, encontró el Duque de Orleans allí á Fernando IV con la parte de su Córte y de su ejército que le habia seguido á Sicilia. Los sucesos de la guerra continental habian precisado á aquel Monarca á aban-

(*) Lo que precede es copiado testualmente de la obra citada del Conde de Toreno.

donar la parte napolitana de sus Estados á Joaquin Murat. Retirado el Duque de Orleans en el campo, vió realizarse sus tristes vaticinios con respecto á las desavenencias de la Córte, y como se dice en la *Biografía de los vivientes* «la Europa entera admiró en aquella ocasion delicada, la prudencia que S. A. manifestó, colocado entre el apego á los intereses de su nueva patria, y sus deberes con SS. MM. Sicilianas.» Lord Guillermo Bentink llegó con plenos poderes de Inglaterra, y las tropas inglesas ocuparon á Palermo. El Rey dejó el ejercicio de su autoridad al Príncipe heredero. Duraba aun el trastorno y la anarquía en Sicilia, cuando en 23 de Abril de 1814, un navío inglés llevó á Palermo la noticia inesperada de la restauracion de los Borbones en el trono de Francia. El Duque de Orleans deseoso de volver á ver su patria pasó á Paris, y se presentó en Palacio el 17 de Mayo. No podemos decir que le recibiese con cordialidad Luis XVIII: aquel Monarca no manifestó jamás un grande afecto al Duque, quien solo oponia su respeto y su silencio á las poco atentas salidas del Monarca burlon y rencoroso. No se le negaron sin embargo los honores debidos á la clase elevada que le habia proporcionado tan di-

latado destierro, y se le nombró Coronel general de Húsares. En Julio de 1814 pasó el Duque á Palermo en busca de su familia, y en fines de Agosto túvo la satisfaccion de conducirla al Palacio Real. Allí disfrutaba en paz de la felicidad doméstica y de la consideración debida á sus personales virtudes, sin importarle nada algunas desavenencias de etiqueta.

Pero el desembarco de Napoleon en Cannes, en Marzo de 1815, vino á causar al nuevo huésped de las Tullerías mas sérios cuidados. Luis XVIII vaciló de pronto acerca de la conducta que debia observar con su primo; mas por último le envió á llamar para comunicarle sus intentos, y las sospechas injustas de la Córte contra el Príncipe desvaneciéronse entonces. Recibió la órden de pasar á Lyon á la inmediacion del Duque de Angulema, para detener, como se esperaba todavia, la marcha del Emperador. Reunidos los dos Príncipes en aquella ciudad, conocieron la imposibilidad de impedir á Napoleon la entrada en la segunda ciudad del reino. El Duque de Orleans, de vuelta á Paris, hizo salir á su familia para Inglaterra, quedándose solamente su hermana á su lado. Habia ya pasado el tiempo en que Luis XVIII recibia con frialdad á su pri-

mo: el 16 de Marzo el Duque acompañó al Rey en su coche á la sesion régia. Asistió igualmente al consejo que se celebró para decidir por qué lado se retiraría Luis XVIII; y como su parecer fue siempre de evitar la guerra civil, combatió con fuerza el de los que querian que el Rey se dirigiese sobre el Loira. En aquella misma noche salió para encargarse del mando del departamento del Norte. Llegado á Peronne el 17, encontró allí al Mariscal Mortier, que habia sido su compañero de armas en la memorable campaña de 1792, y que se apresuró á dar á reconocer al Príncipe como comandante en gefe. Desde allí, visitó el Duque á Cambrai, Douai, Valenciennes y Lila. El 20 de Marzo comunicó á todos los Comandantes la instruccion « de hacer que todas las opiniones cediesen al grito urgente de la patria.» Aquella misma noche el telégrafo de Lila habia transmitido un aviso de Napoleon, anunciando su entrada en París. El Duque de Orleans continuó sin embargo sus operaciones hasta el 23; ¿pero qué podian todos sus esfuerzos, todas sus buenas intenciones contra la disposicion del ejército? Al llegar el Rey á Lila el 22, se apresuró á salir al siguiente dia, sin dejar al abandonar la Francia, instruccion alguna al Du-

que de Orleans. El mismo Príncipe abandonó el 24 la capital del departamento del Norte, para pasar á Inglaterra á unirse con su familia.

Twickenham volvió á ser, despues de tantas vicisitudes, la residencia del Duque de Orleans; pero la intriga y la calumnia turbaron aquel retiro. Hiciéronse insertar bajo su nombre, en los papeles ingleses, protestas y profesiones de fé hechas adrede para colocarle en mala situacion con la rama primogénita; pero el Príncipe se apresuró á desmentirlas. La batalla de Waterloo volvió por segunda vez á los Borbones á la Francia; y al regresar el Príncipe á París en 1815, tuvo que hacer levantar el secuestro que durante los cien dias se habia puesto al Palacio Real y sus demas bienes. Luis XVIII siempre prevenido contra el primer Príncipe de la familia, no podia perdonarle las muestras de aprecio y aun los votos de que habia sido objeto el Duque de Orleans en medio de la Cámara de los representantes, despues del desastre de Waterloo. Levantado el secuestro, el Duque de Orleans volvió á pasar el Estrecho en busca de su familia; y á su regreso en el mes de Setiembre, usó del decreto del Rey que llamaba á los Príncipes á tomar asiento en la Cámara de los Pares. Allí tuvo ocasion

de manifestar á la Francia sus opiniones y sentimientos.

Su noble lenguaje, que aplaudieron los Ministros del Rey, no obtuvo la adhesion de la Cámara y sirvió solo para irritar contra el primer príncipe de la familia Real á los gefes del partido reaccionario. No pudiendo dudar el Duque de Orleans de la inutilidad de su presencia en la Cámara de los Pares, se condenó nuevamente á un voluntario destierro, á fin de dejar al tiempo que calmara las pasiones; y por tercera vez volvió á ver á Twickenham. De vuelta á Francia en 1817, cuando parecia que el gobierno tomaba una marcha mas moderada, se dedicó enteramente á la educacion de su numerosa familia, y al cuidado de administrar, con tanto orden como grandeza, su fortuna. Amante de las letras, cuyo cultivo le habia consolado en su destierro, se rodeó de todas las notabilidades independientes, y supo indemnizarlas con nobleza de las persecuciones de la injusticia del poder. Varios literatos distinguidos pueden recordar en el dia, con orgullo, el tiempo en que eran pensionistas del Duque de Orleans. Honraba con su amistad á muchos de los gefes de la oposicion constitucional, á aquellos cuya

prudente y mesurada conducta; nada comprometia de lo que á la sazon existia en Francia, pues distaba mucho de aprobar á los que querian hacer servir su nombre de punto de reunion para hostilizar á la rama primogénita; y bajo este aspecto, tuvieron razon de quejarse muchos escritores, de que el Duque de Orleans *no era de su partido.*

Despues del casamiento del Duque de Berri, el Duque se presentaba con mas frecuencia en la Corte; pero Luis XVIII no le recibia jamás con cordialidad, y rehusó con obstinacion el dar á los príncipes de Orleans el tratamiento de *Alteza Real*, á pesar de estar conforme por todos estilos con la práctica. Cárlos X á su advenimiento al trono se apresuró á reparar aquella injusticia, y consintió en que el Duque de Borbon transmitiese su inmensa herencia al Duque de Aumale, uno de los hijos de Orleans. Una perfecta amistad parecia unir á los gefes de las dos ramas francesas de la casa de Borbon, cuando los fatales decretos de Julio de 1830, transformaron de repente á Paris en un campo de batalla, y estrellaron en el suelo de las barricadas la corona del obcecado Cárlos X.

Estábase peleando todavia, cuando se estableció una Comision provisional en la casa del Ayuntamiento para cuidar de los asuntos mas urgentes; se organizaron comisiones municipales y se formó la Guardia Nacional. Desde los primeros momentos, algunos Diputados influyentes se habian puesto en relaciones con el Duque de Orleans: S. A. R. acogió sus indicaciones con el perfecto aplomo que siempre ha arreglado su conducta política; y le imponia ademas aquel comedimiento, su lealtad hácia Cárlos X. Nada sin embargo pudo sustraerle al poder y á la espantosa responsabilidad que se le presentaba. Los Diputados en su sesion de 30 de Julio, acordaron que se invitase al Duque de Orleans á desempeñar las funciones de Lugar Teniente General del Reino. No habiéndole encontrado en París la comision encargada de llevar aquel mensage, se le envió por escrito. El Príncipe con toda su familia dejó las frescas sombras de Neuilly, y se puso en camino en uno de esos carruages *Omnibus*, que de aquel suceso conservaron el nombre de *Orleanesas*. Llegó el Duque al Palacio Real á las once de la noche, y al siguiente dia por la mañana recibió á la diputacion. Aseguró á esta de todo su deseo de preservar á la Francia de los desastres de

la guerra civil y estrangera, y al terminar dijo: «las Cámaras van á reunirse, ellas cuidarán de los medios de asegurar el reinado de las leyes, y el sosten de los derechos de la Nacion: *la carta será de hoy en adelante una verdad.*» El primer decreto dado por el Lugar Teniente General, el 1.º de Agosto, mandaba adoptar la escarapela nacional. El mismo dia convocó las Cámaras para el 3 de Agosto. La comision municipal de Paris, con el General Lafayette á su cabeza fue á dimitir sus poderes en manos del Príncipe; pero S. A. R. despues de deliberar con su Consejo, rogó á los miembros que la componian que continuáran provisionalmente en sus funciones en cuanto fuere relativo á la seguridad interior de Paris. El Príncipe habia encontrado á los Ministros ó mas bien á los comisarios nombrados por la comision municipal, para cada departamento, y tomados de todos los colores constitucionales de ambas Cámaras. El Lugar Teniente General cambió en parte estos destinos. Desde el 1.º de Agosto se vió predominar la influencia de Mr. Guizot en el ministerio del Interior del que se acababa de encargar; y con muy cortas escepciones, los nombramientos de prefectos anunciaron de parte de

dicho Ministro una tendencia monárquica. Ya se habian anulado todas las condenas por delitos de imprenta, y detenido todos los procedimientos ; ya no se administraba justicia sino bajo el nombre de *Luis Felipe de Orleans*, *Duque de Orleans, Lugar Teniente General del Reino.* Formábanse por do quiera sociedades populares, y la autoridad que no las veia con gusto, no atreviéndose á tomar sobresí el prohibirlas, se contentaba con enviar à ellas hombres que las turbaban con sus murmullos, ó las hacian odiosas con sus exageraciones. Esta combinacion de hombres opuestos y de contradictorias medidas, al paso que calmaba los terrores profundos de los hombres enemigos de la revolucion de Julio, exasperaba á los amigos de una libertad republicana. ¡Cuántos motivos para complicar la situacion del Príncipe, y para crear grandes dificultades! Pero no habia dejado de prever la necesidad de ponerse en aparente contradiccion consigo mismo: y estos obstáculos le espantaban tan poco, como poco le deslumbraba la popularidad de la calle, á la cual era preciso entregarse en los primeros momentos. De ahí provino el origen de ese sistema que con desprecio se ha llamado *justo medio:* el único tal vez practicable en circunstancias y con-

diciones tan estraordinarias. Establecida ya la situacion, preciso era defenderla á toda costa contra el pueblo de las barricadas, y contra la Europa alarmada y poco benévola, ¿Y qué hombre de buena fé se atreveria á acusar de haber llenado mal esta doble mision al Príncipe que á despecho de los motines, de las conspiraciones y de las máquinas infernales, es aun en Francia el único campeon del órden público, y en Europa el mas firme baluarte de la Monarquía constitucional? Sin embargo Cárlos X por un decreto fechado en Rambouillet el 1.º de Agosto, habia nombrado al Duque de Orleans Lugar Teniente General del Reino; pero hacia ya dos dias que el Príncipe desempeñaba tan elevadas funciones, y creyó conveniente no usar de aquella tardia disposicion. El mismo dia anunció el periódico oficial que el Lugar Teniente General del Reino habia depositado en los Archivos de la Cámara de los Pares el acta de abdicacion de Cárlos X y del Delfin, en favor del Duque de Burdeos, bajo el nombre de Enrique V. El 3 de Agosto se verificó la apertura de las Cámaras, y el discurso del Lugar Teniente General en aquella solemnidad, presentaba bajo una forma noble y sencilla á la vez, el resumen de lo que acababa de

suceder en algunos dias. Por un decreto del mismo dia, llamó el Duque de Orleans á tomar asiento en la Cámara de los Pares, á sus dos hijos mayores los Duques de Chartres y de Nemours, á quienes acababa de conceder el gran cordon de la Legion de honor. Todas las disposiciones del Príncipe, todas sus respuestas á las diversas diputaciones de las ciudades, contribuian á sostener el popular entusiasmo, pudiéndose citar entre sus actos, la pension de 1,500 francos concedida por S. A. R., de su peculio, á Rouget-Delisle, autor del *himno de los marselleses*.

La Cámara de Diputados marchaba apresuradamente por la nueva carrera que se le habia abierto. El 7 de Agosto, la Cámara electiva declaraba vacante el trono, y llamaba á ocuparle al Duque de Orleans. Pasó reunida al Palacio Real, y su vicepresidente Mr. Laffitte, leyó al Príncipe el acta de Constitucion. Concluida esta, contestó el Duque: «Recibo con grande emocion la declaracion que me presentais, que considero como la espresion de la voluntad nacional, y conforme con los principios políticos que he profesado toda mi vida. Lleno de recuerdos que siempre me habian hecho desear que el destino no me llevase á ocupar el trono, libre

de ambicion, y acostumbrado á la vida tranquila que pasaba con mi familia, no puedo ocultaros todos los sentimientos que agitan mi corazon en esta grande circunstancia; pero hay uno que los domina á todos, el amor de mi pais; sé lo que me prescribe, y lo haré.» Al concluir este discurso, el Príncipe abrazó con ternura á Mr. Laffite. Millares de voces pedian en los patios del Palacio Real que se presentase el Príncipe, el cual salió al balcon con a Reina y sus hijos, á quienes presentó al pueblo. Admirado Lafayette de aquel entusiasmo y homenage universal, dijo tomando la mano al duque de Orleans: «Hemos hecho cosas grandes; sois el Príncipe que nos conviene; *es la mejor de las repúblicas.*» Por la noche, la Cámara de los Pares, llevando á su cabeza á Mr. Pasquier, nombrado Canciller en virtud de la dimision hecha por Mr. Pastoret, presentó al Duque de Orleans su adicion á la declaracion de la Cámara de los Diputados. El 9 se celebró la sesion régia, en la que pronunció el Príncipe el juramento que le hacia Rey. El 11 de de Agosto organizó su Ministerio, en que conservaron sus puestos MM. Dupont de l'Eure, Gerard, Guizot y Luis; Mr. de Broglie ocupó el Ministerio de Instruccion Pública, Mr. Molé el de Nego-

cios estrangeros, y Mr. Sebastiani el de Marina.

Entonces principiaba entre los partidos una lucha de palabras, que encubria, con un aspecto casi pacífico, la verdadera lucha de las cosas. Mas adelante habia de principiar la querella de *aunque* Borbon, ó de *por ser* Borbon, lucha que dividió no solo á las Cámaras y á los hombres de partido, sino tambien á los Ministros y hombres de Estado. Con todo, la Cámara electiva presentaba en 9 de Octubre un mensage al Rey, cuya tendencia era á la abolicion de la pena de muerte. Luis Felipe, colocado siempre á la altura de las circunstancias, dió la respuesta mas acertada á aquel mensage, que, cuando se preparaba el proceso de los ministros, podia ser tan diversamente juzgada por los partidos. «El deseo que manifestais, dijo S. M. estaba en mi corazon desde mucho tiempo. Testigo en mis juveniles años del espantoso abuso que se ha hecho de la pena de muerte en causas políticas, y de todos los males que de ello han resultado á la Francia y á la humanidad, he deseado con constancia y vivamente su abolicion. La memoria de aquellos tiempos desastrosos, y los dolorosos sentimientos que me oprimen cuando los recuerdo, os garantizan cuanto me apresuraré á

hacer que se os presente un proyecto de ley conforme con vuestros deseos. El mio no se hallará completameote satisfecho, hasta que hayamos borrado enteramente de nuestra legislacion todas las penas y todos los rigores que la humanidad y el actual estado de la sociedad rechazan.» Ya en 14 de Setiembre una memoria pasada á la Cámara por Mr. Guizot, de los actos de la administracion, habia probado que el nuevo Rey estaba servido por hombres que habian considerado como una cosa séria la mision de renovar el Gobierno, y se hicieron en consecuencia muchas variaciones en dependientes de todos los ministerios.

Sin embargo amenazaba la Vandea; el motin marchaba con la cabeza erguida durante el proceso de los Ministros, y despues en la revuelta de San Germain-L' Auxerrois, y del Arzobispado. Mostrábase la Europa poco benévola, y hubiera sido amenazadora, si se hubiese atrevido á ello; pero mientras esperimentaba en la persona de Luis Felipe el Monarca mas hábil y fuerte de su época, la vida modesta y sencilla del Rey ciudadano, le infundia casi tanto miedo como la imponente aptitud de Bonaparte. Entonces el Rey, aunque entregado á su popularidad, no descuidaba los re-

cursos de la diplomacia ; y no estaba lejano el dia en que el hombre de la paz á todo precio, debia obligar á que le reconocieran como hermano y aliado, á esos Reyes y Emperadores, cuya mayor parte habian llevado el yugo de Napoleon. Del mismo modo, el hombre del justo medio pareciendo que hacia siempre concesiones, debia conseguir desarmar y encadenar á todos los partidos, á fin de reducirlos al punto de no tener ya contra él mas que las armas antifrancesas del asesinato. Para desarrollar todos estos resultados, para deducir las causas ostensibles y secretas de él, seria preciso traspasar los límites de una biografía, y escribir una historia. En 13 de Marzo de 1831, Casimir Perier habia reemplazado á Mr. Laffitte en la presidencia del Consejo, y habia pasado el tiempo de las concesiones republicanas, y de los hombres de Estado de halagüeñas utopías. Casimir Perier llenó su mision, y murió de fatiga en 16 de Mayo de 1832.

Luis Felipe habia recorrido la Francia en 1831, y podido ver tambien que por do quiera se deseaba el órden, por medio de instituciones liberales y verdaderas. Y poco á poco se habia pronunciado la Europa en favor del nuevo gobierno.

Verdad es que el Rey nada habia descuidado

para inspirar á la Europa un saludable temor de las fuerzas de la Francia, y era ya mucho á los ojos de la Europa un Rey creado el 7 de Agosto de 1830, que en 3 de Febrero de 1831 podia rehusar para su hijo la corona de los Belgas. Algunos meses despues, Leopoldo, Duque de Sajonia Coburgo, era Rey de Bélgica, y el casamiento de este Príncipe con la hija mayor de Luis Felipe debia asegurar en 1832 la influencia de la Francia en el nuevo Reino. ¡Dichoso Luis Felipe si su simpatía enteramente francesa en favor de la Polonia, hubiera podido obtener los mismos resultados! Habíanse renovado ó celebrado tratados de comercio con los Estados Unidos, y con las Repúblicas de Méjico y de Haiti; en las aguas del Tajo habia hecho capitular á D. Miguel, y en el mes de Julio de 1831, los buques de guerra portugueses estaban en poder de la Francia, y flotaba el pabellon tricolor en los muros de Lisboa; todo se preparaba para el establecimiento del gobierno de Doña María. Sin embargo el tratado de 15 de Noviembre de 1831, que debia consumar la separacion de la Bélgica y de la Holanda, no tenia cumplimiento por parte del Rey de Holanda. Luis Felipe, para llenar los empeños contraidos para con la Bélgica, envió una escua-

dra á la embocadura del Escalda, y el valor de las tropas, animado por la presencia de los jóvenes Principes, los Duques de Orleans y de Nemours, hizo que se entregase la ciudadela de Amberes.

Pero la Francia distaba mucho de estar tranquila en lo interior; entonces tuvieron lugar los alborotos de Junio en París, con motivo de las exequias del General Lamarque; nuevos movimientos legitimistas en la Vandea; la presencia de la Duquesa de Berry en aquel pais, su arresto y las diversas circunstancias de su detencion en la fortaleza de Blaye; finalmente la primera tentativa de asesinato contra el Rey el 19 de Noviembre de 1833, al tiempo de ir al cuerpo legislativo. El trono de Julio parecia estar comprometido; pero por fortuna para Luis Felipe, con perder á Casimir Perier, solo habia perdido un brazo fuerte. Colocado por la aclamacion de los pueblos en el timon del Estado, no le espantaron las facciones, ni los personales peligros, ni la medianía ó los falsos intereses de los hombres de Estado, que la fluctuante mayoría de las Cámaras le precisaba á tomar ó dejar. No tardó en renovarse el combate en Lion y en las calles de Paris en el mes de Abril de 1834; aquellos y otros desórdenes fueron reprimidos por la firmeza del Gobierno, y

la lealtad y denuedo de la tropa y de la Guardia Nacional.

Los asuntos de la Península ocupaban la atencion de Luis Felipe, y en 1834, concluyó un tratado con el Rey de la Gran Bretaña y las Reinas de España y Portugal, cuyo objeto era sostener el trono constitucional en la Península, sin recurrir sin embargo á la intervencion armada. No seremos seguramente nosotros los que aplaudamos la línea de conducta seguida por el Gobierno del Rey de los franceses, y la falta de la cooperacion activa que podia haber empleado, para poner mas pronto fin á la guerra civil, conservar y aumentar su influencia en la Península, y evitar los siguientes trastornos.

En 28 de Julio de 1835, principió una série de nuevos peligros para Luis Felipe. El asesinato reemplazaba al motin; y el atentado de Fieschi transformó en un dia de luto uno de los aniversarios de los tres dias. La Providencia protegió al Rey, pero vióse perecer á su lado al ilustre Mariscal Mortier, á quien apreciaba mucho desde que mandaron juntos en el departamento del Norte en 1815. Aquel atentado reunió á muchos en torno de Luis Felipe, y la Cámara se apresuró á facilitar á su gobierno nuevos medios de consolidar el órden público. La

feliz espedicion de Máscara sostenia en Africa la gloria de las armas francesas, y honraba al Duque de Orleans que habia tomado parte en sus fatigas y peligros. ¡Feliz la Francia, si la mala inteligencia que se promovió entre el Comandante superior de Argel y los ministros del Rey, no hubiera comprometido la gloria de sus armas delante de Constantina! En esta ocasion, como en Amberes, como en Máscara, Luis Felipe habia querido ver á sus hijos satisfaciendo su deuda para con la patria, y compartir los peligros de los demas hijos de la Francia. ¿Hablaremos acaso de la ridícula disputa con un canton suizo, que terminó en cuanto por conducto tranquilo pudieron llegar á los honrados y quisquillosos aliados de la Helvecia, las palabras del Rey de los franceses? ¿De la tentativa de Strasburgo, en la que el espíritu de partido comprendió tan mal la elevada clemencia del Rey con el sobrino de Napoleon? ¿Recordaremos las diferencias próximas á estallar entre la Francia y los Estados Unidos, y que terminaron la intervencion de la Inglaterra, y el abandono de algunos millones? ¿Examinaremos por último, bajo el aspecto rentístico, los resultados de una revolucion que habia ofrecido la reforma y la economía, y que á pesar de su bue-

na voluntad no ha podido cumplir sus promesas en medio de circunstancias difíciles? Semejante trabajo seria superior á nuestras fuerzas. Otras tentativas de asesinato han amenazado depues las vida de Luis Felipe, y la tranquilidad de la Francia, y siempre ha usado el Rey de la prerrogativa constitucional con los delincuentes. La Francia bajo su reinado ve desarrollarse y florecer todos los manantiales de la riqueza pública, y sino ha ejercido toda la influencia que debia en los negocios de Europa, la paz la ha conducido al alto grado de prosperidad en que se encuentra.

Fácil seria recorrer los adelantos hechos en la instruccion pública; las inmensas obras de utilidad y ornato continuadas ó emprendidas; los caminos de hierro y el movimiento comercial que anima á la Francia; pero nos falta espacio, y está ademas á la vista de cuantos conocen aquel pais.

Satisfecho Luis Felipe con su obra, veia consolidarse su monarquía, y el heredero del trono, padre ya, amaestrado con las lecciones del Rey, prometia á la Francia largos años de tranquilidad. De repente la Providencia en sus impenetrables arcanos pareció dejar burladas tantas esperanzas: el Duque de Orleans murió el 13 de Julio de 1842 ins-

tantáneamente de resultas de una caida del coche. La familia Real se hallaba en Nuelly, y Luis Felipe esclamó al saber tan infausta nueva, sin perder la serenidad que tanto le distingue, y sin disimular tampoco el inmenso dolor que le oprimia. « ¡Si al menos hubiera sido yo! » Palabras que espresaban á un tiempo su pesar y su amor á la Francia. Pero el Rey con su sabiduría, y la Francia con su sensatez han evitado por el momento los males que aquella desgracia inesperada pudiera ocasionar, haciendo una ley de regencia, y previniendo las contingencias de una minoría; y si la Providencia conserva á Luis Felipe algunos años mas de vida, la Francia grande, rica y poderosa, contará al gefe de la nueva dinastia entre los Monarcas mas grandes de que hace mencion su historia.



ZUMALACARREGUI.

Personajes célebres del Siglo XIX.

D. TOMAS

ZUMALACARREGUI.

« Zumalacarregui era el hombre estraordinario del partido carlísta; su valor, su increible actividad, su voluntad de hierro, y su fortuna, le habian dado una superioridad, de que dificilmente ha gozado jamás otro en semejante posicion. »

Hist. polit. del partido Carlista, por el Coronel Lasala, pág. 10.

Una mañana del mes de Octubre de 1833 se hallaba un grupo numeroso de carlistas en el valle de Araquil, cerca de la carretera de Pamplona: en sus abatidos semblantes se echaba de ver fácilmente el desaliento y confusion que rápidamente cundian en sus filas, efecto de las tristes

noticias que habian recibido. D. Santos Ladron habia sido fusilado en Pamplona el dia 15 de Octubre; Lorenzo y Castañon habian arrollado á los insurjentes en Peñacerrada y Hernani, mientras que Sarsfield dispersaba por otro lado la naciente partida de Cuevillas. Por do quiera los voluntarios realistas eran desarmados sin notable resistencia, faltando sus gefes á los compromisos contraidos, y dejando fallidos los calculos, que con ellos se habian formado: y mientras esta conversacion pasaba en un rincon de Navarra, la Corte era teatro de una escena sangrienta y alarmante, en que 60 voluntarios abandonados á sus esfuerzos defendian desesperadamente su cuartel, y precipitaban la agonia del realismo.

En aquel momento los carlistas del valle de Araquil vieron venir hácia ellos un hombre de mediana y fornida estatura, vestido de capa y con boina á estilo del pais. Aquel hombre era Zumalacarregui, bien conocido ya en aquellos paises por los servicios que prestara á la causa realista en 1822. Al darse á conocer en medio de aquellos grupos sintieron estos renacer su moribundo entusiasmo, y empuñaron sus fusiles lanzando gritos de júbilo marcial. Un ocul-

to presentimiento les indicaba, que bajo su direccion las indisciplinadas huestes de Navarra, habian de elevarse á la altura de un ejército formal, que habia de marchar en pos de él á la victoria. Hombres oscuros de menguada reputacion y encontradas pasiones se disputaban entonces aquel poco apetecible mando, y se hallaban divididos con mezquinas rivalidades: al ver pues los insurgentes á Zumalacarregui entre sus filas, le reconocieron al punto por su gefe, merced á su antigua nombradia y á la circunstancia de ser del pais vasco-navarro, sin la cual dificilmente se le hubiera confiado el mando en aquellas circunstancias.

D. Tomás Antonio Zumalacarregui nació en la villa de Ormaistegui, en el centro de Guipúzcoa el dia 29 de Diciembre de 1788, de padres nobles llamados D. Francisco Antonio, y Doña Maria Ana de Imaz y Altolaguirre. Perdió su padre á la edad de cuatro años, pero su madre cuidó con esmero de su educacion. A los diez y seis pasó á Pamplona á instruirse en la Curia Eclesiástica; pero habiendo sobrevenido pocos años despues la invasion del ejército francés, y apoderado éste de Pamplona y su Ciudadela por

un artificio grosero, pasó Zumalacarregui á Zaragoza y se alistó voluntario, hallándose allí en el primer sitio en clase de distinguido. Habiendo salido un dia de descubierta, durante el segundo, cayó prisionero, y con no poco trabajo logró escapar de los franceses, llegando á su patria estenuado de fatiga. Pero asi que se vió repuesto, se incorporó á D. Juan de Jáuregui (el Pastor) que formaba entonces su guerrilla. Jáuregui supo hacer aprecio de su mérito y le nombró teniente y secretario suyo, en reemplazo de D. Fermin Iriarte, que habia tomado el mando de un batallon, de los tres que llegó á tener aquella division. Para que se confirmasen los despachos de sus gefes y oficiales, fue preciso nombrar una persona de notoria capacidad, que pasase á Cádiz, y el nombrado fue Zumalacarregui, quien lo desempeñó á satisfaccion, obteniendo para sí los despachos de Capitan efectivo, y regresando de Cádiz por el mes de Julio de 1813. Incorporado otra vez á su division, se halló en el sitio de S. Sebastian, y el dia 31 de Agosto, en la célebre batalla de S. Marcial, en la cual, segun el dicho de Lord Wellington, *se portaron los españoles como las mejores tropas del*

mundo. Luego que S. Sebastian cayó en poder de los aliados, pasó la division guipuzcoana á guarnecerla, y allí Zumalacarregui principió á dedicarse al estudio profundo de la táctica, en que tanto habia de sobresalir. Algun tiempo despues, habiendo el General D. Cárlos Aroizaga fijado su capitanía general en la villa de Tolosa, se llevó á Zumalacarregui de Capitan Archivero.

Conluida la guerra, obtuvo en 1815 el mando de una compañia del regimiento de infantería de Borbon. Habiendo sido licenciado este regimiento, fue colocado Zumalacarregui con igual graduacion en el de Vitoria, y poco despues en el de las Ordenes Militares 33 de línea.

Cuando se proclamó la Constitucion en 1820, durante los primeros momentos de efervescencia, Zumalacarregui fue acusado de profesar doctrinas anti-constitucionales, y sus mismos gefes y compañeros formularon peticiones, para que se le arrojase del cuerpo: efectivamente, fue destituido del mando de la compañía, pero poco despues se le repuso en el, y continuó por espacio de dos años. Mas no por eso olvidó el insulto, que de sus mismos camaradas habia recibido.

El levantamiento de su pais le proporcionó ocasion muy oportuna para tomar la satisfaccion que anhelaba.

A fines de 1821 estalló un pronunciamiento realista en Sangüesa, precipitando la conspiracion, que desde principios de aquel año se tramaba en Navarra, y que tenia muy vastas y ocultas ramificaciones, aunque carecia de los medios materiales para llevar á cabo el levantamiento. Con este motivo se reunieron precipitadamente en Barasoain, el 10 de Diciembre, los vocales nombrados de antemano para la Junta, Melida, Eraso y Villanueva; y tremolaron la bandera del absolutismo. Dos dias despues contaba ya Villanueva á sus órdenes 500 hombres, aun que mal armados y sin municiones. Divididas estas fuerzas en diferentes direcciones, para evitar la persecucion, se engrosaron con increible rapidez, pero fueron derrotadas sucesivamente por Cruchaga el 25 de Diciembre en Larrainzar, y el 6 de Enero en Nagore. Con esto quedó el órden restablecido en Navarra, y la generosa conducta de Cruchaga, salvando los prisioneros de manos de Tabuenca, acabó de afianzarle; atrayendo á sus casas á los que andaban dispersos.

La insurreccion parecia completamente estinguida, hasta que á principios de Junio de 1822 estalló nuevamente y con mas formalidad, entrando Quesada desde Francia, para ponerse al frente de los insurgentes. Temeroso el Gobierno del incremento que pudieran tomar, habia practicado varias diligencias, gestionanando con el francés para que se embargasen los 4,000 fusiles, que guardaba Eguia en Bayona, y agolpando tropas á las Provincias. Uno de los regimientos enviados allá fue el de las Ordenes militares, que llegó á Pamplona en el intermedio del primero al segundo levantamiento. A pocos dias de su llegada, recibió órden Zumalacarregui de pasar á Vitoria á las órdenes de Lopez Baños con dos oficiales mas, como lo verificó, dejando en Pamplona á su esposa.

En esta ocasion corrió uno de los mayores riesgos de su vida, á manos de unos salteadores que los sorprendieron en una casa de campo. Eran unos facinerosos que habian asesinado y robado á una Señora rica de Tolosa, con circunstancias las mas horribles, y valiéndose de sus doncellas. El capataz era un carnicero del pueblo, hombre feroz y *patriota* de los mas furibundos;

pero habiendo sido descubierto, fue conducido á Pamplona juntamente con sus cómplices, y condenado á morir en un patíbulo. Habiendo estos escalado la cárcel, eludieron el castigo de la ley, que sufrieron las alucinadas doncellas, mientras que sus prometidos novios improvisaban una partida, titulándose defensores del altar y del trono. En tales manos vino á caer Zumalacarregui con sus dos compañeros, y en vano trataron de hacer valer sus opiniones realistas bien conocidas. Despues de haberlos despojado de todo cuanto llevaban, golpeáronlos inhumanamente, y los amenazaron con una próxima muerte. Quince dias duró aquel prolongado martirio, en que tuvieron que seguir las correrias de aquellos facinerosos, estenuados de hambre y de fatiga, maltratados á cada paso y con la vida pendiente del capricho de aquellos caribes. Súpolo Quesada á los pocos dias de haber entrado en Navarra, y marchó con su gente en busca de los pretendidos defensores de la fé. Huyeron estos al saber su aproximacion, y Quesada compadecido de sus víctimas, agasajó á los tres oficiales y los envió á Pamplona, para que se repusieran de sus quebrantos.

Mientras que Zumalacarregui conseguia esto en aquella, los realistas de Navarra tomaban un incremento tan rápido, que al cabo de un mes se hallaban ya en estado, no solamente de resistir, sino aun de ofender á las columnas que marchaban en su persecucion. Mientras Lopez Baños atacaba el 1.º y 2.º batallon á las órdenes de Quesada, D. Santos Ladron que se habia retirado enfermo al pueblo de Ancivaoa, improvisaba un tercer batallon, con mas de 400 jóvenes de los valles de Erro y Esteribar; y despues de armarlos y equiparlos en diez dias, se presentaba con ellos á las puertas de Pamplona, llamando la atencion de las columnas perseguidoras con aquel movimiento á su retaguardia. Entretanto Salaberri organizaba hácia la ribera el cuarto de Navarra, y un peloton de Roncaleses reunidos en Irati daban principio á otro batallon titulado de Guardias Reales. En tales circunstancias, Zumalacarregui repuesto ya de sus heridas, determinó fugarse de Pamplona en compañía de sus dos amigos. Presentóse á Quesada el dia 22 de Agosto de 1822 en el pueblo de Almandoz, á la entrada del valle de Bastán, donde acababa de penetrar aquel por primera vez y despues de una marcha penosa.

No podia Zumalacarregui haber llegado en mejor ocasion. El segundo batallon se hallaba sin gefe por la ausencia de D. Santos, y en los tres dias que permaneció Quesada en el vallé de Bastán, se ocupó en reorganizar su gente, mermada por la persecucion y el cansancio, y equiparla con los muchos recursos que sacó de aquel valle, al cual por su adhesion á la causa de la libertad miraban como tierra de conquista. Determinó pues Quesada poner dicho segundo batallon á las órdenes de Zumalacarregui, con el grado de teniente coronel.

El dia 25 por la noche, reunidas todas las fuerzas realistas salieron de Elizondo, y poco despues se volvieron á separar, marchando Zumalacarregui con su batallon solamente en compañía de Quesada y del cuartel general. El 30 de aquel mismo mes salió este con toda la division de Navarra para Cataluña, con objeto de comunicarse con el Baron de Eroles, y el 18 de Setiembre dió la funesta accion de Benavarre, en la que fue destrozada y pasada á cuchillo casi toda la division de Tabuenca, juntamente con su gefe. Zumalacarregui contribuyó poderosamente al éxito del ataque. Encargado de sostener una altura

contra todas las fuerzas de Tabuenca, lo hizo con todo teson; y atacando el flanco derecho á pesar del fuego de dos cañones de á cuatro, situados en unas viñas junto al pueblo, logró envolver las compañías que los custodiaban, y apoderarse de ellos y de un gran repuesto de municiones. Su batallon fue el que mas padeció comparativamente, pues tuvo dos muertos y 14 heridos, si hemos de creer el parte del Baron de Eroles. (*)

Despues de un mes de correrias por el alto Aragon y Cataluña, principió á regresar la espedicion á Navarra el 15 de Octubre de 1822, y aquel mismo dia hizo Zumalacarregui en Casbas 60 prisioneros de una partida suelta, despues de una obstinada resistencia en que murieron otros 30. El 19 volvió á pisar el suelo natal y descansó en Lumbier. Deseoso Quesada de señalar su entrada en Navarra con un golpe de mano atrevido, trató de atravesar rápidamente la provincia y sorprender la ciudad de Vitoria, pero

(*) Las fuerzas de los realistas eran de mas de 2,000 hombres: las de Tabuenca unos 1,200 infantes de los regimientos de Jaen, Toledo y Ordenes militares, y 40 dragones de la Reina. Eroles en su parte calculó la pérdida de su gente en 5 muertos, y 16 heridos.

alcanzado por las tropas constitucionales hubo de mudar de dictámen, y tomó posiciones entre los pueblos de Nazar y Asarta, donde algun dia Zumalacarregui habia de hacer uno de los primeros ensayos de su pujanza, como veremos mas adelante. Por lo que hace á Quesada, en la accion de 27 de Octubre de 1822 estuvo poco diestro, y fue derrotado por fuerzas inferiores, habiendo dejado abandonada una posicion que luego quiso ganar á fuerza de sangre. Los batallones navarros flanqueados por los constitucionales, se arrojaron por los derrumbaderos; pero el de Zumalacarregui algo mejor situado pudo retirarse mas ordenadamente. Quesada aborrecido de los navarros desde que los habia sacado de su pais para Cataluña, vió entonces enteramente perdido su prestigio, y tres dias despues dejó el mando y se retiró á Francia. Entró desde alli en su lugar D. Cárlos O-Donell, y dividiendo sus fuerzas las dispersó en varias direcciones, tomando para su escolta el segundo batallon como mas completo y disciplinado. El mando de los militares solia ser para los navarros tan infausto como ingrato, y O-Donell cansado de doce dias de continua fuga, y viendo el mal sem-

blante de aquellos, volvió á meterse en Francia, dejando la gente á cargo de D. Santos Ladron, como ellos deseaban.

A principios del año 1823 tomó este el mando, y conociendo el espíritu de los navarros mejor que sus predecesores, se penetró de que era preciso resistir á todo trance, ó sufrir una completa dispersion. Volvió caras contra las columnas que iban á sus alcances, y el dia 7 de Enero sostuvo una accion bastante reñida en el puente de Muniain. Zumalacarregui con su batallon defendió una posicion interesante junto al puente, hasta que agotadas las municiones se retiró con las demas fuerzas hácia el valle de Berrueza. Dos dias despues atacó dentro de Estella una columna, que creyó sorprender en aquel punto. Zumalacarregui al frente de su batallon penetró por el portal de Lizarra, hasta la plaza de Santiago, en la que habia formadas tres compañías, que se sostuvieron con mucho valor, dando lugar hasta que huyeron los realistas, por temor de una columna de 2,000 hombres que habia salido de Pamplona. Retirado desde alli á las montañas de Salazar y Aezcoa, recibió órdenes de D. Santos Ladron para cubrir con su batallon aquel

pàis, y custodiar la Junta, mientras él con las restantes fuerzas marchaba sobre Huesca, á sorprender su guarnicion y recoger municiones.

Estando en Abaurrea la noche del 1.º de Marzo, se vió harto comprometido con su batallon, y aun se esparció la voz de que habia sido sorprendido: para vindicarse de esta imputacion dirijió un comunicado al redactor de *La verdad contra el error*, (periódico de los realistas de Navarra) en que desmentia aquel suceso, segun se habia referido. En el hacia ver, que situado en el pueblo llamado *la Abaurrea alta*, habia desplegado todas las precauciones estratégicas que eran del caso; y no satisfecho con esto habia recorrido en persona las avanzadas al tiempo de amanecer, y mandado tocar diana: que formado ya el batallon tuvo noticia de que la columna de Salcedo habia pasado el puente de Aribe, cogiendo los confidentes que en el tenia apostados, en virtud de lo cual hizo retirar á los individuos de la Junta hácia el puerto de Areta, cubriendo él su retirada sin disparar un tiro, y con pérdida tan solo de tres prisioneros. El comunicado concluia con estas palabras notables por su estilo. «Atacado por tres columnas enemigas que com-

»ponian el número de 1,500 hombres de infan-»teria con porcion de caballeria, emboscada desde »la media noche una de aquellas á mi retaguar-»dia, ocupando el camino de Jaurrieta, y el »resultado ha sido haberme hecho tres prisio-»neros. Sin embargo los bandidos presentaron »á los ojos del pueblo esta ocurrencia como una »de sus mayores victorias, mas no debieron po-»nerla en boca si conocieran el honor militar; »y á fe que puestos los valientes realistas en su »lugar, ya hubieran sacado mas carne entre las »uñas.»

Nueve dias despues recibió órden Zumalacarregui de D. Cárlos O-Donell de pasar con su batallon á Francia para recibir alli el armamento y equipo, que tenia preparados para toda la division de Navarra. Despues de doce dias de inaccion dentro del territorio francés, regresó toda ella á Roncesvalles completamente equipada, y marchó hácia la Rasoaña á las órdenes de D. Santos Ladron. Alli se verificó el dia 26 de Marzo una sorpresa de las mas funestas que esperimentaron las armas constitucionales en aquella época, pues perdieron cerca de 400 muertos y 700 prisioneros, segun el parte de D. Santos,

y los dispersos fueron perseguidos hasta las murallas mismas de Pamplona. Situado Zumalacarregui en Villaba, sostuvo con su batallon el fuego por espacio de una hora contra la guarnicion de Pamplona y la columna de Chapalangarra, que habian salido en apoyo de los fugitivos, y que hubieron de retirarse á vista de las fuerzas superiores de los realistas.

Las tropas francesas entraron en seguida á dar un paseo militar, y los batallones segundo y tercero de Navarra, mandados por D. Santos Ladron en clase de Brigadier, pasaron á formar la vanguardia del segundo cuerpo del ejército francés á las órdenes de Molitor. Entró este en Zaragoza el 26 de Abril sin resistencia alguna, y los batallones navarros se acuartelaron en el arrabal. Desde allí salieron el primero de Mayo para recorrer el alto de Aragon y D. Santos dejando cinco compañías para sitiar el castillo de Monzon, pasó con Zumalacarregui á poner su cuartel general en Tamarite, en el cual se dió la funesta accion del 17 de Junio. Una estrella fatal presidia á las armas constitucionales como á la política de su gobierno. Dos dias antes habia Fernando VII (*) llegado á Cádiz despues de

(*) Véase su biografía.

las ruidosas escenas de Sevilla. Casi al mismo tiempo una fuerte columna de 1,400 infantes con 100 caballos y 2 piezas de artilleria, salia de Lérida á destruir la de Tamarite y levantar el sitio de Monzon: pero al llegar cerca de aquel, fue derrotada miserablemente por dos batallones incompletos, y perdió su artillería. De resultas de este descalabro, se entregó el castillo de Monzon el dia 22 de Julio de 1823.

Concluida la guerra, y despues de haberse rendido la plaza de Pamplona en 16 de Setiembre de 1823, se creyó lo mas oportuno disolver la division de Navarra: los batallones que habian asistido al sitio, resentidos de que no se les hubiera permitido entrar en la ciudad, se desvandaron, regresando á sus casas la mayor parte de su gente. Con la que habia quedado, y alguna de los batallones que habian ido á la toma de Monzon, se trató de formar uno provisional, cuya organizacion encargó el Virey interino al teniente coronel Zumalacarregui. Era ya conocido entonces por su génio disciplinista y organizador, de lo cual habia dado repetidas pruebas mientras habia mandado el segundo de Navarra, que era sin disputa el mas aguerrido y mejor arreglado de toda la division. Posterior-

mente habia observado profundamente la disciplina y táctica de los batallones franceses en cuya compañía habia marchado, haciéndole concebir la idea de muchas reformas militares para lo sucesivo. Ninguno mas á propósito para este fin que Zumalacarregui, dotado de un teson y energia nada comunes, que se enardecian con los obstáculos, en vez de abatirse.

A mediados de Octubre estaba ya completamente organizado y equipado el batallon, que al punto se agregó al ejército, recibiendo el nombre de primero de voluntarios de Aragon, segundo de línea, con arreglo al Real decreto de 23 de Abril de 1824. Los gefes fueron nombrados por el Rey, quedando Zumalacarregui sin colocacion entre ellos, y por tanto se hubo de retirar á Pamplona con licencia ilimitada. Alli en efecto fue nombrado individuo de la Comision Militar, cuyo cargo desempeñó hasta fines de 1825, en que recibió los despachos de Teniente Coronel del regimiento cazadores del Rey, primero de ligeros, que se hallaba de guarnicion en Huesca debiendo tomar su rango de antigüedad; desde el dia 22 de Agosto de 1822, en cuya época se habia incorporado á las tropas del General Queseda. No tenia á la sazon

aquel regimiento Coronel alguno, por cuya causa Zumalacarregui, estuvo desempeñando sus funciones por espacio de catorce meses. Desde allí pasó con el mismo grado, al regimiento del Príncipe, tercero de línea, en el cual permaneció por largo tiempo. Durante este, puso el regimiento bajo un pié de disciplina admirable, y hemos oido á militares inteligentes que lo conocieron en aquella época, no titubear en calificarlo, como el mejor que tenia entonces la nacion. La rapidez y limpieza en las evoluciones, su brillante equipo y la rígida disciplina de todos los individuos, llamaban la atencion de los paisanos y escitaban el entusiasmo de los inteligentes.

Cuando el Rey Fernando VII estuvo en Zaragoza en el año de 1828 tuvo gusto en ver maniobrar aquel regimiento en el campo del Sepulcro, y quedó muy complacido de su porte brillante y marcial. Refiérese con este motivo, aunque no salimos garantes de su exactitud, que admirado el Rey y complacido de la precision con que habia ejecutado el regimiento todas las maniobras, hizo cumplimentar á su Coronel. Pero este, que hacia poco tiempo que estaba al frente de aquel cuerpo, tuvo la modestia de responder: que aquellas venta-

jas eran debidas al celo de su segundo el Teniente Coronel Zumalacarregui. Noticioso el Rey de la respuesta, y de los servicios anteriores de aquel, replicó que no queria que tan brillante oficial esperase por mas tiempo un grado que tan bien habia merecido; y efectivamente, poco tiempo despues fue promovido á Coronel del tercero ligero, voluntarios de Gerona. En aquel cuerpo permaneció hasta el mes de Junio de 1831, en que pasó á mandar el regimiento de Estremadura, catorce de línea.

Llegaron por fin los sucesos de la Granja á cambiar la faz de la nacion, y servir de preludio á la triste década, que aun no hemos concluido de arrostrar. Zumálacarregui se hallaba entonces con su regimiento en el Ferrol de cuya plaza era Gobernador. Los soldados de Estremadura, acérrimos realistas, inspiraban desconfianza, y aun llegó á circular la voz de que trataban de proclamar á D. Cárlos. Habiendo tenido aviso de esto el Comandante del apostadero D. Roque Guruzeta, formó en el arsenal la brigada de marina, y reunió todas las personas conocidas por su adhesion á la Regencia provisional de la Reina. La desconfianza que mostraron estas contra Zumalácarregui, le exasperó en

alto grado, y mucho mas cuando supo que se le habia acusado por desafeccion, y de haber intentado proclamar á D. Cárlos. Por este motivo despues de arrestarle el 20 de Octubre por órden del Inspector general de infantería, se le quitó el mando de gobernador, y se le sujetó á un proceso, en el cual quedó probada su inocencia. Del Ferrol vino á Madrid donde concluyó de exasperarse por el tratamiento que le hizo Quesada, poniéndole á media paga. En virtud de esto, pidió que se le enviase á Pamplona con licencia ilimitada, á reunirse con su familia. Negóse por tres veces su solicitud, pero habiendo insistido y con buenos empeños logró por fin lo que deseaba. Llegó á Pamplona á mediados de Agosto de 1833, y al poco tiempo sobrevino la muerte de Fernando VII en 29 de Setiembre de aquel mismo año, que fue la señal de una nueva guerra, en que habian de luchar todas las pasiones por largo tiempo comprimidas. Enarbolado el pendon de D. Cárlos en los montes de Navarra, acudieron á reunirse bajo aquella enseña todos cuantos habian sido espulsados de sus cuerpos despues de los sucesos de la Granja, ora por sus opiniones realistas, ora por rencillas y venganzas personales. Zumalacarregui, víctima de uno y otro,

no podia faltar al llamamiento, y con no poco trabajo, por la vigilancia que se ejercia sobre él, obligándole á presentarse diariamente en la Capitanía General logró al cabo fugarse de Pamplona, abandonando su esposa y sus hijas, que fueron encerradas en el convento de religiosas Recoletas. De esta manera llegó Zumalacarregui al valle de Araquil, el dia 27 de Octubre de 1833, á reanimar el espíritu de aquellos abatidos guerrilleros.

Sus antecedentes, que acabamos de referir, su ardiente realismo al cual debia su desgracia, y haber sido privado del mando, sus conocimientos del pais y de su terreno, y hasta la mirada penetran- y severa del génio, que arrastra los inferiores en pos de sí, contribuyeron á que se pusieran aquellos al punto bajo sus órdenes. Pero no obtuvo el mando sin contradicion. Hallábase Iturralde al frente del primer batallon de Navarra, que se habia armado con cuatrocientos fusiles traidos por Echevarria de Vitoria. Al saber que Zumalacarregui formaba otro batallon sin contar con él, envió dos compañias para prenderle; pero noticioso aquel de este peligro, salió impávido al encuentro de las compañías, y su voz fue bastante para trocar enteramente la escena, haciendo que fueran á prender al mismo Iturral-

de. Conducido este á su presencia fue tratado por Zumalacarregui generosamente, conociendo lo que importaba evitar un cisma en su naciente division. Reuniendo todas las fuerzas, de Navarra, Guipúzcoa y Alava, con anuencia de sus juntas nombró á Iturralde su segundo, constituyéndose él mismo en gefe, y declarando que no entregaria el mando sino al mismo Eraso en persona, que habia sido el primero en proclamar á D. Cárlos con el destacamento de carabineros, que tenia á sus órdenes en Roncesvalles. Hallábase Eraso á la sazon en Francia, en donde á duras penas habia logrado refugiarse, huyendo de una partida enviada á Valcárlos con objeto de prenderle. Cuando regresó de Francia burlando á la policía francesa, Zumalacarregui fiel á su palabra le entregó el mando; pero Eraso amigo suyo, y que conocia su mérito y superioridad, se negó á tomarlo contentándose con mandar en segunda línea.

Hallóse entonces Zumalacarregui frente á frente de Quesada, contra quien alimentaba una marcada animosidad, la cual se atribuia á las contestaciones que habian mediado entre ambos en Madrid aun antes de haberle destituido del mando de su regimiento de Estremadura. Otros le daban mas

antiguo origen, suponiendo que databa desde la accion de Nazar, en que los gefes navarros reconvinieron ásperamente á Quesada, obligándole á dejar el mando como arriba dijimos. Pero á pesar de la activa é incesante persecucion de aquel, Zumalacarregui habia logrado organizar su gente, enseñarla el manejo del arma y las mas precisas evoluciones, de modo que á fines de Noviembre contaba ya á sus órdenes mas de 4 batallones y 3 escuadrones, entre vascos y navarros. Es verdad que los batallones apenas tenian 600 plazas, lo cual habia hecho para darles mayor movilidad y que fuesen mas rápidos y fáciles sus movimientos; pero ademas contaba numerosas partidas de aduaneros y gente suelta, que proporcionaban recursos, interceptaban comunicaciones, acometian á los rezagados, y hacian un verdadero servicio de guerrillas. Con tales elementos contaba Zumalacarregui, cuando se decidió á dar á sus tropas la primera leccion. Deseando Quesada escarmentarle, determinó obrar sobre el valle de Araquil, á donde dirigió sus fuerzas, y quedó sorprendido al ver á Zumalacarregui en posiciones y esperando el ataque, cual si quisiera dar á sus Voluntarios el bautismo de fuego, en el parage mismo en que ellos le ha-

bian honrado con su mando. Hallábase situado en una posicion tan fuerte como pintoresca, ocupando la colina sobre la cual descansa el pueblo de Alsasua, á la derecha de la carretera de Vitoria á Pamplona. Un riachuelo coronado por un puente de madera serpenteaba por el campo, y á retaguardia un bosque poblado y frondoso servia de abrigo y emboscada á las tropas de Zumalacarregui, proporcionándoles retirada hasta Guipúzcoa, en caso de una derrota. Antes de principiar el ataque remitió Quesada un pliego, exhortando á los insurgentes á deponer las armas. Al recibirlo Zumalacarregui, leyó su sobre dirigido *al gefe de los bandidos*, y volviendolo á manos del parlamentario le dijo «que como no iba dirigido á ningun gefe del ejército carlista, lo devolvia sin abrirlo.» Quesada que no habia creido encontrar aquella resistencia, tomó posicion en una altura inmediata, contentándose con observar á su contrario, superior en fuerzas. Al ver este su indecision hizo un movimiento de flanco, y atacó rápidamente aquella posicion que en breve se vió envuelta, y abandonada, pronunciándose las tropas liberales en retirada, despues de una tenaz resistencia. Funesto les hubiera sido quizá aquel dia, á no haber llegado oportunamente

la division de Jáuregui, que varió el aspecto de la jornada. En ella sucumbieron no pocos valientes de una y otra parte, y entre ellos los oficiales O-Donell y Clavijo con otros varios oficiales y soldados, que despues de prisioneros fueron pasados por las armas. ¡Tal era el encarnizamiento con que en aquella época se hacia la guerra! Los carlistas disculparon estos fusilamientos, asegurando que Zumalacarregui propuso un cange entre O-Donell y un oficial, que le servia de secretario, pero Quesada por única respuesta, mandó fusilar su prisionero á vista del parlamentario. Ignoramos hasta que punto sea cierto este suceso, que se reprodujo despues en el fusilamiento del Conde de Via-manuel.

Satisfecho Zumalacarregui con aquel primer ensayo de sus fuerzas, no quiso dejar que se resfriase el entusiasmo de sus soldados. Aquellos hombres, que pocos dias antes apenas podian sostener el fuego unos pocos minutos, sabian ya defender sus posiciones, y principiaban á usar la bayoneta. Tampoco Quesada se descuidaba por su parte, y deseando abatir á su contrario, se dirijió con el General Lorenzo á ocupar la Borunda. El gefe carlista supo á tiempo este movi-

miento por los numerosos confidentes y espias que pagaba, y tomó posiciones á la entrada del valle de Gulinas, sobre las dos eminencias conocidas con el nombre de *las dos Hermanas*, por entre las cuales corre el dicho valle. Formidable era aquella posicion, y mucho mas defendida por un gefe como Zumalacarregui, que sabia sacar partido de la menor ventaja. Pero el retirarse á su vista hubiera sido un triunfo completo para los carlistas, que se hubieran envalentonado al ver que las tropas liberales esquivaban ya su ataque. Decidióse pues Quesada á forzar aquellas posiciones, y lo consiguió al fin con no poca sangre y trabajo. El terreno fue disputado palmo á palmo, cada árbol y cada roca era un reducto cuya posesion costaba preciosas gotas de española sangre, y cuando la noche vino á cubrir con su tupido velo aquella escena horrible, en que 600 hermanos habian sucumbido unos á manos de otros, las tropas de la Reina vivaqueaban sobre aquellas rocas regadas con su sangre, para abandonarlas al dia siguiente, á los mismos á quienes con tanta tenacidad habian lanzado de ellas.

La campaña de 1833 concluyó con la accion

del 29 de Diciembre en los campos de Nazar y Asarta, tan funestos en otro tiempo para Quesada. Aquel dia tuvo Zumalacarregui que sostenerse contra las columnas reunidas de Aragon y Navarra, á las órdenes de Oráa y Lorenzo, que contaban con seis batallones y casi otro de carabineros, con dos escuadrones y dos piezas de montaña. Las fuerzas carlistas eran cuatro batallones navarros y tres alaveses, con cerca de 200 caballos: aunque su número era inferior, ocupaban unas posiciones en estremo ventajosas, y estaban escalonados hasta la formidable altura denominada *la Peña dormida.* El ataque fue uno de los mas sangrientos de aquella época, y varios batallones navarros despues de concluir sus escasas municiones, dieron una carga á la bayoneta, contra la columna que atacaba al pueblo de Asarta, donde se habian replegado. A tal punto habian subido en dos meses, y bajo la direccion de Zumalacarregui, el entusiásmo y disciplina de aquellas bandas desarregladas, que encontró en el valle de Araquil próximas á dispersarse.

Los principios del año 1834 fueron poco notables, y apenas señalados con alguna que otra accion parcial. Por otra parte, la mala inteligen-

cia que reinaba entre Quesada y Valdés dificultaba las operaciones, y Zumalacarregui reconcentrando sus fuerzas hácia Lumbier, ó bien invadiendo sucesivamente los valles de Navarra, obtuvo los recursos que necesitaba, y concluyó de organizar su gente del mejor modo posible. Las pequeñas partidas se batian con furor y encarnizamiento, y por una y otra parte se desplegaba un lujo de terror estraordinario. Con fecha 9 de Febrero circulaba Zumalacarregui una órden en que imponia pena de la vida á todo el que condujese partes de las tropas de la Reina, ó diese á estas noticia de sus movimientos, circulase órdenes del Gobierno liberal, ó encubriese algun voluntario desertor de sus batallones. Estas amenazas unidas al gran prestigio de que ya gozaba, concluyeron por atraerle las comunicaciones de todos los pueblos, y facilitarle los recursos necesarios.

He aqui la descripcion del estado de las fuerzas carlistas en aquella primera época de su levantamiento hecha por el Coronel Lasala (*). «Todo carlista era en aquel tiempo un arro-

(*) Historia política del partido carlista.

jado y útil vasallo de su invocado Rey; la juventud con las armas en la mano corria de combate en combate, y sin órden militar adelantada, sin particular instruccion, con escaso armamento, y con unos cuantos cartuchos, batallaba contra fuerzas numerosas, regladas, provistas de cuanto necesita la guerra, y mandadas por generales de reputacion: en aquella época de enardecido entusiasmo, el propietario ofrecia gustoso sus bienes, los hombres útiles volaban á las armas, el padre presentaba voluntariamente sus hijos en reemplazo de otros, tal vez muertos en los campos de batalla, y si alguno no sentia latir en su pecho este ardor bélico y generoso, no osaba presentarse en su pueblo, donde era escarnecido hasta por las mugeres, partícipes tambien de estos ímpetus varoniles, representados por el unánime grito de Religion, Carlos V y Fueros.»

«Los eclesiásticos abandonaban el altar del Dios de paz y predicaban la guerra, ó empuñaban el fusil y la lanza: en los montes, en los bosques, en las peñas y entre los mismos enemigos, se improvisaban talleres y se establecian fábricas de armas y municiones, y hasta

de los mares se sacaban cañones y balas, cuyos recuerdos de existencia trasmitía la tradicion ó la memoria de borrascas y naufragios ocurridos en las costas. Todo era entonces admirablemente desinteresado; y si ahora no obstante el corto tiempo transcurrido se narrasen con puntualidad los hechos de aquella época, se tendrian por inventos de una imaginacion fogosa y fecunda. Zumalacarregui era entonces el hombre estraordinario del partido. . . . .

. . . .

Su figura era imponente, su carácter sério y de pocas palabras, de incansable actividad y de físico robusto y bilioso, de entereza en las medidas de rigor, aunque de buen fondo y apto para vencer los obstáculos de la época. Tenia valor, castigaba de un modo fuerte la cobardia, aventajaba rápidamente á los valientes, y sabia con muy pocas espresiones conmover y entusiasmar las tropas (*). »

(*) Una filiacion suya, que se publicó poco despues de su muerte, le describe asi: Zumalacarregui tenia poca estatura, pero su complexion era fuerte y robusta. Sus ojos pardos estaban llenos de viveza y animacion; su frente ancha anunciaba un hombre capaz de grandes resoluciones; su tez era de buen color, y habia mucho ánimo y reflexion en su varonil fisonomía. Lo mismo que

« Los batallones navarros merecieron su particular confianza, y ellos le adoraban y temian. Hiriendo á veces el amor propio de sus soldados con la palabra *falsos* (cobardes), Zumalacarregui les hacia ejecutar las mas árduas empresas. Al mismo tiempo miraba todo lo concerniente á la guerra con el interés de una propiedad suya; repartia el calzado, examinaba los cartuchos, reconocia el armamento, creaba batallones, organizaba las compañias, y lo hacia y veia todo por sí mismo. Las tropas unian á un estremado respeto y obediencia á su general, una confianza ciega y supersticiosa en sus conocimientos.»

» Unico general en el ejército, Zumalacarregui mandaba sin rivales de ninguna especie, y no habia un solo individuo, aun entre los gefes mas ambiciosos y audaces, que se atreviese á imaginar que podia nunca ser mas que el mero y obediente ejecutor de sus órdenes. Reducido el

Federico II tenia un hombro mas alto que otro, y tambien como él inclinaba ligeramente la cabeza á un lado. Esta actitud habitual daba al conjunto de su persona una mezcla de fiereza y de audacia, muy conformes con su carácter. Al verle se adivinaban en él las grandes cualidades que le distinguian, y en todos sus movimientos se columbraba un carácter impetuoso y apasionado, al cual se amoldaban todas las acciones de su vida.

ejército á pocos batallones, eran sus gefes y hasta sus oficiales conocidos particularmente del general: el valor, la actividad y la ejecucion en las empresas de arrojo eran el solo camino de los ascensos, que dispensaba él mismo. El soldado no recibia, ni pedia vestuario: la boina y una prenda de uniforme cogida al enemigo eran su vanidad y sus galas. . . . .
En aquella época los padecimientos en nada se contaban; el general y el último oficial no tenian divisas, vestian del mismo modo y comian la misma racion; y á la manera que en tiempos remotos el celo religioso condujo á la Tierra Santa á los Cruzados, asi para el soldado carlista las penalidades eran su mayor orgullo y un objeto de gala y ostentacion las privaciones.»

Hasta aqui el citado testigo de vista, cuya imparcialidad es bien notoria, y á cuya descripcion poco pudiéramos añadir de nuestro propio caudal. Por otra parte la descripcion estensa de aquella época pertenece mas bien á la historia, que á los límites de una biografia.

Tal era el estado en que se hallaban á la entrada del verano de 1834 aquellas bandas que ocho meses antes habia encontrado proximas á

dispersarse. Ya no se contentaba Zumalacarregui con permanecer á la defensiva, antes bien con tropas numerosas y ligeras, principió á desplegar de lleno la táctica de guerrillas en mayor escala. Los destacamentos pequeños, las guarniciones de los cuarteles, las partidas que escoltaban los comboyes, eran víctimas continuas de sus inesperadas sorpresas. Ni aun el mismo cuartel general estaba libre de ellas, y el 26 de Mayo de aquel año, á las dos de la madrugada, faltó poco á Quesada para caer en manos de su mortal enemigo en el pueblo de Muez.

Poco tiempo despues uno y otro partido se robustecieron poderosamente, y la guerra tomó un grande incremento. El partido carlista creció en fuerza moral con la llegada de D. Cárlos, pero el ejército cristino se robusteció tambien con el arribo del ejército de Portugal, á cuyo frente se hallaba el General Rodil.

La guerra volvió á encenderse, pues el General cristino con 14,000 hombres disponibles, sin contar las guarniciones, acosaba al gefe carlista, embarazado por otra parte en la custodia del Real. El cansancio de la tropa con las continuas marchas y contramarchas infructuosas, la

crueldad de Rodil exasperando los pueblos, y las sagaces maniobras de su competidor, dieron á este bien pronto la superioridad. Concluyeron por hacerle temible las dos sorpresas de Carondelet, funestas en estremo para las armas liberales. En la primera perecieron una porcion de gefes y oficiales, siendo la mas notable de las víctimas, el desgraciado Conde de Viamanuel, cuya vida en vano trató de salvar el mismo Zumalacarregui. Prendado este de su serenidad, le ofreció salvarle y lo llevó en su compañía, sentándole á su mesa. Pero sus conatos fueron vanos, pues tanto Rodil como D. Cárlos, cooperaron á su muerte. Pesaroso de ello Zumalacarregui, no quiso volverle á ver, y marchó secretamente de Lecumberri, dejando á un comandante la órden para fusilarle.

No pasaron muchos dias sin que Zumalacarre gui apareciendo sobre Viana con la celeridad del rayo, despues de una marcha de 12 leguas, hiciese nuevamente á Carandolet otra sorpresa de las mas considerables y trascendentales de aquella época, destrozando la columna que mandaba, y acuchillándola dentro de las calles de la poblacion. Al mes siguiente volvió á pasar Zu-

malacarregui el Ebro por Tronconegro (el 21 de Octubre), y sorprendió junto á Cenicero un convoy de fusiles que conducia el Coronel Amor; y repasando el rio se halló el 27 en los campos de Alegria á sorprender la division de O-Doyle, pasando á degüello los batallones de Africa y la Reina: al dia siguiente atacaba al General Osma, obligándole á replegarse sobre Vitoria. Desde alli marchó sobre Villafranca, y atacó su iglesia con las dos piezas que habia cogido en la sorpresa de O-Doyle. En vano los nacionales hicieron una heróica resistencia, pues vinieron á ser víctimas de las llamas, y salieron de la torre medio abrasados, para ser poco despues pasados por las armas.

La campaña de aquel año concluyó con la batalla de Sorlada, pues ya merece tal nombre aquella accion, en que Zumalacarregui desplegó doce batallones, y una caballería algo numerosa aunque todavía mal organizada. La fortuna se mostró aquel dia poco propicia á Zumalacarregui, y la temeridad de Iturralde le acabó de comprometer, quedando derrotado á pesar de los esfuerzos del batallon de guias, que dificilmente logró cubrir la retirada. El 15 se renovó

el ataque sobre el puente de Arquijas, defendido vigorosamente por Zumalacarregui: el éxito de la pelea fue problemático, y por ambas partes se cantó la victoria.

Los generales de la Reina se sucedieron unos á otros con rapidez, y el célebre Mina fue el quinto que vino á contrarrestar la influencia de Zumalacarregui. Las esperanzas que en esta venida se pudieron concebir fueron harto efímeras. El célebre guerrillero de la independencia era ya un anciano, que habia de luchar con sus achaques, y con la estrella brillante de otro génio no menos vigoroso, y que poseia en aquel entonces las simpatías del pais, al paso que él inspiraba profunda aversion á sus antiguos camaradas. Adulado en otro tiempo por la quema de Castell-Follit, creyó concluir la guerra llevando á sangre y fuego su mismo pais, y reprodujo aquella escena, borrando el nombre de Lecaroz del mapa español. Al mismo tiempo, y por un contraste harto notable, pasaba á degüello los heridos del hospital carlista del Bastan, mientras que Zumalacarregui visitaba en los Arcos, juntamente con D. Cárlos, á los heridos que habia dejado la guarnicion al tiempo de fu-

garse, y mandaba repartirles algun dinero. Unido esto con la toma del fuerte de Echarri-Aranaz, defendido por numerosa guarnicion y no poca artilleria, concluyó por hacerle caer en descrédito, viniendo por segunda vez el General Valdés á tomar el mando del ejército cristino.

Entretanto los ministerios y los periódicos miraban como la cosa mas fácil derrotar á Zumalacarregui, y se admiraban de que existiese aun. Con este motivo se formó un plan, á manera de una batida de caza, para encerrar á los carlistas en las Amescuas, y destruirlos allí á todos en un palmo de terreno. Tales eran sobre poco mas ó menos las instrucciones que traia el General Valdés, muy interesantes si hubieran sido practicables. Pero en vano aquel General intentó realizar lo que tan fácil se creia en Madrid, penetrando hácia la Amescua alta con un ejército de 22,000 hombres. Aquella entrada estuvo á pique de ser muy funesta á las armas liberales, si el táctico Valdés hubiera tardado un poco mas en buscar la salida. Aun asi no fue pequeña la pérdida.

Esta retirada, debilitando la moral del soldado, tuvo muy funesta influencia en el ejército de la Rei-

na. Principió á cundir el desaliento, y á este se siguió la desercion. Salvatierra, Maestu y Estella, fueron evacuadas sucesivamente, y los almacenes y oficinas del ejército principiaron á trasladarse á esta parte del Ebro, tratando de hacerle servir de antemurál contra los rápidos progresos del gefe carlista. Entre tanto, este atacaba rápidamente todos los fuertes, cayendo en su poder uno en pos de otro: Treviño, Villafranca de Guipúzcoa, Vergara y la villa de Eybar capitularon sucesivamente; Tolosa fue evacuada con harta precipitacion, y Oráa hizo una marcha para salvar las guarniciones de los puntos fortificados del Bastan, Elizondo, Urdax San Estevan, é Irun, replegándose con ellas á Pamplona con no poco trabajo.

El nombre de Zumalacarregui llegó á tomar un grado notable de esplendor. Los que hasta entonces le habian mirado como un talento vulgar, que debia su nombre á la fortuna y á su índole disciplinista, le miraron ya como un génio; los soldados le consideraban como una fantasma ó un espíritu maléfico, que se reproducia á la vez en mil partes, y los que caian en su poder no hacian ya escrúpulo en servir á sus órdenes. El tratado de Elliot, que la necesidad y la naturaleza misma

reclamaban, vino á regularizar la guerra, y robustecer el prestigio y la fuerza moral del caudillo de D. Cárlos. Reunia entonces este entre Navarra y Provincias Vascongadas, mas de 30 batallones, sin contar las compañías sueltas, 6 escuadrones de lanceros, 8 piezas de artillería y dos morteros. (*)

En medio de aquella perspectiva de gloria, que se desarrollaba á su vista, otros sentimientos harto tristes agitaban su corazon. Habia concluido para él la persecucion militar, y dominaba el pais que pocos meses antes recorria fugitivo. Ahora se consideraba víctima de la persecucion cortesana. «Zumalacarregui, dice el ya citado coronel Lasala, sin recursos al frente del enemigo, con no esperados sinsabores, y tropezando á cada paso con los obstáculos que le creaba un ministerio raquítico, se exasperaba, representaba en vano, y marchaba al Real, lle-

(*) La gaceta de Francia, periódico que simpatizaba con los carlistas, ofrecia el siguiente estado, á pesar de eso bastante exacto. En Navarra diez batallones ligeros, uno de guias y tres castellanos, con un regimiento de lanceros. En Vizcaya 9 batallones de infanteria y un escuadron de lanceros. En Alava 6 batallones, una compañia de guias y un escuadron. En Guipúzcoa 3 batallones, y 3 compañias de guias.

no de enojo, y resuelto al parecer á golpes fuertes; mas la vista de D. Cárlos le desarmaba, y puesto á sus pies, á la mas leve demostracion del real aprecio, y de los padecimientos de su Rey, el intrépido guerrero derramaba lágrimas de amor y de respeto.»

Zumalacarregui meditaba atacar á Vitoria y llevar la guerra al otro lado del Ebro. En un arrebato de entusiasmo, despues de la toma de Vergara, prorrumpió en estas palabras: «Llevaré mis Voluntarios á Madrid, y venceremos.» Pero en el Real de D. Cárlos se trataba de un empréstito con la Holanda, para el cual se exigia como principal garantia la toma de Bilbao. En vano manifestó Zumalacarregui su oposicion á este proyecto, cual si presagiase la ruina del partido carlista, en aquel punto funesto para su causa; entretanto que se preparaba el sitio, se dirigió sobre Ochandiano, del cual se apoderó á pesar de la obstinada resistencia de las 4 compañías que lo guarnecian. Al dia siguiente marchaba Zumalacarregui á Bilbao.

Su proyecto era abrir brecha y dar un asalto: mandó sortear las compañias que habian de ir á la cabeza, ofreció una onza de oro á los cien pri-

meros que entraran y seis horas de saqueo, asegurando la subsistencia á las familias de los que sucumbieran. La falta de municiones retrasó el asalto, y dió tiempo á los sitiados para reponer la brecha. A las nueve de la mañana del dia 15 de Junio de 1835 subió al palacio contiguo de Begoña, situado á cien varas de las fortificaciones. En aquel sitio, blanco de los disparos de la plaza, se puso á reconocer esta con su anteojo, llevado de su prurito de examinarlo todo por sí mismo. En vano sus oficiales de E. M. le advertian el peligro. Al verlo en aquel sitio los que guarnecian la batería de Larrinaga, hicieron una descarga sobre él: una bala inglesa dió en uno de los hierros de la ventana, hiriendo de rechazo á Zumalacarregui en la parte superior del muslo.

La noticia de su herida cundió con rapidez, y llenó de espanto á los sitiadores. Por todas partes acudian ansiosos al camino de Durango, por donde pasaba tendido en una camilla sobre los hombros de doce Voluntarios. Cuando se presentaron algunos cortesanos á informarse de su herida, los recibió algo bruscamente, y al tiempo de marcharse dijo: « Si me hubieran dejado obrar por mí mismo dos meses mas, poco me importaria

que mi herida fuese grave ó leve.» Asistíanle un médico de Cámara, un cirujano, que poco tiempo antes se habia pasado, y un estrangero (Mr. Burges). El haber declarado estos que la herida era ligera, juntamente con las circunstancias de ser uno tránsfuga y otro estrangero, dió pávulo á la voz de que su herida habia sido envenenada. El dia que se levantó el vendaje, D. Cárlos estuvo á visitarle, y se despidió de él con lágrimas en los ojos. Sin duda un oculto presentimiento le avisaba que su fortuna estaba vinculada á la vida de aquel hombre. Desde Durango fue Zumalacarregui transportado á Cegama, y pasó por Ormaistegui, donde vió por última vez su casa natal; y al undécimo dia de su herida falleció, despues de recibir los Sacramentos, en medio de un fuerte delirio, en el que se figuraba estar peleando á la cabeza de sus Voluntarios.

Luego que D. Cárlos supo su fallecimiento, envió á su general de artilleria D. Joaquin Montenegro á presidir el funeral en su nombre, dando el *pésame* á su familia en un oficio muy sentido. Mandaba al mismo tiempo se le enterrase en caja de plomo, remitiéndole una de las llaves, y las otras dos á su familia y al párroco de Cegama.

Al morir Zumalacarregui se dice que tan solo tenía catorce onzas de oro, que dejó á sus criados; legando tan solo á su familia el agradecimiento del Príncipe. Este se hizo esperar cerca de un año, gracias á los que habian visto casi con placer el fallecimiento del que los habia tenido supeditados. Por fin en 24 de Mayo de 1836 espidió D. Carlos en Villafranca un Real decreto nombrando á su Capitan General D. Tomás Zumalacarregui, Grande de España de primera clase, con los títulos de Duque de la Victoria, Conde de Zumalacarregui, debiendo pasar el título á sus tres hijas por orden de sucesion. Al mismo tiempo concedia á la Duquesa viuda (Doña Pancracia Ollo) la banda de Dama noble de Maria Luisa. Tenia ademas Zumalacarregui los despachos de Mariscal de Campo y Virey de Navarra, desde Abril de 1834; y al entrar D. Cárlos en Navarra, despues de estrecharle públicamente contra su pecho en la villa de Elizondo, le nombró Teniente General y Gefe de S. E. M. El 29 de Octubre de 1834, despues de la batalla de Alegría, le dió la cruz pensionada de S. Fernando, y le puso por su mano la banda de la Orden.

Tal fue la vida de aquel hombre, que hizo

bambolear el Trono de Isabel II y las instituciones liberales. Cuando calmadas ya las pasiones y afianzado sin temor alguno el Gobierno representativo tendemos la vista atrás, bien podemos mirar la persona y prescindir de su bandera, refiriendo con imparcialidad los sucesos, prescindiendo de las diatrivas con que durante la efervescencia de la guerra se infamó su memoria. Pero es tambien justo manifestar, que á pesar de la cruda guerra que hizo Zumalacarregui al Gobierno liberal, ha sido quizá el gefe carlista que con mas consideracion fue tratado por él: aun en los momentos de efervescencia hubo hombres que arrostraron la impopularidad de hablar de él, no solamente con respeto, sino hasta con encomios, considerándole como un adalid de las ideas monárquicas, pero templadas. Si en el primer periodo de su mando se vio precisado á cometer actos de crueldad, no pocas veces fue obligado á ellos por funestas represalias; y cuando no, hombres hay que en buena paz y bajo las formas constitucionales santifican en esta parte su memoria.

Al presente, cuando su nombre se repite en el estranjero con aprecio, y por algunos se considera á Zumalacarregui como un héroe, justo es que nos-

otros le concedamos la celebridad que obtuvo, aunque peleando en un campo contrario. No lo fuera deprimir sus hazañas, hasta el punto de ponerlas en parangon con las asechanzas de los bandidos. Era español, españoles eran tambien los que él mandaba, y los que se batieron con él valerosamente no apreciarán su honra en tan poco, que publiquen haberla ganado batiéndose con un salteador. El memorable convenio de Vergara, al poner término á la sangrienta lucha sostenida por ambas partes con igual teson y valentia, si no con igual razon, debió borrar las contrarias denominaciones; y si acontecimientos posteriores han vuelto á exasperar los ánimos y enconar los partidos, la historia marcará los autores á su tiempo, y fulminará un terrible anatema, sobre los que tantas calamidades nuevas atrajeron á su pais.

Nosotros, simples biógrafos, hemos presentado sencillamente la vida del general mas distinguido del bando carlista; en el curso de nuestra obra, aparecerán tambien las de los principales gefes del constitucional, y tal vez en la de alguno de ellos, si tenemos que describir actos de valor como los del personaje que nos ocupa, no podremos hacerlo igualmente con respec-

to á su lealtad á la causa que defendian y por la cual peleaban. Nosotros narraremos los hechos, la historia los juzgará.



M. LAFFITTE.

Personages célebres del Siglo XIX.

M. LAFFITTE.

«La vida privada de Mr. Laffitte seria un curso de moral en accion.»

CORMENIN. — *Oradores parlamentarios.*

«El corazon de un hombre de Estado debe estar en su cabeza.»

NAPOLEON.

Habia una vez un maestro carpintero á quien habia concedido el cielo mucha providad, talento para su oficio, poquísimo dinero, y diez hijos á quienes alimentar. Uno de estos se llamaba Santiago, y una hechicera caprichosa le acogió bajo sus alas. Santiago de pobre que era, se volvió millonario, fue la providencia de su familia, y protegió á sus amigos, á sus enemigos, á todo el mundo. En aquel mismo tiempo habia un trono tan viejo, tan gastado,

tan combatido por las revoluciones, que estaba enteramente dislocado. El Rey se olvidó un dia de sentarse en él con precaucion, y el trono se vino abajo. Fue preciso reconstruir uno nuevo, y Santiago que no habia olvidado el oficio de su padre, trabajó con fuerza para volver á ajustar sólidamente *las cuatro tablas* cubiertas de terciopelo que sirven de base á todo el edificio social. Aquella ocupacion le atrajo la desgracia; su génio tutelar le volvió la espalda, su caja se vació como por encantamiento, el círculo de sus amigos se transformó en una legion de acreedores, y si algunos de los que nada le debian no le hubiesen llevado un poco del oro que él tan generosamente habia prodigado, no hubiera tenido un techo donde albergarse. No se desanimó Santiago en tan dificil posicion; anciano ya, principió de nuevo el laborioso trabajo de su juventud y casi restableció su fortuna. Rico, habia sido modesto, afable y de sencillo corazon; pobre, fue noble, enérgico y digno; rico ó pobre amó el honor de su pais, hizo el bien tanto por instinto como por costumbre; y si muchos le negaron, tal vez con razon, el génio político, la Francia entera dió con unánime voz un título de *hombre honrado* á aquel banquero advenedizo.

Todo esto que parece un cuento es solo sin embargo una sencilla historia : es en resumen la historia de Mr. Laffitte.

Santiago Laffitte, nació en Bayona el 24 de Octubre de 1767. Plebeyo y pobre, sin los pergaminos que daban entonces la riqueza y sin la riqueza que daba tambien los pergaminos , entró el jóven Laffitte en la carrera del comercio, en la que rara vez dejan de prosperar las capacidades laboriosas. A los veinte años llegó á Paris sin mas recursos que una aventajada fisonomia, un carácter dócil y lleno de franqueza , un celo y una sagacidad á toda prueba, y el espíritu vivo y alegre de un hijo del Mediodia. Con menos se hace fortuna, y asi dotado por la naturaleza entró Mr. Laffitte en calidad de dependiente en casa del banquero Mr. Perregaux. Era el 1787 , y la revolucion francesa y Mr. Laffitte anduvieron rápidamente su camino. Cuando la Asamblea de los Notables , no era aun mas que simple empleado; cuando el juramento del juego de pelota , era ya tenedor de libros ; al principiar la República, era cajero y poseia la confianza de su principal; durante el Consulado, llegó á ser el hombre indispensable de la casa. Hecho Napoleon Emperador, el banquero Perregaux entró en el Sena-

do, confió á su jóven dependiente la direccion de todas sus operaciones comerciales, y algunos años despues, en 1809, la casa Perregaux se llamaba Santiago Laffitte; el hijo del artesano de Bayona estaba al frente de una fortuna colosal, desempeñaba las funciones de Regente del Banco, y era el sucesor del venerable Dupont de Nemours en la presidencia de la Cámara de Comercio. Al fin del Imperio fue nombrado Gobernador del Banco de Francia, cuyo destino tenia el sueldo de 100,000 francos; pero los tiempos eran críticos, el Banco estaba pobre, y Mr. Laffitte renunció á su favor el sueldo. Este acto es bastante raro en nuestros dias para que necesite comentarios.

Los desastres de 1814, tardaron poco en abrir las puertas de Paris al enemigo; impúsose á la ciudad una contribucion de guerra; el tesoro estaba exhausto, y todas las notabilidades del Banco, convocadas al efecto, deliberaron sobre el modo de hacer frente por medio de un empréstito; Mr. Laffitte propuso una suscriccion nacional, y firmó el primero por una suma considerable, pero su noble voz no encontró eco.

Mr. Laffitte fue el banquero de los Borbones; y

cuando el 20 de Marzo, Luis XVIII se vió arrojado de repente desde el trono al destierro, Mr. Laffitte acudió á su caja, y mandó al momento al Rey fugitivo cuatro millones de francos para él, un millon para el Conde de Artois, y setecientos mil francos para la Duquesa de Angulema.

En aquella misma época, un rasgo de desinteres mas honroso todavia, fue el primer móvil de una amistad que tuvo mas adelante graves consecuencias. El Duque de Orleans, Rey en el dia de los franceses, acosado por los sucesos, iba á verse obligado á marcharse sin recursos. En vano habia presentado á varias casas de comercio letras por valor de 1.600,000 francos, consintiendo el Príncipe en perder veinte por ciento. El crédito era el precio de la corta de unos bosques, á cuyo pago se habia opuesto el gobierno imperial; era de consiguiente arriesgado y nadie lo queria. En su compromiso, dirigióse el Príncipe á Mr. Laffitte, y el generoso banquero rehusó sin vacilar el enorme beneficio que se le ofrecia, y aceptó á la par valores cuyo reembolso era cuando menos dudoso.

Durante los cien dias, Mr. Laffitte como individuo de la diputacion de comercio, formó parte de la Cámara de los representantes. En ella se alistó

en las filas de aquella animosa minoria que queria antes de todo librar al pais de una segunda invasion, apelando primero á Napoleon, al ejército, á la Francia entera, salvo á estipular despues en favor de la libertad. El miedo, la traicion, inoportunas exijencias paralizaron tan nobles esfuerzos; y cuando el solo hombre que aun podia dar la victoria á las armas francesas, tuvo que dirigirse á Santa Elena, tambien quedó Mr. Laffitte depositario de los débiles restos de su fortuna. Se le confiaron cinco millones, y cuando se presentó para dar al Emperador un recibo de dicha suma, nogóse Napoleon á aceptarlo diciéndole: «Os conozco; se que no gustais de mi gobierno, pero os tengo por un hombre honrado.»

Los estrangeros llegaron de nuevo bajo los muros de Paris, y esta vez el prusiano Blucher, lleno el corazon de ódio y venganza, pedia el saqueo de la capital, á cuyo horrible estremo se opuso Wellington por un sentimiento de humanidad, ó por temor á la desesperacion. Hízose un convenio militar segun el cual el ejército francés debia ser disuelto y dirigido á la otra parte del Loira; pero para esto se necesitaba dinero, el tesoro no lo tenia, y la guerra civil amenazaba acrecer con sus des-

gracias las desgracias de la invasion. En tan críticas circunstancias, depositario Mr. Laffitte del crédito del Banco, se negó á comprometerle con un empréstito forzoso; tomó de su propia caja 2.000,000 de francos que entregó al Ministro de Hacienda, y Paris se salvó. Los invasores habian hecho ya al banquero solidario de la obligacion impuesta, y en el caso de no cumplirse la cláusula en las veinte y cuatro horas, se le amenazaba con tomarle por rehenes y llevarlo prisionero á la fortaleza de Graudenz; fue preciso que el Emperador Alejandro, cuyo elevado corazon simpatizaba con todo lo grande, declarase á sus aliados que mandaba colocar una guardia en casa de Mr. Laffitte para defenderle. A esta prueba de benevolencia, añadió el autócrata como testimonio de aprecio la decoracion de San Wladimiro.

Restablecido por fin el órden y constituidas las Cámaras según la Carta, fue nombrado Mr. Laffitte Diputado por Paris, y aunque se sentó en los bancos de la oposicion, su actitud sin embargo no fue precisamente hostil al nuevo Gobierno durante aquella sesion. Hombre de hacienda, al negar su voto á todas las medidas opresivas, impuestas por la Cámara *introuvable* se encerraba en su

especialidad, y solo tomaba la palabra cuando una cuestion de hacienda le daba ocasion de desenvolver sus pensamientos, sobre asuntos que habian sido objeto de sus largos y profundos estudios. Sus informes como gobernador del Banco habian descubierto ya, por su lucidez y lo elevado de sus miras, sus vastos conocimientos en materias de crédito público. Los discursos notables en que entonces y despues desenvolvió en la tribuna su sistema sobre los medios de remediar el estado deplorable de la hacienda, llamaron la atencion pública; eran á un tiempo ideas y un lenguaje nuevos; eran conversacion tan sustancial como lucida; era la elocuencia aplicada al manejo de las cifras.

Nombrado por el Rey en 1816 para la comision de hacienda presidida por el Duque de Richelieu, Mr. Laffitte combatió en ella el sistema de los empréstitos forzosos, las cédulas hipotecarias, en una palabra, la bancarrota. En vano se apelaba á las exigencias de la Cámara contra sus proposiciones liberales: «Señor Duque, contestó al Presidente, me he comprometido á decir todo mi pensamiento; si el plan que propongo es bueno, al Rey toca decidir si quiere sacrificar la Cámara á la Francia ó el pais á la Cámara.»

Luis XVIII comprendió tan noble lenguaje ; su respuesta fue el decreto de disolucion de 5 de Setiembre, y el rentista patriota, recibió al mismo tiempo la cruz de la Legion de Honor.

En las elecciones de 1817, el nombre de M. Laffite fue el primero que salió en los escrutinios de las veinte secciones del colegio electoral de Paris. Durante la nueva legislatura se le vió conservar, entre la fogosidad sistemática de la oposicion, las pretensiones exageradas de los amigos del poder, la actitud tranquila y digna de un juicio imparcial y de un buen ciudadano; rechazó con energía todas las leyes escepcionales, y apoyó con su voto las medidas de interés general; revindicó en alta voz la libertad de la imprenta, la libertad individual y la sinceridad de las elecciones ; permitió al tesoro los empréstitos que juzgó necesarios, se pronuncio contra las modificaciones electorales y el doble voto, y contra la guerra de España.

Al mismo tiempo, separábase Mr. Laffitte abiertamente de sus amigos políticos, sosteniendo la reduccion de los intereses y la creacion del 3 por ciento. No entra en nuestro plan examinar el valor de aquella importante reforma rentística, ni el juzgar la conducta de Mr. Laffitte en aquella

circunstancia. Solo diremos que su espíritu de eclecticismo político, le atrajo de parte de sus correligionarios fuertes reconvenciones é imputaciones injuriosas. Hasta se llegó á suponer que Mr. Laffitte compraba al Ministro su asentimiento con ventajas estipuladas secretamente por su casa de banca. Semejante acusacion, fue un golpe doloroso á su lealtad, y la rechazó victoriosamente en un escrito en que manifesto sus miras con claridad, precision é independencia. Mr. Laffitte, consiguiente consigo mismo, ha pedido en 1836 el reembolso de la renta del 5 por ciento, y parece que todo su sistema descansa en un mismo pensamiento; disminuir las cargas del pueblo disminuyendo las del Estado; principiar haciendo á la Nacion mas rica, para hacerla mas ilustrada y mas libre.

Dado una vez aquel pasagero asentimiento á una medida que él juzgaba buena, Mr. Laffitte se encuentra de nuevo con toda su energia en la oposicion parlamentaria; y cuando el ministerio Villele colmó su impopularidad con la brusca disolucion de la Guardia Nacional, se vió al patriota Diputado proponer atrevidamente la acusacion de los ministros. Algunos dias despues, en las exequias de Manuel, cuando una lucha fatal amenazaba ensan-

grentar ilustres funerales, puesto Mr. Laffitte de pié sobre el sarcófago de su amigo, contuvo con su elocuente voz las profanaciones de la policía y el entusiasmo agresivo de una ardiente juventud.

Hemos llegado á la época mas hermosa de la vida de Mr. Laffitte: colocado á la vanguardia de los defensores de la carta, popular tanto por sus opiniones, como por sus generosidades régias, el opulento banquero veia agruparse á su rededor todas las notabilidades de la imprenta y de la tribuna. Socorriendo todos los infortunios, protejiendo eficazmente todas las industrias, estimulando con su oro las letras y las artes, dando sumas enormes á las cajas de beneficencia, Mr. Laffitte sabia unir siempre á lo grande del servicio, la noble delicadeza del proceder. Solo citaremos un ejemplo entre otros mil.

El General Foy, que habia tenido grandes pérdidas en su fortuna, intentó imprudentemente restablecerla jugando en la bolsa; ignorando el General las especulaciones de alza y de baja, descansaba ciegamente en su agente de cambios, y creyendo enriquecerse se arruinaba; ó mas bien se enriquecia arruinándose, pues una mano desconocida cuidaba de reparar con largueza las pérdidas, y el General

murió persuadido de su felicidad en el juego, ageno de saber que su ganancia salia de la caja de Mr. Laffite, que añadia ademas mil francos á la suscricion abierta á favor de su familia.

Hacia mucho tiempo que Mr. Laffitte principiaba á desconfiar del porvenir de la rama primogénita de los Borbones; y convencido de la inminencia mas ó menos inmediata de una revolucion, buscaba á su alrrededor los medios de que los resultados fuesen favorables al pais. Ya hemos visto la circunstancia que dió lugar á las relaciones de Mr. Laffitte con el Duque de Orleans, relaciones que se habian estrechado mas y mas. El General Foy, Benjamin Constant, Casimiro Perier, Alejandro de la Borde, el General Gerard y algunas otras notabilidades liberales, formaban con Mr. Laffitte la sociedad íntima del primer Príncipe de la sangre. Colocado por sus antecedentes políticos y sus convicciones liberales en una posicion difícil, con una corte que ni le perdonaba el voto de su padre, cuyo recuerdo le afligia, ni sus antecedentes republicanos, ni las luces adquiridas á costa de veinte añes de destierro, el Duque de Orleans se refugiaba en el interior de la vida doméstica (*)

(*) Véase su biografía.

y seguia con una mezcla de pesar, de temores y de esperanza la marcha rápida y fatal del trono, hácia el abismo que se lo iba á tragar.

Si el Príncipe temia tal vez las consecuencias del porvenir, sus amigos al contrario lo deseaban de todo corazon. El trono en que Mr. Laffitte anhelaba tan vivamente ver sentado al Duque de Orleans, debia levantarse mucho antes de lo que él esperaba. Sabido es de qué modo un motin se convirtió en revolucion, y como se rompieron tres coronas en tres dias; hablaremos solo aqui de la parte que tomó Mr. Laffitte en los acontecimientos de Julio.

Desde el dia 28, cuando aun estaba indecisa la victoria del pueblo, despues de haber firmado la protesta de los Diputados residentes en Paris, en el momento en que llegaba de Saint-Cloud la órden de arrestarlo, deseoso Mr. Laffitte de poner término á la efusion de sangre, atravesó por entre los tiros, acompañado de Perier, Mauguin, Gerard y Lobau; pasó al Carrousel, penetró hasta donde estaba el Mariscal Marmont, comandante de Paris, y le instó en nombre de la humanidad y de la patria para que retrocediera ante los horrores de la guerra civil, para que usara de su influencia á fin de que se retiraran los decretos y cambiara al ministe-

rio, amenazando, en caso de negativa, con arrojarse en cuerpo y alma en el movimiento.

« *El honor militar está en la obediencia*, contestó tristemente el General. — *El honor civil*, replicó el animoso diputado, *consiste en no degollar á los ciudadanos para atentar contra la Constitucion.* » Convencido al dia siguiente de que nada debia esperar de la ceguedad del Rey, se decidió á correr los riesgos de un combate, y convirtió su casa en un cuartel general, de donde salian las proclamas que animaban la insurreccion, las órdenes que la regularizaban y el oro que la sostenia. Al mismo tiempo, no olvidaba el banquero al Duque de Orleans, y enviaba repetidos emisarios á Neully; el 28 escribia al Príncipe: « *Guardaos de las redes de Saint-Cloud*;» y el 29 añadia «*No hay ya que vacilar; elegid entre una corona y un pasaporte.* » Poco despues dos regimientos, el tercero y el quinto de línea, arrastrados en la plaza Vendome por el Coronel Heymés y el hermano de Mr. Laffitte, dieron la señal de la defeccion y fueron á formarse alrededor de su casa. Desde aquel momento quedó asegurada la victoria: la reunion Laffitte tomó la direccion del movimiento, dió al General Lafayette el mando en gefe de

las tropas, y al Mariscal Gerard la direccion de las operaciones activas. Instalose una comision municipal en la casa de Ayuntamiento; y cuando MM. d' Argout y de Semonville fueron alli á parlamentar en nombre de Cárlos X, llevando la revocacion de los decretos, se les contestó: «¡*Ya es tarde*!» Cárlos X habia cesado de reinar.

Sin embargo, Mr. Laffitte se hallaba muy embarazado; los espíritus arrastrados por la exaltacion de la victoria, se entregaban á las mas contrarias inspiraciones: urgia constituir un poder que contuviera la anarquía, consolidando la obra revolucionaria; y sin embargo, el asilo del Duque de Orleans, estaba envuelto aun en el silencio y el misterio. Encerrado el Príncipe en Raincy era invisible para todos; la corona estaba en el suelo, Mr. Laffitte se la tendia y él vacilaba en tomarla. Para poner término á su irresolucion, Mr. Laffitte hizo publicar el 30 en todos los periódicos una proclama en favor del Duque de Orleans; reunió cuarenta y cuatro Diputados en el Palacio Borbon, y alli, bajo su presidencia, se confirió al Príncipe la lugar-tenencia general del Reino. Doce miembros de la reunion pasaron al instante á Neully para comunicarselo; pero el Príncipe no parecia, y

solo por la noche, á su vuelta de Raincy, al leer á la luz de las antorchas en los jardines de Neully la proclama que le abria el camino del trono, se decidió el Duque de Orleans á pasar el Rubicon; abrazó á su muger y á sus hijos, se puso un vestido de paisano, y marchó á pié acompañado de un Ayudante de Campo; llegó á las once de la noche al Palacio Real, y envió al momento á Mr. Laffitte una proclama, anunciando su llegada y su aceptacion.

Al dia siguiente, volviéronse á reunir los diputados en número de ochenta y nueve en el Palacio Borbon: Mr. Guizot redactó un mensage y se dirigieron en masa al Palacio Real, llevando la palabra en nombre de la Cámara Mr. Laffitte. Habíase este herido atravesando una barricada, y cogeaba al entrar en la habitacion del Príncipe: «Estais herido Mr. Laffitte? le dijo aquel. — Monseñor, contestó el Diputado, no atendais á mis pies, sino á mis manos que os traen una corona.»

Sin embargo, era aun necesario un esfuerzo para alcanzarla. Mientras en el Palacio Real se ocupaban en crear un Rey, en la casa de Ayuntamiento una falange de jóvenes se agrupaba al rededor de un anciano cubierto de canas, y queria hacer de

aquel glorioso resto de otro siglo, la piedra angular de una nueva república; el anciano vacilaba tambien, pues la muerte le amenazaba, y temia para su pais la vuelta de aquellos tiempos de fatal recordacion, en que el poder era el premio de la audacia, y muchas veces el patrimonio del crímen.

Urgia tomar un partido. Mr. Laffitte propuso al Príncipe ir á buscar al momento la sancion popular de la casa de Ayuntamiento. Aceptó este el proyecto que no carecia de peligro, y precedido de Mr. Laffitte en silla de manos, llegó á la casa de Ayuntamiento, abriéndose paso entre el pueblo conmovido y admirado, y atravesando barricadas sobre barricadas. Alli se volvieron á ver por primera vez despues de cuarenta años, el veterano de la libertad y el soldado de Jemmapes, y el abrazo de Lafayette entronizó definitivamente el reinado de Julio.

El 7 de Agosto, la Cámara despues de dos dias de debates y por una mayoría de doscientos diez y nueve votos contra treinta y tres, declaró vacante el trono, é invitó al Lugar-Teniente general á jurar la nueva Carta y á tomar el título de Rey de los franceses. La Cámara dirigida por Mr. Laffitte pasó al Palacio Real á las cinco de la tarde: el Príncipe

recibió la diputacion rodeado de toda su familia. Mr. Laffitte leyó con voz conmovida el acta de Constitucion, el Principe se arrojó á sus brazos, y el abrazo de la casa de Ayuntamiento se repitió en el balcon del Palacio Real en medio de las aclamaciones del pueblo. La Cámara de los Pares se adhirió el mismo dia, y la sesion de la coronacion del 9, consumó la revolucion y colmó los votos del banquero, que pudo decir como Juana de Arc en la consagracion de Cárlos VII : *me hallaba en las fatigas, debo hallarme en el triunfo.* Mas tambien para él el momento del triunfo fue casi la señal de la ruina. El periodo en que vamos á entrar lo es de pesares y de luchas. Uncido Mr. Laffitte al carro del Estado, agotó sus fuerzas, perdió su fortuna, fruto de cuarenta años de trabajo, y la popularidad adquirida á costa de gloriosos servicios y de numerosos beneficios.

Ahora veremos cómo aconteció este triple desastre.

El primer ministerio de Julio fue una verdadera mescolanza ; chocábanse en el mismo ministerio, con cartera ó sin ella, Mr. Molé y Mr. Dupont de L' Eure, Mr. Laffitte y Mr. Guizot, Mr. de Broglie y Mr. Bignon. Republicanos, imperialis-

tas, monárquicos puros de Julio, dinásticos dudosos, de todo habia, y todo gravitaba penosamente en el caos, tropezando con los motines de las calles, con las tempestades de la Cámara, y tirando sin cesar en contrarios sentidos la máquina del Gobierno. Era en efecto muy difícil aquella época. Hecho pedazos por la irrupcion popular el principio de autoridad, apenas podia reunir sus dispersos restos; el poder habia descendido á la plaza pública; el primer guardacanton servia de tribuna al primero que llegaba para formular en ella teorías políticas al uso del pueblo. El partido jóven y ardiente de la nacion, ébrio con su triunfo, permanecia como una potencia armada; queria romper definitivamente con el pasado, reconstituir la sociedad principiando por la base, arrasar todo lo antiguo en Francia, en los paises vecinos y hasta en los antípodas; y todo esto con un tesoro exhausto, con un ejército casi desorganizado, y con solo la fuerza de la propaganda y de la *Marsellesa*. Por otra parte, espíritus austeros y graves, inteligencias elevadas, hombres de ideas fijas y dominadoras, como MM. Molé, de Broglie, ó Guizot, para quienes toda revolucion era un accidente que era preciso regularizar al momento, no tendian nada

menos que á hacer entrar incontinente en su cauce el torrente desbordado, en vez de abrir un nuevo curso á sus bramadoras olas. Asi pues la empresa era dificil y aun imposible segun los tiempos y los hombres. La parte moderada, y por lo tanto impopular del Consejo, hubo de retirarse; no habia llegado aun su hora.

Mr. Laffitte vaciló mucho antes de aceptar la presidencia del ministerio de 3 de Noviembre. Hombre tranquilo y dulce, poco amigo de las tempestades de la vida pública, pedia á voces que le devolvieran á sus negocios, á su familia y á sus amigos, pero triunfaron el amor del pais y augustas solicitudes. Acercábase el proceso de los ministros, y era preciso un nombre querido de la multitud para oponerle á sus terribles exigencias; Mr. Laffitte cedió y fue Presidente del Consejo.

Seria imposible y ageno á nuestro plan analizar aqui todos los actos del ministerio de 3 de Noviembre, desenvolver los motivos y discutir los resultados. Baste bosquejar la fisonomía del Gobierno de la época, con toda verdad. El ministerio de 3 de Noviembre al presentarse ante las Cámaras, formuló su programa y sus disidencias con la administracion anterior, por el órgano de su presi-

dente. Resultaba de él que el ministerio Laffitte se proponia marchar dando una mano á los innovadores y otra á los conservadores; era un verdadero justo medio entre el progreso y el *statu quo*, entre la represion y la propaganda.

Mr. Laffitte dispuesto asi y de buena fé á contentar á todo el mundo, no satisfizo á nadie y encontró en las Cámaras grandes dificultades. La izquierda le encontraba indeciso y poco progresivo, al paso que la derecha reclamaba de él enérgicamente medidas represivas. Agregábanse á estas dificultades de posicion, disentimientos interiores no menos sensibles. El Comandante general de los Guardias Nacionales, acantonado en la casa de Ayuntamiento, y coronado con una noble aureola de senectud y de gloria, recibia felicitaciones, acogia diputaciones, y trataba con la insurreccion de potencia á potencia. El Prefecto del Sena desconocia la autoridad del Ministro de lo Interior, y calificaba de *inoportuno* un mensage dirigido al Rey por la Cámara. Un procurador del Rey citaba á un Diputado para que respondiera de ciertos asertos emitidos en la tribuna sobre los periódicos, y una escision no menos sensible entre el Presidente del Consejo y el Ministro de la Guerra, produjo

en el esterior una política indecisa y sin color, provocadora y tímida á la par.

Era todavia mas crítica la situacion del ministerio para con el pais; la inquietud reinaba por todas partes, y los capitales habian desaparecido ante el motin que circulaba periódicamente por las calles. El ministerio Laffitte á los tres meses de su existencia, estaba ya gastado, y los trastornos de 14 de Febrero acabaron con él. Una cuadrilla de vándalos al salir de las últimas orgías del carnaval, se precipitó sobre el Palacio arzobispal, y lo demolió hasta los cimientos, como hubiera podido hacerlo Omar. La iglesia de S. German L' Auxerrois fue devastada, y robadas otras que nada tenian de comun con la ceremonia legitimista; el Prefecto de policía, prevenido por el Ministro del Interior creyó conveniente esperar para obrar á que todo estuviera concluido, y la Guardia Nacional permaneció con el arma al brazo aguardando órdenes que no llegaban. Levantóse con este motivo un choque escandaloso en la Cámara entre MM. Montalivet y Odilon Barrot; este último hizo su dimision, y Mr. Laffitte tardó poco en seguirle. Suponen algunos que se habian ocultado al Presidente del Consejo notas diplomáticas relativas á la intervencion

del Austria en Italia, y que por este motivo creyó deber retirarse. Añadamos tambien que la vida ministerial incomodaba á Mr. Laffitte; el estado deplorable de sus negocios particulares, reclamaba su cuidado; en vano para conservar á su Ministro le compró el Rey en diez millones el bosque de Breteuíl, y dió su garantía al Banco para un préstamo de seis millones; la posicion de fortuna de Mr. Laffitte se empeoró de dia en dia, y al salir del ministerio estaba arruinado.

La revolucion de Julio, habia ya dado un golpe funesto á su crédito, y su entrada en los negocios, obligándole á abandonar la direccion de su casa de banca, acabó su pérdida; depositario de sumas considerables, vióse de repente acometido pidiéndole el reembolso. Desde 1818, habia desguarnecido su caja, y salvado el comercio de Paris, prestando cinco millones al Banco; despues de los sucesos de Julio, la puso á disposicion del Gobierno provisional; todas las desgracias verdaderas ó simuladas estrageron de ella, y la crisis rentística la agotó completamente. En tan dolorosa situacion se dedicó Mr. Laffitte enteramente á la liquidacion de sus negocios; pagó cincuenta millones despojándose de todos sus bienes, y puso en

venta su magnífica casa para satisfacer las exigencias del Banco. Solo entonces se conmovió la Francia por semejante catástrofe; no quiso que el primer asilo de la revolucion fuese entregado á los picos de los demoledores, y una suscricion nacional aseguró á Mr. Laffitte la posesion de su Palacio.

Candidato para la presidencia de la Cámara despues del advenimiento del ministerio Perier, Mr. Laffitte no fue elegido y se colocó en la oposicion; rechazó con su palabra y su voto todas las medidas enérgicas de la administracion del 13 de Marzo, y en 5 y 6 de Junio formó parte de la diputacion de la minoría oponente, encargada de formular, al Rey de su eleccion, las quejas de la izquierda. Por último, un dia, exasperado por el infortunio, se presentó en la tribuna á pedir solemnemente perdon á Dios y á los hombres de la parte que habia tomado en la revolucion de Julio.

Despues, separándose Mr. Laffitte mas y mas de sus antiguas afecciones, y alistándose definitivamente en las banderas del radicalismo, ha vuelto á los primeros trabajos de su vida. Despues de haber fundado el Crédito Público durante la Restauracion funda en el dia el Crédito Privado; ha

liquidado sus negocios, reconstituido su casa, y fundado la Caja de Descuento que quedará como una de las creaciones mas útiles de la época.

Al abrir en 1837 la sesion de los accionistas de tan bella empresa, pronunció nobles palabras que cremos de nuestro deber reproducir aqui: «No puedo, dijo, dejar de hallarme conmovido al encontrarme ocupado otra vez de trabajos que deben serme muy queridos, y dispuesto á coronar con una empresa digna de todos mis esfuerzos, una carrera útil, y en la cual he hecho tal vez algun bien; paréceme que entre vosotros olvido en un instante muchas falsas ilusiones pasadas, y las amarguras de las grandezas políticas, que por otra parte nada me habian prometido, y cuyo peso acepté solo por amor á mi pais. El porvenir reservaba indemnizaciones para mí, y el 2 de Octubre de 1837, dia en que vuelvo á dedicarme al comercio, me consuela del 19 de Enero de 1831, dia en que lo dejé.»

Es en efecto una bella inspiracion, enteramente nacional y digna de Mr. Laffitte, al abrir de este modo un crédito permanente á las pequeñas industria; el modesto fabricante, libre del usurero que le estrujaba, descuenta sus valores al mas reducido premio, coloca sus capitales con entera seguridad

y con ventaja, los saca cuando le acomoda y bendice al que creó la Caja de Descuento.

En resúmen, en Mr. Laffitte hay tres personas; el hombre privado, el rentístico y el hombre político; no hablaremos de la perfecta bondad, de la agrabable sencillez, de la inagotable beneficencia del hombre privado, por ser conocidas de todos; el mérito del rentístico es igualmente indisputado é indisputable; las miras del hombre político son apreciadas diversamente. Monárquico ardiente al despuntar la revolucion de Julio, Mr. Laffitte se halla colocado en el dia en el último límite que separa la forma monárquica de la republicana. Durante los años que han transcurrido su persona política ha esperimentado estraordinarias vicisitudes; como Ministro los radicales le han encontrado demasiado dinástico, y los dinásticos demasiado radical; y nos parece curioso el citar sobre este punto las páginas de dos libros cuyo principal pensamiento es diametralmente opuesto.

«¿Cómo acontece» se pregunta á sí mismo el órgano del partido democrático (*) «que un hom-

(*) Sarraus jóven — *Luis Felipe y la contra-revolucion de* 1830. pág. 92 y 94, t. 2.°

bre semejante haya perdido á la vez sus riquezas, su poder y casi una popularidad adquirida á costa de tantas luchas y sacrificios por la libertad? Lo diré sin rodeos: el principio de este triple desastre está en las afecciones individuales que desbarataron siempre la conducta pública del respetable Mr. Laffitte. Habiendo nacido para ejercer todas las virtudes civiles, Mr. Laffitte subirá con valor al cadalso de los Sidney y de los Juan de Witt; pero no se le pida aquella tranquila energia que sacrifica sin vacilar las predilecciones del corazon á los deberes del hombre de Estado. El noble inconveniente de la naturaleza de Mr. Laffitte, es una confianza irreflexiva, y desgraciadamente esta confianza alcanza á todo el género humano. Ella es la que le ha entregado á la influencia de intrigantes que pervirtieron la revolucion de Julio..... »

Oigamos ahora al órgano del partido monárquico (*). En Mr. Laffitte hubo siempre dos hombres; el que queria francamente la monarquía constitucional con una lista civil de diez y ocho millones; que pronunciaba discursos llenos de moderacion contra la guerra y la propaganda; que

(*) *Dos años de reinado* por Alfonso Pepin, pág. 176.

proclamaba en la tribuna el mantenimiento de los tratados de 1815, la necesidad de contener la revolucion dentro de ciertas medidas, y el que tenia la desgracia de quererse apoyar en aquellos de entre sus amigos políticos que necesariamente debian llevarle á otros resultados que los que naturalmente provenian de los principios sentados por él... Si Mr. Laffitte ha perdido la popularidad, justamente adquirida en los primeros dias de Julio, débelo principalmente á su carácter vacilante y á su falta de energia.»

Asi pues, Mr. Laffitte ha sido juzgado diversamente por los órganos de los partidos, de modo que al parecer de los demócratas, Mr. Laffitte como Ministro ha pecado por sus afecciones monárquicas, y á los ojos de los monárquicos por las democráticas. ¿Qué puede deducirse de esta singular acusacion? Que la máxima de Napoleon es profundamente cierta; que el corazon de un hombre de Estado debe estar en su cabeza, y que Mr. Laffitte tiene demasiado buen corazon para ser hombre de Estado.



DON JOSÉ DE MAZARREDO.

Personages célebres del Siglo XIX.

D. J. DE MAZARREDO.

¡Cuando la marina española, ha llegado al triste estado en que se halla en nuestros dias, es grato recordar sus pasadas glorias, y los hombres eminentes que á ellas contribuyeron! Su ejemplo puede servir de noble estímulo para tiempos mas felices.

Si no ha carecido España muchas veces de hombres ilustres en todas las carreras y profesiones, han faltado sin embargo cronistas y biógrafos que escribiesen y publicasen sus hechos memorables. Negligencia verdaderamente lamentable, que nosotros tratamos de remediar en cuanto esté de nuestra parte, dejando consignados en nuestra obra los hechos principales de la vida de aquellos personajes que mas se hayan distinguido en el siglo actual. Lo que debe la marina española, al de que vamos

á ocuparnos, ya en la parte científica y de instruccion facultativa, ya en la gloria que le dió con sus espediciones militares, ya en los destinos y comisiones que desempeñó con acierto y honradez; sus cualidades personales, en las cuales aparecian reunidas la sinceridad y el candor con la prudencia y penetracion del sábio y del héroe, son cosas ignoradas generalmente, y que solo se conservan en la memoria de los hombres que tuvieron la dicha de tratarle (*). Precisados á reducirnos á un estrecho límite, indicaremos solo los hechos mas propios para dar á conocer su carácter, y para merecer el aprecio de los sábios que se interesan en los adelantamientos de las ciencias, y en sus útiles aplicaciones á la práctica de las artes ó facultades mas necesarias al género humano.

D. José de Mazarredo nació de ilustres padres en la villa de Bilbao, el 8 de Marzo de 1745; y despues de recibir la educacion doméstica y esmerada que á su clase correspondia, apenas llegó á los años

(*) Nos hemos servido para esta biografía de las noticias que ha tenido la bondad de facilitarnos el Excmo. Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete, Director de la Academia de la historia; de un artículo publicado en el *Censor*, y otro en la *Gaceta de Madrid* de 6 de Agosto de 1812, y de las obras del mismo Mazarredo, y de las de otros escritores que le apreciaron.

de la juventud, llamándole su inclinacion á la carrera naval, entró á servir en ella en clase de guardia marina; distinguiéndose desde entonces por su constante aplicacion y actividad. Embarcado, estando aun en dicha clase, en el chambequin andaluz que mandaba el Capitan de fragata Don Francisco de Vera, impidió que el bagel se estrellase en la noche del 13 de Abril de 1761, contra las Salinas de la Mata en que habia dado; y por sus acertadas disposiciones, por su firmeza en sostenerlas contra el dictámen de hombres mas prácticos en la mar, y por su osadía en embarcarse de noche en medio de un fuerte temporal en un pequeño bote, para recoger la lancha perdida y procurar salvar el buque, logró á lo menos recoger la tripulacion entera, compuesta de trescientos hombres, que hubiera perecido infaliblemente sin tan activas y atinadas diligencias.

Este y otros ensayos semejantes de su génio marinero, le grangearon desde entonces distinguido concepto; y asi es que á los doce años de servicio fue nombrado Ayudante mayor general del departamento de Cartagena. A pesar del aprecio y confianza que merecia á sus gefes, anhelando adelantar en su profesion, solicitó embar-

carse en la fragata Venus que se disponia para hacer viaje á Filipinas en 1772, á las órdenes de D. Juan de Lángara. Durante aquella navegacion, Mazarredo y D. Sebastian de Apodaca acompañaban al Comandante Lángara en el trabajo del Diario de navegacion que se llevaba con toda proligidad; pero estaba reducido al pequeño círculo de la buena cuenta de derrota, á observaciones de latitud fuera de altura meridiana del Sol, y con la Luna á las horas del dia ó la noche de su paso, y con varias estrellas á las diferentes del mismo, para tener aquel elemento con frecuencia, ó mas bien para entretener el tiempo, y principalmente á frecuentes observaciones de la azimuth del Sol, marcándole al propio tiempo con una escelente aguja azimuthal para tener su variacion con toda exactitud, como medio de saber la longitud con la aproximacion de uno ó de dos grados en todo el espacio, desde el córte del Ecuador hasta mas de doscientas leguas á Oriente de meridianos del canal de Mozambique.

Pero Mazarredo, que estando con licencia en Bilbao en 1767, habia visto anunciadas en una gaceta inglesa de aquel año, unas tablas dispuestas para observar la longitud en la mar, sin que le lla-

masen entonces mucho la atencion, las recordó, cuando trató de navegar á Manila, huyendo de ser Mayor General en Cartagena, y desde Cádiz practicó aunque inútilmente varias diligencias en Gibraltar para procurárselas de algun buque de guerra ó mercante inglés. Dolíase pues Mazarredo de la falta de aquel medio de tener la longitud observada y de emplear el tiempo con utilidad; cuando muy á prima noche del 13 de Febrero, acompañando á Apodaca que estaba de guardia, y mirando en la claridad de la noche la brillantez de las estrellas, la Luna próxima á su cuarto creciente y en cercanias de Aldebarán, le asaltó de repente la idea de que se tenia la longitud por el movimiento de la Luna, midiendo su distancia á la estrella, y tomándose al mismo tiempo las alturas de ambos astros: con cuyos datos resolviendo los triángulos esféricos necesarios, se concluyese la longitud de la Luna en el momento de la observacion; y calculando por las tablas lunares su lugar para una hora antes y otra despues, segun la que la estima diese para Paris, á fin de escusar el uso de segundas y terceras diferencias en las desigualdades del movimiento, que el conocimiento de tiempo daba solo para medio

dia y media noche, tener la hora verdadera de París en el momento de la observacion, y compararla con la que la altura de Aldebarán diese al sitio de la fragata, resultando la longitud por su diferencia. Comunicó Mazarredo su ocurrencia á Apodaca, que le contestó parecerle no haber duda en el juicio de la averiguacion de la longitud por aquel medio. Entraron ambos en la cámara á decírselo al comandante, quien contestó ser cosa infalible: y acordaron que Apodaca tomaria con su obtante comun la altura de la Luna, el comandante la de Aldebarán con su escelente obtante de Adams, y Mazarredo mediria la distancia con otro obtante suyo bastante bueno, dando el momento á las observaciones de los tres. Hízose así; se tardaron cerca de cuarenta y ocho horas en la resolucion de los triángulos para la averiguacion del lugar de la Luna, y calcular este para París para una hora antes y otra despues de la observacion segun estima: se determinó, por la comparacion de estas dos longitudes con la de la observacion, la hora que debia ser en París: se averiguó por la altura de Aldebarán la que al propio tiempo era en la fragata: y resultó de todo una longitud 2.º al O de la es-

tima, exactamente como la daba la variacion de la aguja.

Júzguese cual seria la satisfacion del resultado: á los cuatro dias se hizo nueva observacion midiendo la distancia á Sirio, y grande fue la sorpresa y el desagrado al hallar que esta observacion, daba una longitud 6.° al E de la estima, es decir 8.° distante de la tan proxima anterior.

Faltó poco por el pronto para creer que habia sido un acaso el resultado de la primera observacion y que no era tal el método de tenerse la longitud. Pero muy pronto se advirtió que no siendo Sirio zodiacal, y estando la Luna casi en su misma longitud cuando se hizo la observacion, un error muy posible de 3.° en la distancia debia producir el de 30.° y 36.° en el tiempo; y se fijó la idea en que las observaciones debian ser con estrellas zodiacales. Se repitió la medicion de la distancia á Aldebarán en el mes de Marzo, en una posicion casi igual á la del 13 de Febrero. Su resultado fue de ½° al O de la estima: y la recalada hácia fines del mes en el Cabo de Buena Esperanza conforme con la estima, que era lo mismo que conforme con la llevada desde la última observacion.

Habiendo fondeado en la bahia de Buena-Esperanza, y hallándose en ella unos navios de la compañia oriental inglesa, se adquirieron los almanaques náuticos de 1772 y 1773, obra empezada en 1767, en qué se daban las tablas de distancias lunares á las estrellas zodiacales para cada tres horas del meridiano de Greenwich; con cuyo auxilio desde allí á Manila, y desde Manila á Cádiz solo se dejaron de observar longitudes los dias próximos á la conjuncion y en los de temporal ó cerrazon de cielo.

Es verdad que el abate Lacaille en su escelente tratado de navegacion de 1752, habia indicado preferente á los demas de observaciones de la Luna, el método de sus distancias al sol y estrellas zodiacales, y que fue suya la primera idea de las distancias que llevaron á efecto los ingleses desde 1767; pero Mazarredo ni siquiera tenia noticia del tratado de navegacion de Lacaille, ni le vió hasta despues de su regreso de Manila. De lo que resulta para él, el mérito de la invencion de tenerse la longitud en la mar por observaciones del lugar de la Luna en el viaje de la fragata venus á Manila en 1772 (*).

(*) Nos hemos detenido en estas noticias verdaderas por

Con el objeto de hacer usuales en la marina española los nuevos métodos y adelantamientos de la astronomía náutica, se embarcaron Mazarredo y D. José Varela el año 1774 en la fragata Santa Rosalia que mandaba D. Juan de Lángara y se ocuparon en reconocer y situar bien la isla de Trinidad del Sur en los mares del Brasil, y en asegurarse de la supuesta existencia de otra isla llamada de la Ascension, al Oeste de aquella, como 100 leguas mas á la costa.

En el año 1775 era primer ayudante del Mayor general de la escuadra que condujo la espedicion de Argel; siendo obra suya los planes para la navegacion, ancladero y feliz desembarco que se consiguió en la playa de todo un ejército de 20,000 hombres; pero malograda la espedicion de tierra y urgiendo el reembarco de las tropas, logró Mazarredo salvarlas de noche con una inteligencia y actividad que recordó siempre con gratitud el Conde de O' Reilly, gefe principal de aquella empresa.

El Rey le premió tan importante servicio con

haber sido desfigurado el origen que tuvieron las observaciones de lonjitud en la fragata Venus del mando de Don Juan de Lángara en su viaje á Manila en 1772 y á su vuelta el año siguiente.

el nombramiento de Alferez de la compañia de guardias marinas de Cádiz, y con los sucesivos ascensos á Capitan de fragata, de navío y de una nueva compañía de guardias marinas creada en el departamento de Cartagena. En este destino escribió sus *Lecciones de Navegacion* (*) para la enseñanza de los jóvenes que se dedicaban á la carrera de la mar; siendo tal el celo que manifestaba por sus progresos, que él mismo hacia de maestro esplicándoles no solo la náutica, sino tambien la maniobra para adiestrarlos en las prácticas navales. Con igual objeto formó entónces una *Coleccion de Tablas* para los usos mas necesarios de la navegacion; (**) y habiendo obtenido en 1778

(*) *Lecciones de navegacion para el uso de las compañias de guardias marinas* impreso en la isla de Leon, año 1790, un tomo en 4.º Habiale escrito en 1777 con el título de *Resúmen de Navegacion* etc. para los alumnos de la compañia de Cartagena donde le estudiaban manuscrito. Su objeto fue reasumir el *Compendio* publicado por D. Jorge Juan en 1757, añadiendo cuanto se habia adelantado desde aquella época, especialmente sobre los instrumentos de reflexion y sobre los métodos de observar la longitud ya por la distancia de los astros, ya por los relojes ó cronómetros.

(**) Imprimiose sin nombre de autor en Madrid en la imprenta Real, año de 1779; un tomo en 4.º mayor. Comprende entre otras las tablas de declinaciones, amplitudes variacion de altura y azimuth de los astros cerca del horizonte, etc. con la esplicacion del uso de cada tabla arreglada al meridiano de Cartagena.

el mando del navio San Juan Bautista, destinado á perfeccionar con la práctica la instruccion de los guardias marinas, llevó consigo un reló de faltriquera de longitud construido para él en 1776 por Juan Arnold con el núm. 12, á imitacion del que habia construido en 1773 para la espedicion que hizo al polo boreal el capitan Phops. Con este auxilio situó en sus verdaderas longitudes y latitudes muchos puntos importantes de la costa de España y sus correspondientes de Africa en el Mediterráneo; cuyas determinaciones fueron despues de grande utilidad á D. Vicente Tofiño, que corrigió con ellas los errores de sus relojes para situar la costa de Berberia desde 20 leguas al E. de Argel hasta Orán, en las cartas que componen su *Atlas maritimo.*

En 1779 fue nombrado Mazarredo, Mayor General de la escuadra, mandada por el general Gaston, y en ella puso en práctica los *rudimentos de táctica Naval* que habia escrito, (*) y las *instrucciones* y *señales* (**) cuyo sistema mejoró con

(*) *Rudimentos de táctica naval para instruccion de los oficiales subalternos de marina* ordenados por D. José de Mazarredo, Teniente de navio de la Real Armada, impreso en Madrid por D. Joaquin Ibarra, año 1776, un t. en 4.º mayor.

(**) *Instruccion y señales para el régimen y maniobras*

suma diligencia por la importancia que concibió de facilitar en la mar esta comunicacion de ideas y mandatos entre buques separados, que deben obrar con union y sujecion á las órdenes de un gefe superior. La aplicacion de estos y otros conocimientos se hizo mas pública é importante al año siguiente, cuando siendo Mayor General de la escuadra mandada por D. Luis de Córdova, se debió el apresamiento de un gran convoy inglés, el dia 9 de Agosto de 1780, á una maniobra atrevida y que todos graduaban de temeraria, dispuesta por Mazarredo. Debiósele tambien en 1.º de Noviembre de aquel año, la salvacion de las escuadras española (de 28 navios y 4 fragatas) y francesa (de 38 navios y 20 fragatas) y de un convoy riquísimo de 130 buques mercantes, espuestos á perderse por la intempestiva salida que dispuso el Conde de Estaing contra el voto y pa-

de la escuadra del mando del Excmo. Sr. D. Luis de Córdova, dispuestas por D. José de Mazarredo, Mayor General de la escuadra. Impresa en Cádiz, 1780, en folio, reimpresas con muchas mejoras y adiciones en la misma ciudad en 1781, en 4.º En Cartagena 1790, en 4.º En Madrid imprenta Real 1793, en 4.º Las primitivas *Instrucciones y señales* que dispuso para el general Gaston, fueron las que aplicó despues al uso de las escuadras que mandó el Sr. Córdova, adicionándolas y corrigiéndolas siempre con gran empeño y diligencia.

recer de Mazarredo, subsanando este el error de aquel general, con la pericia propia de un grande hombre de mar.

El año inmediato de 1781 cruzaba la escuadra combinada de 30 navios españoles y 19 de la francesa, al mando del Señor Córdova en el canal de la Mancha. La escuadra se hallaba cerca de las Sorlingas en la noche del 31 de Agosto con un gran temporal, cuando la Almiranta francesa hizo repetidamente la señal de *riesgo en la derrota;* Mazarredo asegurado por las observaciones astronómicas que frecuentemente hácia, de que la direccion ó rumbo que llevaba era el que convenia y del grandísimo riesgo en variarle, le siguió con teson y firmeza, sin embargo de los anuncios fatales de los mas prácticos en aquellas costas. La esperiencia manifestó despues el acierto de esta resolucion; y el mismo Conde de Guichen, general de la escuadra francesa, decia despues con laúdable ingenuidad al Conde de Artois que se hallaba en Algeciras: «Yo iba á perder una armada que Mr. de Mazarredo salvó.»

A principios del año siguiente le debió igual beneficio la escuadra española de 7 navios y 7 fragatas, que despues de haber escoltado una

espedicion de tropas y pertrechos que se enviaba á América, se restituia á Cádiz en el rigor del invierno. Averiguando por observaciones en los dias 26 de Enero y 4 de Febrero el movimiento de su reló, conoció los grandes efectos de las corrientes para el Estrecho de Gibraltar, y el error consiguiente de la estima; y este conocimiento seguro de su posicion, y el anuncio de un temporal, le facilitaron practicar las maniobras necesarias para poder tomar á Cádiz en tan críticas circunstancias. Esta seguridad y acierto, debidos á su consumada inteligencia en aplicar á la navegacion los conocimientos astronómicos, los acreditó tambien en la campaña que hizo en 1782, dirigiendo la derrota de la escuadra combinada á los mares de Inglaterra y Vizcaya; pues habiendo anunciado próxima la vista del cabo de Finisterre, del cual se creian todos á 120 leguas de distancia, el pronóstico de Mazarredo se vio cumplido puntualmente á las ocho de la mañana del dia 27 de Agosto. Al fin de esta campaña, que terminó con la paz de 1783, fue ascendido Mazarredo á gefe de escuadra en justa recompensa de sus servicios.

Su descanso fue promover con aplicacion cons-

tante los estudios naúticos. (*) Siendo ya capitan comandante de las tres compañías de guardias marinas, formó el plan de un curso de estudios en sus academias, para que un competente numero de oficiales de cada departamento, aprovechase el tiempo de paz en adquirir los conocimientos mas sublimes de su profesion. Ningun ramo de la marina militar se ocultó á su inteligencia y á su celo. En 1783 habia ya informado sobre la costruccion de buques, dando la preferencia al plan que se siguió en la fábrica del *San Ildefonso*, sobre otros dos que se presentaron. Construido este navio se encargó á Mazarredo que lo probase en el Mediterráneo, con otro navio y dos fragatas nuevas en el verano de 1785, y las pruebas practicadas correspondieron al juicio que desde el principio habia formado. (**) Entonces fue

(*) Apenás hubo en aquella época espedicion alguna cientifica que no fuese á propuesta suya ó dirigida por sus informes. Tal fue la que se envió á las Antillas y Costa Firme en 1791 para levantar las cartas de aquellas costas. Los planes de estudios de los guardias marinas, el arreglo del observatorio astronómico y otros muchos asuntos de construccion naval, de gobierno de la armada, armamento de buques etc., todos se aceptaron ó resolvieron despues de haber oido su dictámen.

(**) *Informe sobre construccion de navios y fragatas* dado por el gefe de escuadra D. José Mazarredo con relacion á las

cuando se le dió la primera comision diplomática encargándole la negociacion de la paz con la Regencia de Argel.

Ascendido á Teniente General en 1789, concluyó las Ordenanzas de marina (*) que se le habian encargado de real órden, y cuyo trabajo le ocupó siete años. Declarada la guerra á la Francia revolucionaria en 1795, pasó á Cádiz á mandar una division que debia unirse á la escuadra del Sr. Lángara en el Mediterráneo, y cuyo mando recayó despues en el mismo Mazarredo; pero mudado el ministerio, viendo desatendidas sus repetidas y enérgicas representaciones, sobre el mal estado de la escuadra y la necesidad de reponerla, hizo dimision del mando; y atribuyéndosele á delito el no querer comprometer su gloria, bajo el Gobierno inepto y neglijente de un Privado, se aceptó su dimision y se le destinó al Ferrol con prohibicion de entrar en la Córte. Lágrimas de sangre costó á España esta separacion; pues ter-

pruebas hechas por él de orden del Rey con los navíos San Ildefonso y S. Juan Nepomuceno y fragatas Sta. Bríjida y Sta. Casilda en el año de 1785.

(*) *Ordenanzas generales de la Armada naval* sobre la gobernacion militar y marinera de la armada en general y uso de sus fuerzas en la mar. Madrd 1793, dos tomos folio.

minada la guerra de Francia, la primera operacion de la que se declaró á la Inglaterra poco despues, fue el desastroso combate dado sobre el cabo de San Vicente en 14 de Febrero de 1797 entre las escuadras española é inglesa. El éxito desgraciado de aquel combate proporcionó á Mazarredo una solemne reparacion de tan injusto desaire. Mandósele volver á Cádiz, reorganizar los restos de la escuadra y libertar á aquella rica poblacion de la ruina que la amenazaba, si los ingleses intentaban un bombardeo. Su actividad lo facilitó todo; en menos de dos meses puso en ejercicio las fuerzas sutiles necesarias para rechazar las tentativas del enemigo, como lo consiguió en las noches de 3 y 5 de Julio; habilitó la escuadra haciéndola respetable á los ingleses; y en Febrero de 1798 salió repentinamente á sorprender una division enemiga de 11 navios que cruzaba delante de Cádiz. Un temporal de S. E. que sobrevino frustró su designio, y preveyendo que la escuadra del Almirante Jervis, que estaba en Lisboa, vendria contra él con fuerzas superiores, determinó mantenerse cerca de la costa entre Ayamonte y San Lúcar, hasta que abonanzando el tiempo fondeó en la bahía de Cádiz, y poco

tiempo despues aparecieron los enemigos con fuerzas superiores.

Entre tanto habia sido nombrado Capitan General del departamento de Cádiz, y desde luego propuso el Gobierno se trasladasen al Observatorio astronómico de la isla de Leon (erigido ántes á propuesta suya) los instrumentos del antiguo de Cádiz y los oficiales destinados á la redaccion de las efemérides; agregándose ademas á dicho establecimiento dos obradores de relojes marinos y uno de instrumentos, á cargo de artistas que á peticion suya habian sido enviados á instruirse con los mejores maestros ingleses y franceses.

En 1799 condujo su escuadra desde Cádiz á Brest; y dejándola alli al mando interino de D. Federico Gravina (*) pasó á Paris para concertar con el gobierno directorial las operaciones marítimas, á cuyo efecto se le revistió con el carácter de Embajador Plenipotenciario. La llegada de Bonaparte y la revolucion que le colocó en el consulado hicieron que Mazarredo tuviese que entenderse con él. Viéronse entonces luchar diplomáticamente el candor con la astucia, la verdad con la ficcion, la franqueza con el disimulo, y los intereses de España sacrificados

(*) Véase su Biografia, t. 2.

á la ambicion de un guerrero que aspiraba al mando universal. La oposicion firme y vigorosa de Mazarredo á los plánes que le presentaba Bonaparte para disponer arbitrariamente de las fuerzas marítimas de España, disgustaron á este en términos que la corte de Madrid, ya sometida á la de París, llamó á Mazarredo en 9 de Febrero de 1801 á su departamento de Cádiz. Disgustado allí al ver los apuros y necesidades que no podia remediar, ni con su autoridad ni con sus vigorosas reclamaciones al Gobierno, solicitó su retiro que obtuvo en Setiembre de 1801 para establecerse en Bilbao. En Agosto de 1804 ocurrió en esta villa una de aquellas conmociones que suele causar la rivalidad del poder y de los intereses; y aunque Mazarredo no tuvo mas parte que la de impedir los funestos efectos del furor momentáneo, sin embargo, su conducta fue mal pintada en la Corte y se le mandó salir de las Provincias Vascongadas de un modo poco correspondiente á su edad, á sus servicios y á sus méritos (*). Sufrió con magnanimidad este destierro por espacio de tres años,

(*) Entonces escribió desde Santoña en 8 de Diciembre de 1804 *la Representacion* que dirigió *al Rey D. Carlos IV sobre su ostracismo de Bilbao* y que imprimió despues en Madrid en 1810.

ya en Santoña, ya en Pamplona, hasta que en 1807 se le permitió volver á su anterior asilo, donde le halló la revolucion de 1808 dedicado al egercicio de las virtudes privadas.

Poco diremos de los últimos años de su vida. Napoleon que conocia su mérito y el justo concepto que gozaba en España, lo atrajo y empeñó en su partido llamándole á Bayona, y Mazarredo creyo como otros que debia ceder á una necesidad inevitable. En esta situacion y en medio de su compromiso personal, desplegó su carácter benéfico para aliviar la suerte de algunos pueblos y de muchísimas personas; y en tales circunstancias le sobrevino un ataque de gota que le privó de la vida, en Madrid á 29 de Julio de 1812.

En prueba de su amor á los conocimientos útiles y de su celo en fomentarlos, añadiremos que cuando en sus viajes y destierros atravesaba de un estremo á otro de España, iba observando en todos los lugares de la carretera su respectiva situacion geográfica, y en los pueblos de su permanencia cuantos fenomenos celestes ocurrian. En Madrid hizo repetidísimas observaciones para fijar su latitud y longitud: en Santoña, observó en 20 de Marzo de 1805 la ocultacion de Anta-

res por la Luna, cuyo fenómeno tuvo correspondiente en Cádiz, y así en otras partes como lo espresa D. Isodoro Antillon en el prólogo á los *Elementos de la Geogrofia de España y Portugal* que publicó en 1808. «Pero á nadie (dice en la página 31) debe mas la geografia astronómica del interior de España que al Excmo. Sr. D. José de Mazarredo. Con un quintante ó sextante de reflexion y horizonte artificial de azogue, y por alturas meridianas de Sol, Luna, Júpiter, Marte y algunas estrellas, ha determinado la latitud geográfica de Alcalá de Henares, de los pueblos del camino de Murcia al Ferrol, de varios pueblos, del de Madrid á Bilbao por Somosierra, de algunos de la carretera de Andalucia, y de otros muchos de Navarra, Provincias Vascongadas y costa Cantábrica, entre los cuales se cuentan Pamplona, Roncesvalles, Irun, Vergara, los Pasajes, Bilbao, Portugalete y Marron en la ria de Limpias y Colindres. Débesele ademas la longitud de Pamplona deducida del eclipse de sol de 1806, que observó en aquella ciudad. Estos trabajos ejecutados la mayor parte en viajes de tránsito accidental desde 1792 hasta 1806, reunidos con tantos otros como le debe nuestra hidrografia, dan

con justicia al Sr. Mazarredo una gloria eterna en los anales de la ilustracion de la patria.» El Señor Antillon encarece ademas la generosidad y galantería con que aquel sábio general y el Capitan de navio D. Juan Francisco Aguirre, se prestaron á comunicarle cuantas observaciones habian hecho y no se habian publicado, para dar mayor perfeccion á sus *Elementos de Geografia.*

Todo esto demuestra que la historia del General Mazarredo, está íntimamente unida con la marina española durante los últimos 40 años de su vida. Pocos han hecho aplicaciones mas útiles de los conocimientos astronómicos á la náutica y á la direccion de las grandes escuadras en la mar. Débele sin duda la marina española la formacion de los mas escelentes oficiales que tuvo entonces, los cuales le amaban y respetaban como á su padre ó su maestro; la mejora de sus estudios, prácticas é instrumentos; y los progresos de la hidografia, de la construccion naval y de la policía de los buques. Débele su patria la conservacion de un ejército, de tres escuadras, y en parte la superioridad marítima en la guerra de 1779 á 1783; y la habilitacion de las reliquias de su gloria en la de fines del siglo pasado. La humanidad per-

dió en él un corazon dulce, candoroso y benéfico; la marina el génio que mas la ha ilustrado en estos últimos tiempos; y la nacion un hombre veraz, activo y celoso, que sabia decir al Gobierno la verdad *toda entera* sin disimulo ni reticencias.

Puede asegurarse que con la pérdida de tan esclarecido marino, y la de los otros famosos compañeros suyos como Gravina, Churruca, Galiano y otros muchos que perecieron anteriormente, y en especial en la iufausta jornada de Trafalgar, se concluyó la marina española, y quedó reducida al triste estado en que se halla en el dia. Pero la situacion geográfica de España, la conservacion de las colonias que aun posee, el desarrollo y proteccion de su comercio, todo hace indispensable la reorganizacion y aumento de nuestra marina de guerra, y no dudamos que cuando haya terminado el vértigo revolucionario que por tanto tiempo nos agovia, cuando haya un gobierno capaz y estable, no se dejará en olvido este importante ramo de la prosperidad pública y este sosten de la dignidad nacional, y entonces estamos seguros que no faltarán tampoco émulos y dignos imitadores en el Cuerpo de la Armada, de los grandes capitanes cuyos gloriosos nombres acabamos de

citar, y del personage ilustre que tanto contribuyó al esplendor y adelantamientos de la marina española, y cuya vida hemos recorrido con velocidad, pero con exactitud.



D. VICENTE LOPEZ.

Personages célebres del siglo X1X

D. VICENTE LOPEZ,

Y PORTAÑA.

« Si la nobleza de la sangre, que es solo una cosa imaginaria, hace tal distincion entre los hombres, que exalta á los unos sobre los otros. ¿Quién podrá dudar que la nobleza del ánimo, que consiste en la virtud efectiva, y reside en la parte que trae su origen del cielo, no es capaz de ensalzar al hombre, desde el estado mas infimo hasta los confines de la divinidad ?

VIDA DE LEONARDO DE VINCI, *por Rafael du Fresne.*

Este principio de la vida de Leonardo de Vinci, puede apropiarse á todos aquellos génios que, á fuerza de constante aplicacion y saber, y sin áuxilio alguno de otra clase, se han conquistado un puesto á que dificilmente hubieran podido lle-

gar marchando por otro camino ; y para gloria de nuestros Reyes, nos presentan la historia constantemente á muchos célebres artistas, cuyo solo talento los ha conducido al mas alto grado de estimacion y favor: esta última circunstancia es la que nos ha recordado las lineas que dejamos apuntadas. Desgraciadamente, nuestra actual época, no es la mas aproposito para la creacion de estos génios. Las artes huyen de este suelo en que antes tenian su trono, y quizás para no volver mas á él, á menos que no cambien totalmente las circunstancias en que se ha colocado á la Patria de Velazquez y Murillo. No pensemos en la actualidad, dirijámonos al porvenir, esperemos algun consuelo de la rectificacion de las ideas, trastornadas desde fines del último siglo, si bien en artes este trastorno data de mas antigua época ; y ya que no sea posible dejar grandes obras, como lo hicieron nuestros grandes hombres, consignemos á la posteridad noticias de artistas beneméritos que hubieran podido enriquecer su siglo, como sus antepasados.

No podemos presentar uno que reuna todas las dotes de la celebrada escuela española, porque está formada en el estudio de las otras; remon-

tóse rápidamente para desaparecer en seguida tambien en cortísimo tiempo. ¡ Ya no existe! Carreño la representó al morir, Jordan y sus secuaces la destruyeron; desde el reinado de Cárlos II, desapareció de la Monarquía el carácter español, enseñoreáronse en las artes las escuelas estrangeras. En el dia, aun apesar de haberse hecho algunos esfuerzos por personas muy dignas de aprecio, nada se ha conseguido entre nosotros: la pintura no presenta un carácter que la haga original. Cada cual sigue el impulso que recibió en su educacion artística; todos es verdad se proponen generalmente modelos que seguir, pero no se ve en ellos que pueda restablecerse aquella escuela, no general por que esto tampoco es exacto, pues no todos nuestros pintores han sido iguales en carácter artístico. Tan distante se halla Murillo de Juanes, como Rivalta de Zurbarán, y Morales de Velazquez, pero si se estudian detenidamente sus obras maestras, se verá sin grande esfuerzo que todos, aun los mas distintos entre sí, tienen un sello particular que los señala. Pero tambien es preciso confesar que nada pueden hacer. Nuestros artistas con pocas escepciones, carecen aun de los mas preciso para su subsistencia;

no cuentan con trabajo alguno. ¿Qué estudios han de emprender, ni cómo han de trabajar holgadamente? el desaliento ha de presidir á sus obras, las cuales forzosamente deben resentirse de estas causas. Para pintar bien, es preciso pintar mucho, y entre nosotros no se pintan mas que retratos. Si en medio de este horrible cuadro que trazamos con sentimiento, cambiase la época, y fuese capaz de crearse otro elemento de proteccion para las artes, podemos estar seguros de que inmediatamente se sentirian los efectos, pues contamos con jóvenes aplicados á quienes nuestra imaginacion nos presenta marchando rápidamente á colocarse junto á aquellos génios que tanta gloria nos han adquirido en tiempos muy diferentes de los actuales. Mientras tanto, no ahuyentemos la esperanza que nos anima, y ocupemonos de bosquejar la Biografia del primer pintor de Cámara de S. M. Don Vicente Lopez y Portaña, bien digno, no tanto por su rango, como por su mérito, de figurar en nuestra coleccion.

Nació este hábil artista en la ciudad de Valencia el dia 19 de Setiembre de 1772. Hijo y nieto de pintores, por lo que desde sus mas tiernos años, fue destinado á esta profesion, primero en el es-

tudio paterno, y despues bajo la direccion del Padre Villanueva, Religioso de San Francisco, pintor de gran mérito, cuyas lecciones le hubieran sido de suma utilidad, á no haber tenido la desgracia de perderlo á los pocos meses; retirado á casa de sus padres, y habiendo esperimentado igual desgracia cuando contaba 15 años de edad, se refugió á la de su abuelo, á cuyo lado continuó con ardor en sus tareas.

Publicado por entonces el concurso general en la Academia de San Cárlos, sobresalió tanto entre sus compañeros, que obtuvo sin disputa el primer premio de pintura á la edad de 16 años habiendo firmado á la de 13 otra oposicion en que pintó un cuadro superior á su tierna edad; y concurriendo despues á una de las pensiones que al mismo tiempo habia ofrecido aquella corporacion, le fue conferida inmediatamente, para que pasase á Madrid á seguir adelantando en su carrera, bajo la direccion de Don Mariano Maella, en cuyo estudio se mantuvo cerca de dos años.

A los 18 de su edad, en 1790, ocurrió la publicacion de premios generales por la Real Academia de San Fernando, y hecha oposicion

á ellos, obtúvo el primero en pintura, habiendo elogiado sobremanera los Profesores, su prueba de repente, superior en dictamen de estos, al cuadro de pensado.

Concluidos los tres años de su pension, regresó á Valencia, en cuya Real Academia fue recibido Académico de mérito, luego Teniente y Director en la primera vacante, y por último Director General de la misma.

Allí se hallaba en 1802, cuando visitó aquella ciudad el Sr. D. Cárlos IV, con toda su Real familia, habiendo merecido á la bondad de este Soberano, que le condecorase con los honores de pintor de Cámara, y le encargáse varias obras de que quedó S. M. tan complacido, que mandó se le diesen las mas espresivas gracias en su Real nombre, por el desinteres que mostró y su buen desempeño.

No le honró menos á su vuelta de Francia, el Sr. D. Fernándo VII, quien sin mediar solicitud suya, y por solo informes de Personajes entendidos, se dignó conferirle plaza efectiva de pintor de Cámara, con órden espresa de que se trasladase á Madrid, tan luego como concluyese las obras en que estaba ocupado. Hízolo así, y

apenas hubo llegado á la capital, cuando por dimision de su maestro Don Mariano Maella, fue nombrado primer pintor de Cámara del Rey, con encargo de dirigir á diez jóvenes pensionados por S. M.; contándose como la primera de las singulares distinciones que debió á aquel Monarca, la direccion en la enseñanza del dibujo de las dos augustas Reinas Doña Maria Isabel de Braganza y Doña Maria Josefa de Sajonia, segunda y tercera esposas del mismo, con notable adelantamiento de entrambas, y en especial de la primera, á cuya aficion á las artes debe la España el establecimiento del Museo, monumento consagrado á las mismas y á la gloria nacional. La Real Academia de San Fernando, se apresuró á admitirle en su seno, creándole desde luego Académico de mérito, y sucesivamente Director de pintura y Director General, cuyo ejemplo siguieron las de San Luis de Zaragoza y de San Cárlos de Valencia, distinguiéndole aquella con este último dictado en calidad de perpétuo, y añadiendo la segunda el título de Academico de honor concedido solo el caballero Mengs.

El esmero y contínua aplicacion con que ha egercido su plaza el Sr. Lopez, le merecieron del

difunto Rey tales demostraciones de aprecio, que mas de una vez le dispensó finezas de su mesa por su propia mano, y honró su casa visitándole en su estudio, concediéndole por fin, la cruz de Caballero de la Real y distinguida Orden española de Cárlos III, en prueba de la satisfacion con que vió concluida la pintura al fresco de la gran bóveda del salon de vestir de S. M., que egecutó Lopez con suma intelijencia y maestría.

La Augusta Cristina honró tambien á este artista creándolo, sin pretension alguna suya, caballero Comendador de la Orden de Isabel la Católica con dispensa de todo pago, en prueba del aprecio con que recibió el cuadro bellísimo de la Vírgen de los Desamparados, colocado en el altar del oratorio de la casa Palacio de Vista Alegre, del que trataremos despues; y por último nuestra Soberana, la esperanza de los fieles españoles, Isabel II, en los dias en que el Sr. Lopez ha tenido la honra de pasar á retratarla, asi como á sn augusta hermana la Infanta Doña Luisa, de cuyos admirables retratos nos ocuparemos tambien, no han permitido regresase á su casa á comer, haciendo se le sirviese en el mismo Palacio, muy cerca de S. M. y A., y de sus mis-

mos manjares; distinciones no recibidas por artista alguno, y que al mismo tiempo que ceden en gloria de las artes, dan á entender la bella índole de estos dos angeles tutelares de España, asi como comprueban la exactitud del epígrafe con que encabezamos estos apuntes: pues si las circunstancias imposibilitan el que puedan crearse génios que, como el Sr. Lopez, se eleven á la altura en que se halla colocado, el trono conserva la tradicion histórica de sus mayores, estando pronto á premiar el mérito en donde se halle; circunstancia mas notable cuando la soberana que ejerce estos otros, dignos de Cárlos I y Felipe IV, no cuenta apenas la edad suficiente para obrar impulsada por el ejemplo.

Dificil seria enumerar las muchas obras de este laborioso profesor, en su larga carrera, y haremos solo una reseña de las principales. Entre estas sobresale el citado fresco de la sala de vestir del Rey, en que representó la institucion de la Real y distinguida Orden Española de Cárlos III, siendo notable que se le premiase haciéndole individuo de la misma, cuya célebre composicion fruto del ingenio y estudios de su benémerito autor, puede considerarse dividida en dos partes: la pri-

mera espresa simbólicamente el voto é institucion del augusto fundador de la Orden ; y la segunda, los accesorios emblemáticos correspondientes á semejante acontecimiento : lo primero está significado convenientemente en el testero, que es el sitio principal de la bóveda, mediante un gran grupo de figuras situadas delante y en el zócalo de un grandioso templo del órden dórico, cuyos ornatos corresponden al acto solemne que en él se figura celebrar : delante de él hay un altar con las insignias de la órden.

El ilustre Monarca de las Españas, el religioso Don Cárlos III, vestido de gran gala y con todas las insignias propias de la soberania, se manifiesta en primer término puesto de rodillas con los brazos abiertos y los ojos dirigidos al cielo, ofreciendo acciones de gracias por el singular beneficio que el Altísimo se habia dignado dispensar al trono y reino de España en la anhelada sucesion concedida á los Serenísimos Príncipes de Asturias, causa de esta distinguida institucion. Como esta órden, llamada por antonomasia española, fue fundada bajo la poderosa proteccion de Maria Santísima en el misterio de su Concepcion Purísima, y es tambien Patrona de

estos Reinos, se significa mediante el símbolo de la muger misteriosa del Apocalipsis, colocada á la parte superior de la composicion, constituyendo el objeto principal de ella, y con todas las alegorias con que se pinta este misterio de nuestras creencias.

Siendo esta órden distinguida un testimonio de la acendrada religion, sólida piedad y profunda gratitud al augusto Monarca que la instituyó, y estas virtudes las que mas influyeron en su fundacion y mas carasterizan el voto, por esto se hallan espresadas sus figuras iconológicas cerca de la del Rey y con los atributos que les son propios. Al lado del altar, presidiendo acto tan sublime, se ven la Religion, la Piedad, y la Gratitud.

Al otro lado del altar y enfrente de la figura del Rey se ve á la Monarquía Española, teniendo en su regazo con la mas afectuosa complacencia al tierno Infante, causa del voto, demostrando las figuras de la Felicidad pública y del Placer, la Prosperidad nacional, y el júbilo de que se hallaron poseidos los ánimos de todos los buenos españoles al ver perpetuada en este bello Infante tan augusta dinastia.

A la derecha del grupo descrito, se representa el fin de la institucion por medio de figuras alegóricas, que simbolizan á la Nobleza, unida al Honor, al Mérito y á la Virtud; y en frente á la izquierda los frutos y beneficios de la Paz, sin cuyo influjo no hay que esperar órden, subordinacion, ni adelantamiento en la sociedad.

Al lado opuesto se ven los génios del Mal y de la Rebelion, huyendo despavoridos al aspecto imponente del Orden público. En el grupo pintado enfrente del principal, la Historia arrebatando un pergamino de las manos del Tiempo, y no lejos sobre una mesa la Fama.

El otro fresco que asimismo forma la reputacion de este distinguido profesor, es el que pintó en la sala de despacho del Rey, en que oportunísimamente representó á la Potestad ó Autoridad, apoyada en la Prudencia, la Justicia y la Fortaleza, espresándose que una de sus principales calidades es la de recompensar á los buenos; presídelo todo la Religion: y para manifestar que ante un poder movido por semejantes principios, desaparecen la detestable Rebelion y le fatal Discordia, se ven estas calamidades representadas por un deforme mónstruo precipitado por el Génio esterminador.

Nos hemos detenido algo, aunque no tanto como á nuestro parecer exigia el asunto, en la descripcion de estos dos frescos, pues hubiéramos deseado esplicar con mas detenimiento el modo con que el Sr. Lopez ha presentado las figuras alegóricas, en que no solo ha acreditado su saber como pintor, sino lo que es mas, el sublime de la composicion, reuniendo conocimientos muy especiales; pero los cortos límites de nuestra publicacion no nos permiten la estension que quisiéramos, y asi solo hemos bosquejado dichas composiciones. Una y otra son por cierto muy dignas de aquel lugar donde sostienen sin desventaja, antes con mucho aprecio, la comparacion con los de Mengs, Tiepolo, y Bayeu, que tanto realzan la magnificencia del Real Palacio.

No son de menos mérito, y quizás las aventajan sus obras al temple, como el techo de un salon de 34 pies de largo por 22 de ancho en la posesion titulada *El Casino* que la villa de Madrid, por medio de su Ayuntamiento, puso á disposicion de S. M. la Reina Doña Maria Isabel de Braganza, y en cuyo argumento consiguió sábiamente el Sr. Lopez reunir al elogio de esta Augusta Señora, cuya pérdida lo fué para el pais, el de su feliz en-

lace, y el acto de la donacion; engalanándolo todo con bellísimas figuras alegóricas, que demuestran el profundo estudio del artista: y el de un retrete de la Reina Cristina en su Real Casa ya citada de Vista-Alegre, en que representó á Céfiro y Flora perfumando la atmósfera con la fragancia de las flores, y á varias Nereides y Tritones refrescando y purificando el aire con el cristal de sus aguas. La facilidad, empaste, y tono vigoroso con que están ejecutadas estas obras, que parecen pintadas al óleo, dan idea de lo que el arte puede alcanzar en este género ingrato y desapacible de suyo, y puede servir de modelo á los artístas que en él quieran perfecionarse.

Del mérito de sus cuadros al óleo, como pintor de historia, no es posible formar concepto en Madrid, donde apenas hay de esta clase, mas que algunos de los llamados de caballete. Los grandes están en Valencia y Cataluña, y son entre otros, el del nacimiento ds *S. Vicente Ferrer* en el oratorio de la casa nativa del mismo Santo. El de *S. Antonio Abad* en aquella Iglesia metropolitana, pintado á la edad de 22 años que fue el principio de su reputacion artística, por el entusiasmo que produjo; el del altar mayor de la capilla en la casa

de Misericordia, obra de gran composicion, buenos partidos y multitud de figuras bien distribuidas y agrupadas, el cual representa á la *Santísima Vírgen* sentada y asistida de varios Santos, y en primer término á Sto. Tomás de Villanueva implorando la proteccion divina para un sin número de infelices de ambos sexos que abriga aquel piadoso establecimiento; el de *S. Antonio de Padua* en la iglesia oratorio de S. Felipe Neri, cuadro de grande efecto, y en que tuvo que luchar con la poca luz que habia en el sitio en que estaba colocado, y que ahora como muchos, ha perdido gran parte de su mérito por la variacion del lugar para el que fueron pintados; y la *Cena* en S. Felipe de Játiva, composicion en que hizo que Judas estuviese hablando y digna de todo elogio. Por último dejó otras varias obras al fresco y al óleo, que tienen mucha estimacion, en las Iglesias del Grao, Silla, Burjasot, Usiva, Benifayó, Penaguila, Gorga, Alcoy, Requena, Vall de Uxó, y otros pueblos de aquella provincia.

Todas estas últimas obras son anteriores á la venida á Madrid del Sr. Lopez; y á aquella época pertenecen tambien algunas copias, entre ellas la del *San Francisco*, de Ribalta, que exis-

te ahora en Valencia, y cuyo original posee el Museo de Madrid, egecutada con la mayor maestría; y aunque se admira en dichas obras el colorido vigoroso y grato, el buen dibujo y la facilidad y egecucion que tanto la distinguen, el Sr. Lopez se ha engrandecido despues, quizás con la contínua observacion y estudio del natural en los infinitos retratos que ha pintado, ó en la meditacion de las obras de los grandes Maestros; y asi sus dos cuadros posteriores, que son el mas digno ornamento de la Catedral de Tortosa, y representan á *S. Agustin* contemplando el misterio de la Trinidad el uno, y el otro á *S. Rufo* su primer obispo, predicando á sus obejas, son las obras mas perfectas en este género.

Poco püede decirse de la superioridad del Sr. Lopez en la linea de retratos, cuya semejanza, relieve, animacion y otras escelencias, está viendo y elogiando, muchos años ha, el público de Madrid, como que este ha sido casi esclusivamente el empleo de sus incansables pinceles; circunstancia que han de tener todos los que como este hábil artísta, reunan á su gran mérito, la estimacion del Monarca y la facilidad de que este vea sus obras, pues entra por mucho en los cor-

tesanos el deseo de recomendarse haciéndose notables á los ojos de S. M.; y esta es sin duda la causa de que el Sr. Lopez, en tiempos en que contaba menos años y mas salud, no se haya podido dedicar á concluir el gran cuadro que yace en su estudio, principiado solamente, y que concluido hubiera aumentado si es posible su gloria.

No han merecido menos encomios los de su mano que han pasado á paises estrangeros, como en París, el del *General Alava*, y el del *Mariscal Suchet* colocado en el salon de los Mariscales. El de la *Generala Murray*, muy celebrado en Lóndres, y sobre todos, el del Rey *Fernando VII* de cuerpo entero, y con el manto de la insigne Orden del Toison de Oro, que S. M. le mandó pintar para la Embajada de Roma, donde tuvo tal aceptacion, que la Academia de S. Lucas envió á su autor el título de Académico de mérito, en una carta llena de honoríficas espresiones y encarecidos elogios.

Ademas del citado retrato de S. M., de los de sus augustas Esposas y Señores Infantes, merecen particular mencion, los de los *Reyes de Nápoles*, padres de la Reina Cristina; el del *Príncipe Maximiliano de Sajonia;* el del *Comi-*

sario General de Cruzada, *Don Manuel Fernandez Varela*, protector en su tiempo de las artes; el de *Don Antonio Ugarte y su esposa*, célebre valido del difunto Rey; el del conocido *Paborde Sala*; el del *Ministro Salmon*; el de *Goya*, colocado en el Museo; el del famoso organista *Don Felix Máximo*; el del *Duque del Infantado*, de cuerpo entero; y el del *Conde de Casa-Sarria*, digno Director General que fue de Artilleria, el cual tiene tal semejanza, que sabemos positivamente que al verlo en la sala un fiel perro del Sr. Conde, se dirigió á él, haciéndole mil caricias, y concluyendo por lamerle las manos; y recientetemente los del *General Osma*, *Obispo de Córdoba* en que está pintada hasta la dulzura de carácter de este digno Prelado, *Condesa de Revillagigedo*, *Marqués de Casteldosrius*, *Señor Perez de Castro*, último y fiel Ministro de Estado de la Reina Gobernadora, y sobre todos el de su esposa *Doña Francisca Brito*, tanto por la verdad que reune en la semejanza, como por la bella entonacion con que estan manejados los accesorios; de modo, que este solo retrato dirá algun dia lo que se ha pintado en España en nuestro siglo.

Habiamos dejado para este lugar, la descripcion del cuadro que pintó el Sr. Lopez para la Reina Cristina, porque era el último de composicion que habia ejecutado; pero mientras se escribian estos apuntes, ha llevado á cabo un argumento, que concibió en la grave enfermedad de que milagrosamente ha sanado, babiendo la circunstancia estraordinaria de que ha adquirido nueva vida y mayores brios, sin que se hayan resentido en lo mas mínimo sus cualidades fisicas. Representa aquel, ejecutado como queda dicho por encargo de la Reina Cristina, á la *Santísima Vírgen de los Desamparados* en el acto de aparecer en una casa de Beneficencia, en que se ven los desvalidos, y entre ellos un niño de pecho, presentado por su madre á los pies de la misma Vírgen, y amparado por un Angel. Composicion filosófica y que indica bien el pincel que la ejecutó, y el carácter altamente bondadoso de aquella Augusta Señora. El público admiró este cuadro en la esposicion de la Academia de S. Fernando. El que imaginó en su enfermedad, y que realmente es el último que hasta ahora ha pintado, representa á *Santa Filomena* en la carcel, en el acto de ser visitada por la Vírgen y el niño

Dios, que la anuncia su fin, estando sostenida en este trance por S. Gabriel y un grupo de angelitos, que endulzaban sus dolencias con la música, y que corren presurosos en su auxilio: el Sr. Lopez ha aumentado su fama con esta sencilla y tierna composicion, en que sobresale un dibujo esmerado y un colorido brillante á la par que verdadero, teniendo que luchar con los inconvenientes que presenta un asunto en que todo es bello, pues no hay personaje alguno que pueda servir de contraposicion. La Santa, el Arcangel, los Angelitos, la Vírgen y el Niño Dios; eh ahi los personajes del cuadro, todos divinos: pues aun la santa enferma y moribunda, reune tal gracia, que encanta, y todo está ejecutado despues de una penosa enfermedad como queda dicho, de que ha convalecido, pintando.

Los retratos que asimismo ha ejecutado del *Ministro de los Estados Unidos americanos*, *Sr. Aaron Vail y su esposa*, son de un estilo que parece, aquel de la Escuela de Vandik; y este de Pablo Verones; pero sobre todo cuanto ha hecho el Sr. Lopez, sobresalen los dos últimos que ha pintado de la *Reina* é *Infanta* llenos de verdad, de encanto, de seduccion, y

dignos traslados de las augustas niñas que representan. Inutil seria describirlos: dibujo, colorido, espresion, carácter, todo armoniza y los hace los mas bellos lienzos que puedan presentarse. En el dia se encuentran en Paris, en donde han llenado de placer y amargura el corazon de su augusta madre; y sabemos que en aquella capital, centro de ilustracion, han sido admirados como era de esperar.

La contestacion de la Reina Cristina despues de recibidos, hizo derramar lágrimas á las niñas, y ocasionó un nuevo triunfo á las artes. Ambas se apresuraron á regalar al feliz pintor, la Reina, una sortija y la Infanta un alfiler de brillantes de grande estima, no tanto por su valor, aunque es crecido, como por el origen, y por las espresiones con que fue acompañado el presente real. Estos retratos se han copiado por el mismo Sr. Lopez para ser conservados en Palacio, y tenemos noticia de que se litografiarán con esmero en Paris.

El mérito del Sr. Lopez es generalmente reconocido; sin embargo, muchos le han tachado de escesivo detenimiento y profusion en los accesorios, que querrian sacrificados á la cabeza; pero esto se debe á que cuando le han achacado esta

falta, pensaban en la escuela que ha seguido esta máxima. Si hubieran dirigido su atencion á otras diferentes, acaso habrian desechado esta idea, con el ejemplo de los grandes hombres que no han marchado por aquel camino. Olvein, Moro, Alonso Sanchez, Coello, y aun Ticiano y muchísimos otros, sin escluir á Rafael, bien se han detenido y hecho brillar los accesorios con que han enriquecido sus cuadros. El Sr. Lopez no es un pintor de la escuela Sevillana, ni lo es de ninguna, ni de género alguno conocido. El Sr. Lopez es un pintor de género propio. Otros le han juzgado imitador de Mengs, y se han equivocado, lo mismo que los que le han hecho descender de la escuela de Jordan; suposicion que hasta cierto punto le ofenderia, sin que por esto dejemos de reconocer mérito en aquel artista.

Sobresaliente en el dibujo en que se ven los buenos principios que aprendió de Maella; incansable en el trabajo, meneja el color con admirable facilidad; cuenta él mismo, que en sus mas tiernos años pintaba cuadros de devocion, que adquirian las gentes del pueblo por costumbre, al casarse, para adorno de sus habitaciones, y era

tal la prisa que se daba, que cree deber á aquel tiempo el gran manejo de paleta, que ha conservado siempre. Jamás se advierten en sus cuadros imitaciones de pensado: el Maniquí, el yeso, y mas que todo el modelo vivo, son los que le sirven para aquellos que varian momentáneamente; siendo pocos los que acaban mas pronto de primera, y con mas perfeccion, como lo prueba entre otros, el retrato de *Goya*, concluido cual se ve en el Museo, en siete horas; bien que en su sentir no está acabado, ó por lo menos si pudiera proporcionárselo, aun le daria algunos toques. Puede decirse sin temor de errar, que el Sr. Lopez no piensa en nadie cuando pinta, mas que en su obra; ni estudia antes á tal ó cual escuela; sus estudios los tiene ya hechos, y salen de su paleta, ó por mejor decir del pincel; en fin este artista que ha dado muchas glorias á las artes y al pais, vive entre nosotros; y gracias á la Providencia, podemos esperar que produzca mas obras. Esta es nuestra ilusion, porque estamos persuadidos que aunque con todo el vigor que dificilmente puede hallarse en persona de su edad, ni el Sr. Lopez, ni ningun otro pintor en la actualidad podrá pintar grandes obras. ¿Quién las

ha de encargar? ¿Quién las ha encargado hasta aqui? La Iglesia. Este ha sido, como hemos dicho, el único elemento de proteccion de las artes, ayudado del Trono y la Aristocracia. El Escorial, las Catedrales y los Monasterios, teniendo á su disposicion grandes sumas, las invertian en la ostentacion del culto divino. ¿Quién puede en lo sucesivo alimentar nuestras glorias artísticas? La Iglesia quedó sin poder, y sumida en la miseria; el Trono no puede hacer esfuerzo alguno; la antigua aristocracia está á punto de desaparecer; la nueva es mezquina, calculadora, ignorante. ¿Quién pues ha de ocupar á los artistas? Nadie absolutamente, ya lo hemos dicho. Y lo repetimos; si no cambian de hecho las ideas, si no aparece otro elemento de proteccion, sin la cual no hay artistas, nuestros pintores lo serán solo de retratos, nuestros escultores no existirán, y lo mismo los grabadores. La desgracia nos ha hecho nacer en la época mas infeliz para España, para esta nacion tan adelantada en otros siglos, tan vejada y atrasada en la actualidad; para esta nacion en fin, rodeada de escombros, bajo los cuales yacen las antiguas riquezas, que no han podido pasar los mares ó el Pirineo.



BERNADOTTE.

(Carlos XIV.)

Personges célebres del siglo XIX

BERNADOTTE.

(CARLOS XIV.)

« Cierta cosa caballeresca en su semblante, cierta nobleza en sus maneras, cierta agudeza en el espíritu, cierta declamacion en la conversacion, hacen de él un hombre notable. Valiente en los combates, atrevido en las proposiciones, tímido en las acciones que no son militares, irresoluto en sus proyectos... »

Retrato inédito de Bernadotte durante el Consulado, *por* BENJAMIN CONSTANT.

« Tiene sangre mora en las venas. »

NAPOLEON.

En una antigua calle de Pau, que serpentea al pie de la montaña, sobre la cual se eleva el famoso castillo gótico donde nació Enrique IV, hay una casa de modesta apariencia que se com-

placen en visitar los estrangeros, despues de haberlo verificado con el palacio. Una mañana del mes de julio de 1780, abrióse furtivamente la puerta de aquella pequeña casa, para dar paso á un jóven de 17 años, cuya talla y desenvoltura anunciaban en él á lo menos cinco años mas; era gallardo, con el cabello negro, espeso y rizado, y el mirar vivo y atrevido; el fuego de su pupila, la pronunciada encorbadura de su nariz y la forma prolongada de sus facciones, daban á su fisonomia una singular semejanza con la de un ave de rapiña. Caminaba con paso redoblado, y como un hombre que se dispone á llevar á cabo una determinacion bien decidida. Era el hijo segundo de un abogado de Pau, que sintiéndose poco inclinado á la profesion de su padre, y sobre todo resentido de la marcada predileccion de su madre para con su hermano mayor, se habia levantado aquel dia resuelto á hacer lo que vulgarmente se llama una *calaverada*. En efecto, pocos momentos despues entraba en casa de un capitan del Regimiento Real Marina, que entonces estaba con licencia en su ciudad natal, suplicándole le hiciese firmar al momento y secretamente un enganche voluntario;

el capitan, complacido con enviar á su regimiento tan gallardo recluta, no se hizo rogar mucho; firmóse el enganche, y para evitar que se supiera, se hizo visar por el alcalde de un pueblo vecino, circunstancia que era necesaria para su validez. Al amanecer del siguiente dia, y sin saberlo su familia, tomaba el nuevo soldado el camino de Marsella para embarcarse allí y reunirse á su regimiento que estaba de guarnicion en Córcega. En el momento mismo en que llegaba á aquella isla, salia de ella un niño de 11 años (*). El buque que llevaba al jóven y el que traia al niño se cruzaron tal vez en el camino; los dos pasageros debian cruzarse mas de una vez durante su vida; enemigos á primera vista, enemigos en la misma carrera, enemigos bajo las mismas banderas, ambos republicanos, soldados y reyes, uno de ellos, el Corso, despues de haber revuelto el mundo, debia morir solitario sobre una roca del Occéano: el otro, el Bearnés, cambiando de patria iba á buscar lejos una corona que no dependiese de su rival. Para con-

(*) Bernadotte llegó á Córcega en 1780, y en el mismo año salió de allí Napoleon para la escuela de Brienne. (véase su Biografia, t. 2.º)

servarla durante la tormenta se alistaba, el Rey de un dia, en una corte de antiguos Reyes, y en el último momento, apartando la vista, arrojaba en la balanza una espada francesa teñida en sangre francesa; en el dia gefe feliz y tranquilo de una naciente dinastia, anciano trasplantado de los Pirineos á las orillas del Báltico, el hijo del abogado de Pau, en los dias de ceremonia, revestido con el manto real, con la antigua corona de los Wasa en la cabeza, y el cetro en la mano, se sienta en el trono de plata (*) de los sucesores de Cristina, y la vieja raza del Norte, los hijos de Odin, los cuatro órdenes de los Estados Escandinavos, besan respetuosamente la mano de aquel hijo de la Gascoña que lleva aun segun dicen en el brazo la señal indeleble que se hacian los soldados franceses del año II: *La república ó la muerte*;

(*) Tal vez no disgustará á los lectores el saber que el trono de plata colocado en el palacio de Stokolmo en la sala de los *Estados* y en el cual se sienta Bernadotte en la apertura de las Dietas, es un regalo hecho á la Reina Cristina por su amante Lagardie, otro francés de origen, que no podia creer que el regalo ofrecido á su real querida sirviera algun dia á un francés. En cuanto á las señales republicanas del brazo de Carlos Juan, es cosa que afirman muchas personas.

esto es todo lo que queda del hombre de otros tiempos.

Juan-Bautista-Julio Bernadotte pasó dos años en Córcega como simple granadero, y habiéndose alterado su salud en el servicio, obtuvo licencia para pasar á restablecerse á Pau; y á pesar de las instancias de su familia por alejarle de una carrera ingrata entonces y sin porvenir para un pleveyo, presintiendo tal vez ya las grandes cosas que iban á realizarse, se obstinó en seguir su vocacion, y á principios de 1785 estaba aun de simple soldado en el mismo regimiento, de guarnicion entonces en Marsella; el 16 de Junio del mismo año fue nombrado cabo, sargento segundo el 31 de Agosto, furriel el 21 de Junio de 1786, sargento primero el 11 de Mayo de 1788, y por último el 7 de Febrero de 1790 fué promovido á ayudante, grado á que jamás hubiera llegado cincuenta años antes: aquel adelanto, rápido para la época, era debido á una escelente conducta, á una capacidad notable, á una educacion esmerada, y rara en un subalterno, y á su gallarda figura. El ayudante Bernadotte era á la vez el mas hermoso y mas intelijente de los oficiales de su regimiento.

Mientras pasaban de aquel modo oscurecidos los primeros dias de esta grande existencia, el volcan revolucionario principiaba á arrojar sus llamas, la voz de Mirabeau hacia sonar la campana fúnebre de la Monarquía, y resonaba de un estremo á otro de la Francia; el pupulacho de Marsella, el mas exaltado de todos los populachos del mundo, se insurreccionaba en nombre de la libertad, como se insurreccionó despues en el del realismo. El coronel del regimiento de Bernadotte estaba rodeado y á punto de perecer; el jóven ayudante, seguido de algunos soldados se precipita en medio de la muchedumbre, la arenga, la contiene y la arranca á su coronel, á quien deposita en la municipalidad, impidiendo la entrada en ella; un hermoso jóven, secretario entonces de aquella corporacion, acabó de calmar al pueblo, abrazó estrechamente al ayudante y le pronosticó una carrera gloriosa; era el futuro Antinoo de la Gironda, el heróico Barbaroux. Estos dos hombres no habian de volverse á ver: al uno le esperaba un trono y al otro el cadalso.

Tres años despues, cuando Barbaroux cumplia su destino, marchaba Bernadotte á pasos aji-

gantados hácia el suyo; el enemigo rodeaba la Francia con un círculo de fuego, la emigracion habia llevado tras sí á casi todos los oficiales, y mientras París se despedazaba las entrañas, generales improvisados, soldados el dia antes, conducian á la frontera lejiones desnudas y descalzas, que se vestian y calzaban á costa del enemigo. La comision de Salud Pública llamaba á esto *organizar la victoria*; la Convencion hablaba con mas exactitud, contentándose con *decretarla.*

Bernadotte ascendido á coronel, y mandando una media brigada en las márgenes del Rin, bajo las órdenes de Custine, se distinguió en los combates de Spira y de Maguncia. Figúrese el lector una reunion de soldados indisciplinados, mal vestidos, mal alimentados, que hacian mociones, declamaban y se insurreccionaban; un foco de denuncias interesadas y de intrigas, alimentado sin cesar por procónsules viajeros, hombres nulos en su mayor parte, pendencieros por gusto, feroces por miedo, que discutian las maniobras, arengaban á los soldados, mandaban atacar á los gefes y castigaban con la muerte todo revés de que ellos eran con frecuencia los primeros auto-

res. Tal era el ejército del Norte en aquella época, y por ello se podrá conocer tambien el mérito de los gefes militares de los primeros tiempos de la República. Dos generales en gefe, Custine y Houchard, pagaron con su cabeza su resistencia á voluntades absurdas, y Jourdan se libró á fuerza de talento y de dicha. Bernadotte aunque colocado en un principio, en una posicion secundaria; aunque decidido de corazon por el triunfo de la causa republicana, tenia demasiado sentimiento de la dignidad militar para no afectarle aquel desorden; sin embargo, como preferia con razon morir en el campo de batalla que en el cadalso, supo ser peticionario, charlatan y arengador como el primero; al mismo tiempo que rivalizaba en declamaciones vanales con un Isoré, un Chasles, un Laurent, un Duquesnoi y otras capacidades convencionales (*) sabia siempre inclinarlos mañosamente en favor de la disciplina; intrépido y fanfarron, sabia realzar

(*) Para tener una idea de la ineptitud de aquellos hombres, de los cuales solo algunos han merecido su gloria, y cuya mayor parte escede en tonteria los límites de lo posible, es preciso leer la correspondencia de los representantes enviados á los ejércitos por la Comision de Salud Pública.

admirablemente el valor de una accion ; su arrojo francés y su facundia gascona le hacian adorar de los soldados ; devorado por la ambicion, pero conociendo la terrible y múltiple responsabilidad que pesaba entonces sobre los gefes del ejército, rehusaba aceptar los ascensos que le ofrecian; y cuando los eternos representantes le fastidiaban, les ofrecia sin vacilar sus charreteras y pedia un fusil ; un dia sin embargo, á pesar de su sagacidad, estuvo cerca de la guillotina. La brigada Gouet se habia sublevado contra su general, y consecuente con las costumbres de la época , le degollaban ; Bernadotte le salvó medio muerto adelantándose con sus tropas , y esto fue bastante para lejitimar una denuncia contra los dos *aristócratas*, y para que la Comision de Salud Pública los mandase llevar á París. Felizmente el mismo dia hubo un combate en que desplegó Bernadotte tanto talento y valor , que el representante creyó de su deber suspender el arresto y dar parte á la Comision , la cual con su lógica acostumbrada reemplazó la órden de arresto con un despacho de general de division. Bernadotte feliz con haberse escapado de la una rehusó el otro ; y mas adelante despues de la bata-

lla de Fleurús, á cuya victoria tanto habia contribuido, fue preciso que su gefe y amigo Kleber le obligase en cierto modo á aceptar sobre el mismo campo de batalla el grado de general de brigada á que era tan acreedor.

Aquel periodo de desorden y delirio pasó sin embargo con el peligro, y los gefes republicanos consiguieron al fin á fuerza de victorias el no tener que luchar sino con el enemigo. Bernadotte elevado á general de division, tomó durante los años 1795 y 96 una parte activa é importante en los mil combates dados al Príncipe Cárlos por el ejército de Zambra y Mossa. Al fin de aquella campaña tuvo el encargo de conducir 20,000 hombres destacados de aquel ejército al de Italia. Bernadotte aceptó gustoso ir á servir bajo las órdenes de Bonaparte, cuyos gloriosos hechos llamaban entonces la atencion de la Europa; atravesó la Francia con su columna, y llegó á Milan al fin del invierno. El gefe del ejército del Norte se encontró allí como en otro mundo; en las orillas del Rin habia visto en un principio un ejército sometido á todas las oscilaciones del poder; del lado allá de los Alpes encontró un ejército intimamente unido á un general, que solo se daba cuenta á sí

mismo de sus determinaciones, y cuya espada republicana tomaba ya el aire de un cetro. Bernadotte receloso se puso sobre sí mismo, y la primer entrevista fue decisiva: « he visto, decia al regresar á su cuartel general, un hombre de 26 á 27 años que quiere aparentar tener 50, y esto nada bueno me presagia para la República. » Por otra parte, segun algunos biógrafos, Bonaparte dijo de él que era una cabeza francesa sobre el corazon de un romano. Las operaciones militares sin embargo no se resintieron de aquella mútüa reserva. El general en gefe colocó á su segundo en la vanguardia, y este contribuyó mucho al buen éxito de la brillante y rápida campaña del año V, principiada en el Tagliamento y terminada en Leoben. Comisionado para llevar al Directorio las banderas tomadas al enemigo, llegó á París cinco dias antes del golpe de Estado de Fructidor, con una carta de su gefe que terminaba así: « Veis en el general Bernadotte á uno de los amigos mas sólidos de la República, incapaz tanto por principios como por carácter de capitular con los enemigos de la libertad ni con el honor. »

El movimiento de Fructidor estaba hacia mu-

cho tiempo preparado por el Directorio; Bonaparte se habia asociado á él haciendo firmar á su ejército esposiciones contra los miembros del Cuerpo legislativo, á quienes los soldados llamaban los abogados; entre todos los generales, solo Bernadotte se habia negado á tomar parte en aquella intervencion de la fuerza armada en los negocios del Estado. Augereau que le habia precedido á París, dió el golpe de mano, y durante él permaneció Bernadotte con los brazos cruzados, y regresó á Italia á reunirse con Bonaparte. Preguntado por este acerca de la situacion de los negocios desde el triunfo del Directorio, le manifestó francamente el ódio secreto que el Directorio le profesaba, lo que le decidió á terminar la guerra firmando el tratado de Campo-Formio, y á marchar á París. Sin embargo, desconfiando sin duda de Bernadotte, por una órden fecha en Milan, le quitó la mitad de las tropas del cuerpo de Zambra y Mossa que le era adicto, y le mandó regresar á Francia con el resto. Medida que afectó vivamente á Bernadotte, y le obligó á escribir al Directorio pidiéndole un mando en las islas de Francia, en las Indias, en el ejército de Portugal, ó su retiro.

El Directorio, complacido de saber que Bernadotte no queria servir bajo las órdenes de Bonaparte, le dió precisamente el mando en gefe, durante la paz, del ejército de Italia, que Berthier tenia interinamente. Al llegar á Milan le entregó este un nuevo decreto del Directorio nombrándole bruscamente Embajador en Viena. Algunos biógrafos han supuesto aquel nombramiento efecto de las intrigas de Bonaparte, que no solo queria alejarlo de Italia sino llevarle á Viena, para que con alguna imprudencia volviese á encender la guerra y pudiera él de este modo llevar á cabo sus proyectos. Segun ellos la bandera enarbolada en el palacio del Embajador en Viena por órden del Directorio, que fue la señal de un motin, y que combinada con la brusca invasion de Roma por Berthier, estuvo á punto de romper la paz de Campo-Formio, era todo obra de Bonaparte; pero baste recordar que este, entonces y despues censuró siempre el nombramiento de Bernadotte, y la destruccion del gobierno papal.

En aquella época, mientras se preparaba la espedicion de Egipto, fue cuando Bernadotte, regresando á París de su embajada, se enlazó con

la familia Bonaparte casándose con la cuñada de José Mlle. Deseada Clary hija de un comerciante de Marsella, en el dia reina de Suecia y de Noruega, y que hubiera sido Emperatriz de los franceses si su padre no la hubiese negado algunos años antes al general de artillería Napoleon Bonaparte, entonces á medio sueldo y sin empleo, diciendo que *sobraba con un Bonaparte en la familia.*

La espedicion de Egipto acababa de quitar á la Francia 40,000 hombres escogidos y un inmenso material; ningun resultado habian tenido las negociaciones de Rastadt, y volvieron á empezar las hostilidades. Funestas discordias despedazaban al gobierno; el ejercito de Italia sin pagas, municiones ni víveres habia tenido que evacuar el territorio mantuano, el cisalpino y el Piamonte; los enemigos ocupaban la cordillera de los Alpes; la Suiza hasta Zurich acababa de caer bajo la dominacion austriaca; el bajo Rin estaba descubierto, la Bélgica se escapaba, y por do quiera se aproximaban las bayonetas enemigas á las fronteras francesas. No era menos alarmante la situacion interior; los sublevados del Oeste volvian á levantar la cabeza, acababan de estallar

desórdenes en Leon, en Amiens y en Burdeos, y parecia inminente la disolucion de la República. En tales circunstancias y despues de las vacilaciones á que da lugar el temor que tienen siempre los gobiernos débiles de los hombres fuertes, se decidió el Directorio á nombrar á Bernadotte Ministro de la Guerra, el 15 Messidor, año VII. La empresa era difícil y se decidió á ella, consiguiendo reorganizar las fuerzas nacionales, dirigir las operaciones de los generales, y preparando las victorias de Brune en Holanda, y de Massena en Zurich, Sieyes, en una conversacion jesuítica le hizo manifestar su deseo de volver á mandar el ejército, luego de haber realizado sus planes de refundicion social. Al dia siguiente recibió Bernadotte un decreto dado en secreto por tres Directores, concebido en estos términos: « La dimision hecha por el ciudadano Bernadotte de sus funciones de ministro de la Guerra es aceptada. » Acompañaba á aquel decreto una carta de Sieyes interpretando mal la conversacion del dia anterior para esplicar una destitucion inesperada. Furioso Bernadotte contestó: « Recibo en este momento, ciudadanos Directores, vuestro decreto de ayer, y la *atenta* carta que le acompaña; *aceptais una dimision que no*

he hecho; » y concluia su carta pidiendo su sueldo como reformado, del cual decia necesitaba tanto como de tranquilidad. En efecto, Bernadotte era entonces pobre; éralo tambien cuando Mariscal y Príncipe, al paso que sus compañeros nadaban en oro; y fue á ocupar un trono sin mas riquezas que su espada (*).

A los veinte y cinco dias de la supuesta dimision de Bernadotte desembarcaba en Frejus el general del ejército de Egipto, y un mes despues ya no existia el Directorio y solo habia un Señor. No hay duda que si cuando la revolucion de Brumario hubiera estado Bernadotte en el ministerio, hubiera encontrado Bonaparte en él una tenaz resistencia; y aun así, no solo le negó positivamente su auxilio, sino que reunió en su casa á algunos republicanos, dispuesto á defender la Constitucion del año III. Sabidos son aquellos sucesos, y Bernadotte cedió á ellos; el primer Cónsul le nombró consejero de Estado, y mas ade-

(*) Al salir para Suecia, le dió el Emperador un millon de francos. Esta generosidad, recordada con acritud en el *Memorial de Santa Elena* la presenta Mr. Touchard Lafosse como el precio de venta del Principado de Ponte-Corvo, cedido por dos millones, de los cuales solo ha recibido Bernadotte la mitad.

lante le envió al Oeste para rechazar las tentativas de los ingleses y pacificar el pais; y en ambas comisiones se condujo como un hombre que sabe sacrificar sus antipatías personales al bien de su patria.

Bonaparte caminaba hácia el Imperio, Bernadotte le seguia con la vista, y su actitud distó mucho de ser tan pasiva como quieren hacerlo creer varios historiógrafos. Segun ellos, solo Moreau fue el que conspiró durante el Consulado. « Bernadotte, dicen, no se entregó á aquella persistencia sacrílega; republicano burlado, pero patriota decidido, creyó que no teniendo impulso que dar, solo le quedaban funciones que desempeñar. » Documentos importantes que algun dia verán la luz pública, segun el autor de la *Galerie des contemporains ilustres*, prueban que no solamente conspiró Bernadotte para derribar al primer Cónsul, sino tambien que se esforzó repetidas veces, y en vano, para que Moreau se resolviese, pues estaba siempre indeciso, débil y descontento, y de consigüiente comprometido siempre (*). Poco tiem-

(*) Cualesquiera que sean las vicisitudes de la carrera de Moreau, personas bien informadas aseguran que no tuvo parte en la conspiracion realista de Pichegru, ni tampo-

po antes del arresto de este último, dió Mme. Moreau un gran baile, al que concurrió toda la oposicion republicana. Durante aquella fiesta, reunidos en un salon separado Bernadotte, Moreau y otros, tratóse de nuevo la cuestion de derribar á Bonaparte, y despues de largas y acaloradas declamaciones, Bernadotte dirigiéndose á Moreau, terminó de este modo: « Con un nombre popular, el único entre nosotros que pueda presentarse apoyado por un pueblo entero, ved lo que vos podeis y lo que podemos nosotros dirigidos por vos. » Moreau repitió lo que decia muchas veces: « La libertad está amenazada, es preciso vigilar á Bonaparte, pero evitemos una guerra civil. » Prolongábase y se animaba aquella conversacion, y acalorándose Bernadotte, esclamó: « No os atreveis á decidiros por la causa de la libertad; pues bien,

co en la republicana á que trataba de arrastrarle Bernadotte. Moreau no tenia voluntad, pero en el fondo era adicto de corazon á la causa republicana. Luis XVIII lo sabia mejor que nadie, pues contestó á uno que le decia que en Moreau habia tenido una grande pérdida: « no tan grande; Moreau era republicano. » Cuando decimos que Bernadotte conspiraba, no tratamos de acriminarle ni decir hubiese tomado jamás parte en un complot contra la vida de Bonaparte, como este lo sospechó por un momento.—Hay muchas maneras de conspirar.

Bonaparte se burlará de la libertad y de vos; aquella perecerá á pesar de nuestros esfuerzos, y vos sereis envuelto en su ruina sin haber combatido. »

Bernadotte era un buen profeta: pocos meses despues marchaba Moreau á su destierro; Bernadotte salia del paso, llegaba á ser Mariscal, Príncipe sueco, y once años despues los dos se volvian á encontrar bajo las mismas banderas en las conferencias de Trachenberg. El hecho positivo que acabamos de citar, esto es la conspiracion tramada por Bernadotte y esquivada por Moreau, al paso que legitimiza la desconfianza tan vivamente censurada en Napoleon por los panegiristas de su Lugar-Teniente, podria esplicar tal vez la injusta severidad y la especie de desden con que es tratado Moreau en la historia de Cárlos Juan, su compañero de armas en Francia y en el estrangero. Sin duda alguna la posicion de estos dos hombres no era igual en 1813; el Príncipe Real de Suecia queda justificado por la política; Moreau es culpable, como lo era el ejército de Condé marchando bajo los estandartes austriacos, como lo eran los patriotas franceses de 1823 alistados bajo la bandera española de Mina,

como lo son siempre los hombres que tienen la desgracia de pelear unidos á los estrangeros contra sú patria; pero si es reprensible la accion de Moreau, ¿corresponde á Bernadotte ó á sus panegiristas el mostrarse tan severos con él? Si la calidad de Príncipe sueco absuelve á Bernadotte, si le dá derecho de acusar á Moreau en cuanto al hecho, no se lo dá para suponer en él intenciones menos puras y menos desinteresadas que las suyas (*).

No podemos mas que bosquejar rápidamente la carrera de Bernadotte durante el Imperio, y es ademas bastante conocida para que baste un sencillo resúmen.

Bonaparte hecho Emperador le comprendió en la primera promocion de mariscales, y aunque hacia justicia á su mérito, desconfiaba de él y le envió á gobernar el Hannover; allí supo Bernadotte grangearse el amor de los habitantes y de los soldados, y cuando se abrió la campaña de 1805 llevó á Napoleon el brillante cuerpo que formó el primero del grande ejército y á cuyo frente contribuyó al buen éxito de la batalla de Austerlitz.

(*) Debemos añadir que mas adelante el Rey de Suecia dotó á la hija de Moreau.

Creado Bernadotte Príncipe de Ponte-Corvo cogió nuevos laureles en la siguiente campaña; encargado despues de la batalla de Jena de perseguir los restos del ejército prusiano, despues de coger al enemigo 7,000 prisioneros y 36 piezas de artílleria, obligó á Blucher á capitular en Ratkau. Desde Lubeck se dirigió sobre el Vístula, pasó el rio en Thorn, y venció repetidas veces al general ruso Bennigsen. Herido gravemente en la cabeza, tuvo que retirarse antes de concluir aquella campaña, que terminó con el tratado de Tilsitt.

Hecha la paz, fue nombrado Gobernador de las ciudades Anseáticas con encargo de atravesar la Dinamarca y marchar contra Suecia, para concurrir con el ejército ruso que se edelantaba hácia la Finlandia, á hacer entrar en razon á Gustavo IV, enemigo obstinado de la Francia que no queria deponer las armas en medio de la paz general. Bernadotte ocupaba ya la Pomerania cuando los Suecos se desembarazaron de repente de un loco coronado que desconocia sus derechos y comprometia su existencia política. Gustavo IV bajó del trono sin resistencia, y su tio el Duque de Sudermania fue elegido Rey de Suecia, bajo el

nombre de Cárlos XIII. El Príncipe de Ponte-Corvo apenas supo aquella revolucion, suspendió las hostilidades; Napoleon que tenia tal vez otros proyectos no lo aprobó; pero la moderacion del Príncipe, el brillo de su gloria militar, y la reputacion que habia adquirido en el Hannover, en Hamburgo y en toda Alemania, le sirvieron mas adelante.

Abriose la campaña de Wagram, y varia mucho la opinion de los escritores acerca de la parte que tomó en ella el Príncipe de Ponte-Corvo. De todos modos esta cuestion estratégica no es de este lugar; lo cierto es que fue en aumento de dia en dia desde Wagram la frialdad que siempre se habia notado entre las relaciones de Napoleon y Bernadotte; este último dejó el ejército y pasó á París. El Consejo de Gobierno, instituido por Napoleon durante su ausencia, sorprendido con el inesperado desembarco de los ingleses en Holanda envió al mariscal á Amberes para rechazarlos; Napoleon, siempre desconfiado, le rodeó de oficiales de su confianza, y á los pocos meses incomodado por algunas frases de una proclama le quitaba el mando y le desterraba á su principado de Ponte-Corvo. Bernadotte regresó á

París, se negó á obedecer la órden de destierro é hizo su dimision. Una entrevista que tuvo en Viena con el Emperador calmó un poco el enojo de este; pero siempre deseoso de alejarle del teatro de los sucesos, insistió en hacerle aceptar el gobierno general de Roma; Bernadotte aceptó despues de muchas vacilaciones, y se decidia á marchar cuando un inesperado acontecimiento vino á cambiar su destino: la nacion Sueca, por el órgano de sus representantes reunidos en Dieta solemne en Oerebro, el 10 de Agosto de 1810, llamaban al Príncipe de Ponte-Corvo á suceder á Cárlos XIII. Sabido es que el tio de Gustavo-IV habia subido al trono sin sucesion, y á una edad en que no debia ya esperarla. Los sufragios de los Suecos habian sido primero en favor del Príncipe augusto de Holstein-Augustenburgo, uno de los miembros de la casa de Holstein que ha dado reyes á la Suecia, á la Dinamarca y á la Rusia. El jóven Príncipe murió súbitamente á los seis meses de su eleccion, y la Suecia volvió á encontrarse en la crísis de que aquella le habia sacado. Cruzábanse las pretensiones; el hermano del difunto, el Rey de Dinamarca, el Monarca destronado Gustavo IV, intrigaban á porfía con

los miembros de la Dieta; en tal conflicto conoció la Nacion la necesidad de un brazo fuerte; recayó su eleccion en un soldado, y dos oficiales suecos fueron comisionados á París para llevar al republicano de Brumario el inesperado ofrecimiento de una corona.

Aunque Napoleon ha dicho en su *Memorial de Santa Elena* que los Suecos le pidieron un Rey, y Bernadotte fue elegido á causa de su parentesco con José, los hechos son contrarios á aquellas aserciones, y Bernadotte fue elegido espontáneamente. Debiólo á su gloria militar y principalmente á las causas que hemos indicado (*).

El Príncipe Real de Suecia partió libre del yugo que por tanto tiempo habia soportado, y sinceramente resuelto á mantener los lazos que unian á su nueva patria con la antigua. La primer manzana de discordia fue el sistema continental, gran pensamiento de Napoleon para con-

(*) Veinte años despues, durante la Dieta de 1828 á 1830 un orador plebeyo, Nillo Manson, reclamando en vano del gobierno de Cárlos XIV la libertad de imprenta, decia. « La Suecia debe mucho á los periódicos; por ellos supimos que existia un Mariscal de Francia que reunia á brillantes tálentos y valor, una humanidad generosa con los prisioneros suecos: aquel Mariscal ha llegado á ser nuestro Rey. »

vertir en un lazareto á la Inglaterra su rival, pero de díficil, si no imposible, ejecucion, porque no todas las Naciones que lo habian de adoptar se hallaban en igual situacion. Bernadotte repugnando perjudicar á los intereses de la Suecia, pidió un plazo en Octubre de 1810; Napoleon concedió ocho meses, y el 13 de Noviembre envió una nota imperativa concediendo solo cinco dias. Cedió la Suecia, declaró la guerra á la Inglaterra y confiscó todas las mercaderías británicas; pero el contrabando reemplazó al comercio y el gobierno sueco no pudo ni quiso destruirlo. Irritado Napoleon, pegó con el Príncipe Real, tomando cada dia un tono mas imperativo, obligando á este á esplicarse categóricamente pidiendo con altivez ó la libertad marítima para la Suecia, ó dinero. Napoleon ofreció ilusorias ventajas, como por ejemplo la compra por valor de 20 millones de productos suecos, pagaderos *únicamente* despues de descargados los géneros en un puerto de Alemania, precisamente cuando los cruzeros ingleses cubrian el Báltico, y la Suecia no tenia fuerzas marítimas. Hubo notas llenas de acritud y frialdad por ambas partes, y el 27 de Enero de 1812 el Emperador hizo invadir brus-

camente la Pomerania y la isla de Rugen.

Exasperose la Suecia, y Napoleon daba á ello lugar en el momento mismo en que se arrojaba á la espedicion de Rusia, cuando la marcha combinada de un ejército turco hácia Kief y de Bernadotte en Finlandia sobre S. Petersburgo aseguraban el triunfo á las armas francesas. Asi, indisponiéndose Napoleon con el Divan y atacando á la Suecia, se privaba del auxilio de las dos mas útiles potencias. No se descuidó la diplomacia rusa, y al mismo tiempo que firmaba con la Turquía el tratado de Bucharest, lisonjeaba á Bernadotte y ofrecia á la Suecia la Noruega; el 24 marzo de 1812 se firmó el tratado de S. Petersburgo y Napoleon se perdió.

Sabida es la gran parte que tuvo el Principe de Suecia en los desastres de 1813, y cómo decidió la suerte de la infausta jornada de Leipsig. Algunos escritores amigos de Bernadotte han supuesto que se habia esforzado para que los Soberanos hicieran escelentes condiciones á Napoleon, y que Metternich desbarató su plan en Praga; esto no es exacto. Obligado Bernadotte á ser enemigo de Napoleon, fué el mas peligroso; y basta comparar el plan escrito que presentó en Trachenberg con el

ultimatum presentado poco despues á Napoleon por Mr. de Metternich en Praga, para convencerse de que las condiciones del diplomático austriaco eran menos duras para el Emperador que el plan de Bernardotte. Pero justo es decir tambien que este despues de la batalla de Leipsig, luchó con todo su poder para impedir la invasion de la Francia y el destronamiento de la dinastía de Napoleon.

Durante los cien dias, vuelto Bernadotte á Stokolmo no tomó parte en el nuevo armamento de la Europa; se ocupaba de consolidar su poder en Noruega, que no habia conquistado impunemente. El 5 de Febrero de 1818 murió Cárlos XIII, y Bernadotte á pesar de las influencias contrarias, hijas de la repugnancia que inspiraba un Soberano elegido, al poco agradecido Congreso de Soberanos de nacimiento, fue proclamado sin obstáculo Rey de Suecia y de Noruega, bajo el nombre de Cárlos XIV; y su reinado será uno de los mas felices en los anales de Suecia, á pesar de las dificultades siempre nacientes con los Noruegos, cuya asamblea nacional está muchas veces en oposicion con las ideas y planes de Cárlos XIV, Bernadotte es en el dia el Rey mas po-

pular de Europa, y la Suecia ha visto renacer la agricultura, prosperar y florecer; salir de su abatimiento el comercio, restaurado el crédito, y animada y protegida su aspirante industria; el inmenso canal de Gothie, que une el mar Báltico con el del Norte, empresa gigantesca realizada hoy, quedará como un monumento indestructible de los grandes pensamientos de Cárlos XIV.

Bajo el punto de vista intelectual y político, el progreso es mucho menor; un historiógrafo ha dicho que Cárlos XIV habia conseguido resolver el difícil problema de una *monarquía rodeada de instituciones republicanas*. Biógrafos demócratas, que todo lo encuentran malo, han adoptado tambien la frase-modelo, sin tomarse el trabajo de estúdiar y conocer aquello de que hablaban. Para decir la verdad, hay que rebajar muchos de aquellos elogios. La Constitucion de 1809 que rige actualmente en Suecia es casi la misma que la promulgada dos siglos hace por el Regente Oxenstiern. Es una creacion de lo pasado, apoyada en una escrupulosa division de clases y de castas, en la que casi nada ha penetrado el espíritu moderno.

Añadamos sin embargo, para ser justos, que Cárlos XIV aunque imbuido en el fondo en materias de gobierno en los principios de la escuela imperial, no es el hombre menos liberal de su reino. Muchas veces ha tomado él mismo la iniciativa de innovaciones generosas, y muchas veces tambien se ha estrellado su buen deseo contra la viciosa organizacion del cuádruple cuerpo legislativo (*). Cárlos XIV á su aficion á arengar, que data del año II, reune tambien segun dicen, desde que es Rey, una aficion marcada á las escaramuzas periodísticas; no pudiendo hacer uso ya de su espada, toma algunas veces la pluma, y guardando el anónimo lucha con los periódicos de la oposicion, enemigos poco peligrosos, y no sin motivo, pues el Canciller está siempre presente, y por poco que sea vencido S. M., sostiene que las cosas vuelven á entrar en el caso prevenido por la ley, y quiere absolutamente suprimir el periódico. Cárlos XIV, que es bondadoso, se opone á ello sonriéndose, declara que la Magestad Real nada tiene que ver con el duelo periodístico, y al dia

(*) Los que deseen mas detalles sobre la Constitucion sueca pueden consultar un artículo publicado en la *Revista francesa* del mes de Mayo de 1830.

siguiente se esfuerza por tomar el desquite.

Fresco y robusto todavia, á pesar de contar ya 78 años, este hijo glorioso de los ejércitos republicanos monta á caballo, viaja, pasa revistas y reune á la actividad del cuerpo otra no menor de imaginacion. Sencillo en sus maneras, austero en sus costumbres y en los hábitos de su vida, afable con todos, solo conserva de francés la agudeza del espíritu y la abundancia de la palabra; todo lo demas es enteramente sueco, escepto la lengua pues su boca gascona jamás ha podido acostumbrarse á los ásperos acentos de los Escandinavos. En los casos muy raros, pues en Suecia casi toda la sociedad habla francés, en que es indispensable el idioma nacional, tiene un escelente intérprete en el Príncipe heredero Oscar, el cual nacido francés, y habiendo recibido en el bautismo este nombre querido de los Escandinavos, de su padrino Napoleon, loco entonces por Ossian, no ha conservado de su primera patria sino un lejano y casi borrado recuerdo; tiene la gravedad, la sencillez, la bondad y la fuerza intelectual de un hombre del Norte, y los Suecos le aman con pasion.

En cuanto al viejo soldado rey, á pesar de ha-

berle forzado la política á volver sus armas contra la Francia, se complace en hablar del pais que le dió el ser. Cárlos XIV es demasiado inteligente para desconocer las consecuencias del tratado de S. Petersburgo; vé á su pequeño reino enlazado por fuerza á la Rusia, que le estrecha y le oprime por todas partes; vé la existencia de la dinastía que ha fundado, espuesta tal vez en el porvenir al capricho de un Czar, y esta idea no deja de entristecerle un poco en sus últimos dias. Poco antes de la Revolucion de 1830, hablando con un ilustre viajero francés, y animándose con el recuerdo de su ultima disputa con Napoleon, dirigiéndose á la ventana y estendiendo el brazo hácia las islas de Oehland, ocupadas en el dia por la Rusia, esclamaba conmovido: « Ah! si Napoleon hubiera querido contentarse con ser uno de entre nosotros, esto coloso que amenaza invadirlo todo no estaria tan cerca de aqui. »

Estas palabras podran ser poco diplomáticas pero honran al que las profirió.



D. RAFAEL ESTEVE.

Personages célebres del siglo XIX.

D. RAFAEL ESTEVE.

« Artistas del mérito del Sr. Esteve, y de tanta constancia y amor al arte que emprenden y siguen con teson, y llevan á cabo con tal éxito, en medio de circunstancias tan calamitosas, obras semejantes, son muy raros; y la nacion que los produce, debe estar ufana y segura de figurar entre las mas favorecidas del cielo, y entre las mas ilustres del globo. »

El Duque de Rivas.—*Gaceta de Madrid del* 1.º *de Octubre de* 1839.

El grabado, que tantos adelantamientos ha conseguido en otros paises, especialmente en Francia é Italia, no ha llegado entre nosotros al grado de perfeccion que era de esperar. No carecemos en verdad de grabadores de mérito reconocido, ni podemos quejarnos de falta de proteccion por parte de nuestro Gobierno en las épo-

cas anteriores; antes al contrario prueban lo primero los nombres ilustres de *Carmona*, *Selma*, *Ametller*, *Esteve* y otros; y atestigua lo segundo, el establecimiento de la Calcografía en la Imprenta Real, institucion debida al sábio é ilustrado Ministerio del Conde de Florida-Blanca, sin otro objeto que el fomento del grabado conseguido entonces, pues hacen mucho honor al pais, las estampas que se emprendieron y llevaron á cabo en él, lográndose el fin propuesto, y para el cual se invirtieron sumas inmensas. Tampoco podemos achacar esta falta á la actual decadencia, ó por mejor decir, desaparicion de las artes de este suelo en otro tiempo privilegiado. Siguiendo la historia de estas en nuestro pais, vemos con dolor que en medio de los progresos que rápidamente ha hecho en las artes, jamás ha podido blasonar España de estar tan adelantada en el grabado como otras naciones. Sabido es que el platero de Florencia *Maso Finiguerra* inventó este arte en 1460, á quien siguió desde luego *Baccio Baldini* en la misma ciudad, *Andrea Montegna* en Roma, *Martin de Amberes* en Flandes, *Alberto Durero* en Alemania, *Lucas Cronack* en Sajonia, y *Lucas de Leyden*

en Holanda, no apareciendo por entonces en España, ni distinguiéndose fuera ningun español. Estos fueron los primeros maestros que formaron otros muy aventajados; y siguiendo la nomenclatura, se tarda bastante en encontrar á nuestros compatriotas figurando entre los grandes grabadores. Si examinamos el grabado al agua fuerte, veinos tambien distinguirse *al Parmesanino*, *Becafumi*, *Castiglioni*, *Guido Reni*, *Anibal Caraci*, *Rembrant*, *Wan-Dick*, *Testa*, *Callot*, *Steffano de la Bella*, *Tempesta*, *Carlos Marata*, *Durero*, *Cronak*, *Leydem*, *Jorge Penz Altorffer*, *Bisk*, *Hisbel*, *Beham*, *Aldegrever*, *Brign*, *Berghem*, *Suanevelt*, *Both*, *Miele*, *Bautista Franco*, *el Spagnoleto* y otros; y solo en este género encontramos á nuestro *Goya* tan superior en algunas láminas que grabó, que en concepto de los inteligentes merece un lugar muy distinguido; y por último, si estudiamos el grabado en dulce llevado en nuestros dias al mas alto grado, ya en Francia, ya en Italia, ya en Inglaterra, podriamos citar nombres muy ilustres como *Barvic*, *Morghen*, *Baron* y otros, sin que sensiblemente pudiéramos añadir uno que tomara un puesto preeminente, no obstante de que se

han hecho entre nosotros adelantos considerables. La averiguacion de las causas que han producido este atraso, en un pais en que tanto campea el génio de las artes, no es de este lugar; sin embargo, aunque no entremos de lleno en la materia, por no ser nuestro objeto, no dejaremos de apuntar que el grabado, asi como el comercio, necesita mercados. Fácilmente puede un pintor emprender un cuadro con la esperanza de que sea adquirido por un prócer ó un aficionado; esperanza que, sea dicho de paso, quedará fallida en la actual época tan contraria por todos títulos á las artes; pero una lámina no puede grabarse á la suerte; es necesario mucho valor en el artista que se aventure á producir una obra larga y costosa, no contando con que ha de hallar quien le remunere el tiempo y gastos cuando no sea su trabajo. Quizás nuestro aislamiento haya podido ocasionar este atraso. Nuestra magnífica escuela de pintura tan celebrada ahora, y otras preciosidades artisticas que poseiamos, no han sido apenas conocidas hasta despues de la invasion francesa en 1808. En aquella calamitosa época se removieron del punto en que se custodiaban, y aunque algunas des-

pues volvieron á su sitio, no podian estar tan seguras en él, por los contínuos trastornos del pais que dolorosamente concluirán por hacerle desaparecer del mundo civilizado. Nadie visitaba entonces á España; los pocos estrangeros que á ella venian, nos devolvian con insultos la acogida que les dispensábamos. Los insultos han seguido y continúan quizás con mas fuerza; pero al presentarnos envueltos en la barbárie, y piutando nuestras costumbres en forma de novela, no ha podido suceder lo mismo respecto de nuestros tesoros artísticos. Muchos de nuestros cuadros han salido para no volver mas, y han producido un entusiasmo que debió existir, si hubiéramos sido visitados como lo han sido constantemente los Italianos. Acaso por este medio se hubiera hecho una necesidad el grabado, para generalizar en el estrangero las obras que de modo alguno podian removerse del sitio en que las colocó la Iglesia, el Trono ó la Aristocracia, á cuya proteccion es deudora la España del grande adelanto que tuvieron las artes en los siglos pasados, gloriosos en alto grado.

Triste es el cuadro que hemos trazado para el grabado en nuestro pais, y por lo mismo mas

honroso para él el poder presentar en la actual época de decadencia, un artista que no solo se ha hecho admirar de sus conciudadanos, si no que ha fijado la atencion general por una obra que no necesita elogio, pues va unido á ella hace mucho tiempo. Basta por lo tanto decir, que tratamos de la estampa del célebre cuadro de Murillo, conocido por las *Aguas de Moisés*, grabado por D. Rafael Esteve y Vilella, de cuya Biografia vamos á ocuparnos como muy digna de figurar en nuestra coleccion. Que no todas las personas que en ella presentemos, han de ser Reyes, guerreros, ú hombres de Estado; que tambien la literatura y las artes tienen su gloria, y gloria muchas veces mas costosamente adquirida, y de seguro mas duradera. Los nombres de los grandes artistas pasan de generacion en generacion, y su fama aumenta con la distancia de los tiempos, porque quedan sus obras, y ganan envejeciéndose; muy al contrario de lo que sucede generalmente á las efímeras hazañas de los guerreros, y á las astutas y no siempre nobles combinaciones de los políticos. Pero tiempo es ya de que pasemos á dar una ligera idea del artista que nos ocupa.

Nació D. Rafael Esteve y Vilella en la ciudad de Valencia, el dia 1.º de Julio de 1772. Siendo su padre D. José Esteve profesor de mérito reconocido en la escultura, y Director de aquella Academia de S. Cárlos, le dedicó al dibujo bajo la proteccion de la misma, en la cual fueron tan rápidos sus progresos, que á los 16 años de edad, obtuvo dos premios generales, uno de tercera clase en pintura, y otro de la misma en escultura, siendo notable que se aventajase en ambas el que despues habia de sobresalir en el grabado; pues al año siguiente, en 12 de Junio de 1789, la misma Real Academia lo pensionó en la clase de grabado para que pasase á la Corte, donde bajo la direccion de su paisano el hábil artista D. Fernanda Selma, siguió adelantando en su profesion, en términos que ganó otro premio de grabado en la citada Academia; y al concluir los tres de pension, fue creado Académico de mérito de la misma.

Entre tanto sus obras en Madrid, le habian grangeado una opinion que no podia ocultarse a Rey D. Cárlos IV, entendido en bellas artes, quien en 22 de Enero de 1800, le creó su grabador de Cámara, puesto que desempeñó dignamente.

Hemos dicho al principio que el Gobierno, en épocas anteriores, habia dispensado su proteccion al grabado, creando la Calcografía que tanto contribuyó á sus adelantos, y lo prueba ademas la Real órden espedida en 24 de Marzo de 1807, en virtud de la cual se resolvió que este hábil profesor, emprendiese un viaje artístico por Francia é Italia, con el fin de que tratando á los mejores artístas de ambos paises, no solo procurase el adelanto del grabado, hasta el punto en que se hallaba en aquellos reinos, si no que adquiriese algunos útiles de que se carecia entonces y eran necesarios para las mejoras que se premeditaban; comision que el Sr. Esteve hubiera llenado completamente, y que tanto honra al gobierno que la concibió, habiendo acreditado el tiempo que no se equivocó en la eleccion; pero en aquella aciaga época, asomaba ya la revolucion que nos habia de conducir al triste estado en que nos encontramos. La invasion francesa que ya amenazaba de antemano, tuvo lugar en el año siguiente: ella y sus consecuencias, hundieron á la nacion en una guerra obstinada, noble, santa, pero sin límites. Las artes debian desaparecer al estruendo del cañon; el viaje proyectado quedó sin efecto, y

casi borradas las miras previsoras del gobierno.

A esta época sucedió otra, si bien no todavia de calma, porque esta desapareció de España sin que pueda preverse su vuelta, menos turbulenta, y en que se pensó en hacer algo para el restablecimiento de las artes. La Reina Doña Maria Isabel de Braganza, que daba el impulso, fundó el Museo de que tantas ventajas ha podido sacar el pais, y realmente las ha conseguido. Siempre dispuesta á todo lo bueno, quién sabe hasta donde hubiera podido llegar su influjo, y el poder que ejercia en el ánimo del Rey, si su temprana muerte no la hubiese arrebatado al amor del pais, y privado á las artes de su régia proteccion. La imaginacion nos separa de nuestro objeto; las desgracias de nuestra patria, á las cuales no vemos término, nos recuerdan la situacion que podia haber creado aquella Augusta Señora. Otra Reina aficionada á las artes, y artista tambien, ocupó despues el trono español, y ha sido lanzada por la tormenta revolucionaria lejos de estos reinos: en medio de la agitacion de su reinado, no olvidó el objeto de su aficion, y si hubiese alcanzado época mas bonancible, es de creer que las artes hubieran tenido en ella tambien una ilustrada pro-

tectora. En aquella época pues, y con fecha 9 de Marzo de 1817 se espidió una Real orden ratificando el Rey la que queda citada de 24 de Marzo de 1807, asignando al mismo Esteva 18,000 rs. y 15,000 para los gastos del viaje que debia verificar inmediatamente, y que emprendió en efecto con el Excmo. Sr. D. Eusebio de Bardaji y Azara, que como embajador de S. M., pasaba á la corte de Turin.

Desde allí se dirigió á Milan, en donde trató al famoso grabador *Longui,* bien conocido por su mérito, y á varios otros; y pasando por Bolonia, despues de admirar algunas obras de pintura, entre ellas, varios techos de Iglesia del célebre *Guido Reni,* se encaminó á Florencia, á donde le llamaban no solo la galeria Médicis, que examinó con todo detenimiento, sino el acreditado grabador Morghen y toda su escuela. Visitó pues el estudio de este, y la Academia, recibiendo obsequios muy lisonjeros de hombre tan eminente, y muy de apreciar, por lo mismo que venian de un artista de tal celebridad. Siguió su viage á Roma, en donde creció su admiracion y sorpresa al encontrarse frente de las grandes obras en pintura, escultura y agricultura que encierra

aquella Capital, en la que existe lo mejor y mas florido de las artes, y de los monumentos de la antigüedad. El efecto que debe producir en un artista, y mas del mérito del Sr. Esteve, el contemplar aquellas obras tan celebradas por unos, tan interpretadas por otros, solo puede comprenderlo el mismo que lo esperimenta. Como español reconocido y fiel, debia visitar á SS. MM. D. Carlos IV y Doña Maria Luisa, que á la sazon residian en aquella corte, los cuales le recibieron colmándole de obsequios. Como Artista, buscó el trato de los hombres eminentes que se encerraban en aquel emporio de las artes, y bien pronto contrajo amistad, con *Canova, Alvarez, Thorvalsen, Camucini, y Benvenuti.*

Corto hubiera sido el tiempo ocupado en aquella amistad, por mas que quisiese alargarlo; pero Esteve debia realizar su viage cual se habia concebido; y no con poco sentimiento, se puso en camino para Nápoles, á fin de visitar el Herculano y Pompeya, y ver las preciosidades que se van encontrando en bellas artes, asi como las obras maestras de los célebres artistas que encierra aquella capital, llena de recuerdos enlazados con nuestra historia. De alli pasó á Venecia,

cuya celebrada escuela de pintura le admiró sobre manera, asi como las obras del Paladio y Vitrubio; y atravesando la Suiza por Ginebra, se dirigió á Paris, en donde al momento se relacionó con el famoso grabador *Bervic* y su discípulo *Toschi*, asi como con los acreditados *Tardieu*, *Desnoyers*, *Bertaux*, y otros muchos artistas de gran mérito, entre ellos el célebre pintor militar *Horacio Vernet*.

Este viaje debia necesariamente engrandecer los conocimientos de Esteve, á pesar de que ya antes de llevarlo á efecto, los habia manifestado muy superiores; pero no era este el solo objeto. Cuando se concibe un buen pensamiento, no pueden enumerarse de antemano las consecuencias que ha da producir; quizás alguna se desliza sin ser conocida ni aun calculada, y solo puede por lo tanto asegurarse un buen resultado, cuando el cálculo está bien hecho. El viage de Esteve, que emprendido por otro profesor de menos mérito, solo hubiera producido adelantos en el sugeto, y que era cuanto se podia esperar, ha dado lugar á un titulo de gloria para el artista y para el pais.

Estimulado por las obras que examinaba, y

ambicionando la celebridad que lograban sus autores, deseó emprender una, que no solo corriera por Europa á par que su nombre, sino que diese á conocer que en España habia tambien artistas que compartiesen con los estrangeros la gloria no disputada hasta entonces. Este pensamiento estaba fijo en Esteve desde su regreso á España; y habiendo tenido ocasion de esponerlo al Rey Fernando VII, fue tal el interés que este tomó por la idea, que en Real órden de 3 de Enero de 1821 dispuso pasase á Sevilla, á fin de que franqueándosele todos los cuadros existentes en aquella ciudad, cuna de las artes en España, eligiese el que tuviera por conveniente para sacar un correcto dibujo que debia grabar; disponiendo el Soberano, como una prueba del interés que le animaba por la empresa, que mientras tanto se ocupaba en este árduo trabajo, se le alojase en el Real Alcázar. Verificóse asi, y despues de haber examinado las mejores obras de la escuela sevillana, eligió el cuadro existente en el Hospital de Caridad, cuyo asunto representa á Moisés en el desierto biriendo la peña para dar agua al pueblo sediento. La superioridad y belleza de composicion de este célebre cuadro, y la variedad de objetos que lo enriquecen,

fueron parte para que Esteve lo considerase muy á propósito para lucir en él el grabado; empresa sin embargo atrevida, no solo por la multitud de figuras y términos que le dió el gran Murillo su autor, sino tambien, y mas principalmente, porque estando pintado para una altura inmensa, se halla tan desvaratado el color, y puesto con tal degradacion, que al ser trasladado al Alcazar, tuvo Esteve que crearlo casi en el bellísimo y correcto dibujo que emprendió, y que presentado á S. M. obtuvo su real aprobacion, y los sinceros elogios de cuantos artistas lo examinaron entonces; y sea dicho de paso, aunque han transcurrido muchos años, coservamos en la memoria el entusiasmo que nos produjo.

Desde entonces se dedicó nuestro compatriota á la realizacion de sus miras, si bien no con una absoluta preferencia, por tener que desempeñar, como Grabador de Cámara, algunas obras para la Calcografia, otras para el Real Palacio, y diferentes para el depósito Hidrográfico de la Marina; y á los doce años de emprendida y casi acabada, se vió en la precision en 1837, de solicitar Real licencia para pasar á Paris, á fin de concluir y estampar su obra, cosa imposible de

efectuarse en España, por falta de los útiles necesarios. Allí la terminó por último, y presentada en la exposicion pública celebrada en el Palacio del Louvre en 1839, fue premiada con la primera medalla de oro y un diploma, único premio que se dió al grabado; habiendo la circunstancia favorable á nuestro pais, de que los muy dignos y apreciables jóvenes artistas españoles, D. Federico Madrazo, y D. Cárlos Luis de Rivera, alcanzaron gran lucimiento en la misma por sus preciosos cuadros; aquel el que representa la aparicion de dos ángeles que inspiran á *Godofredo de Bouillon* la idea de ponerse al frente de los ejércitos Cruzados, y este al célebre *D. Rodrigo Calderon* en el acto de ser conducido al suplicio en 1675; composiciones ambas bellísimas, y que cada uno respectivamente conserva en su poder, como prueba de la proteccion que el pais dispensa á las artes, y de lo que pueden esperar los que se dedican á ellas en una época tan desgraciada. Tuvo tambien Esteve el honor de presentar su obra á los Reyes, por medio del Embajador Marqués de Miraflores, mereciendo los mayores elogios de toda la Corte, y por último á esta produccion debió en 13 de

Febrero de 1841, el diploma de miembro del Instituto de Francia, y de aquella Academia, por vacante de *Mr. Moreau*; obsequio debido á los artistas de dicho Instituto *Mr. Desnoyers* y *Mr. Richomme*, primeros grabadores franceses. Todos estos títulos de gloria adquiridos por el Sr. Esteve en aquella culta capital, recaen esencialmente en honor del pais, y tienen su origen en la primera determinacion de Cárlos IV, secundada por su hijo Fernando VII, sin la cual seguramente no existiria este monumentó glorioso de las artes.

Mientras tanto, en España al ser presentada la obra de Esteve á S. M. la augusta Reina Gobernadora Doña María Cristina, espontáneamente le premió con la Cruz de Caballero de la Orden de Cárlos III, lisongeándole con espresiones altamente honoríficas. La Academia de S. Fernando le espidió el título de Académico de mérito, y la de S. Cárlos de Valencia, el de Director del grabado; siéndolo en la actualidad de la de Madrid, sin que uno solo de estos premios haya sido ni aun indirectamente solicitado por él.

La obra del Sr. Esteve está juzgada por el mundo inteligente: figura en el dia en las gran-

des colecciones y en lugar muy distinguido. Entre nosotros existe tambien en los gabinetes de los buenos aficionados, que no son muchos por desgracia, y el público la ha admirado en la exposicion que tuvo lugar en la Academia de San Fernando en 1839. Dificil, cuando no imposible, seria describirla. El Señor Esteve grabándola con todo el arte de que es capaz, y grabando un género de pintura tan desleido y evaporado, si asi puede llamarse, ha conservado puros los colores que el gran Murillo usaba en sus cuadros. Basta separarse un poco, para adivinar, sin ver el original, cuales son los que se emplearon en la obra, y al mismo tiempo el buril marca la espresion de las figuras, peculiar de aquel genio. Citariamos en comprobacion de esto, alguna figura, pero insensiblemente las citariamos todas, y sin utilidad alguna, porque es estampa harto célebre, por el gran mérito que reune, y que bien se ha reconocido en los paises extrangeros.

Las demas obras de este artista, muchas de ellas existen en la calcografia de la Imprenta Real como son *Jacob echando la bendicion á su nieto,* por un cuadro de Juan Francisco Barbieri, conocido por el Guercino; *Cristobal Colon* de

cuerpo entero, por dibujo italiano; algunos retratos de la colecion de *Varones ilustres* que se publicó y existen en dicha calcografia; la de la Reina *Doña Maria Isabel de Braganza*, y otras muchas obras que seria cansado designar. La última que hemos descrito será probablemente la mas gloriosa para él; y proporcionando al autor gran celebridad, recaerá la gloria en favor del pais que dió el ser á dos artistas tan distinguidos como Murillo y Esteve, y protegió al último, obteniendo asi las ventajas que siempre se consiguen, cuando hay protecion y cuando esta recae en personas de verdadero mérito, ó que den al menos esperanzas de que no en vano se les dispensó. No nos cansaremos de repetir, que la obra colosal y magnífica del Escorial, que la riqueza de nuestras suntuosas catedrales y célebres monasterios, dieron fomento á las artes, en términos que jamás nacion alguna tuvo un periodo tan rico en artistas de todas clases, como nuestra España en su siglo de oro. ¿Sin aquellos elementos de proteccion y estímulo, hubiera llegado jamás la Nacion al grado de adelanto en las bellas artes que alcanzó? Seguramente no; pues la régia fundacion, la colosal obra del grandioso monumento consa-

grado á la gloriosa jornada de S. Quintín, por el gran Felipe II, no solo atrajo á España cuantos artistas de mérito existian en el resto de Europa, ó por lo menos sus obras, sino que difundiendo entre los españoles los conocimientos y buen gusto de aquellos, y alentados estos con la seguridad de abundante y bien retribuido trabajo, pudieron adelantar, y llegar á igualar, si no esceder, á los que les sirvieron de maestros.

¿Podrá por ventura suceder lo mismo en los tiempos presentes? Trabajada desde muchos años y en especial en todo lo que llevamos del presente siglo, esta nacion desgraciada; viendo destruidas en gran parte por el pico revolucionario, muchas de las obras que atestiguaban su antigua opulencia; pasar á manos ignorantes y para usos profanos los templos que sirvieron en otro tiempo de asilo y gloria á las artes; reducido el clero á la indigencia; trastornadas las fortunas, y careciendo en lo general la nueva aristocracia del dinero, de instinto para el fomento de obras artísticas, ¡qué estímulo podrán hallar los que se dediquen á estas profesiones! La pintura reducida á emplearse solo en retratos, mezquinamente retribuidos en general, es

imposible que produzca jamás obras como las de nuestros antiguos pintores, que admiramos en nuestros Museos, y atraen la atencion en los estrangeros. La escultura, ademas de las causas dichas, ninguna proteccion encuentra en el gobierno, que es el único que pudiera emplearla algunas veces, y si lo hace es con harto desacierto. ¿A qué se dedicará pues el grabado en época tan calamitosa como la presente?

Inútil fuera buscar en otras causas nuestra actual decadencia; la época que atravesamos es de destruccion, y el materialismo que domina este siglo, no es el mas á propósito para grandes obras del ingenio. Nuestros grandes artistas se llevaron la gloria: á nosotros no nos es dado mas que la destruccion de sus grandes producciones, ó su venta al estrangero. Si la nacion recobra algun dia su puesto, si vuelve tambien la tranquilidad y el sosiego de que por tanto tiempo carecemos, las artes florecerán, no hay que dudarlo. De lo contrario habremos perdido la gloria artistica es verdad, pero tambien habremos perdido y es mas, la nacionalidad.



JORGE CANNING.

Personages célebres del siglo XIX.

JORGE CANNING.

« Su elocuencia era clásica, florida y cautivadora, y tenia el talento de hablar muchas veces sobre un mismo asunto sin jamás repetirse. La mayor prueba de su integridad es que murió pobre. »

Biografia Universal, dirigida por Mr. Weiss.

Este hombre de Estado, uno de los mas justamente célebres de los tiempos modernos, nació en Lóndres el 11 de Abril de 1770. Su familia no podia vanagloriarse de su nobleza ni de su opulencia, pues su padre casándose contra la voluntad de sus parientes, con una muger hermosa pero pobre, habia sido desheredado. Canning fue el fruto de aquella union desgraciada bajo todos aspectos. Su padre que egerció suce-

cesivamente la profesion de abogado y el oficio de vendedor de vino, falleció poco despues, cuando él contaba apenas dos años, y su madre se vió reducida, para atender á su educacion, á dedicarse al teatro, saliendo por primera vez en Lóndres donde no gustó, y representando despues en las provincias. Sin embargo, el jóven Canning tuvo la dicha de encontrar un tio generoso, que lo mandó primero á una escuela preparatoria, y despues al Colegio de Eton, frecuentado por la nobleza de los tres Reinos, asi como por la juventud plebeya, cuyas buenas disposiciones forman la esperanza de la Inglaterra; jóvenes de ambicioso y elevado corazon, que se prometen alcanzar los honores *á despecho de su nacimiento*, merced al poderoso patronazgo de las amistades contraidas con la dulce intimidad, y la franca igualdad del Colegio. En Eton, dió muestras Canning de asiduidad y grandes disposiciones para los estudios clásicos, y lo que era aun mas raro, de cierta ligera ambicion literaria; pues concurrió en aquella época á fundar y redactar un pequeño periódico titulado, *El Microcosmo*, que no deja de hacer honor á la pluma de un escolar.

Al cumplir 18 años, pasó Canning á la Universidad de Oxford donde recogió una buena parte de los honores académicos. Sin embargo las amistades que formó ó cultivó en Oxford, fueron mas importantes para su porvenir que sus triunfos científicos; pues allí fué donde hizo estrecha amistad con el futuro primer ministro de Inglaterra, Lord Liverpool, y con los demas contemporáneos suyos, que indicaban ya que habian de ocupar algun dia los primeros puestos en la sociedad. Despues de haber pasado en la Universidad los años de costumbre, fué Canning á Lóndres, y se inscribió en el *Lincoln's Inn* para recibirse de abogado. Pero sus relaciones con hombres influyentes, la reputacion que ya disfrutaba de talento y capacidad, le proporcionaron hacer fortuna por un medio mas espedito que el del foro. Hasta entonces sus amigos, y podriamos casi decir toda la juventud de la época, profesaban ideas liberales, y habian adoptado en política los principios del partido whig: el torysmo estaba agonizando. ¿Quién habia de simpatizar aun con las orgullosas é imprudentes doctrinas de un partido, al cual se debia la guerra de América y sus prolongados desastres? Sin embargo, el

momento mismo en que iba á espirar la Revolucion francesa, reanimó aquel cadáver. Quedaba aun la cola del torysmo, que á pesar de ser numerosa, carecia de gefe y de orador; para tenerlo era necesario que Pitt, desertando de los bancos de la oposicion, bajo el pretesto de los escesos que se cometian en Francia, fuese á alistarse en sus filas, adonde le siguieron muy luego Burke y Windham. Acabábase de verificar esta desercion de los whigs moderados á las banderas del torysmo, cuando apareció Canning en la escena política. Estábase entonces en lo mas vivo de una crisis terrible: los dos partidos que se hallaban frente á frente, inciertos de la victoria, atentos á engruesar sus filas con cuantos hombres de porvenir habia entre la juventud, se disputaron mútuamente á Canning, el cual tuvo que elegir entre la proteccion de Pitt y la amistad de Fox.

Sin hacer la injuria á Canning de suponer que su pobreza le indujo á decidirse por el partido en que habia mas que ganar, volvió la espalda á Fox y á Sheridan, aceptó los ofrecimientos de Pitt, y entró en el Parlamento en 1793, como representante del Burgo podrido de Newport. Es-

tuvo silencioso un año entero, midiendo y preparando sus fuerzas, y no habló hasta en 1794, con motivo de la discusion de un bill cuyo objeto era dar subsidios al Rey de Cerdeña contra la Francia. El tema que adoptó y que siguió despues en varias ocasiones, fue la necesidad de hacer una guerra á muerte a la Francia republicana, á pesar de la fortuna y de cuanto pudiese acontecer.

Los triunfos parlamentarios de Canning le hicieron nombrar Subsecretario del ministerio de Negocios estrangeros, empleo que desempeñó hasta el fin de la administracion de Pitt en 1801. Durante este periodo, frecuentemente resonó su voz en el Parlamento, defendiendo los proyectos ministeriales; sin embargo, si se esceptua el discurso que pronunció en la abolicion de la esclavitud, no vemos motivo para aplaudir mucho su elocuencia. Se apoderó de aquel asunto, fecundo en principios generosos, y el discurso que pronunció en aquella ocasion, puede considerarse como una de sus obras maestras oratorias: es al mismo tiempo la esposicion curiosa y pintoresca de las preocupaciones de la época, y sentimos no poder citar algunos pasages de él, que darian una idea de la facundia con que refutaba á algunos de sus

amigos políticos, que sostenian que era preciso respetar el comercio de negros como *una antigua institucion.*

Los trabajos parlamentarios y administrativos de Canning no absorvian todo su tiempo. Sin poder competir con la maravillosa actividad de trabajo de Mr. Brougham, que en medio de sus ocupaciones del foro y del Parlamento, fundaba y redactaba la *Revista de Edimburgo*, dió Canning sin embargo una série de poesias al periódico el *Anti-galicano*, cuyo solo título indica su espíritu. Hay en aquellas efusiones poéticas mas ingenio que generosidad, y ni el mismo espíritu de partido, podria disculpar la malignidad de algunas de las alusiones que contienen. Las mas felices son algunas estancias parodiando á los poetas filantropos de la época, culpables á sus ojos de creer en la regeneracion del género humano, y su perfectibilidad progresiva.

En 1800 se casó Canning con la hija del rico y *excéntrico* general Scott, el cual habia declarado en su testamento que aquella de sus hijas que se casase con un Par, perderia por este solo hecho su parte de la herencia. La hermana de la esposa de Canning lo verificó sin embargo, pero

esta rehusó aprovecharse de la cláusula del testamento paterno. Mme. Canning llevó á su marido un dote de 100,000 libras esterlinas, fortuna que aseguraba para siempre su independencia, pero que lejos de aumentarse durante una carrera tan larga y brillante, la comprometió, apesar de que jamás se le ha podido acusar de prodigalidad. En 1801 dejó Pitt el ministerio, á consecuencia segun se dice de disidencia en opiniones entre el Rey y él, acerca de la emancipacion de los católicos. Canning siguió á su protector, pero no defendió como él la administracion *justo medio* de Mr. Addington; la atacó al contrario por sus discursos en el Parlamento, y con sus epígramas en la imprenta. Canning era en efecto de los que no simpatizaban mas que en una idea, la de una guerra sin tregua contra la Francia. Pitt acabó por hacerse de la opinion de Canning, y atacaron juntos la indecisa administracion de Mr. Addington, quien se retiró en Mayo de 1804. Pitt volvió entonces á desempeñar el empleo de primer ministro, y Canning fue nombrado Tesorero de la marina. Los dos amigos políticos disfrutaron sin embargo poco de su triunfo. Pitt murió en Enero del siguiente año, y Canning depositó sobre

su tumba el tributo solemne de su afecto y admiracion. Pero desde la muerte de Pitt, Canning se declaró independiente como hombre político.

La subida al poder de los whigs, volvió á llevar á Canning á los bancos de la oposicion, donde combatió mas con las armas de la burla y del ridículo, que con las de la elocuencia y la lógica. La muerte de Fox fue causa de la caida de los whigs, como la de Pitt habia causado la de los torys. *La cuestion católica* sirvió otra vez de pretesto al Rey para despedir á su ministerio, y en Agosto de 1807, se formó una administracion guerrera, si es lícito espresarnos así. En aquel ministerio, Lord Liverpool desempeñó el del Interior, Lord Castlereagh el de la Guerra, y Canning el de Negocios estrangeros: era imposible imaginar una concentracion mayor del espíritu tory. El primer acto importante de la nueva administracion, fue una de aquellas medidas que exigen grande audacia en la egecucion, unida á no menor atrevimiento y candidez para defenderla. Trátase de la presa de la flota danesa y el bombardeo de Copenhague; medida que se atribuye á Canning. Aquel acto es demasiado conocido para que tengamos que apreciarlo aquí, y prueba que no habia

consideracion alguna capaz de contener á este hombre de Estado en la egecucion de los planes hóstiles que habia formado contra la Francia. Hasta entonces la fortuna y la habilidad habian faltado siempre á los prodigiosos esfuerzos de la Gran Bretaña, y se habia podido notar la falta de cordura y de conjunto en todos sus proyectos de guerra contra Napoleon. Habia escitado contra él á todas las potencias de Europa, pero unas tras de otras y solo para perderlas sucesivamente; habia disipado sus propias fuerzas y sus tesoros en cien espediciones sin importancia, diferentes en su objeto y futiles en sus resultados. La misma política tímida, irresoluta, parecia presidir á cada alianza y á cada espedicion nuevas, aun en el momento en que la inesperada resistencia de la España, ofrecia á la Inglaterra la ocasion mas gloriosa y favorable de intervenir con todas sus fuerzas. La mayoria del gabinete pareció que no queria arriesgar todavia mas que un auxilio débil, y por consiguiente ilusorio. Canning fué el que á fuerza de instancias en el Consejo y en el Parlamento decidió á los que tenian en sus manos los destinos del país, á echar esta vez en la balanza todos sus recursos y todo su poder. Canning conocia

que la Península era el único punto del continente donde la Inglaterra podia esperar hacer una diversion importante y decisiva, y atacar á Napoleon con probabilidades iguales. Al efecto envió á España á su íntimo amigo Mr. Freere, con encargo de fomentar el espíritu de resistencia de la nacion contra la Francia, y de consumar la alianza de la Inglaterra con los sublevados españoles.

En esta ocasion principiaron la rivalidad y mala inteligencia de Lord Castlereagh y de Canning. El primero que pertenecia á la antigua escuela de política inglesa, y muy inferior al segundo en talento, se inclinaba mas á seguir la rutina y los errores ya adoptados, es decir á multiplicar las pequeñas espediciones y los puntos de resistencia, que á concentrar sobre uno mismo las fuerzas y recursos de la Inglaterra. Como Lord Castlereagh era ministro de la Guerra y Canning de Negocios estrangeros, su divergencia de opinion dió lugar á sérias diferencias, puesto que se estorbaban reciprocamente, llegando á ser intolerables las colisiones que resultaban de ello diariamente.

Lord Castlereagh concibió en aquella época el plan de la espedicion del Escalda, como en

oposicion á la de Copenhague; Canning al paso que apoyaba la desgraciada espedicion aconsejada por su colega, conoció su inutilidad, y deploró el ver gastados de este modo unos recursos que, empleados en España, hubieran contribuido infaliblemente al triunfo mas rápido de las armas inglesas. En consecuencia hizo presente al Duque de Portland la necesidad de quitar el ministerio de la Guerra á Lord Castlereagh ó de aceptar su propia dimision. Hubiera deseado que desempeñase el ministerio de la Guerra el Marqués de Wellesley, hombre de espíritu activo y emprendedor, que participaba compeltamente de sus miras relativas á España. Sin embargo, la dificultad de verificar aquel cambio en el ministerio, y los acontecimientos mismos de la guerra, retardaron aquel arreglo, y fueron causa de que Castlereagh lo ignorase. Canning, cansado de esperar, insistió por una solucion inmediata, y su rival supo entonces por primera vez la desconfianza que se tenia de sus talentos y el proyecto formado de reemplazarle. Provocó en consecuencia á Canning, y hubo un desafio, resultando este herido de un balazo en un muslo. Los dos adversarios presentaron inmediatamente

su dimision y se formó un nuevo gabinete presidido por M. Perseval. Esta revolucion de gabinete, aunque fatal para Canning puesto que le alejó durante mucho tiempo de los negocios, no dejó sin embargo de ser favorable á la continuacion de sus ideas y planes políticos; pues por una circunstancia muy singular ocupó su puesto el mismo Marqués de Wellesley, á quien él tanto habia deseado ver ministro. A la entrada de Lord Wellesley en el gabinete debe atribuirse el estraordinario vigor con que fue entonces defendida la causa de los Españoles, y sus consecuencias finales tan importantes para la Europa.

Un nuevo cambio en el gabinete tuvo lugar en 1812. Lord Wellesley se retiró porque no se hacia nada para la emancipacion política de los católicos, y porque la guerra era dirijida con demasiada lentitud; en una palabra por que no prevalecian los principios y los planes de Canning. Hácia el mismo tiempo acaeció el asesinato del primer ministro Perseval, y el Principe Regente encargó á Lord Wellesley y Canning la formacion de un nuevo ministerio. Sus esfuerzos para conseguirlo fueron inútiles á causa del mal

humor de los torys y de la negacion de los whigs á entrar en un ministerio de coalicion; negativa atribuida en aquel tiempo á una reticencia de Sheridan. Este incidente tuvo una importancia inmensa, pues impidió que Canning dirigiese la política de la Inglaterra durante los memorables años de 1813, 14 y 15.

Libre Canning, que no vivia mas que para la política, de todos los trabajos administrativos, se dirigió entonces á estudios positivos y de intereses comerciales. En 1811 le absorvió enteramente la cuestion de la moneda de vellon; en 1812 llamó su atencion la de la renovacion de la carta de la Compañia de las Indias orientales; y en los importantes debates á que dió lugar, emitió opiniones mucho mas favorables en general á los interes comerciales que al monopolio. Esta circunstancia de su vida política fué en estremo ventajosa á su carrera futura, pues en lugar de continuar siendo simplemente un tory gubernamental; atizando la guerra y defendiéndola en calidad de miembro representante de un Vurgo podrido, Canning se encontró enlazado con inmensos intereses comerciales, y fue enviado al Parlamento el mismo año de 1812, por la importante ciudad de Liver-

pool; recuperando de este modo en el país la influencia que habia perdido en la administracion. Nada sin embargo podia disminuir en el espíritu de Canning la incomodidad de verse alejado del gobierno de su pais, en una época en que producia sus resultados el sistema político aconsejado por él. Provino de esto un pasajero disgusto en él por los negocios públicos, que se aumentó todavia mas con el cuidado que le causaba el estado de desfallecimiento de su hijo primogénito, atacado ya de la enfermedad que causó despues su muerte. Pero no por eso dejó de aceptar á fines de 1813 la Embajada de Lisboa, aceptacion que le atrajo mas recriminaciones que cualquier otro acto de su vida política. En efecto como entonces no habia córte en Lisboa, aquel destino no era mas que una *sine-cura* magníficamente retribuida, que le hacia dependiente de Lord Castlereagh; hubo tambien segun se dijo en la negociacion que al efecto se siguó, circunstancias poco honrosas para su carácter; de todos modos Canning rechazó con su acostumbrada felicidad los ataques y acusaciones de sus adversarios en la Cámara de los Comunes.

En 1816, regresó á Londres pasando por Fran-

cia, y tuvo en París una entrevista con Mme. de Stael, que ha referido los detalles de ella en sus Memorias. A poco tiempo de su regreso á Inglaterra, aceptó Canning el empleo de Presidente de la oficina de intervencion (*Board of controll*) para los negocios de la India, cuyas funciones le constituian de hecho ministro de la India en el gabinete, y para las cuales le habian hecho apto los estudios y trabajos sobre aquel país que habia tenido que hacer en 1812. Esta parte de la carrera política de Canning es seguramente la menos honrosa, ó si se quiere la menos liberal. Su torysmo exagerado en el principio de la guerra y durante todo su curso, podia muy bien haber sido resultado de un patriotismo mal entendido, tal vez lo habia adoptado y sostenido como el medio mas á propósito para defender á su pais contra el génio de Napoleon. Pero cuando aquel temible enemigo no podia causar ya espanto á la Inglaterra; cuando la victoria habia coronado los esfuerzos del partido dominante, convenia al parecer á este partido, á lo menos á cuantos hombres generosos habia en él, y seguramente Canning era uno de ellos, el alejarse un poco de sus máximas arbitrarias, de su ódio á la liber-

tad, de su desprecio por cuanto favorecia á los principios populares. Pero desgraciadamente para su gloria, Canning fue arrastrado por las consecuencias de la primera parte de su carrera política, y se vió precisado á seguir los errores, que al principiar su vida le habian hecho encarnizado enemigo y burlon amargo de cuanto podia contribuir al progreso de la libertad. Pudiera disculpársele, si sus principios hubieran sido puramente estacionarios, pero entonces eran esencialmente retrógrados. Las leyes draconianas que presentaron los torys para reprimir el descontento popular, no encontraron un abogado mas celoso é intrépido que Canning. La suspension del acta de *habeas corpus*, el bill para la represion de los *meetings* sediciosos, fueron defendidos por él tan tenazmente, como si el 1817 hubiera sido 1793, y como si hubieran presentado las dos épocas iguales necesidades ó los mismos peligros. Canning apoyando las medidas del Gobierno, traspasó los límites del decoro, que debe observar todo hombre de Estado que se respeta á sí mismo. Ridiculizaba todas las ideas de reforma, y afectaba insolentemente no creer que sus adversarios pensasen en ellas con sinceridad. Viósele tomar

bajo su proteccion los agentes impuros de que se sirven algunas veces los gobiernos, para descubrir secretos que les importa penetrar; hacer públicamente la apologia del espionage, y llegar hasta burlarse en pleno Parlamento de los padecimientos de los infelices presos, víctimas del rigor del Gobierno. Si la insolencia de los torys no ha contribuido menos á impopularizarles que sus máximas y sus actos, Canning por su parte contribuyó eficazmente á ello, pues jamás seide alguno del poder manifiesto mas insolente desprecio de la opinion pública. La mayoria compacta de que eran deudores los torys á sus recientes triunfos, y que creian eterna, animó á los ministros y á Canning para atreverse á todo. Pero la severidad del Parlamento no consiguió sofocar el descontento público. Celebráronse *meetings* para pedir por medio de peticiones la reforma parlamentaria. Una de aquellas reuniones será siempre célebre; la que se verificó en Manchester en 1819, y en la que la multitud fué cargada y acuchillada por la *Yeomanry* (Guardia Nacional á caballo). En aquella ocasion todas las simpatias de Canning estuvieron aun por el poder; y poco tiempo despues aparecieron las *seis actas* célebres, medidas represivas

muy rigorosas contra la imprenta y las asociaciones. Puede formarse una idea de la severidad de aquellas leyes por una de sus cláusulas, que condenaba al destierro á cualquier individuo convencido de reincidencia en la publicacion de libelos sediciosos. Canning fue el que promovió y defendió con ardor todas aquellas medidas; y como era por su talento el mas poderoso orador del ministerio, tal vez fue en aquella época el hombre mas impopular de Inglaterra, y el mas detestado por todos los amigos de la libertad. No puede negarse que mostró valor en aquellas circunstancias; pero no fue prudente su conducta, puesto que es evidente en el dia, que precisamente el escandaloso abuso que hicieron los torys de su poder fue el que dió lugar á la reaccion que hemos visto realizarse, que ha acabado por aniquilarlos, y que ha llevado la marea creciente del espíritu de libertad é independencia mucho mas allá de los límites á que tal vez jamás hubiera llegado, á no ser por las tentivas hechas para reprimirlo y sofocarlo.

Felizmente para Mr. Canning, sobrevinieron acontecimientos que le alejaron de la administracion ultra-tory, como la muerte de Jorge III, la

subida de su hijo al Trono, la vuelta de la Reina Carolina á Inglaterra, y el bill de enjuiciamiento presentado contra ella por el gabinete. Canning que tenia antiguas relaciones de amistad con la Reina, no podia unirse á sus perseguidores. Dió en consecuencia su dimision, y resolvió pasar uno ó dos años en el continente. Partió para Italia, y se detuvo mucho tiempo en Paris, cuya residencia ejerció una influencia inmensa en sus opiniones políticas. Hasta entonces Canning solo habia vivido en la atmósfera del torysmo, y mirado los asuntos continentales segun el punto de vista propio de aquel partido; entonces pudo ver y juzgar por sí mismo el espíritu y la tendencia del partido que dominaba en Francia, y en el resto de Europa. Contrajo amistad, y tuvo conversaciones con los hombres ilustrados y liberales de aquella capital; y su torysmo, á lo menos en lo relativo á la política estrangera, sufrió un golpe que contribuyó mucho á moderar su absolutismo y á modificar sus futuros principios.

A su vuelta á Inglaterra hizo Canning uso de su elocuencia en dos ocasiones, una en favor de la emancipacion católica, y otra contra la reforma.

Puede decirse que defendió la primera y combatió la segunda segun el mismo principio, el deseo de fortalecer al poder ejecutivo, reuniendo francamente á los católicos al rededor del trono, y dejando al mismo tiempo intacta la cadena de hierro de influencias electorales, con la cual la aristocrácia habia sujetado al pais. Canning se oponia á todo plan de reforma electoral, y se burlaba sin compasion de los defensores de aquella medida, como de unos charlatanes, que presentaban constantemente el mismo específico para curar las innumerables enfermedades de que el pais adolecia.

No creia entonces que tardaria poco en ser llamado á dirigir los negocios de la Inglaterra. Habia doblado la frente ante el astro de su rival mas afortunado, aunque dotado de menos talento, y habia renunciado á toda idea de causar una escision y de tener un partido y una opinion propia. Su deseo era, al parecer, eclipsarse de la escena política, y con este objeto habia aceptado el encargo de Gobernador de la India. El buque que debia llevarle á Calcuta estaba pronto á hacerse á la vela, y solo esperaba á Canning que habia ido á despedirse de sus comitentes de Liverpool, cuando

la repentina noticia del suicidio de Castlereagh (Agosto de 1822) cambió su posicion y las esperanzas de sus amigos. La amistad de Lord Liverpool, triunfando de la oposicion del resto del gabinete, y hasta de la aversion del Rey, consiguió hacer que se ofreciese á Canning el ministerio de Negocios estrangeros en cambio del Gobierno de la India. Canning aceptó y recibió la cartera á mediados de Setiembre de 1822. Era un momento de gran crisis. La Santa Alianza, que acababa de resolver en sus Congresos de Troppau y de Laibach, la destruccion de los Gobiernos constitucionales de Europa, y de derribar el de Nápoles, iba á reunirse de nuevo para proseguir su política arbitraria. Lord Castlereagh mismo debia figurar en aquel Congreso como Plenipotenciario Inglés, y cabe poca duda que estaria dispuesto á sancionar, ó á mirar con indiferencia á lo menos, las resoluciones que adoptasen los potentados. Canning al contrario, tomó las riendas del poder, libre de los lazos de gratitud y de amistad personal hácia los autócratas, que habian fascinado á su antecesor; Lord Welington recibió pues instrucciones para pasar á Viena en vez de ir á Verona, á fin de

que su presencia no pareciese sancionar las medidas que iban á tomarse para sugetar la Italia. Sin embargo, el verdadero objeto de aquel Congreso era la España. Los ultra-realistas franceses pedian permiso á la Santa Alianza para invadirla y destruir las Córtes. El Czar por su parte, deseaba enviar sus ejercitos del lado allá de los Alpes, al Piamonte. Eran sin embargo tan estravagantes las pretensiones de los hombres de reaccion, que ocupaban entonces el poder en las diferentes Córtes, que verdaderamente parece increible que los mismos ultra-torys hubieran podido tolerarlas.

En cuanto á Canning, cuanto ódio anti-francés habia en su corazon, fue removido por la determinacion tomada por los realistas franceses de recurrir á la fuerza de las armas, para obligar á la España á doblegarse de nuevo bajo el despotismo de su antiguo régimen. Dejando aparte toda teoria política, conocia que los intereses ingleses estaban de este modo comprometidos, y atacado el honor de la Inglaterra desde el momento en que se despreciaba su proteccion. No era Canning hombre que disimulase sentimientos semejantes; los manifestó claramente en su hábil

correspondencia con Mr. de Chateaubriand, y sus miras eran demasiado nacionales para no despertar al momento las simpatías y merecer la aprobacion del pueblo inglés. Jamás ningun hombre de Estado supo hallar mejor que él esas espresiones que electrizan una nacion, ni emplear de un modo mas hábil el tono del orgullo, conservándose en los límites estrictos de la prudencia; ninguno supo mejor que él suplir la falta de calor en la accion, con el calor de las espresiones. Bajo este punto de vista, lo mismo que bajo otros muchos, se parece Canning al célebre Lord Chatam.

Tenia ademas entonces mucha necesidad del apoyo popular. Atacado violentamente por la Oposicion, y en especial por Lord Grey, á causa de no haber declarado la guerra á la Francia, principiaba por aquel tiempo á hacerse sospechoso á los ultra-torys, en razon de las ideas liberales que se traslucian en sus discursos, y comunicaciones. Cuando dió á entender que solo dependia de la Inglaterra el encender una guerra de opiniones, en la cual los súbditos se sublevarian contra los Soberanos; cuando confesó su resolucion de destruir el espíritu *areopaguetico* de la

Santa Alianza, conocieron los amigos de Castlereagh que estaban dirigidos por un gefe con el cual ya no podian simpatizar. De ahi resultaron dimisiones, como la del hermano de Castlereagh, Embajador en Viena, y variaciones en el gabinete, que hicieron sensibles los pogresos y el triunfo del torysmo liberal. Pero donde se manifestó á descubierto el pensamiento de Canning, fue en el desquite que tomó de la intervencion francesa en España, con el reconocimiento de la independencia de las Colonias de la América meridional.

Observaba Lord Grey, que la Inglaterra siempre habia hecho la guerra para impedir una union demasiado íntima entre Francia y España. Canning contestó, que la España actual no era la misma que en otro tiempo; que no era la que jamás veia ponerse el sol en sus dominios « La España de ahora, añadia, no es aquella España dueña de las Indias, que causaba zelos, y espantaba la imaginacion de nuestros antepasados. Para vengar la afrenta y destruir los resultados de la invasion francesa, no he necesitado declarar la guerra, ni bloquear á Cadiz, no; he dirigido la vista á otra parte, he buscado compensaciones en otro hemisferio. Viendo á la Es-

paña, como la habian conocido nuestros antepasados, he decidido, que si la Francia habia de ser dueña de la España, lo seria sin las Indias. He dado existencia al Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio del antiguo.» Estas palabras pronunciadas veinte años há por Canning, encierran el espiritu que domina á la política inglesa, cualesquiera que sean los principiós de los hombres que gobiernen aquel pais, y manifiestan lo que pueden confiar en ella sus amigos.

Los años de 1824, 25 y 26 llamaron toda la atencion de Canning sobre las cuestiones comerciales, y en aquel periodo fue cuando Huskison principió á desenvolver sus sábias teorias comerciales; desgraciadamente tambien fue una época de muchas carestia. Algunos de los discursos pronunciados por Canning en defensa de las teorias de su colega, especialmente el que trata del comercio de la sederia, son muy admirados. En este último se defendió de la acusacion de haber desertado del torysmo en economía política, como lo habia hecho en la política estrangera. Nada podria citarse mas ingenioso y hábil que aquella defensa. Segun él, los torys habian sido siempre infinitamente mas liberales

que los whigs, y jamás se habian apartado de los principios de Pitt; si se le citaba una medida, cuyo espíritu político difiriese evidentemente del de Pitt, contestaba que era una escepcion.

Canning pasó el verano de 1826 en Paris con su amigo Lord Grenville, Embajador de Inglaterra. A su regreso á aquel pais fue requerido por el gobierno portugués para intervenir y defenderle contra una invasion española, á cuya demanda contestó con el envio inmediato de tropas inglesas. En aquella ocasion nada tuvo que criticar la Oposicion en su política; al contrario, la admiró y se adhirió á ella. Brougham, haciéndose superior á una baja rivalidad, elogió con calor las miras liberales y la elocuencia del Ministro. Poco despues de este suceso tan importante de la vida política de Canning, que la diferenciaba tan completamente de la de Castlereagh, aconteció otro accidente que le privó para siempre de los votos y simpatías de los torys. Fue este el ataque de apoplegía que alejó á Lord Liverpool de la escena política á principios de 1827.

Canning se hallaba entonces enfermo en Brigh-

ton. Pasóse mucho tiempo antes de que se nombrase un nuevo Ministerio, á causa de la gran dificultad que habia en hacer una eleccion que satisfaciese á Canning y á los ultra-torys. El Rey creyó salir del paso encargando á Canning la eleccion de un primer Ministro, contrario á la emancipacion de los católicos; negóse este perentoriamente, y ofreció la alternativa de su dimision. Jorge IV pidió tiempo para deliberar; y al fin, en el mes de Abril se supo que Canning habia aceptado el puesto de primer Lord de la Tesorería, título sinónimo de primer Ministro. Sus siete colegas torys, Lord Wellington, Lord Eldon y Peel, hicieron inmediatamente dimision.

Créese generalmente que durante el interregno ministerial, se le habia prometido el apoyo de uno de los oradores influyentes del partido whig; pero entonces ya no fue el voto de los whigs, sino el acceso personal á su Ministerio, lo que le era indispensable. Hubo por tanto indicaciones que fueron aceptadas por la mayoría, comprendiendo á Brougham, Lord Lansdown, Lord Olland, y hasta el ultra-liberal Burdett. Todos conocieron la exigencia de la crisis, y la necesidad de hacer el sacrificio de sus opiniones y proyectos personales, para es-

cluir del poder á los ultra-torys. Solo Lord Grey se abstuvo, y aun ensayó el reunir la Oposicion é inspirarla desconfianza contra Canning; no le escucharon, y se supo pocos dias despues que los gefes de los whigs, escepto Grey, habian aceptado ministerios, siendo gefe Canning.

Triste cosa es considerar que este grande hombre de Estado llegase solo á la cumbre del poder, para encontrar alli cuidados y mortificaciones, sin encontrar compensaciones en la ejecucion de alguna de las grandes medidas que tan á propósito era para concebir y ejecutar. Pero su nueva posicion era demasiado dificil, demasiado incierta, y su vida fue desgraciadamente demasiado corta, para poder conseguir sus planes. Estuvo condenado á apurar el cáliz, y á no disfrutar ninguna de las dulzuras del puesto de primer Ministro. Tuvo que defenderse de la encarnizada malevolencia de los torys, que repelieron los planes mismos que habian aprobado en tiempo de Lord Liverpool, como por ejemplo, la ley sobre cereales, que adoptada por la Cámara de los Comunes, fue desechada por la de los Lores, merced á la influencia de Lord Wellington, quien sin embargo habia contribuido á su redaccion. En la Cámara baja tenia

Canning por lo menos la ventaja de poder defenderse él mismo; podian alli fatigarle, pero no vencerle, pues estaba en su terreno y en su elemento. Pero no tenia amigos en la Cámara alta, capaces de defenderle contra los ataques apasionados y casi personales de Lord Grey. Contaba con que tendria este cuidado Lord Plunkett; y en una memorable circunstancia, una filípica terrible de Lord Grey quedó sin contestacion por parte de Lord Plunkett, y de la de los Ministros whigs, quienes si bien consentian en defender la política actual del gefe del gabinete, no asi su vida pasada.

Sin embargo, el cuerpo de este hombre era demasiado débil para el alma que le animaba. Canning hacia mucho tiempo que estaba enfermo, y la grande escitacion que debian causarle tantos amargos sinsabores y la multiplicidad de sus trabajos, agravaron su estado, al paso que le impedian apercibirse de los progresos del mal. A fines de Julio de 1827, tres meses despues de su nombramiento como primer Ministro, le fue imposible ocuparse de los negocios, y se retiró á la casa de campo del Duque de Devonshire, en Chiswick, cerca de Lóndres, donde exaló el úl-

timo suspiro, el 8 de Agosto, en el cuarto mismo en que habia muerto Fox.

Seria supérfluo querer pintar el sentimiento general que causó su muerte. No solo se deploró en Inglaterra, sino tambien en Francia y en América, paises de los cuales habia sido sin embargo por mucho tiempo encarnizado enemigo. La apreciacion mas elocuente, el mas ardiente tributo pagado á su memoria salió de la pluma de J. Quincy-Adans, que le proclamó *el mas completamente inglés, y el hombre de Estado mas patriota qae hasta entonces habia tenido la Inglaterra.* No podria citarse en favor suyo mas meritorio título de gloria, pues por muy inglesa que fuese la política de Canning, fue no obstante al mismo tiempo favorable á los intereses de la libertad. Aunque pueda criticarse con justicia la primera parte de su vida política, siempre resultará que el mayor y mas principal mérito de Canniug, fue haber sido el primer hombre de Estado en Inglaterra, y tal vez en Europa, que haya sabido conciliar los principios tan frecuentemente hostiles del patriotismo y de la filantropía. Las grandes medidas que distinguen la vida ministerial de Canning son; el re-

conocimiento de los Estados de la América meridional, el sostenimiento de la independencia de Portugal, y el tratado concluido entre la Inglaterra, la Rusia y la Francia en favor de la Grecia. Fue el abogado constante y celoso de la emancipacion de los católicos, pero no tuvo la satisfaccion de ver el triunfo de esta causa. Se conservan de él varias poesias, llenas de verbosidad y agudeza, en especial las que pertenecen al género satírico.



D. JOAQUIN DE LA PEZUELA.

Personages célebres del Siglo XIX.

D. J. DE LA PEZUELA.

« Dió muchos dias de gloria á su patria, y á los militares nobles ejemplos que seguir. »

Suplemento á la Gaceta de Madrid de 26 de Octubre de 1830.

Hay en la vida política de las naciones sucesos de tal importancia, que bastan por sí solos para hacer célebres, en bien ó en mal, á las personas que en ellos en igual sentido intervinieron. Hombres que sin aquellos acontecimientos habrian pasado desapercibidos, ocupan despues un lugar señalado en la historia, y en ellos se personifica, por decirlo así, el recuerdo de aquellos sucesos. Asi hubiera acontecido con el General ilustre cuya vida vamos á bosquejar, si la insurreccion de

la América Española, en cuya guerra se señaló tanto, y la sublevacion militar que le depuso del mando del Vireinato del Perú, no hubiesen llamado la atencion pública sobre él. Reducidos á un pequeño espacio, recorreremos rápidamente la vida militar de este general, para pararnos con alguna mas detencion en el suceso importante que acabamos de indicar, ya por la influencia que tuvo en la pérdida de nuestra dominacion en aquellos paises, como por las consecuencias que ha tenido despues para la Metrópoli. No desconocemos las dificultades que nos rodean, teniendo que apreciar unos hechos que la conciencia pública condena, y cuyos principales actores han ejercido y ejercen en el dia una poderosa influencia en los destinos del pais; pero guiados de la imparcialidad que es nuestra divisa, y apoyados en documentos públicos é incontestables, referiremos los hechos acompañándolos solo de las ligeras observaciones que creamos necesarias, para que los contemporáneos puedan juzgarlos, y calificárlos la historia á su tiempo cual se merecen.

D. Joaquin de la Pezuela y Sanchez Muñoz de Velasco, primer Marqués de Viluma, Caballero Gran Cruz de las órdenes de S. Fer-

nando, S. Hermenegildo é Isabel la Católica, y de la laureada de cuarta clase en la de S. Fernando, Teniente General de los Reales Ejércitos, Virey, Gobernador y Capitan General que fue de los reinos del Perú, nació el 22 de Mayo de 1761 en la villa de Naval, reino de Aragon. Fueron sus padres D. Juan Manuel de la Pezuela, Caballero del hábito de Santiago, y Doña Mariana Sanchez. Aunque nació en Aragon, donde accidentalmente se hallaban sus padres, la casa y solar de esta antigua é ilustre familia está en las montañas de Santander, y Merindad de Trasmiera.

Empezó D. Joaquin su carrera militar en el Real Colegio de Artilleria de Segovia, desde donde promovido á Alferez de esta arma, fue destinado al famoso sitio de Gibraltar. Alli concurrió constantemente al servicio de las baterias, y á la colocacion de la artilleria avanzada y fuego de esta contra la plaza, mereciendo por su distinguido comportamiento el grado de Teniente. Trasladado á la plaza del Peñon en Africa, fue hecho Teniente efectivo de su cuerpo, y ascendido á Capitan en 12 de Agosto de 1791. Al principiar la guerra contra la República francesa en 1793, pasó sucesivamente á los ejércitos de Guipuzcoa y Navarra;

construyó y mandó las baterias llamadas de San Cárlos, Paso del Rio, Cabeza del Puente, La Buena-Ventura, y el parque fortificado de artilleria, contribuyendo muy eficazmente con el fuego de ellas á que los enemigos fuesen rechazados en las acciones del 23 de Abril, 22 de Junio y 30 de Agosto de aquel año. Mandó la artilleria ligera avanzada, en los combates del 21 de Octubre, 29 de Noviembre, 6 y 13 de Diciembre del mismo, cooperando en gran manera con sus acertadas disposiciones á que los enemigos fuesen rechazados en todos ellos; y obteniendo por su señalada conducta en aquellas ocurrencias, el grado de Teniente Coronel de infanteria, con que le agració S. M. en 20 de Noviembre de 1793.

En la batalla general de 5 de Febrero de 1794, mandó la brigada de artilleria ligera, avanzada en el Punto del Diamante, donde se sostuvo por espacio de 5 horas que duró la accion, hasta que recibida la órden de retirarse, lo verificó salvando la artilleria á brazo, sin mas auxilio que el de los artilleros que le habian quedado; y habiendo repetido los enemigos sus ataques el 6 de Abril, 6 y 23 de Junio siguiente, sostuvo valerosamente con la misma artilleria avanzada de su

mando, todas las tropas ligeras y de linea que se abrigaron á sus fuegos, obligando á aquellos á replegarse con mucha pérdida; por cuyo motivo fue recomendado particularmente á S. M. por el General en Gefe. Atacada en 1.º de Agosto por fuerzas muy superiores la linea de Irun hasta Vera, se empeñó principalmente el enemigo en tomar las baterias del centro, mandadas por Pezuela; pero sin embargo de que llegó casi á tocarlas con la mano, y de que las otras armas empleadas á bastante distancia, no pudieron prestar auxilio alguno, le rechazó aquel con el mayor denuedo, hasta que acometido por los flancos y recibida órden de retirarse, lo ejecutó con los oficiales y tropa de su mando, al punto señalado de Tolosa: en esta linea rechazó tambien por tres veces con su artilleria á la caballeria francesa el 9 del mismo Agosto, é impidió la colocacion de la artilleria enemiga por su frente, y sostuvo luego la retirada del ejército hasta Lecumberri. Puede asegurarse que no se disparó un cañonazo en aquel ejército durante toda la guerra, á que no asistiese Pezuela, obteniendo al fin de ella una brillante reputacion, por sus distinguidos servicios, y por premio de ellos el grado de Coronel de infanteria.

En 17 y 25 de Julio de 1802, fue promovido á Gefe de Brigada y Teniente Coronel de su arma; y nombrado en 15 de Setiembre de 1803 Coronel efectivo y Subinspector interino del departamento de Lima, pasó á aquellos dominios con el importante cargo de organizar todos los ramos del cuerpo segun el nuevo reglamento. En consecuencia levantó desde los cimientos un parque de artilleria con fundicion de cañones, maestranza y fábrica de pólvora, que surtieron de armas y municiones á toda la América del Sur, agitada despues por una desastrosa guerra civil; y construyó para defensa del parque una fortificacion, que fué la que principalmente paralizó en Lima los proyectos de independencia á que en los años posteriores propendia constantemente un numeroso partido. Tales pruebas de instruccion y actividad atrageron al Sr. Pezuela la confianza del Virey, quien en 1806 le nombró para mandar la division destinada al auxilio de Buenos-Aires, atacado por los ingleses; y la Regencia del reino mandó darle las gracias por su comportamiento, y con el grado de Brigadier le nombró Subinspector en propiedad de aquel Departamento. Elegido en 24 de Abril de 1813 para mandar en

gefe las tropas del alto Perú, despues de una marcha de 380 leguas, y apenas trascurridos dos meses desde que se puso á la cabeza de un ejército reducido á 3,000 hombres, desanimado por recientes desgracias, escaso de armas y de vestuario, con la mayor parte de su poca caballeria desmontada, y al frente de un enemigo con dobles fuerzas, amenazado diariamente por diferentes caudillos sueltos y una numerosa indiada, con el espíritu público de las provincias de retaguardia, conmovido por las ideas de independencia; el General Pezuela arregló y llevó sus tropas al enemigo, batiéndole completamente en 1.º de Octubre en Vilcapujio, causándole la pérdida de 1,600 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y tomándole 1,000 fusiles, toda su artilleria, campamentos y equipages. Aquella memorable victoria salvó por entonces al Perú, y hubiera sido mas ventajosa, si la falta de caballeria y la pérdida de mas de 1,500 acémilas, ocasionada por el rigor de la estacion, no le hubiesen imposibilitado la rápida persecucion del enemigo, el cual rehaciéndose con refuerzos de artilleria y nuevas tropas, se presentó todavia con dobles fuerzas en los campos de Ayouma: el General Pezue-

la, despues de una penosa marcha entre montañas y nieves, le atacó el 14 de Noviembre, destruyendo en una sangrienta batalla el ejército de Buenos-Aires, cuyos restos fueron á esconderse en las provincias del Rio de la Plata. En 25 de Agosto anterior habia obtenido el grado de Mariscal de Campo; y por su heróico comportamiento en la batalla de Vilcapujio, se le confirió la Cruz laureada de cuarta clase, de la órden de San Fernando, precediendo el juicio contradictorio, que previenen sus estatutos.

Terminada tan felizmente la campaña de 1813, en los primeros meses del año siguiente se ocupó el General Pezuela en recorrer las provincias recuperadas de Cochabamba, la Paz, Potosí, hasta Jujui y Salta, organizar todos los ramos de su administracion, y en perseguir los numerosos cabecillas que las infestaban. En Agosto del mismo año se perdió la plaza de Montevideo, y la República de Buenos-Aires, orgullosa con este triunfo, trató de hacer un esfuerzo contra el Perú, destinando alli al ejército sitiador considerablemente aumentado, á las órdenes de su mismo Director supremo el General Rondeau: con esta novedad se estendió de nuevo con estraordinaria

rapidez, el espíritu de rebelion por todas las provincias del alto y bajo Perú, y proclamada en muchas partes la independencia, una conmocion casi general llegó hasta cerca de las puertas de Lima. El ejército del Perú quedó aislado y sin comunicaciones; y en tan apuradas circustancias, el General Pezuela desplegó una superioridad de génio y grandeza de alma admirables. Se vió sin mas terreno fiel que el que dominaba su pequeño ejército, atacado diariamente por un enjambre de partidarios, con un enemigo al frente muy superior en número, y amenazado de una insurreccion entre sus mismas tropas. En tal conflicto empezó por reprimir esta, enérgica y generosamente, sin mas castigo que el de su gefe (*), se replegó desde Salta á Suipacha, sin perder el menor efecto, destacó á su segundo, el General Ramirez con 1,200 hombres, para someter las provincias sublevadas de su espalda, quedándose con 3,000 escasos para hacer frente á las terribles dificultades que le rodeaban. El Virey del Perú

(*) El Coronel D. Saturnino de Castro natural del pais, habia formado el proyecto de sublevar el ejército y proclamar la independencia. Confesó su delito, y juzgado por el Consejo de guerra fue fusilado.

en tan tristes circunstancias, autorizó en junta de Generales con parecer uniforme, al General Pezuela para que en un caso estremo se salvase como pudiese, aun entrando en acomodamientos con los insurgentes. Mantúvose este por espacio de siete meses en Cotagaita, conteniendo á los enemigos y batiéndolos en 42 acciones parciales que ocurrieron, hasta que el estado de las cosas le obligó á continuar su retirada, siempre perseguido y siempre victorioso. Tan acertadas y valientes maniobras fueron recompensadas con el ascenso á Teniente General, que se le concedió en Mayo de 1815.

Reunido en Challapata con el General Ramirez, que habia triunfado decisivamente de los enemigos de la espalda, volvió á tomar la ofensiva; y su vanguardia, mandada por el Brigadier Olañeta, fue atacada denodadamente en Ventaimedia, pero rechazó y batió á los insurgentes. Este fue el preludio de la memorable batalla de Viluma, en que el General Pezuela, atravesando los escarpados montes de los Andes, cayó sobre los enemigos por donde estos no le esperaban, y despues de tres dias de combates, inutilizó su fuerte y ventajosa posicion, logrando el 29 de

Noviembre de 1815 destruir con 4,000 hombres de que se componia el ejército real, á los 7,000 de que constaba el insurgente, mandado por el General Rondeau. Los enemigos perdieron en esta sangrienta y disputada batalla 1,200 soldados y 53 oficiales muertos, 1,800 prisioneros, toda su artilleria, equipages y campamentos, y las provincias que ocupaban hasta el Tucuman. Por tan señaladas victorias mandó el Rey cantar un solemne *Te Deum* en accion de gracias, en todas las Iglesias de la Monarquia, y á mas de condecorar al General Pezuela con la Gran Cruz de S. Fernando, se dignó posteriormente concederle la merced de título de Castilla para sí y sus sucesores, con la denominacion de *Marqués de Viluma.*

En Abril de 1816, salió el General Pezuela del alto Perú para tomar el mando del Vireinato, que S. M. le habia confiado: Dos mil hombres de todas armas para guarnecer á Lima y la plaza del Callao con sus dilatadas costas, un solo bergantin de 18 cañones, los almacenes sin repuestos, el Erario con 11.000,000 de duros de deudas atrasadas, inclusa la de 380,000, solo á la guarnicion, de la cual una parte se habia sublevado y fue

contenida por la energia de su antecesor: tal era el estado de fuerzas, haberes y existencias que encontró el General Pezuela en la Capital cuando en 7 de Julio de 1816, tomó posesion del Vireinato.

Seis años de una guerra activa y dispendiosa habian reducido á tales términos los recursos de aquel rico pais; y aunque las armas del Rey dominaban en todas partes, por consecuencia de sus recientes victorias, no era fácil sostener una administracion militar y política tan vasta y cumplida, como peligrosa. Desalentado el Gobierno de Buenos-Aires de la guerra por el alto Perú, tan desastrosa para sus armas, dirigió todos sus esfuerzos contra el reino de Chile, para emprender por el mar Pacífico sus ataques contra el corazon del Vireinato. Batido á principios de 1817 el ejército real de Chile, y mal defendido aquel territorio, cayó casi todo él en poder de los enemigos. El Virey Pezuela habia conocido muy de antemano el objeto de los disidentes, y enmedio de la estraordinaria falta de recursos, formó con la mayor actividad y economia, una espedicion de 3,600 hombres, que unidos á los 2,000 que aun se sostenian en la provincia de la Concepcion, bastaban

para recuperar el reino de Chile. Verificado el desembarco de la espedicion, y reunidas las fuerzas del Rey á las órdenes del General Osorio, batieron el 19 de Marzo de 1818 al ejército enemigo en Cancharayada; pero rehecho este á las inmediaciones de la Capital, derrotó quince dias despues al ejército real en la batalla del Maipú. Esta inesperada desgracia fue de fatales consecuencias; pero ni puede achacarse ni menoscabar el mérito contraido por el Virey en el apresto y direccion de todos los medios para un probable resultado. Los auxilios que se preparaban en la Peninsula salieron de Cadiz despues de perdida la batalla del Maipú, y no podian servir para evitar el desastre de Chile. Tampoco sirvieron para remediarle despues. La fragata de guerra Maria Isabel, y muchos de los buques que convoyaba, cayeron en poder de los enemigos; y de la espedicion de los navios S. Telmo, Alejandro y fragata Prueba, solo esta arribó á las costas del Perú. Dueños los insurgentes del mar Pacífico, les era fácil invadir cualquier punto de la linea maritima del Vireinato, y escitando en el pais el espíritu de independencia, introducir una guerra temible para la causa española. No

se desmintió en aquellas circúnstancias el activo celo del Virey Pezuela: formó en Arequipa un cuerpo de reserva de 2,500 hombres para atender á aquellas costas, reforzó la importante plaza de Guayaquil, y puso en un respetable estado de defensa la del Callao y sus fuertes. En Febrero de 1819 se presentó el célebre aventurero inglés Lord Cocrane, y atacó este puerto en ocasion de hallarse el Virey á bordo de un buque de guerra de la Marina Real, revistando los fuertes y defensas marítimas; pero tuvo que desistir de su empresa y retitarse maltratado, despues de un vivo cañoneo que duró tres horas.

Apercibido de nuevo con mas fuerzas y grandes aparatos incendiarios, volvió en 29 de Setiembre, y despues de hacer arrogantes intimaciones al Virey para que rindiese la plaza y fuertes del Callao, despreciadas estas, emprendió siete ataques consecutivos, en todos las cuales fué felizmente rechazado, teniendo al fin que retirarse con muchas averias, volados sus brulotes, é inutilizados sus famosos cohetes ó la congreve.

Lleno de cuidados de tanta importancia, no desatendió el Virey Pezuela los demas ramos de su vasta administracion: y para conservar el in-

menso territorio de su mando, empleó una laboriosidad incansable, y las contínuas fatigas alteraron su salud, y debilitaron la robustez de su temperamento; 23,000 hombres de todas armas bien provistos de todo lo necesario, y una numerosa artilleria, servian en fines de 1820 la causa de la España en el Vireinato del Perú, y hubieran podido llevar la guerra á otros puntos á no haberlo impedido la deplorable falta de superioridad marítima. En este estado desembarcó en las costas al Sur de Lima el general insurgente San Martin con fuerzas respetables; y sin embargo de los auxilios que recibió de los parciales que hallaba en el pais, no se atrevió á atacar al ejército del Rey que defendia la capital, ni obtuvo, en el término de cinco meses, ninguna de aquellas importantes ventajas que presagian un triunfo definitivo. Disponíase el Virey á buscar al enemigo sin desatender la capital, cuando tuvo lugar la insurreccion militar que le depuso del mando, y que forma, como hemos dicho al principio, uno de los sucesos mas importantes de la época, no solo por el influjo que tuvo en la pérdida para la Nacion de aquellas posesiones, sino tambien por las consecuencias que para la misma ha tenido la vuelta

á España de los principales agentes y promovedores de tan escandaloso acto de insubordinacion militar.

Preciso será pues detenernos en este periodo, refiriendo los hechos segun aparecen de los documentos que tenemos á la vista, y dejando para la historia su calificacion, ya que á nosotros solo nos sea dado sufrir y llorar sus calamitosos resultados.

Una parte del ejército acababa de hacer un movimiento sobre Chacay á las órdenes del brigadier D. José Canterac, y á su regreso á la posicion de Aznapuquio, en un conciliábulo entre varios gefes se forjó una representacion (*) en que manifestaban «que al ver desmoronarse el » edificio político en aquella parte de América; » que al notar un aumento progresivo en el ene» migo, y una decadencia rápida en los medios » de defensa; al ver que la falta de recursos de» jaba nulos los planes mas bien combinados; » que las providencias del Gobierno que mas pro» fundo silencio exigian eran sabidas del enemi» go y del público, antes que de los mismos en-

(*) Véase el Manifiesto publicado por el Ex-Virey del Perú, D. Joaquin de la Pezuela, impreso en Madrid en 1821.

» cargados de su ejecucion; al ver rodeado el
» Gobierno de personas sospechadas de los bue-
» nos, sino declaradas abiertamente por enemi-
» gas de la Nacion; al ver próximo á una com-
» pleta ruina el Vireinato, y con él la América
» toda, y ajado el pundonor nacional; al verse
» dirigidos por un Gobierno que carece de ener-
» gia en sus providencias, insubsistencia en sus
» planes, que no disfruta de ningun concepto en
» el ejército ni en los pueblos, y por lo tanto no
» respetado de nadie;» por todas estas supuestas
razones, y por otras cuya enumeracion seria de-
masiado difusa, y que pueden verse en el mani-
fiesto citado, concluian con estas notables palabras:
» Los que suscriben no ven otro medio para llenar
» estos objetos, para conservar á la Nacion estos
» paises y dejar bien puesto el honor nacional,
» que el de que V. E. deposite en otras manos
» el Gobierno de un pais que en las suyas está
» perdido. Estas son las del Excmo. Sr. D. José de
» la Serna, designado por la opinion del egercito y
» de los pueblos.... Si V. E. accediese á lo
» que llevamos propuesto, y cuya contestacion
» aguardamos en el término de cuatro horas, el
» ejército sale garante del buen trato y respeto

» de todos á V. E., á su familia y allegados, hasta ponerse á bordo de la fragata inglesa Andrómaca, si su Comandante lo admitiese, ó en otro buque español que se destine á conducir á V. E. á Panamá, advirtiendo que uno y otro se debe verificar en el parentorio término de veinte y cuatro horas; en la inteligencia de que los gefes que firman tienen tomadas sus medidas, para que se verifique cuanto llevan indicado.» Esta representacion ó mas bien mandato imperativo, estaba firmado en Aznapuquio el 29 de Enero de 1821, por *D. José Canterac—D. Geronimo Valdes—El Marques de Valleumbroso—D. Ignacio Landazuri—D. Ramon Garcia—D. Ramon Gomez de Bedoya—D. Mateo Ramirez—D. Andres Garcia Camba—D. Francisco Narvaez—D. Francisco Ortiz—D. Antonio Tur—D. Agustin Otermin—D. Fulgencio de Toro—D. José Ramon Rodil—D. Pedro Martin—D. Antonio Seoane—D. Manuel Bayona—D. José Garcia—y D. Valentin Ferraz.*

En la mañana del citado dia 29 de Enero pusieron todos los cuerpos sobre las armas, abusando de su posicion y de la obediencia militar; y sin indicar el objeto, adelantaron una compañia de gra-

naderos con dos piezas de artilleria hácia el camino de Lima, con orden de hacer fuego sobre cualquier grupo que se presentase. En tal actitud remitieron la citada intimacion al Virey, por mano del secretario de la junta de generales, el Coronel D. Juan Loriga. Sorprendido aquel con la lectura de tan escandaloso como inesperado documento, no desconoció los graves males que podrian resultar de una oposicion armada. Hallábase sin mas fuerzas que una compañia de granaderos del regimiento del Infante D. Cárlos, única que habia quedado para la custodia del Palacio, pues las cortas de caballeria ó infanteria que se hallaban acampadas á las inmediaciones en el pueblo de Lurigancho, se habian reunido la noche anterior al grueso del egército en Aznapuquio, sin noticia del Virey, y por disposicion de los conspiradores. Verdad es que una poblacion de 70,000 almas, que al parecer no tomaba parte en el movimiento, podia prestar recursos para frustrarlo; pero conoció el Virey que la resistencia armada por su parte suscitaria una guerra civil, y pondria el pais á discrecion de las armas invasoras de Chile y Buenos Aires, que se hallaban á pocas leguas de distancia; y sus gefes confiaban mas en las

discordias intestinas de los Españoles que en el poder de sus armas.

En tal conflicto, avisó el Virey al Teniente General D. José de la Serna, para que montase al momento á caballo y se presentase en el campamento, avistándose antes con él para recibir instrucciones, pues creia que en el mero hecho de ser proclamado su sucesor, y por sus íntimas relaciones con los gefes del complot, ó podria con su ascendiente calmar el alboroto ó darle una forma menos irregular. Contestó el General la Serna: «Que el lance era muy apurado, y que él no queria comprometerse:» escusa que lleva en sí misma su calificacion, y que hizo perder al Virey toda esperanza de mantener su autoridad. Disimulando sin embargo la violencia de su situacion, mandó reunir la junta de Generales que estaban precisamente citados, incluso la Serna, para tratar en la misma mañana acerca de las medidas de defensa que convendria adoptar contra un plan de ataque combinado, que segun noticias iban á intentar los enemigos contra la Capital; y consultó con ellos la contestacion dada á los gefes del ejército, en que manifestaba acceder á entregar el mando al General la Serna, no

sin graves cargos á los gefes sublevados; pero el silencio y debilidad de los que componian la junta á vista de un hecho tan atroz y escandaloso, le hicieron conocer que si algunos no estaban en el fondo del proyecto, abandonaban la autoridad legítima á la arbitrariedad de la fortuna, sin que ninguno tuviera el valor necesario para manifestar enérgicamente su desaprobacion.

Entretanto llegó del campamento un oficial de Estado Mayor anunciando de parte de los gefes, que trascurrido el término de las cuatro horas, que se le habia fijado para la resignacion del mando, si dentro del perentorio de tres cuartos de hora no recibian la respuesta conforme á sus deseos, marcharian sobre la Capital. Ofició nuevamente el Virey manifestando estar dispuesto á verificarlo en el tiempo necesario para la egecucion, y acompañando la órden relativa al mando del ejército. Pero los gefes sublevados contestaron con el siguiente oficio, que creemos deber consignar aqui como un documento histórico: « Excmo. Señor.—El oficio de V. E., contestacion á otro de los gefes que suscriben, no llena el objeto que se han propuesto. El ejército se halla sobre las armas con todos sus gefes á la cabeza sin escep-

tuar uno, y no las dejará hasta que obtenga la órden de reconocimiento de Virey á favor del Excmo. Sr. D. José de la Serna, y queden asegurados de que otra igual se ha dado á las demas autoridades, cesando V. E. desde aquel instante en todas sus funciones. Y para acordar el tiempo necesario á la entrega que V. E. indica, pasan á esa Capital el Coronel *Marqués de Valle-umbroso*, y el Teniente Coronel D. *Antonio Seoane*, diputados por el ejército. Devolvemos la órden general de hoy que V. E. remitió, porque el empleo de General en Gefe ó Capitan General está unido al de Virey, que dejamos solicitado.—Dios etc.—Campamento de Aznapuquio, Enero 29 de 1821.—Siguen las firmas.»

En consecuencia dimitió el General Pezuela el mando en la Serna, y desocupando inmediatamente el Palacio, se retiró con su familia á una casa de campo distante media legua de la Capital, hasta que se presentase ocasion de regresar á la Península, y dejar un pais en el que habia prestado tan grandes servicios durante 16 años. Los mas respetables Magistrados de la Real Audiencia, aunque indignados por el atentado que se cometia con su Presidente, atendiendo á lo

crítico y singular de las circunstancias, le aconsejaron que renunciase la ambicionada autoridad, y elogiaron la moderacion de su conducta.

Una insurreccion puramente militar, en que no tuvo el pueblo la menor parte, faltando á los mas sagrados deberes de la milicia, derrocó el poder de la autoridad legítima, y lejos de conseguir las ventajas que hacian esperar los ambiciosos que á ello contribuyeron, acabaron por destruir completamente el dominio de las armas españolas en aquellos ricos paises. El abandono y pérdida de la Capital fue el primer hecho importante que se siguió á la destitucion del Virey; y aunque las superiores fuerzas del ejército del Rey mantuvieron por algun tiempo la lucha contra los insurgentes, y obtuvieron algunos triunfos, fueron estos ineficaces, porque la autoridad real habia perdido su prestigio, y no era posible al General la Serna reunir y tener en obediencia y respeto á todos los elementos que habia para la dominacion del pais. El General realista Olañeta con parte de las tropas del alto Perú, desconoció posteriormente la autoridad del intruso Virey, y levantada la discordia entre constitucionales y realistas, se encendió una cruda guerra entre los de-

fensores de la causa española. La desastrosa batalla de Ayacucho acabó con nuestra dominacion en el Perú; la capitulacion que se siguió y las demas consecuencias son harto conocidas, y no nos detendremos en referirlas, por no permitírnoslo el estrecho círculo á que debemos reducirnos. Olañeta peleó todavia algunos meses despues por la causa del Rey, y aunque la Serna y sus parciales le acusaron de rebelde y traidor, nunca se sometió á los enemigos de España, y murió batiéndose por ella y por su Rey en la accion de Tumusla, último combate de las armas españolas en el Perú. Los principales gefes de Ayacucho y de la sublevacion de Aznapuquio existen entre nosotros. La conducta de la mayor parte al regresar á la Península, sus servicios durante la época del despotismo, y los hechos posteriores durante la revolucion, han dado lugar á que se crea generalmente que existe una liga formada entre ellos para dominar en su patria bajo cualesquiera principios, á la que la odiosidad pública ha dado el nombre de aquella desastrosa batalla.

La historia los juzgará con la severidad á que se han hecho acreedores. Para contribuir á aquel juicio consignaremos aquí un estraño documento,

dejando á nuestros lectores el cuidado de comentarlo, omitiendo nosotros el hacer reflexion alguna sobre él por estar firmado por un general que pereció víctima de otra escandalosa insurreccion militar. El documento á que nos referimos es una carta escrita al Presidente Bolivar por el general Canterac, despues de la batalla de Ayacucho. Dice así: A. S. E. el Libertador de Colombia—Huamanga, Diciembre 12 de 1824— « Tan ardiente amante como soy de la gloria, aunque vencido, no » puedo menos de congratular y felicitar á V. E. » en la feliz conclusion y término de su espedicion » al Perú, en el sangriento y bien disputado dia de » Ayacucho. Tomo esta oportunidad para tener el » honor de ponerme á la disposicion de V. E, y » saludarle en nombre de los *demas generales es-* » *pañoles.*—De V. E. afectísimo y seguro servidor » Q. S. M. B.—José Canterac. » (*)

Antes de estos tristes acontecimientos, tres veces habia renunciado el general Pezuela el Vireinato, y otras tantas se le mandó que continuase en él, en los términos mas honoríficos, á pesar de haber ocurrido en España el estraordinario cambio de instituciones, y la variacion consiguien-

(*) *Galignanis Messenger* de 28 de Mayo de 1825.

te en la política del gobierno: tal era el elevado concepto que á este general le habian dado sus servicios.

Para no caer en manos de los insurgentes se vió obligado á embarcase el 27 de junio de 1821 desde una playa desierta, en una miserable canoa de indios; y trasbordado con mucho riesgo en alta mar á un buque estrangero, llegó al Janeiro sin mas equipage que el vestido puesto, y habiendo perdido en el Perú casi todo lo que poseia.

En 1824 fue impurificado, á pesar de que era notorio que los decretos vigentes no le sugetaban á purificacion, y de que tanto en España como en América los periódicos de entonces le designaban, á instigacion de sus enemigos, como desafecto á la Constitucion y á las ideas liberales. Conoció el Rey la imparcialidad é injusticia de la junta de purificaciones en aquel caso, y declaró *motu propio* purificado al general Pezuela, dejando á salvo su derecho para recurrir contra quienes le hubiesen agraviado; pero el noble carácter del general no se desmintió en aquella ocasion, perdonando y olvidando á sus perseguidores.

En 1825 fue nombrado Capitan General de Castilla la Nueva, y Presidente de la famosa junta

de purificaciones; encargo que no podia menos de ser un escollo insuperable para un hombre de su moralidad y rectitud de principios. Reclamó contra el modo de proceder en aquellos juicios, pidió al Rey que se abandonase el camino de intolerancia y persecucion que se seguia, y manifestó que por aquellos medios no se calmarian las pasiones ni pacificaria el Reino; pero el gobierno de aquella época, impulsado por el deseo de venganza del partido estremo que dominaba, oyó aquellas manifestaciones con acerbo disgusto y desconfianza, y trató de deshacerse de un hombre, cuyas máximas de gobierno no estaban en armonia con las suyas. No tardó en presentarse una ocasion oportuna. El coronel Ceberg, secretario de la junta y suizo de nacimiento, acusó al Capitan General de haber manifestado en junta plena la opinion de que todos los militares que no habian tomado parte activa y personal en los actos de las pasadas revueltas, y habian seguido constantemente sus banderas, debian ser purificados sin mas pesquisas ni dilaciones, y colocados en el ejército segun su mérito y servicios anteriores. Esta opinion, contra la que no parecia posible suscitar oposicion racional, fue el fundamento de la acu-

sacion de Ceberg y dió lugar á la inmediata destitucion del general Pezuela. Siguiose de aqui una larga causa sin mas resultas que la mencionada destitucion, conservando al coronel Ceberg en el puesto desde donde habia lanzado á su respetable gefe. (*)

Resignóse el General Pezuela, y se retiró enteramente de los asuntos públicos, persuadido de que su carrera en el mundo político estaba concluida. El Soberano no dejó de darle pruebas de benevolencia, y se dignó declarar por real órden de 26 de Junio de 1825 lo satisfecho que estaba de los brillantes méritos y conocidos sacrificios, que en defensa de su Corona habia prestado en todas épocas, y particularmente en la que con tanto celo, prudencia y pundonor desempeñó el delicado y espinoso cargo de Virey.

(*) El coronel Ceberg al oir al Presidente de la Junta esplicarse de la manera que hemos manifestado, se dirigió á él preguntándole arrogantemente: « ¿Y qué haria V. E. con los gefes y oficiales que nos hemos unido á los cuerpos realistas ó al ejército auxiliar del Sr. Duque de Angulema? » El general le respondió con imperturbable calma: « Si proceden de los cuerpos que servian en el ejército constitucional, prenderlos y juzgarlos con arreglo á ordenanza. » Es necesario trasladarse á la época de persecucion de 1825 para conocer el mérito de estas manifestaciones.

El último tercio de su vida fue acibarado por disgustos y contratiempos, que abreviaron el término regular de sus dias.

Murió el 16 de Setiembre de 1830, en Madrid, con la resignacion y piedad cristiana que le habia distinguido siempre en el curso de su vida. Fue religioso, humano, de puras costumbres, afable en su trato, y tan generoso, que teniendo una numerosa familia, entregó mas de 35,000 duros para mantener al soldado en los apuros del Erario. No dejó á sus hijos mas bienes de fortuna, que ejemplos de virtud que imitar, circunstancia que atendiendo á los muchos años que egerció elevados empleos en América, hacen en esta parte su mayor elogio.

Hemos bosquejado rápidamente la vida de un General dedicado por espacio de 55 años al servicio de su Rey y de su patria, y en vano hubiera sido exigir de un hombre de sus sentimientos, la participacion de las ideas que, por decirlo asi, empezaron á progresar en España en la época en que él entraba ya en la senectud.

Los gefes que contra él se sublevaron, procuraron desacreditarle por cuantos medios podian, para minar y destruir su autoridrd. Acusábanle

de no conocer los principios de la táctica moderna, ó si los conocia, de una oposicion sistemática y tenaz á ponerlos en egecucion. Empleado en América desde 1804, no habia hecho la guerra de la Península contra Napoleon, y de aqui pretendian una superioridad de saber y esperiencia sobre su Gefe, porque no habia visto las grandes maniobras estratégicas de los ejércitos del Capitan del Siglo. Pero el General Pezuela habia sido educado en el Real Colegio Militar de Artilleria, que era la mejor escuela de la Península, donde se sabia que la estratégia es tan antigua como el arte militar entre los hombres; pasaba en su cuerpo por un oficial muy instruido y aplicado, y tenia la esperiencia que dan las muchas campañas en que habia estado. Habia mandado en Gefe, y como hemos visto, obtenido señaladas victorias y dado muchos dias gloriosos á su patria, al paso que sus detractores é insubordinados subalternos, perdieron los paises que él habia conservado á la Metrópoli por tanto tiempo.



M. DE LA MENNAIS.

Personages celebres del Siglo XIX.

M. DE LA-MENNAIS.

«No tenemos que negar ninguna de nuestras palabras en cuanto son sinceras; pero nós hemos equivocado muchas veces, y hasta gravemente.»

LA-MENNAIS.

Es preciso no exigir de los hombres ni de los entendimientos sino lo que pueden dar en cada época.

THIERS—*Historia de la Revolucion Francesa.*

Si la suerte te llevase alguna vez, amado lector, á París, y á la hermosa calle de Rivoli, formada con suntuosas casas tiradas á cordel, y te fuera dado hallarte enfrente de un hombre pequeño, sumido en una estensa bata de cuadros

azules; si vieras á este personaje, débil de cuerpo, de rostro pálido y flaco, marcado con un sello de sufrimiento y resignacion; si le vieras turbarse casi á tu aspecto, levantar de vez en cuando hácia ti sus miradas tímidas; hablando con una voz tan débil que apenas llega á tu oido, recogiéndose unas veces sobre sí mismo, como sumido en una profunda meditacion, mirando hácia adentro, calzándose y descalzándose su chinela, ó tomando polvos sin cesar y á puñados de una gran caja; te costaria algun trabajo reconocer bajo aquella mezquina envoltura á uno de los mayores agitadores de nuestra época, un sacerdote que conmueve las masas sin otra palanca que su pluma, sin otro apoyo que su alma ardiente, y cuyas páginas, esparcidas por el mundo, escitan tantas tempestades como en otro tiempo las bulas fulminantes de Gregorio VII, las thesis facciosas de Lutero, ó en nuestros dias las descabelladas arengas de O' Connell.

Jamás nos pareció mas difícil el ser biógrafos, que al pronunciar este nombre, en cuyo alrededor luchan admiraciones apasionadas, y fogosas enemistades. ¿Cómo trazar en pocas palabras, sin amor y sin odio, y de consiguiente con la

probabilidad de disgustar á todo el mundo, las grandes metamorfosis de esta estraña figura de cenobita y de tribuno? ¿Con qué lazo unir á Mr. de La-Mennais, el católico ultramontano, con Mr. de La-Mennais, el heresíarca, el neo-cristiano? ¿Cómo sondear á Mr. de La-Mennais el absolutista, y á Mr. de La-Mennais el republicano? al que escribia en 1808: «La politica que sugeta el Soberano al pueblo y el poder al súbdito, es una política *absurda y criminal*» y el que escribia en 1835: «En una sociedad libre, el poder, simple egecutor de la voluntad nacional, no manda, *obedece*?» ¿Seria preciso esplicar tan radical trasformacion por consideraciones mezquinas de orgullo lastimado, de ambicion burlada, de cólera ó de venganza? Para los que conocen la austera simplicidad de este hombre, su despego de las cosas terrestres, y la pureza de su vida; para los que saben que el autor del *Ensayo sobre la indiferencia* rehusó en otro tiempo cambiar su sotana de Cura por la púrpura de Cardenal, una solucion de esta clase pareceria una mentira, y una injuria á un mismo tiempo. Seria pues preciso buscar en regiones mas elevadas la causa de esta revolucion

intelectual, odiosa apostasia para los unos, sublime conversion para los otros, y que para nosotros no es mas que una demostracion grave y profunda de la accion incesante de los grandes hechos esteriores, sobre las ideas preconcebidas.

Bajo el punto de vista psichológico, la personalidad de Mr. de La-Mennais presenta tres distintas faces. Hay en ella el lado filosófico, el religioso, y el político. Ese triple pensamiento principia manifestándose al mundo bajo tres símbolos: en filosofia, el dogma de la razon general, la autoridad del género humano; en religion, la teocracia católica, la infalibilidad de la Iglesia; en política, la realeza de derecho divino, la legitimidad. Entre estos tres símbolos, estrechados primero por un poderoso pensamiento en una reunion forzada, hay lucha, lucha tempestuosa y complicada de influencias esternas; la lucha se prolonga diez y siete años, desde el *Ensayo sobre la indiferencia* hasta las *Palabras de un Creyente*. El dogma filosófico vence por fin, absorve en él sucesivamente á los otros dos, y los trasforma del todo: la realeza de derecho divino desaparece ante la soberania del pueblo; la inmovilidad católica cede el puesto al dato de

progresion cristiana, y se cierne sobre ambos, como una bandera, el gran principio de perfectibilidad indefinida del género humano; ese gigante que, segun las hermosas palabras de Mr. de Chateaubriand, « crece siempre, siempre, y cuya frente, remontándose hasta los cielos, no se detendrá sino á la altura del trono del Eterno. »

Habria materia para grave enseñanza del análisis de esos combates interiores, en el bosquejo de ese choque de ideas, cuyo campo de batalla es una vasta inteligencia, adolorida del gran malestar que agita al mundo social; pero un trabajo de esta clase, ademas de espantar nuestra debilidad, nos alejaria completamente del plan que nos hemos propuesto; nos contentaremos pues con aclarar en esta biografía los puntos principales, dejando al cuidado del lector, en cuanto posible sea, el deducir la sentencia moral, y resolver por sí mismo la cuestion de bien ó de mal, de verdad ó de error.

Roberto-Felicidad de La-Mennais, nació en San Maló, en Junio de 1782, de una familia de armadores, ennoblecida por Luis XIV. Perdió su madre muy jóven, y su padre, ocupado en cuidar de su comercio, y arruinado por el emprés-

tito forzoso y las presas de los Españoles, le dejó casi abandonado á si mismo desde su tierna edad. Educado en la soledad, privado de las caricias y cuidados maternales, que refrescan el alma y dulcifican el corazon, el jóven La-Mennais manifestó sin embargo desde un principio un ardor instintivo de saber, una escesiva petulancia de carácter, y un génio indomable. Despues de algunos inútiles ensayos, no pudieron hacerle aceptar otro maestro que una vieja ama de gobierno que le servia de madre, y que á fuerza de paciencia consiguió enseñarle á leer. A los nueve años le dió su hermano mayor Mr. Juan de La-Mennais las primeras nociones de latin; pero pronto, cansado del preceptor, el indómito escolar se empeñó en acabar solo su educacion á fuerza de diccionarios, y este método espeditivo le salió bien, pues á los doce años leia á Plutarco y Tito Livio. Por aquella época quedó al cuidado de un tio que vivia en el campo; y el buen hombre, no sabiendo cómo hacerlo, le encerraba para castigarlo dias enteros en su biblioteca; pronto se aficionó tanto á su prision el revoltoso escolar, que no queria salir de ella. La biblioteca tenia dos divisiones; en la una estaban reunidos

todos los libros peligrosos, heterodoxos, filosóficos etc., y la llamaban el *infierno.* Habiase prohibido la entrada al jóven Roberto, quien por esta misma razon, se arrojaba de cabeza en el infierno, leyendo cuanto le venia á la mano, devorando con avidez á J. J. Rousseau, á la edad en que se juega al trompo; y olvidando su almuerzo para seguir en sus escursiones místicas á Mallebranche. En un entendimiento de temple vulgar, semejante lectura indigesta y sin eleccion hubiera podido producir funestos resultados; en Mr. de La-Mennais, al contrario, este flujo de sistemas contradictorios, sirvió solo para fortalecer la precoz madurez de su juicio, y para desarrollar poderosamente una predisposicion instintiva hácia los fervores religiosos, á las piadosas efusiones. Ciertas inteligencias, concentradas y espansivas á la vez, tienen el privilegio de recorrer desde quince años la escala de deducciones que conduce desde las cosas visibles á las invisibles, de las bellezas de la naturaleza á la grandeza de Dios. Mas adelante, cuando llegó la edad crítica, la de las pasiones, todo hace creer que aquella organizacion impresionable sufrió fuertes sacudimientos.

Despues de aquel pasagero entòrpecimiento, la fé religiosa de Mr. de La-Mennais se despertó mas viva y exigente; se apartó del mundo, se sumió con nuevo ardor en el estudio, para sacar de él alimentos de creencia; y á los 22 años, cuando hizo su primera comunion, tenia ya una vocacion decidida para el sacerdocio; en vano su padre se esforzó, á pesar de sus desgracias, por inspirarle aficion á las operaciones comerciales; el jóven se conformó mientras llegaba el tiempo en que pudiera seguir sus instintos religiosos, y entró en clase de profesor de Matemáticas en el Colegio de San Maló. Por aquella época, en 1807, publicó una traduccion llena de dulzura y de gracia, el *Guia Espiritual*, pequeño libro ascético de Luis de Blois. Al año siguiente, en 1808, aparecieron las *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia*. Este libro, primer grito de guerra dado por Mr. de La-Mennais contra la indiferencia religiosa, se distingue por una acritud de palabras, y un vigor de pensamientos llevados hasta la exageracion. Trátase alli al materialismo filosófico del último siglo con notable verbosidad de cólera y desden; y aunque el color político del libro era la glorificacion y apologia del despotismo, la po-

licía imperial se alarmó por algunas ideas atrevidas sobre la renovacion del Clero en Francia, y se apoderó de la obra. Poco despues, el año de 1811, se tonsuró Mr. de La-Mennais y entró en el Seminario de San Maló. La obra titulada *Tradicion de la Iglesia sobre la institucion de los Obispos*, que apareció en 1812, fue principiada allí, por Mr. de La-Mennais, en union con su hermano, Superior del Seminario, y acabada bajo las sombras de La Chenaie, pequeña posesion aislada á la entrada de un bosque entre Dinan y Rennes, donde mas adelante ha ido con frecuencia Mr. de La-Mennais á forjar nuevas armas para combatir lo que entonces defendia. La obra de que se trata, recomendable por su grande erudicion teológica, tenia por objeto refutar la opinion emitida por los Abates de Pradt, Gregorio, y Tabaraud, que sostenian que la eleccion de los Obispos no necesitaba para ser válida la sancion pontifical.

Despues de la publicacion de esta obra, Monsieur de La-Mennais pasó á Paris á principios de 1814. El astro imperial se oscurecia. Encerrado en un mal cuarto de la calle de Santiago, el desconocido y oscuro Diácono parecia adivinar de antemano que iba á agrandarse su papel; prepa-

rábase á saludar á los Borbónes con un *viva*, y á Napoleon caido con un anatema. El *Memorial en derecho* que publicó contra el *Hombre sediento de crímenes*, verdadero en el fondo en lo relativo á la organizacion de la Universidad imperial, á la que mas especialmente atacaba, pero injusto en cuanto al Emperador, merece ser colocado entre los rencorosos opúsculos que aparecieron en aquella época de trastorno y de pasiones, en que se cuidaba mas de herir fuertemente que con justicia. Cuando los *Cien Dias*, la llegada repentina de aquel á quien acababa de ultrajar, le inspiró sérios temores, y juzgó prudente pasar á Inglaterra. A su llegada á Lóndres, el pobre breton se hallaba desprovisto de todo recurso; nacido en la misma calle que Chateaubriand, tal vez en su destierro se refugió en el mismo arrabal, donde se ocultaba diez y seis años antes el autor de los *Mártires*.

Provisto de una carta de recomendacion para Lady Jerningham, hermana de Lord Staffort, el futuro tribuno sacerdotal fue á solicitar humildemente un empleo de preceptor; y la noble dama, despues de haberlo mirado de los pies á la cabeza, lo despidió, por el juicioso motivo de

que tenia *el aire demasiado tonto.* Mr. de La-Mennais se complace en contar esta anécdota; y puede creerse que si Lady Jerningham vive aun, piensa en el dia sin duda que dista mucho el aire de la cancion. Despedido de aquel modo, tuvo Mr. de La-Mennais la felicidad de encontrar un asilo junto al Abate Caron de Rennes, que dirigia entonces un Colegio de jóvenes emigrados, cerca de Lóndres. Alli permaneció siete meses, desempeñando las elevadas funciones de maestro de estudios. A su vuelta á Paris, entró primero en el Convento de monjas Fulenses, que abandonó despues por el Seminario de San Sulpicio. No permaneció alli mucho tiempo, pues incapaz de doblegarse á la rigidez de la regla, se ausentó bruscamente de él, y volvió á las Fulenses. Por último, en 1816, á la edad de 34 años, fue á ordenarse de Sacerdote á Rennes, y regresó á las Fulenses para concluir el primer tomo del *Ensayo sobre la indiferencia*, que apareció en 1817. Hemos llegado al primero y mas luminoso punto de esta carrera tempestuosa; Mr. de La Mennais atravesaba de repente con paso de gigante el abismo de iniciaciones dolorosas, que separa la oscuridad de la gloria. Aquel genio poderoso,

como desparramado hasta entonces, acababa de concentrar todos sus rayos; y en un solo dia, el humilde Sacerdote se encontraba, como ha dicho uno de sus discípulos (*) revestido del poder de Bossuet.

Cuando apareció el *Ensayo sobre la indiferencia*, las deliciosas páginas del *Génio del Cristianismo*, habian contribuido ya poderosamente á depurar el cuerpo social, arrojando á la incredulidad de las regiones del corazon; pero la serpiente se habia refugiado en el cerebro, y desde alli, circuida de un enorme muro de falsa erudicion y de filosofismo, desafiaba á todos los ataques. Mr. de La-Mennais emprendió forzarla en su guarida; y armado de un estilo de gran nervio y de una lógica de hierro, pronto hubo desecho todo aquel aparato de ciencia, y causado al enemigo una herida mortal. Su libro fue como un trueno; el antiguo Vaticano tembló de alegria sobre su base; la Europa se conmovió, y se espantó el *Constitucional*. Sin embargo, aquel primer tomo, esclusivamente polémico, despues de haber taladrado los argumentos de la incredulidad, dejaba aun

(*) Lacordaire.— *Consideraciones sobre el Sistema filosófico de Mr. de La-Mennais.*

sin solucion el gran problema de la Fé ¿Dónde estaba su origen? ¿Cómo lograr discernirlo? Unido ya á las notabilidades monárquicas de la época, y arrastrado tambien á la arena política, Mr. de La-Mennais, que defendia entonces en el *Conservador* la alianza del Trono y del Altar, hizo esperar durante dos años la continuacion de su obra; al fin apareció el segundo volúmen, y dividió violentamente los espíritus. Mr. de La-Mennais, innovador atrevido, intentaba reconciliar dos potencias hasta entonces enemigas; la filosofía y la religion Rechazando el sistema de Descartes, edificado sobre la evidencia y la razon individual, subia á la corriente de los siglos, seguia paso á paso la trasmision de la verdad al través de ellos, y fundaba la certitud en la autoridad del género humano; despues analizaba la tradicion humana, la aproximaba al dogma católico, establecia su perfecta concordancia, y llegaba á concluir, que la verdad catolica se deduce no solo de la revelacion, sino tambien de la autoridad tradicional del género humano

Este nuevo sistema, al que llamaba Mr. de La-Mennais la filosofia del sentido comun, encontró, especialmente en el alto clero, fuertes an-

tipatías. Mezclar de este modo la filosofia con el catolicismo, cuando el catolicismo no gusta de la filosofia, y cuando la filosofia pretende absorver el catolicismo, era una empresa atrevida y llena de peligros; de temer era que la inflexibilidad del dogma revelado se sublevase contra el sospechoso auxiliar que se le pretendia unir, y que Mr. de La-Mennais se viese precisado á optar entre dos sistemas rivales. La Sorbona, depositaria de las viejas tradiciones, pensó en combatir esta nueva invasion del racionalismo; mientras disponia sus armas, Mr. de Bonald escribia al autor del *Ensayo*: *dejad vocear á todas estas ranas;* y la parte vivaracha de la Iglesia acogia con trasportes de júbilo esta teoria brillante, que le parecia destinada á rejuvenecer un dogma envejecido. Mr. de La-Mennais publicó sucesivamente una defensa de su sistema, y otros dos volúmenes destinados á corroborarlo. En estos dos últimos libros dió muestras Mr. de La-Mennais de una espantosa erudicion; descubridor infatigable, acumuló los testos, pasó revista á todos los siglos, á todos los pueblos, á todos los lugares, y reuniendo las esparramadas tradiciones de cada fraccion de la humanidad, formó con ellas

la haz colosal de la tradicion humana. Concluida en 1824 aquella grande obra, el sacerdote católico pasó á Roma á deponer su obra á los pies del Santo Padre. Recibido con bastante frialdad por los miembros del Sacro Colegio, encontró Mr. de La-Mennais en el Papa Leon XII un admirador y un apoyo: el Pontífice, que tenia en su oratorio el retrato de aquel á quien llamaba el último Padre de la Iglesia, le ofreció el capelo de Cardenal; pero Mr. de La-Mennais, presintiendo tal vez ya las futuras tempestades, rehusó aquella elevada dignidad y solo empleó su favor para hacer nombrar á la Nunciatura de Francia al Cardenal Lambruschini, convertido despues en uno de sus mas encarnizados enemigos.

De vuelta á Francia, despues de haber publicado una traduccion sencilla de la Imitacion de Jesucristo, pronto llegó Mr. de La-Mennais á la primera faz de esta revolucion interior de que ya hemos hablado. El ministerio Villele, á cuyo encumbramiento habia contribuido con todas sus fuerzas, perdia su valor á sus ojos; repugnaban á su alma, que no puede estar poseida moderadamente de un sistema, las pequeñeces y sutilezas del gobierno; las mezquinas exigencias de las

pandillas políticas iban á chocar contra aquella naturaleza indisciplinable; Mr. de La-Mennais creyó escuchar la voz de Dios, principió por despojarse de la fé monárquica, y se arrojó violentamente en el ultra-montanismo. Su obra de *La Religion considerada en sus relaciones con el órden civil y político*, fue una declaracion de guerra á las libertades de la iglesia galicana. Atacaba en ella fuertemente la declaracion de 1682 que las consagra, y se esforzaba por de pronto, esperando mejor ocasion, en establecer la supremacía absoluta del Papa en el órden espiritual. Acusado por este último libro ante el tribunal de Policia Correccional, fue defendido Mr. de La-Mennais por Mr. Berryer y condenado á 26 francos de multa; con motivo de aquel proceso fue cuando pronunció sus famosas palabras: « Sabreis lo que es un Sacerdote. » En 1829 publicó su obra de los *Progresos de la Revolucion y de la Guerra contra la Iglesia*; y cuando estalló la Revolucion de Julio, la saludó como la aurora de una república universal que soñaba ya, pero con la supremacía del Papa, y por las vias católicas. No contento Mr. de La-Mennais con soñar, se esforzó en trabajar para la realizacion de su sueño;

se rodeó de una falange de discípulos jóvenes ardientes y decididos; el abate Gerbit le llevó su pluma mojada en uncion evangélica; el abate Lacordaire su elocuencia de grandes imágenes y de colores vivos; Mr. de Montalambert su talento de un gusto elevado y la influencia de su posicion; todos emprendieron intrépidamente la obra de reconstruccion social, y en los primeros dias de Setiembre de 1830 se fundó *El Porvenir*, para que sirviera de órgano á los intereses católicos unidos á los liberales: « Vuestro poder se pierde, y con él la fé, decia *El Porvenir* al pontificado. ¿Quéreis salvar uno y otra? Unidlos ambas á la humanidad, tal cual la han hecho diez y ocho siglos de cristianismo. Nada hay estacionario en este mundo; reinasteis sobre los Reyes, y despues los Reyes os han sugetado. Separaos de los Reyes, tended la mano á los pueblos, que ellos os sostendrán con su robusto brazo, y lo que vale mas aun, con su amor. Abandonad los terrestres restos de vuestra antigua grandeza arruinada, rechazadlos con el pie como indignos de vos. » (*)

Este modo atrevido y nuevo de devolver al catolicismo una popularidad perdida, tuvo comple-

(*) *Asuntos de Roma*, pág. 26.

to éxito entre el bajo clero y las clases inferiores. El pueblo oia por primera vez á jóvenes levitas hablarle de libertad y de progreso social; veíales tomar la iniciativa en las cuestiones mas espinosas, abordarlas sin recelo, proseguirlas hasta sus últimas consecuencias; veia dos Sacerdotes y un Par de Francia constituirse maestros de escuela de su propia autoridad, y revindicar la libertad de la enseñanza en la barra del tribunal mas elevado del reino. El pueblo veia todo esto; no comprendia la intervencion del Papa en aquel asunto; pero como era cosa muy nueva, la aplaudia.

Por la misma razon, los altos dignatarios de la Iglesia francesa, fulminaban mandamientos contra aquella democrácia de sotana, y solicitaban vivamante de la Santa Sede una bula de censura. En Roma no sabian cómo habian de cerrar la boca á amigos fogosos, que querian absolutamente dotar al Papa de un poder espantoso. Ocho siglos antes, el ambicioso Hildebrando se hubiera arrojado al cuello de los redactores del *Porvenir*; pero Gregorio XVI hacia poco caso del agitado papel de dictador republicano; y sin embargo, á pesar de su poca simpatia por aquellas

atrevidas doctrinas, retrocedia ante una condenacion. Para salir de todas sus incertidumbres, anunció Mr. de La-Mennais que suspendia su periódico, y que él mismo iba á buscar á Roma una sancion ó una censura. Aquel viaje no tuvo al principio resultado alguno. Despues de muchas tentativas inútiles para conseguir una decision formal, Mr. de La-Mennais se habia decidido á regresar á Francia, anunciando su resolucion de volver á principiar sus trabajos, cuando al pasar por Munich recibió la famosa carta encíclica de 15 de Agosto de 1832, en la cual el Papa condenaba de la manera mas clara y positiva, aunque sin designarlas, las doctrinas del *Porvenir*. De regreso á Paris, Mr. de La-Mennais se apresuró á someterse, declarando que el periódico no saldria mas, y que quedaba disuelta la Agencia general para la defensa de la libertad religiosa.

Hecho esto, el vigoroso atleta dejó un momento la arena, pero era para volver pronto á ella. El Papa, poco satisfecho con la precedente declaracion, exigia ademas una adhesion absoluta á la encíclica: y como la encíclica llamaba á la libertad de conciencia *una máxima absurda, un delirio*; á la libertad de la imprenta, *una liber-*

tad funesta, de la cual no se podria tener bastante horror; y á la resistencia al Príncipe *un crímen*; Mr. de La-Mennais, poco convencido de la exactitud de aquellas calificaciones pontificias, repugnaba sancionarlas con su firma; por último, despues de muchas contestaciones y correspondencias, cuyos detalles serian demasiado largos; despues de una primera adhesion juzgada incompleta, y de una segunda considerada perversa por sus reservas, Mr. de La-Mennais se decidió á adherir *pura y simplemente*, «convencido, decia al Arzobispo de Paris, que firmando aquella declaracion firmaba implícitamente que el Papa era Dios, y dispuesto á firmarlo esplícitamente con tal de tener paz.» Tan brusca sumision encubria una sublevacion.

Mr. de La-Mennais, vencido en la apariencia, robustecia misteriosamente sus fuerzas en la soledad de La Chenaie, y se preparaba á dar el terrible grito de guerra que resonó de un estremo á otro de Europa. *Las palabras de un Creyente* se publicaron en Mayo de 1834. Al aparecer aquel manifiesto, arrojado bruscamente en nombre de Dios á la cara de los poderes de la tierra, hubo en el mundo una esplosion igual de

entusiasmo y de anatemas. Al mismo tiempo que Gregorio XVI, en una nueva encíclica de 7 de Julio, reprobaba y condenaba aquel libro, *pequeño por su volúmen, pero grande por su perversidad*, el partido revolucionario tendia la mano al desertor de la Iglesia, y le proclamaba *animoso, nuevo, grande, sublime, el solo sacerdote de la Europa.* (*) No es de este lugar decir nuestra opinion, ni sobre la exactitud mas ó menos disputable de la crítica y del elogio, ni sobre el valor intrínseco de esta marsellesa bíblica: como obra de estilo y de poesia, es sin disputa un buen libro; como obra de verdad y de razon, ya es otra cosa.

Mr. de La-Mennais, despues de haber sido católico ultra-montano y ultra monárquico, no podia ser domócrata á medias. Si hay hombres que dirigen y dominan su pensamiento, hay otros tambien á quienes él domina y arrastra. Mr. de La-Mennais es de estos últimos: una vez despojado de su trage de Sacerdote, y sumergido en el rio cenagoso de las pasiones políticas, Mr. de La-Mennais ha seguido su corriente. Hombre de

(*) Lerminier, *Revista de los Dos Mundos*, 1834.

meditacion y de soledad, se ha entregado á una vida de agitacion y de combate; hombre de dulzura y de paz, ha exhalado gritos de odio y de guerra; nuevo Pedro el *ermitaño*, ha ido por el mundo predicando en todas partes la gran cruzada de los pueblos contra los Reyes. Sin embargo, á medida que Mr. de La-Mennais adelanta en la dificil carrera que ha elegido, parece que su pensamiento principia á perder un poco de aquel arrebato furioso y desbocado con que principió. Bajo este punto de vista, la obra titulada *Asuntos de Roma*, y publicada dos años despues de *Las palabras de un Creyente*, merece una séria atencion. Hay mucha acritud en aquel libro; pero hay tambien mucha tristeza, mucha dulzura, mucho sufrimiento, algo que se parece á un pesar. Parece como si cansado de su impetuosa carrera, Mr. de La-Mennais hubiese querido detenerse un instante entre su pasado y su porvenir, para echar una última y melancólica mirada sobre sus creencias de otros tiempos, muertas en el dia, enterradas. En medio de Roma, esa gran ruina, en el fondo del Convento de los Teatinos, el atleta descansando pensó mas de una vez en la felicidad de una vida tranquila, á la

sombra de un claustro, y á la vista de Dios.

El *Libro del Pueblo*, que siguió despues, es una especie de catecismo popular, en el que Mr. de La-Mennais se esfuerza por elevar al pueblo á la altura de la mision que le llama á desempeñar; al lado de algunas páginas rencorosas, hay otras en donde la mas consoladora y pura moral adopta las mas graciosas formas. En su última produccion, titulada *De la Esclavitud moderna*, Mr. de La-Mennais se empeña en establecer, violentando muchas veces la historia, que el proletario del dia está mas sugeto, mas incomodado, y es mas miserable que el esclavo antiguo y el siervo de la edad media. La primera mitad del libro es furibunda: «¡Pueblo, pueblo, despierta al fin! esclavos, levantaos, romped vuestras cadenas; no sufrais que se degrade por mas tiempo en vosotros el dictado de hombre.» (*) Antes de correr á las armas, vuelva el pueblo la hoja, y encontrará dichosamente en lo que sigue la refutacion absoluta y radical de lo que antes ha leido.

» Sabed primero, y no lo olvideis nunca, dice

(*) *De la Esclavitud moderna*, pág. 62.

Mr. de La-Mennais, (*) que en ninguna época es posible mas que lo que está maduro en los espíritus, lo que preparado poco á poco ha llegado á ser objeto de general deseo; que toda reforma que aparece como *un trastorno radical de las cosas existentes,* la destruccion de lo que aun tiene en las ideas, en los hábitos, en las costumbres, en la opinion *verdadera* ó *falsa* de las masas profundas raices, fracasa siempre; que *por lo mismo nada hay mas pernicioso que los sistemas puramente de imaginacion, en especial si presentan un des agradable carácter de absoluta rigidez;* que las teorías disputadas, aun cuando lo sean sin razon; las teorías que repugnan al mayor número, las especulaciones económicas y filosóficas, son inaplicables, á lo menos por ahora. *Su efecto es espantar y detener en una sensible inercia aun á los hombres mejor dispuestos, cuya cooperacion seria la mas útil, y algunas veces la mas indispensable.* » Recomendamos estas líneas, llenas de juicio práctico y de elevada razon, á todos aquellos cuyo entendimiento pueda haberse perturbado por la frenética poesia de las *Palabras de un Creyente.* El génio es como la lanza de

(*) *De la Esclavitud moderna* pág. 62.

Aquiles, y nadie mejor que él puede curar las heridas que ha hecho. (*)

Los escritos de Mr. de La-Mennais, en especial los de la última parte de su vida, estan llenos de contradicciones de esta clase, y ellas solas bastarian para probar su completa buena fé. Estamos convencidos de que cuando Mr. de La-Mennais toma la pluma para dar la señal general del combate, hay en él una especie de lucha; una organizacion tierna y mística forcegea oprimida por una voluntad fogosa; la cabeza dice *sí*, y el corazon dice *no*, pero triunfa la cabeza; vacila el apóstol, y es arrastrado por el tribuno; tiene el alma de S. Agustin y de Bruto, pero domina la de Bruto; y Mr. de La-Mennais, el sacerdote demócrata, se parece mucho al belicoso prelado de la edad media, que en la batalla de Bouvines no queria otra arma que una maza, porque su religion le prohibia derramar sangre, y que en lo mas recio del combate, bendecia con una mano á los numerosos enemigos á quienes golpeaba con la otra.

(*) Compárese sobre todo el pasage citado con la reciente produccion, titulada *El pais y el Gobierno*, y véase si Mr. de La-Mennais no es el mas rudo adversario de si mismo.

Falta ahora señalar cual es hasta aquí la última palabra de Mr. de La-Mennais en religion y en política. Despues de haber pedido en un principio la separacion absoluta de la Iglesia y del Estado, luego la dominacion de la Iglesia sobre el Estado, nos parece que Mr. de La-Mennais desea ahora la fusion de la Iglesia en el Estado. Ha roto para siempre con el dogma católico; declara que « el Cristianismo envuelto en el dia bajo la capa material que le cubre como un sudario, volverá á aparecer con el esplendor de su vida perpétuamente jóven, y que el Mundo no formará mas que una sola ciudad, que saludará á Cristo como su supremo y último legislador. » (*) Es en otros términos el mismo pensamiento formulado por Mr. de Lamartine bajo el nombre de *Cristianismo legislado.*

En política, Mr. de La-Mennais es tal vez uno de los radicales modernos mas avanzado; pues llama al pueblo con alta é inteligible voz, á egercer directamente y al momento su soberania, á constituirse, con la igualdad absoluta por dogma, y por forma de gobierno la república.

Fácil es conocer que no pretendemos discutir

(*) *Libro del Pueblo.*

en tan cortas páginas tan grave cuestion; sinembargo, creemos de nuestro deber reasumir en pocas palabras, con todo el respecto que profesamos á la persona y al talento Mr. de La-Mennais, las impresiones que nos ha causado el concienzudo estudio de su sistema.

Que el movimiento ascendente de las cosas humanas, que el desarrollo siempre en aumento de la industria y de las luces, que las lecciones de lo pasado, que las agitaciones del presente, que todo esto sea el seguro presagio de una grande trasformacion social; que un mayor número de individualidades inteligentes tengan naturalmente por consecuencia un reparto mas igual de derechos políticos; que la clase media, entonces mas especialmente depositaria de los intereses generales, deba un dia abrir sus filas al pueblo y formar con él una grande y hermosa unidad social; que en una palabra, el advenimiento al poder de la democracia pura esté en el porvenir, es un pensamiento lógico y comun á casi todos los hombres eminentes de la época, desde S. Simon, hasta Chateaubriand, desde Beranger á Lamartine.

Pero que el pueblo. tal cual es en el dia, ó

mas bien tal cual lo entiende Mr. de La Mennais, es decir, todo el que no posee y todo el que es ignorante, sea llamado bruscamente á poseer y ejercer al momento una accion en el gobierno; que la soberania del pueblo, que no puede ser mas que una soberania *sabiendo lo que se hace*, llegue á ser la soberania de la fuerza brutal y del número, es un sistema que nos parece tan falso en principio, como fecundo en funestos resultados.

Y no se diga que creamos fantasmas para tener el placer de destruirlos; pues sino es el primer pensamiento de Mr. de La-Mennais, no puede negarse por lo menos que es la consecuencia precisa de su polémica.

Vuélvanse á ver los cuadros que Mr. de La-Mennais presenta del mundo esterior, cuadros lúgubres que parecen trazados bajo la influencia de una pesadilla, y se verá siempre en ellos dividida la sociedad en dos clases de hombres: víctimas sin número, y algunos verdugos; por una parte una imperceptible minoria, soberbia, insolente, sanguinaria, viviendo torpemente en la indolencia y el placer; por otra una mayoria inmensa, *pálida, enfermiza, estenuada, tiranizada*

martirizada, *y muriéndose de hambre*. El infierno del Dante es un paraiso comparado con ciertas páginas de Mr. de La-Mennais. ¿Si hay en esto poesia, hay verdad? Podemos declarar que jamás hemos encontrado un solo proletario dispuesto á dejarse tenacear ó hacer pedazos por el capricho de otro; nos ha parecido, Dios sea loado, que el número de los que se mueren de hambre disminuye todos los dias. Sin duda alguna existen todavia debajo del cielo muchas deplorables miserias; sin duda dista mucho todavia el pueblo de la prosperidad que le reserva el porvenir; ¿pero debe buscarla en el prematuro y peligroso ejercicio de los derechos políticos, que apenas comprenden, ó en el tranquilo desarrollo de la industria? ¿en el club ó en la escuela, en el *Contrato Social* ó en la *Ciencia del hombre de bien, Ricardo*? Para nosotros la cuestion no es dudosa; dése al pueblo bienestar, saber y moralidad, y no se le dé pasion, pues no la necesita y tiene de sobra; en cuanto á la iniciativa política, la adquirirá por sí mismo, el dia que esté en estado de ejercerla.

Y ademas, esa clase media á quien Mr. de La-Mennais acusa con tanto furor de monopolizar to-

dos los derechos sociales ¿no sale sin cesar de las filas del pueblo? ¿no se vé todos los dias al jornalero pasar á ser maestro, y al artesano, hacendado? ¿se pierde ya acaso en la noche de los tiempos el origen de los grandes varones de las tiendas; y puede jamás llegar á ser otra cosa la igualdad absoluta que tan ardientemente reclama Mr. de La-Mennais, que la libre concurrencia de todos á todo, en la facultad dada á cada uno de ser todo lo que puede ser? No pretendemos decir por esto que esta facultad, reconocida de derecho, existe de hecho en toda su plenitud; no desconocemos los obstáculos de todas clases que detienen todavia el movimiento ascendente de las superioridades; pero al fin está abierta la lucha para todos, y entre las dificultades del dia y la imposibilidad de otros tiempos, hay un abismo.

En resumen, nos parece que Mr. de La-Mennais ha faltado á su objeto, traspasándolo; el pueblo no es solo la estrema miseria y la ignorancia estrema; el pueblo, es el agricultor, el artesano, el soldado, el hombre acomodado, el industrioso, el abogado, el médico, el artista, es todo el mundo. Llámese el Gobierno *Monarquía* ó *República*, la soberania del pueblo jamás

será la soberania egercida por todos sobre todos, sino la soberania delegada por una mayoria *competente*, á uno ó á muchos, para ejercerla en el interes de todos. La supremacía social no es asunto de números, no se cuenta; se manifiesta, se esperimenta, está en el órden, y la peor de todas las tiranías seria la de una mayoria ininteligente, si fuese posible. Asi pues, cuando Mr. de La-Mennais, arrastrado por un sentimiento laudable en el fondo, grita á los proletarios: «¡Levantáos, contad vuestros opresores, sois mil contra uno, á vosotros os pertenece el Gobierno!» el ilustre escritor cree ser demócrata, y á nosotros nos parece que es simplemente *demagogo*.

Sin embargo, Mr. de La-Mennais, á pesar de la exageracion de sus deseos, de sus tristezas, y de sus cóleras, no deja de ser una de las inteligencias mas grandes, y uno de los corazones mas nobles de estos tiempos. Cuando la indiferencia domina en todas las almas, cuando las individualidades se aislan y envuelven en un odioso manto de egoismo, cuando prevalece la innoble máxima de *cada uno para sí*, gusta ver á un hombre que padece, con los padecimientos de los demas, que se embebe en los dolores del pueblo,

que los agranda desmedidamente con el pensamiento, cual si quisiera imponerse un pesar mas vivo; que se esfuerza, aun engañándose, por remediarlos, y que conserva casi solo, en medio de la general apatía, el celo de la caridad, la energia de la voluntad, y los tesoros de la fé. En la penosa y lenta marcha de la humanidad hácia el porvenir, este Sacerdote se ha colocado en la vanguardia. Impetuoso, incansable, fija la vista en el punto luminoso que anhela alcanzar, corre sin descanso, combatiendo los sistemas que le conducen hasta que caen rendidos; y entonces variando de sistema sin variar de ruta, prosigue su rápida carrera. ¡Al ginete que tiene prisa de llegar, qué le importan los caballos que deja muertos detrás de sí!

Indice de las biografías contenidas

EN EL

TOMO TERCERO.

—

ERRATAS IMPORTANTES.

Biografías.	*Pág.*	*Lin.*	*Dice*	*Léase.*
—	—	—	—	—
D. V. LOPEZ.	12	13	sobre una mesa	sobre una nube.
D. R. ESTEVE.	10	25	agricultura	arquitectura.

